

Caminos ocultos

TAWNI O'DELL

Nuevos Tiempos Siruela



Tawni O'Dell

Caminos ocultos

Traducción del inglés de
Clara Ministral

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Camino oculto

A mi hermana, Bean

1

Todas aquellas veces que Skip y yo intentamos matar a su hermano pequeño, Donny, fueron sólo por diversión. No dejo de repetírselo a los ayudantes del *sheriff*, que no dejan de coger sus vasos desechables de café y salir de la habitación, para volver a los pocos segundos y plantar sus gordos traseros en la mesa con tablero de metal que tengo delante y lanzarme miradas tristes de cansancio que serían casi tiernas si no encerraran tanto odio. Me dicen que les dan igual Skip y Donny. No les interesa oír cosas que hiciera de pequeño. Ahora tengo veinte años. Seré JUZGADO COMO UN ADULTO. Las palabras les salen de la boca en letras mayúsculas con sabor a tabaco de mascar y se quedan suspendidas en el aire delante de la luz fluorescente de la habitación. Estiro los brazos para tocarlas pero, antes de poder hacerlo, vuelven a desvanecerse y uno de los ayudantes del *sheriff* me golpea para que baje las manos, que tienen manchas del color de rosas marchitas. No dejan que me las lave.

Quieren que les hable de la mujer. Me echo a reír. ¿Qué mujer? Mi vida está plagada de mujeres. De todas las edades, formas, tamaños y grados de pureza.

–La mujer muerta de la oficina minera abandonada que hay detrás de las vías del tren –dice uno de ellos, que parece que va a echar la papilla por la cara que pone.

Cierro los ojos y visualizo la oficina. El tejado lleno de enormes agujeros. Los tablones del suelo, con la madera podrida y cubiertos de cristales de las ventanas rotas, de tornillos y pernos oxidados y de trozos de hierro aplastado que hace mucho tiempo formaron parte de algo mayor. Cuando por fin la llevé allí, no me pidió que lo barrierá. Dijo que quería dejarlo todo como estaba porque sabía que era un lugar especial para mí. Dijo que le encantaba la calma que reinaba allí, por la decadencia y el abandono. Le gustaba el arte y a veces su forma de hablar sonaba como un cuadro.

La ira empieza a crecer dentro de mí, con orden y precisión, como una pirámide perfecta de estacas que se van apilando para encender una hoguera. Me empiezan a temblar las manos y me siento encima de ellas para que los policías no se den cuenta.

–Skip y yo usábamos la oficina minera como guarida secreta –contesto, sonriendo, al tiempo que el fuego se enciende con un rugido dentro de mí. Muy pronto no seré más que un esqueleto negro de ceniza que se desintegrará al mínimo roce, pero nadie lo notará desde fuera.

Los ayudantes del *sheriff* sacuden la cabeza, gruñen y resoplan al oírme mencionar a Skip. Uno de ellos manda una silla plegable al otro lado de la habitación de una patada. Otro dice:

–El chaval está en estado de shock.

El otro dice:

–No le vamos a sacar nada RELEVANTE ni COHERENTE esta noche.

Estiro los brazos para tocar también esas palabras y esta vez me llevo un golpe en la cabeza en lugar de en mis pegajosas manos.

–Más vale que empieces a hablar –dice el *sheriff*, que hace una pausa para escupir un perdigón marrón de tabaco de mascar en un bote de café vacío antes de añadir «hijo» a su sugerencia.

Es el único de los presentes al que conozco. Me acuerdo de él en el juicio de mi madre, hace dos años. Testificó que mi madre se había entregado voluntariamente después de disparar a mi padre. Huele a sofá meado.

Empiezo a hablar, pero lo único que me sale son otra vez las mismas historias sobre Skip y sobre mí, sobre cómo nos pasábamos horas en la vieja oficina minera comiendo sándwiches de mortadela y tramando nuestros planes contra Donny. Decíamos que era una guarida secreta a pesar de que Donny sabía dónde estábamos. Era secreta porque él no podía llegar hasta ella. Era demasiado pequeño para subir la colina y atravesar la maleza feroz que rodeaba la oficina como alambre de espino de la naturaleza.

Se nos ocurrieron algunos planes geniales. Una vez doblamos un pequeño abedul, lo sujetamos al suelo con una piqueta de una tienda de campaña, le atamos una cuerda con una lazada y atrajimos a Donny con un pastelito de chocolate HoHo envuelto en brillante papel de aluminio para que se pusiera en el centro. Se suponía que el árbol tenía que soltarse, coger a Donny de los tobillos, lanzarlo y causarle la muerte, pero nos dimos cuenta demasiado tarde de que no habíamos resuelto cómo conseguir que el árbol hiciera eso, así que Donny simplemente se terminó el pastelito y se fue.

Otra vez soltamos un montón de canicas en las escaleras del porche trasero y le gritamos que saliera, que teníamos una caja de galletas Little Debbie rellenas de crema para él. Salió corriendo de la casa, pero, en lugar de resbalarse y caerse por las canicas, fue patinando hasta detenerse, se sentó y se puso a jugar con ellas.

Otra vez le prometimos una caja de galletas crujientes de chocolate Little Debbie a cambio de que nos dejara atarle de pies y manos y dejarlo tumbado en las vías del tren, pero eran vías para trenes de carga –las mismas que pasan junto a la vieja mina– y todos sabíamos que no había circulado ningún tren por ellas desde antes de que nació. Donny se cansó de esperar la muerte y empezó a arrastrarse hacia casa culebreando.

Nuestro plan más ingenioso fue seguramente aquella vez que pusimos un paquete de pastelitos Zingers de Dolly Madison debajo de la puerta abierta del garaje, nos escondimos con el mando y lo pulsamos cuando Donny se sentó a comérselos. No notó, o no le importó, que la pesada puerta comenzara a bajar hacia su cabeza con un chirrido. Nos quedamos observándolo asombrados, sin poder creer que finalmente fuéramos a conseguirlo, pero yo me asusté, salí corriendo y lo aparté para ponerlo a salvo. Lo salvé. Parece que no consigo hacer entender a la policía lo que dice eso sobre mi carácter.

–Eso es lo más cerca que yo había estado en mi vida de un asesinato – explico– hasta que mi padre...

El *sheriff* me interrumpe. No quiere que me ponga a hablar de eso otra vez. Ya sabe todo lo de mis padres. Todo el mundo lo sabe. Salió en los periódicos y en todas las cadenas de televisión.

Él fue quien estuvo allí, me recuerda. No yo. Yo ni siquiera estaba en casa. Él fue quien entró y encontró a mi madre con un cubo de agua con jabón roja, frotando con calma las manchas del papel pintado de su cocina con su marido tendido en el suelo a treinta centímetros de ella, inmóvil sobre las baldosas en un charco de sangre espesa y pegajosa, mirándola fijamente con unos ojos como los de un trofeo de caza. Él fue quien encontró a mi hermana pequeña acurrucada en una de las casetas de los perros, totalmente cubierta de vómito porque había acabado devolviendo de tanto llorar, y eso que a Jody nunca le había gustado papá. Él fue quien vio cómo metían a papá en una bolsa para cadáveres y cerraban la cremallera. No yo. Yo nunca pude volver a verlo. El funeral fue con el ataúd cerrado. No sé muy bien por qué. Mamá le disparó en la espalda.

De eso ya hace casi dos años, me recuerda el *sheriff*. Ya no le importa a nadie. No es RELEVANTE.

–Define relevante –le digo.

El ayudante que no deja de pegarme me agarra de la pechera de la chaqueta de caza de camuflaje de mi padre y me levanta de la silla. Tiene dos grandes manchas de sudor en las axilas. Hay casi treinta grados. Mucho calor para ser la primera semana de junio.

–Háblanos de la mujer –me grita.

No sé por qué no dicen su nombre. Supongo que están esperando a que lo diga yo. A que admita que la conocía. Bueno, claro que la conocía. Ellos lo saben.

Vuelve a sentarme bruscamente en la silla y las palabras JUZGADO COMO UN ADULTO me aparecen delante de los ojos, con un brillo y un zumbido como los de un letrero de neón. No sé por qué no soy capaz de hablar de ella.

Cada vez que abro la boca me sale algo sobre Skip y eso que ya ni siquiera somos amigos.

Yo siempre supe que Skip se iría. Sus constantes maquinaciones nunca acabaron de encajar en estas tranquilas y heridas colinas de la forma en que sí encajaba el amor ciego de Donny por la bollería industrial. Donny se quedará aquí para siempre. Lo veo todas las mañanas cuando voy a trabajar a Barclay's, a un lado de la carretera, esperando el autobús escolar como un tocón.

–Skip ya no está aquí, se fue a la universidad –digo.

Todavía estoy observando las palabras, así que no veo venir el puñetazo. Siento el calor de la sangre que me cae por la barbilla antes de sentir el dolor. Unas gotitas rojo brillante salpican la pechera de la chaqueta de papá, donde la sangre de ella ya se ha secado y ha formado una costra marrón. Están todo el rato intentando que me quite la chaqueta. La gente siempre lo está intentando.

Oigo decir al *sheriff*:

–Por Dios, Bill, ¿era necesario hacer eso?

Creo que el *sheriff* va a volver a presentarse a las elecciones el año que viene. Supongo que entonces tendré edad suficiente para votar si es que quiero hacerlo. VOTAR COMO UN ADULTO. Aunque creo que seguramente no le votaría. No es que me caiga mal, y además no sé nada sobre su postura con respecto a las medidas para hacer cumplir la ley, así que no puedo decir que esté en desacuerdo con él. Mi voto se basaría exclusivamente en el olor.

Me toco la nariz, donde acabo de llevarme el puñetazo, y decido contarles la VERDAD. Quién es culpable. A quién hay que acusar. A quién habría que meter entre rejas. Ya no tengo nada que temer. ¿Qué perdería quedándome sin mi libertad? ¿Qué perdería el mundo quedándose sin mí?

Una vez le dije que no había nada que se me diera bien. Ella me pasó el pulgar por los labios, irritados de besarla, y dijo que sobrevivir requiere talento.

2

Cuando Skip se fue a la universidad, ni siquiera vino a despedirse. Me enteré por Amber, que oyó a Donny hablar de ello en el autobús.

Me escribió una vez en todo su primer año de universidad. Pensé que al año siguiente no escribiría ni una sola vez, pero al final lo hizo y me invitó a que fuera a visitarlo. Los dos sabíamos que yo no iría y ésa fue la razón por la que me invitó. Leí la carta una docena de veces y después la guardé en mi cajón, con los catálogos de Victoria's Secret que siempre le estaba mangando a Amber de su habitación.

Al día siguiente cometí la equivocación de contarle a Betty lo de la carta. A Betty le encantaba que hablara de Skip. Le gustaba especialmente que le hablara de todas esas veces que habíamos intentado matar a Donny. Supongo que nunca tendría que haberle contado esas cosas, pero una vez me pidió que le contara un recuerdo agradable de mi infancia y aquél fue el único que me vino a la cabeza.

Betty quería saber cómo me hacía sentir la carta de Skip y por qué no consideraba la posibilidad de ir a visitarlo. Aparté la mirada de la ventana, donde las ramas gris azulado de los árboles se extendían delante del cielo blanco, como las venas en los muslos de Betty. Había intentado no fijarme, pero llevaba unas faldas demasiado cortas para una señora mayor.

No la miré, pero el haber dejado de mirar por la ventana era una señal entre nosotros que significaba que había oído su pregunta pero que la respuesta era tan obvia que no iba a pronunciarla en voz alta.

–Creo que sé lo que vas a decir, pero ¿por qué no me lo dices de todas formas? –dijo sonriendo–. Tú trátame como si fuera idiota.

Eso era lo que siempre decía para intentar hacerme hablar. Debía de haber leído en alguno de sus manuales que los adolescentes no pueden resistirse a esa invitación.

–Tengo que trabajar –dije finalmente.

–¿Este fin de semana?

–Sí.

–¿El fin de semana que viene?

–Sí.

–¿Todos los fines de semana?

No contesté. Ella se recostó en su butaca.

–¿Tienes otras razones para no ir?

Me moví en el extremo del sofá e intenté encontrar algo nuevo en la habitación a lo que mirar, pero siempre estaba todo igual. Escritorio. Ventana. Butaca. Mesa con lámpara. Sofá. Mesa con caja de kleenex. Puerta. Betty. Ni siquiera tenía un título universitario enmarcado o una estantería con libros. Una vez le pregunté por eso –pensaba que todos los loqueros tenían estanterías con libros– y me dijo que aquélla no era su consulta de verdad, sólo el sitio en el que veía a los casos de oficio. Me di cuenta de que se sintió mal por la forma en que lo había dicho y no hice nada para remediarlo.

–¿Quién va a cuidar a Jody y a Misty? –dije al cabo de un rato.

–¿Quién las cuida cuando estás trabajando?

–Quiero decir por la noche.

–Amber ya es bastante mayor para cuidarlas por la noche.

–Amber... –dije con desprecio antes de decidir no seguir hablando.

Me puse a mirar por la ventana otra vez y Betty se metió la mano en la blusa y se ajustó el tirante del sujetador cuando creyó que yo no estaba mirándola.

–Dada tu reacción, voy a suponer que Amber y tú seguís sin llevaros mejor –dijo. Me dejó rumiar un minuto y después preguntó–: ¿A qué crees que se debe eso?

En el exterior, un cuervo se posó en el aparcamiento y se puso a intentar arrancar del asfalto una lombriz aplastada. Los primeros días de marzo habían sido calurosos y habían hecho creer a todo el mundo que había llegado la primavera. La nieve del suelo se derritió. Las lombrices se despertaron. Las chicas sacaron la ropa de verano.

Todas las mañanas, de camino al trabajo, pasaba conduciendo por delante de un grupo de chicas soñolientas con pantalones cortos y minifaldas y sin medias que esperaban el autobús escolar con Donny el tocón. En el pasado, habría reducido la velocidad y las habría observado por el espejo retrovisor hasta verlas desaparecer al doblar una curva de la carretera, pero últimamente mirar a las chicas me alteraba los nervios. Aquello constituía una parte importante de hacerse un hombre: descubrir que había una diferencia entre querer sexo y necesitarlo.

–Amber dice que lo ha estado intentando –insistió Betty–. Me ha dicho que ha estado ayudando mucho más en casa.

–¿Estás de broma? –exclamé.

–No, no estoy de broma. ¿No estás de acuerdo con eso?

Solté una carcajada. Una auténtica carcajada. Una risa sarcástica y sincera.

–¿Por qué iba a decirme eso si no es verdad? –preguntó Betty.

Coloqué un pie sobre la rodilla contraria e intenté sacarme una piedrecita que tenía metida en el dibujo de la suela de mi bota de trabajo de Sears. Amber se

burlaba de los cordones rojos. A mí me daba igual. Duraban una eternidad. No como esas mierdas de Payless que se compraba ella con mi dinero.

–Porque, además de ser vaga y tonta, también es una mentirosa –contesté.

–¿Cómo sé que la mentirosa es ella y no tú?

Saqué la piedrecita y pensé seriamente en tirársela a Betty, pero, en lugar de eso, me la metí en el bolsillo de la chaqueta de caza de camuflaje de papá.

–Supongo que no lo sabes –dije, notando cómo me ardía la cara.

Volví a poner el pie en la moqueta con un golpe seco.

–No quería disgustarte.

–Claro que querías. Quieres que me cabree para que suelte algo importante.

Ya había cometido esa equivocación en ocasiones anteriores. Recordar cosas como la forma en que a mi madre le habían brillado los ojos llenos de lágrimas cuando, a los tres años, yo había comentado que «Tengo forma de persona» o cómo solía guardar las medallas caducadas de las vacunas antirrábicas de los perros porque le parecían bonitas. Siempre sabía cuándo se me había escapado algo importante porque Betty me miraba como si de repente estuviera desnudo y sorprendentemente bien dotado.

Sonrió, se cogió un mechón de pelo de color níquel con el dedo y se lo puso detrás de la oreja. Llevaba un peinado que parecía caro, más largo por delante que por detrás y macizo y brillante como un casco. No pegaba con el resto de ella. Me recordaba los paseos en poni de la feria del condado, con las sillas de montar sin estrenar y recién engrasadas colocadas encima de los viejos ponis greñudos y acabados.

–Todo lo que dices en estas sesiones es importante, Harley.

Me hundí todo lo que pude en el sofá.

–¿Puedo irme?

–Todavía no. Vamos a intentar solucionar este problema. Creo que te vendría bien irte fuera un par de días. Si no te fías de Amber para que cuide a tus hermanas por la noche, ¿qué tal si lo hace otra persona?, ¿algún pariente o un vecino?

–Ya te he contado que mi madre no tiene familia y que los parientes de mi padre no quieren tener nada que ver con nosotros.

–¿Y a qué crees que se debe eso?

–Supongo que a que estamos emparentados con mi madre.

–También estáis emparentados con tu padre.

–No tanto.

Ella volvió a sonreírme y yo toqué la piedrecita en el bolsillo de la chaqueta y me la imaginé incrustada justo en medio de su frente, con un hilito de sangre roja brillante saliendo de ella. Si finalmente lo hubiera hecho, ella habría seguido hablando como si nada.

–¿Y tu tío Mike? Creía que me habías dicho que últimamente os había estado ayudando.

–Me ha estado trayendo cajas de Black Label, supongo que eso ayuda. Aunque, en mi opinión, Rolling Rock ayudaría más.

Me miró con su cara de preocupación. Unos ojos claros y jóvenes mirándome con inquietud desde una cara arrugada, como un niño atrapado dentro de una máscara. Odio que la gente mayor conserve algo juvenil, como Bud, que trabajaba conmigo embolsando en Shop Rite y que siempre estaba mascando chicle. A mí me resultaba más fácil imaginármelos siendo siempre mayores que siendo jóvenes y muriendo lentamente.

–El alcohol no es la solución a tus problemas –anunció Betty frunciendo el ceño.

–Yo no he dicho nada de alcohol. Estoy hablando de cerveza.

–Si los servicios sociales encuentran alcohol en la casa, enviarán a las niñas con familias de acogida inmediatamente. Eres menor.

–Me da igual.

–¿Te da igual que envíen a tus hermanas con familias de acogida?

–Sí.

–Pues tienes una forma muy curiosa de demostrarlo.

–Tengo que irme.

Me levanté y me saqué la gorra de Redi-Mix Concrete del bolsillo trasero de los vaqueros negros. Betty miró el reloj y dijo:

–Todavía tenemos quince minutos.

Me puse la gorra bruscamente y me bajé bien la visera hasta taparme los ojos.

–Mis disculpas a los contribuyentes –dije antes de salir por la puerta.

Aquella falsa primavera sólo había durado una semana y después, como para castigar a las lombrices y a las muchachas por su optimismo, había empezado a hacer un frío de narices. Me eché el aliento en las manos, froté una contra otra y me las puse debajo de los sobacos mientras caminaba hacia mi camioneta a toda velocidad. No sé para qué corría. La calefacción de la camioneta no funcionaba.

Las oficinas del servicio del condado para el tratamiento de los trastornos de la conducta estaban en el mismo edificio que las autoridades de tráfico y la oficina de control de animales, una construcción baja y alargada de ladrillo marrón. Al otro lado del cruce estaban el restaurante Eat N’ Park que había hecho que cerraran Denny’s (ni siquiera los desayunos Grand Slam podían competir con las empanadas del Eat N’ Park) y el centro comercial, con Blockbuster Video, la peluquería Fantastic Sam’s, la tienda de todo a un dólar y un restaurante chino llamado Yee’s. Siempre pasaba por Yee’s después de mi sesión con Betty.

Jack Yee, el dueño del restaurante, inclinó la cabeza y se puso a sonreír como

un loco cuando entré. Su mujer hizo lo mismo, saludándome con la mano desde un rincón del fondo, donde siempre estaba sentada en una mesa leyendo un periódico. Temo que yo era su mejor cliente... y sólo iba una vez al mes y compraba un rollito de primavera de dos dólares.

Jack intentó venderme el pollo al general Tso.

–Picante, picante –dijo con una gran sonrisa.

–No, gracias –le dije, a pesar de que me estaba muriendo de hambre y todo lo que iba a haber de cena en casa iba a ser macarrones con queso de Kraft y perritos calientes. Le tocaba cocinar a Misty. Tenía doce años.

Me dio la sombrillita de papel y la galleta de Jody gratis y me preguntó por ella. Jack y su mujer sólo la habían visto una vez, pero se habían quedado atontados con ella. No podían dejar de tocarle el pelo. Le llegaba hasta el culo y era del mismo color que las letras doradas grabadas en los himnarios de la iglesia.

Todas tenían el pelo largo, incluida mamá, pero el de Jody era el más admirado. El de mamá era el más pelirrojo. El de Misty, el más descuidado. El de Amber, el que más probabilidades tenía de oler a vieja manta apestosa de la parte trasera de la camioneta de algún tío.

Cogí la pequeña bolsa marrón, la puse a mi lado en la camioneta y, a continuación, me pasé la media hora de camino entre Laurel Falls y Black Lick viendo cómo crecía la mancha de grasa del rollito de primavera en el papel. Me moría de ganas de comérmelo. Bajé la ventanilla para intentar disipar el olor a fritura, pero no podía soportar el frío. Para cuando tomé la última curva antes de llegar a casa, iba conduciendo tan deprisa que la vieja camioneta Dodge Ram iba dando sacudidas.

La nuestra era la única casa en Fairman Road, un atajo de tres kilómetros sin asfaltar que conectaba dos tramos de una carretera comarcal que se doblaba sobre sí misma. Los lugareños lo llamaban el camino del Tuntún porque, antes de que mi padre empezara a armar nuestra casa en lo alto del camino, en el claro se juntaban tantos ciervos que cualquier cazador escondido entre los árboles podía disparar al tuntún y dar a alguno. Cada vez que llegaba la temporada de caza, papá tenía que encerrar a los perros en el garaje y mamá nos hacía jugar dentro de casa porque tenía miedo de que nos lleváramos un disparo. Jamás me he sentido tan a salvo como aquellos días en que Amber y yo pasábamos escondidos debajo de una mesa plegable cubierta con una manta jugando a las guerras y oyendo los estallidos de los rifles de fuera y el silencio absoluto que siempre venía después.

El número de ciervos, sin embargo, había disminuido en los últimos dos años. Hasta el más estúpido de los animales es capaz de percibir cuándo un lugar se ha echado a perder.

La camioneta pegó un bote al pasar por encima de un surco de la carretera y el rollito de primavera salió volando desde el asiento y cayó al suelo, donde aterrizó sobre un montón de vasos desechables de café vacíos, bolsas de McDonald's arrugadas y una cazadora cutre de color gris con las palabras Barclay's Appliances escritas en la espalda. También había uno de los dinosaurios de Jody y la foto de la boda de mis padres.

Había encontrado la foto en el fondo de una bolsa de basura un par de meses después del asesinato. La puntiaguda esquina del miserable marco de color dorado había agujereado el plástico y me arañó la pantorrilla al cerrar la bolsa en calzoncillos. El agujero creció y la basura se salió y quedó desparramada por el suelo de la cocina. Me quedé helado, preparándome para sentir la palma de la mano de mi padre en la nuca y para ver las minúsculas estrellitas luminosas, flotando como pelusas de diente de león, aparecer en mi campo visual y acumularse hasta no dejarme ver otra cosa que la nada fría y blanca. Entonces recordé que mi padre estaba muerto.

Las niñas estaban durmiendo, así que limpié todo yo solo. Dejé fuera la fotografía y, cuando salí a tirarla, algo me hizo dejarla en mi camioneta en lugar de lanzarla al cubo de basura de fuera.

Nunca la miraba. Cada vez que la veía por casualidad, la enterraba bajo la basura de la camioneta, pero siempre se las arreglaba para volver a salir a la superficie: papá con un traje blanco y una brillante camisa con el cuello demasiado grande y con un diseño de motas refulgentes, como una vidriera fundida, con demasiado pelo, un bigote a lo Burt Reynolds y un clavel encarnado en el ojal, cogiendo a mamá de la cintura y sonriendo borracho a algún amigo que no salía en la fotografía; mamá con un vestido de gasa blanca con picos, kilos de maquillaje en los ojos, pendientes largos de plumas blancas y el pelo amazacotado y peinado a lo Farrah Fawcett, con los hombros algo encorvados, inclinando la cabeza para apartarla del aliento de papá y con cara de estar intentando no vomitar. Yo le provocaba muchas náuseas matutinas.

Estiré la pierna y empujé la fotografía debajo de la basura.

Los primeros ochocientos metros de nuestra calle eran rectos y en cuesta, con árboles a ambos lados que se unían encima, formando un túnel de hojas en verano, un túnel de nieve en invierno y un toldo de ramas desnudas como dedos calcinados el resto del año. Nuestra casa estaba en lo alto de la cuesta. Enfrente, al otro lado de la calle, se abría el claro, que se extendía verde y liso hasta perderse tras una pendiente en un ondulante mar de colinas de los colores del óxido, del hollín y de un amarillo como de alfombra raída. A lo lejos, el tendido eléctrico y las dos chimeneas de la central eléctrica Keystone que escupían humo de la quema de carbón eran los únicos indicios de vida humana. Cuando la gente me preguntaba cómo podíamos soportar seguir en aquella

casa, yo les contestaba que me gustaban las vistas, y entonces pensaban que estaba aún más loco que antes de preguntar.

Aparte del National Bank de Laurel Falls, lo único que podría haber hecho que me fuera de allí era ver las cuatro casetas de los perros vacías. Cada vez que aparcaba la camioneta y me recibía el silencio en lugar del coro de ladridos que había aprendido a esperar desde que tuve edad suficiente para asociar significados a los sonidos, me odiaba a mí mismo por haberles fallado, pero la comida para perros costaba una fortuna. Conseguí encontrar hogares para tres de ellos y me quedé con Elvis, un cruce de pastor alemán. Ahora sí dejábamos que entrara en casa, pero se ponía nervioso. Las niñas también. Si hubiera habido algo capaz de resucitar a mi padre y hacerle volver del más allá hecho una furia, habría sido ver un perro tumbado en medio de su salón.

Misty abrió la puerta de casa y dejó salir a Elvis. Ella lo siguió y se quedó de pie en el porche delantero, callada y expectante, tocándose las piedrecitas rosas de estrás del mugriento collar de gato que llevaba en la muñeca.

El collar había sido de la gatita que le había regalado papá cuando cumplió diez años. Sólo dos meses después la encontramos muerta de un disparo en el bosque.

Recuerdo que mamá fue la más afectada por la muerte de la gatita. Se echó a llorar cuando vio lo que quedaba del cadáver que Misty había llevado tirando de la cola hasta el jardín, con el sedoso pelo blanco enmarañado y ensangrentado.

Estrechó a Misty entre sus brazos y la abrazó mientras ella se quedaba rígida mirando el cadáver con sus ojos marrones vidriosos como un frasco de medicina. Después se arrodilló, desabrochó lentamente el collar y se lo puso en la muñeca mientras mamá seguía agarrándola de los hombros. Más tarde, mamá dijo que Misty estaba en estado de shock.

—¿Me has traído el rollito de primavera? —gritó Misty, pasándose las manos por los delgados brazos desnudos a los lados del cuerpo y frotándose los pies, vestidos sólo con unos calcetines, uno contra el otro.

Lancé la bolsa. Elvis, que venía hacia mí, se paró en seco y observó su trayectoria por el aire. La bolsa cayó en el barro helado junto a las escaleras y Elvis se acercó dando saltos para olisquearla.

Misty me miró muy seria antes de bajar a coger la bolsa. No sabía si estaba enfadada, dolida o si le daba exactamente igual. Su máscara de pecas la hacía parecer más molesta de lo que lo estaba realmente.

Eché a andar por el jardín y me paré en una zona cubierta de cemento en la que sobresalía un trozo de tubo picudo, donde anteriormente había estado la antena parabólica de papá. Le di unos golpecitos con la puntera de la bota y me recordé a mí mismo que tenía que quitar el resto del tubo antes de que alguien

se hiciera daño con él. La parabólica había corrido la misma suerte que los perros, lo que nos había dejado con sólo cuatro canales. Jody se quedó sin Disney. Misty se quedó sin Nickelodeon. Amber se quedó sin la MTV y sin Fox. Por aquel entonces todas estaban tan afectadas por lo de papá y mamá que no les importó, pero ya se habían recuperado y yo tenía que aguantar sus quejas día tras día.

Entré y me limpié las botas en el felpudo, pero no me las quité como siempre había tenido que hacer.

–¿Me has traído mi galleta de la suerte y mi sombrilla? –preguntó Jody desde el salón.

Mientras me dirigía hacia allí, le dije que Misty tenía la bolsa. Tiré el dinosaurio de peluche por encima del respaldo del sofá y la cabeza de Jody se levantó entre los cojines.

–¡Triceratops Resplandeciente! –exclamó–. Lo había perdido.

–Ya. Lo he encontrado.

–¿Dónde?

–En mi camioneta.

La cabeza desapareció y el sofá dijo:

–Gracias.

Entré en la cocina y encontré la cacerola de agua hirviendo de los jueves en el fuego y cinco salchichas en un plato de cartón, preparadas para hacerlas en el microondas. Abrí un armario y cogí una bolsa de galletitas saladas. Misty entró detrás de mí, comiéndose su rollito de primavera.

Desde lejos no había notado que otra vez llevaba puesta la sombra de ojos morada de Amber. A mamá no le habría parecido bien que ya usara maquillaje, pero yo había cedido el control de todas las cosas de chicas a Amber cuando, el año anterior, Misty había venido un día y me había dicho que estaba segura de que había tenido su primera regla.

Volví a mirar las salchichas y eché las cuentas: una para Jody, una para Misty, tres para mí.

–¿Amber no cena?

–Va a salir con un chico.

–¿Qué?

Misty abrió la caja azul de Kraft, sacó el paquete de queso y echó los macarrones en la cacerola. El agua hirvió y Misty ajustó el fuego.

–Ha dicho que te ibas a enfadar, pero yo puedo cuidar a Jody. Soy lo bastante mayor.

–Ésa no es la cuestión.

–Ya lo sé. Amber ha dicho que la razón principal por la que quieres que se

quede en casa es porque deseas estropearle la diversión, no por lo de hacer de canguro.

Tiré la bolsa a la encimera y las galletas se salieron y cayeron al suelo. Elvis se lanzó a por ellas mientras yo salía de la cocina hecho una furia. Misty apartó una galleta con el dedo gordo del pie, cuya uña llevaba pintada de azul, y siguió removiendo la comida de la cacerola.

Aporreé la puerta de Amber tan fuerte que se le cayó el atrapasueños indio de la pared. Amber lo tenía en la mano cuando abrió la puerta. Llevaba un sujetador de encaje rojo y unos vaqueros de cintura baja y su gesto de enfado se transformó en una sonrisa de satisfacción cuando me vio mirándola.

–Se supone que esta noche tienes que cuidar a las niñas –le grité por encima de la música atronadora que salía de su radio.

Se dio la vuelta y, dándome la espalda, se dirigió hacia su tocador moviendo exageradamente las caderas. La parte de arriba de su colibrí tatuado me miró por encima de la pretina de sus pantalones, como si me estuviera saludando con su ala verde.

Amber cogió un cepillo e inclinó el cuerpo hacia delante.

–Misty tiene doce años. Puede cuidar a una niña de seis –dijo cabeza abajo desde detrás de una cortina de cabello rubio rojizo.

–No deberían estar solas en casa tan tarde por la noche –dije.

–¿Qué problema tienes? ¿Por qué se las puede dejar solas en casa durante el día pero no por la noche? Está claro que te da miedo la oscuridad.

Terminó de cepillarse y se incorporó, echándose el pelo hacia atrás y dejando ver el cuello arqueado, un gesto femenino que siempre me ponía malo.

Me quedé en la puerta, sin querer entrar. No había ni un centímetro de pared y de techo que no estuviera tapado con pañuelos y trozos de sábana teñidos con nudos, casi todos en tonos morados y azules. En su única ventana colgaban sargas de abalorios de color negro azulado con forma de estrella. Las baldas de detrás de su cama estaban llenas de velas de colores psicodélicos, la mayoría encendidas. Aquella combinación de colores y aquella tenue iluminación transmitían la sensación de que la habitación estaba a medio terminar.

Atravesé el cuarto rápidamente y llegué hasta el equipo de música, que descansaba sobre una repisa de hormigón junto a una pila de revistas *Glamour* que costaban lo mismo que al menos cien kilos de comida para perros.

Apagué la radio.

Amber volvió a tirar el cepillo al tocador en señal de protesta, donde chocó ruidosamente con todos sus trastos de maquillaje y sus potingues para el pelo.

–¿Qué problema tienes?

–No te oigo.

–No, en serio, ¿qué problema tienes? –repetió, poniendo sus vacíos ojos azules en blanco–. Oh, ¿le ha dicho Betty Wetty a su pobrecito Harley Warley que tiene que respetarse más a sí mismo? ¿Le ha dicho que tiene que hacer que sus chicas lo respeten más?

Hizo un gesto con la boca como si diera un beso. Yo no dije nada.

–No tengo por qué quedarme en casa esta noche –añadió mientras sacaba del cajón un minúsculo jersey de rayas que parecía una de esas prendas que se podrían regalar por Navidad a un schnauzer. Sorprendentemente, metió la cabeza por el jersey y el tejido se estiró, primero adoptando la forma de su cara y más tarde la de sus pechos.

Me pilló mirándola otra vez y exhibió una sonrisa triunfal.

–Reconócelo –dijo–, simplemente odias la idea de que yo tenga vida y tú no.

–Define vida –dije.

Su sonrisa tembló y desapareció. Volvió a coger el cepillo y se lo pasó con ímpetu por el pelo unas cuantas veces. Después empezó a darse golpecitos con él en la palma de la mano, como solía hacer papá con la cuchara de palo de mamá antes de abalanzarse sobre alguno de nosotros.

–¿Sabes cuál es tu problema? Estás cabreado porque tienes que trabajar. Bueno, tú tendrías que trabajar de todas formas: no vas a ir a la universidad, a salir con amigos ni a hacer algo de provecho. Ni siquiera ves la televisión.

Me eché a reír aunque no estaba de buen humor en absoluto.

–¿Algo de provecho? –repetí–. ¿Como follar con tíos en la parte trasera de una camioneta?

El cepillo salió volando desde su mano y me dio en el brazo.

–Tú darías lo que fuera por follarte a alguien –me dijo enfadada.

Me entraron ganas de coger el cepillo del suelo y golpear a Amber con él hasta dejarla inconsciente. Me entraron ganas de dejarle grandes ronchas rojas en su bonita cara y hacerle sangrar por las orejas. No porque la odiara. No porque se lo mereciera. No porque quisiera que me tuviera miedo. Simplemente porque eso me haría sentir bien.

Así debía de ser como se sentía papá antes de darme una paliza y, la verdad, fue un consuelo darme cuenta de que el deseo de hacer daño a alguien no era nada personal. La diferencia entre papá y yo era que él siempre obedecía a sus impulsos y, después de pegar una paliza a alguno de nosotros, parecía mucho más feliz.

Sabía que a Amber nunca se le había pasado por la cabeza que yo pudiera hacerle daño. Para ella la violencia era un acto de fuerza y yo era una persona débil. De no ser así, nunca se habría arriesgado a provocarme de aquella manera. Ella odiaba que le pegaran.

Cogí el cepillo del suelo y se lo devolví. Los dos nos quedamos pegados a él

durante unos instantes y lo sentí temblar.

Ella siguió preparándose para su cita. Yo fui a prepararme para irme a trabajar.

Amber tenía la mejor habitación de la casa: la mía. Compartía habitación con Misty hasta que llegó Jody y entonces se quedó con mi cuarto y a mí me mandaron al sótano. Como yo no había querido cambiarme de habitación, nunca me molesté en intentar convertir el sótano en un lugar acogedor. Una cama pequeña sobre la que colgaba una bombilla desnuda, una cómoda, un equipo de música, una capa de pintura verde que había sobrado del baño en una de las paredes de cemento, una alfombra cuadrada de pelo largo morado y un par de ratoneras eran las únicas señales de vida que había allí.

Casi todas las noches me quedaba tumbado boca arriba y me imaginaba cómo sería que la bombilla me cayese sobre la frente y una aguja de cristal me atravesara el globo ocular o se me metiese en la boca y me la tragara.

Skip decía que si se te mete una esquirra de cristal bajo la piel y no te la sacas inmediatamente, entra en el torrente sanguíneo, llega hasta el corazón y te mata. Una vez intentamos matar a Donny así –había montones de cristales rotos alrededor de la vieja oficina minera–, pero Donny no nos dejó que le claváramos el cristal, ni siquiera a cambio de un bizcocho con mermelada Tastykake.

Si la bombilla llegaba a romperse y me mataba una esquirra, quería que me enterraran con los trozos de cristal blanco por toda la cara. A menos que se acercasen a mirarlos de cerca, la gente pensaría que eran pétalos de rosa blancos.

Tiré del cordón y la luz se encendió tras un par de chisporroteos. Faltaban un par de días para que, al tirar del cordón, la bombilla se fundiera con un estallido sordo, pero yo no sabía dónde tenía guardadas mamá las nuevas. Cuando se fue a la cárcel, se llevó con ella toda clase de información doméstica secreta: en qué cajón estaban los sobres, cómo hacer figuritas de gelatina, con qué marca de gel de baño duraba más la espuma, quién era alérgico a qué y a quién le daba miedo qué.

Lo más cerca que estuve nunca de pedirle ayuda fue una vez que necesitaba el molde para hacer magdalenas para la fiesta de cumpleaños de Jody en el colegio. Ya hacía un año y medio que habían condenado a mamá y, quitando algunos mensajes enviados a través de las niñas, yo no había tenido ninguna noticia de ella. Ni una sola llamada, tarjeta o carta. Ni un solo intento de planear una fuga de la cárcel, preparar una apelación o contar su historia en el programa de Oprah. Tampoco ella había tenido noticias mías, claro.

Sabía que era una tontería que los dos estuviéramos sentados de brazos cruzados, culpándonos el uno al otro por habernos abandonado mutuamente e intentando entender quién lo había hecho primero. Aquello equivalía a

preguntar «¿Qué fue antes, el huevo o la gallina?», sabiendo perfectamente que no importaba, porque Dios tenía que existir antes que cualquiera de las dos cosas.

Sin embargo, por mucho que lo intentara, no encontraba ninguna razón para mantener el contacto con ella. No iba a salir de la cárcel nunca. Había dejado de ser nuestra madre. Lo entendí completamente desde el momento en que la vi sentarse en el asiento trasero del coche del *sheriff*, dejándose caer aliviada y serena como si se fuera a la cama después de un día especialmente largo y duro. Lo que aún no entendía era por qué.

Resultó que Misty sabía dónde estaba el molde y me ahorró hacer aquella llamada a mamá. Misty lo usaba muy a menudo para hacer magdalenas de arándanos a papá. Mamá no se las hacía porque sabía que papá las iba a bañar en mantequilla y le preocupaba su colesterol. Una vez me dijo que envidiaba a las mujeres de antaño, porque sólo tenían que preocuparse de si los indios y los pumas mataban a sus maridos. Dijo algo así como que aquellas cosas escapaban al control de una esposa.

Me cambié de ropa y me puse los pantalones negros y el polo azul que tenía que llevar en Shop Rite, volví a ponerme la chaqueta de papá, apagué la luz y empecé a subir las escaleras de dos en dos. Entonces me di la vuelta, volví a por la carta de Skip y me la metí en el bolsillo.

Misty ya estaba cenando. Jody tenía el plato lleno, pero estaba ocupada escribiendo en su cuaderno rojo lleno de pegatinas. En su lado de la mesa había alrededor de una veintena de dinosaurios puestos en fila. Triceratops Resplandeciente ocupaba un puesto de honor en pleno centro con la galleta de la suerte. Elvis aullaba y arañaba la puerta trasera desde fuera.

Estiré la mano para coger el pan de molde Town Talk.

–¿No hay pan de perrito? –pregunté.

–No queda –dijo Misty.

–¿Por qué no comes? –le pregunté a Jody.

Me puse tres rebanadas de pan en el plato, puse una salchicha en medio de cada una, eché ketchup y mostaza, las enrollé y me dio tiempo a comerme dos antes de que Jody me contestara.

–Estoy haciendo mi lista de cosas que hacer. De todas formas, no me gustan las salchichas.

–¿Y eso desde cuándo? –preguntó Misty.

–Desde siempre.

–Siempre has comido salchichas.

–No así.

Todos miramos su plato de *El rey león*, con su salchicha cortada en rodajas y el charquito de ketchup para mojarlas.

–Ahora me gustan largas –dijo–. Esme dice que las salchichas en rodajas son la primera causa de muerte por atragantamiento entre los niños de Estados Unidos. No estaba segura de si también de todo el mundo. Me lo ha dicho hoy en el autobús.

–Pon un poco de riesgo en tu vida –contestó Misty.

–No me la voy a comer.

–Te la tienes que comer.

–No.

–Harley, dile que se la tiene que comer –me ordenó Misty.

–A mí me da igual que se la coma o no –contesté yo mientras vaciaba la cacerola de macarrones con queso en mi plato.

–Me la como si me la arreglas.

–¿Cómo quieres que la arregle? –preguntó Misty, entornando los ojos hasta que se convirtieron en dos grietas moradas en su cara pecosa.

–Con pegamento –contestó Jody muy seria.

La miré con una sonrisa. A veces me tronchaba con ella.

Misty llevó la vista del uno al otro.

–Si comes pegamento te mueres –nos instruyó.

–Entonces prepárame otra –le pidió Jody.

–No quiero.

–Prepárame otra.

–Cómete la última de Harley.

–Ni hablar, la quiero yo –dije.

–Cámbiasela –me dijo Misty.

Jody miró mi salchicha con escepticismo.

–Tiene mostaza –dijo–. Quítala.

La mano de Misty se estiró de repente con un movimiento brusco. Cogió mi última salchicha, le quitó el pan y la mostaza con las uñas azules y se la plantó delante a Jody. Después cogió el plato de Jody y echó la salchicha en trozos en el mío.

Jody estudió la situación unos instantes y después sonrió a Misty con aire de suficiencia y le pidió un zumo. Misty la miró con un gesto impasible: la inexpresividad de su rostro revelaba el torrente de emociones que se escondían tras él.

–No tenemos –dijo lentamente.

–Entonces quiero leche.

–Ve a buscarla tú misma.

–No puedo con la botella grande. Siempre se me cae.

Cerré los ojos y me imaginé cogiendo la cacerola vacía y agitándola con todas mis fuerzas, dando primero a Jody en la cabeza y tirándola de la silla, para

después golpear a Misty hasta hacerle escupir macarrones con queso ensangrentados.

En lugar de eso, fui a servirle un vaso de leche a Jody y se lo llevé. Mientras lo ponía en la mesa, su lista atrajo mi atención.

DAR DE COMER A LOS DINOSARIOS
COLOREAR EL DIVUJO PARA MAMA
IR AL COLE IR A LA CARCEL BER LA TELE REZAR POR EL VIEN
DEL ALMA DE PAPA
IRME A LA CAMA

Todavía no le había dicho que no iba a llevarla a ver a mamá al día siguiente. Habían pasado tres meses desde nuestra última visita, pero yo aún no estaba preparado para hacer frente a otro trayecto de vuelta a casa. Siempre era lo mismo: los cuatro apretujados en la cabina de mi camioneta, Jody llorando, Misty mandándole callar y Amber insultándome por no haber entrado a ver a mamá.

La caligrafía de Jody me recordó un mapa que había dibujado mamá de pequeña como ayuda para encontrar el camino de vuelta a su casa de Illinois después de que unos ancianos tíos abuelos a los que nunca había visto se la llevaran a Pensilvania, donde viviría a partir de entonces porque sus padres y su hermano recién nacido habían muerto en un accidente de coche.

Mamá sólo me enseñó su mapa una vez. Yo estaba teniendo problemas con uno mío, uno que había encontrado en un libro de la biblioteca del colegio, había calcado y había llevado a casa. En el libro ponía que el mapa funcionaría empezando desde la habitación de cualquier niño y yo me pasé días intentando averiguar cómo llegar a la increíble isla con forma de dragón llena de volcanes que arrojaban lava de los colores del arco iris.

Al final me rendí y se lo llevé a mamá. Ella me llevó a su habitación y me dejó subirme a su cama mientras iba a sacar su Biblia del primer cajón del tocador. Mamá leía mucho la Biblia, pero nunca iba a la iglesia. Decía que no le gustaban los cristianos.

La trajo en la mano y la extendió hacia mí, sujetándola cerrada, y me dejó pasar el pulgar por las hojas escarlata como hacía siempre. Juntas, las hojas tenían el aspecto y el tacto de una cinta de raso roja, pero separadas cortaban como cuchillas. La abrió por el final y sacó una hoja de papel doblada.

–Esto es lo que se llama una antigüedad –dijo sonriendo–. Lo dibujé cuando tenía más o menos tu edad. De eso hace unos dieciocho años.

Lo abrió. Era un dibujo hecho con ceras de colores que empezaba en una casa amarilla decorada con un tejado rosa, cortinas con volantes y un jardín con

flores, un árbol y una ardilla sonriente. Después había una marcada línea recta negra que atravesaba el papel hasta llegar a un punto en el que descendía abruptamente y se interrumpía sin llegar a ningún sitio. Encima de la línea ponía CARETERA 80.

–Los mapas –explicó mientras lo observaba– sólo funcionan si el lugar al que estás intentando llegar existe.

Noté cómo Jody me agarraba de la muñeca. Me tiró del brazo y vi en su rostro la serena insistencia de mamá, un gesto que me hacía querer sacar lo mejor o lo peor de mí, según lo fuerte que me sintiera en el momento. Me preguntó si quería oír lo que decía su galleta de la suerte.

–Me tengo que ir a trabajar –le dije–, mañana me lo cuentas.

–No –dijo.

Me soltó, partió la galleta y sacó la tira de papel con cuidado.

–«La preocupación son los intereses que los problemas se cobran por adelantado» –dijo sonriéndome.

–Genial –contesté.

Elvis casi me tiró al suelo cuando salí. Lo aparté con el pie y me metí en la camioneta, puse la radio bien alta y eché el seguro de las dos puertas. No tenía miedo a la oscuridad, le tenía respeto: allí fuera era tan densa que se tragaba la luz de los faros.

Intenté dejar la mente en blanco mientras conducía, pero no dejaban de venirme a la cabeza la lista de Jody, la carta de Skip y la imagen de Amber follando con algún tío en la parte trasera de una camioneta.

Para cuando entré en el aparcamiento de Shop Rite, ya estaba de un humor de perros. Por suerte, el supermercado estaba muerto por las noches entre semana desde que habían abierto el Super Wal-Mart 24 horas. Conocía a gente que hacía la compra allí a las tres de la madrugada sólo porque tenía la posibilidad de hacerla.

Aparqué, me metí las llaves en el bolsillo de la chaqueta de papá y encontré la carta de Skip. Aunque sabía que no era buena idea, la saqué y volví a leerla y, cuando iba por la mitad de la descripción que hacía Skip de su asociación de estudiantes, de pronto me di cuenta de que toda nuestra amistad había existido solamente porque éramos dos niños que vivían al lado el uno del otro y de nadie más.

Es curioso cómo a una persona sólo le viene a la cabeza algo así en sus momentos más bajos. No podría haberme dado cuenta cuando era feliz.

3

Como decía, estaba de mal humor. Por suerte, a las nueve de la noche ya no quedaba nadie en Shop Rite. Ya no tenía que seguir mascullando «Que tenga una buena noche» a clientes a los que de todas formas les daba igual lo que yo pudiera desearles. Normalmente me escabullía en cuanto podía y me iba a reponer los productos de las estanterías para no tener que oír a las cajeras hablar de todos los maridos en paro y todos los quistes ováricos del oeste de Pensilvania.

Cuando empecé a trabajar allí, mi familia y yo éramos el tema de conversación del momento. Sobre todo cuando se celebró el juicio de mamá. A veces pensaba que ésa había sido la única razón por la que por fin había encontrado a alguien dispuesto a contratarme.

En la mayoría de los trabajos me veían como a un chico procedente de un ambiente familiar inestable y no querían tenerme cerca, lo que a mí me hacía muchísima gracia porque la única diferencia entre mi ambiente y el del resto de la gente de la zona era que el mío había salido en las noticias de las once.

Creo que Rick, el gerente del supermercado, vio en mí una forma de sacar su cara sebosa en la tele –se imaginaba a reporteras con minifaldas y tacones altos diciendo: «Estoy aquí con Rick Rogers, gerente del Shop Rite en el que trabaja el hijo de Bonnie Altmyer, condenada por el asesinato de su marido»– y creyó que yo sería un gancho para atraer a nuevos clientes. La gente vendría para verme y después tendrían que comprar algo para no quedar como unos idiotas. No sé qué es lo que se creían que podrían ver. ¿Un chiflado baboso? ¿Un chaval que se derrumbaba y rompía a llorar cada dos minutos?

En cualquier caso, yo era como un mono de feria, pero era mejor ser un mono de feria con un sueldo que un mono de feria que dependiera de la beneficencia, así que acepté encantado el empleo en Shop Rite. Un par de meses más tarde conseguí otro trabajo en una tienda de electrodomésticos, Barclay's Appliances.

Era duro saber que todo el mundo me miraba y cuchicheaba a mis espaldas, pero prefería los chismorreos a los enfrentamientos directos. Lo peor era cuando la gente intentaba hablar conmigo sobre lo ocurrido. Siempre eran mujeres. Algunas tenían buenas intenciones, pero la mayoría sólo buscaban algo que contar por teléfono a sus amigas esa noche.

Yo nunca sabía qué decirles. A veces tenía la tentación de contarles lo que había pasado realmente.

Un día eres un chaval contento de haber logrado sobrevivir al instituto y haber conseguido tan valioso trozo de cartulina y estás pensando que quizá intentes buscar trabajo en Redi-Mix Concrete, donde tu padre lleva trabajando desde el principio de los tiempos, o quizá en Sharp Pavement. Buen sueldo y buenas prestaciones sociales, te está diciendo siempre tu padre. Seguro médico con Blue Cross Blue Shield, nada de la mierda esa de la Organización para el Mantenimiento de la Salud. Un buen plan de pensiones. Buenas indemnizaciones para los trabajadores: conocía a un tipo que se lesionó la espalda moviendo la mesa de billar de su cuñado pero dijo que se había lesionado mientras trabajaba echando cemento en un 7-Eleven y le pagaron el sueldo completo durante los tres meses que se pasó tumbado en el sofá.

Mientras tanto, es verano y en las montañas están presentes todos los tonos de verde y puedes salir con tu perro y caminar durante kilómetros sin ver un alma y, si se hace tarde, puedes dormir en el suelo y despertarte cubierto de rocío, rodeado de hierba centelleante y envuelto en un olor a tierra mojada y a perro mojado.

Esas mañanas, intentas no pensar en el resto del mundo. Intentas no pensar en las vidas tan fascinantes que tiene la gente en la televisión y en que hasta las desgracias parecen emocionantes en la televisión y mejores que lo que estás viviendo tú.

Intentas no pensar en las modelos de los catálogos de Victoria's Secret de tu hermana y en que tú jamás tendrás una mujer que se parezca ni remotamente a alguna de ellas. Intentas no pensar en que probablemente nunca vas a tener una mujer y en que la única vez que tuviste una oportunidad la cagaste de tal manera que ni siquiera quieres pensar en volver a intentarlo y, sin embargo, en lo único que puedes pensar es en volver a intentarlo.

Intentas no pensar en que estás a punto de perder a tu único amigo por culpa de la universidad y en que ya has perdido a una hermana por culpa de la pubertad.

Intentas no pensar en que tienes dieciocho años y en que, aunque la gente siempre te está diciendo que tienes toda la vida por delante, tú tienes la sensación de que ya has vivido todo lo que se puede vivir por aquí y eres demasiado gallina para largarte a otro sitio.

Pero al menos tienes una familia a la que soportas, aunque sean todo chicas. Y al menos tienes un padre y una madre, unos padres casados que viven en la misma casa, contigo. Un día eres ese chaval y al siguiente te han asignado un trabajador social y una psicoterapeuta y te han dado a escoger entre ser un ADULTO LEGAL con tres PERSONAS A TU CARGO o un HUÉRFANO sin NADIE.

A veces me entraban ganas de contarles eso, pero sabía que les parecería

aburrido.

Por las noches entre semana sólo trabajaban embolsando tres personas, dos más de las que hacían falta. Rick lo sabía y siempre me ponía en turnos con Bud y Church porque ellos no podían con las horas de más trabajo. Los dos eran lentísimos: Bud porque era mayor y no dejaba de hablar; Church porque era retrasado. A mucha gente no le gustaba esa palabra, pero era la que prefería él, así que yo también la usaba. Él odiaba términos como «discapacitado», «disminuido» y «especial» porque, en su opinión, él no era ninguna de esas cosas.

Una vez había buscado la palabra «retraso» en el diccionario y se había llevado una agradable sorpresa al ver que le remitía al verbo «retrasar», cuya definición era «atrasar el avance de algo», lo que le pareció que le describía perfectamente.

–Como cuando los coches reducen la velocidad para que pase una patrulla de Tráfico –me había explicado cuidadosamente, utilizando un bote de guisantes del Gigante Verde como soporte visual.

Lo entendí. No se veía a sí mismo como una parada total.

A Church le costaba reponer la mercancía de los estantes –cuestionaba la colocación de todos los productos– y Bud tenía artritis en las rodillas, pero a mí me encantaban las tareas sencillas en las que era imposible meter la pata. Me encantaba entrar en un pasillo desierto y silencioso empujando una pila de cajas y llenar los huecos vacíos. Y nunca me paraba a plantearme por qué las pastillas de caldo estaban con los condimentos y no con las sopas, ni si los CheezIts eran más biscote que aperitivo o más aperitivo que biscote. Le dije a Church que se iba a volver loco si daba demasiadas vueltas a las opiniones sesgadas de los demás.

Me alejé de las cajas y dejé a Bud hablando con las cajeras y a Church sentado en su banco toqueteándose una costra que tenía en uno de sus huesudos codos.

De camino al almacén, conté tres clientes. Ninguno estaba cerca del pasillo de la comida para mascotas, así que llené el carro de reponer de bolsas de tres kilos y medio de comida para gatos Meow Mix y me dirigí hacia allí.

Estaba pasando por la sección de verduras en conserva y alimentos exóticos cuando vi a una mujer con unos vaqueros y un jersey gris corto empujando lentamente su carro junto a las estanterías. Al principio pensé que se trataba de una chica joven. Y así lo deseé: quizá podría armarme de valor y hablar con ella. Desde detrás era perfecta.

Me detuve y la observé. Estaba balanceando la cabeza a un lado y a otro, como llevando el ritmo del balanceo de su cuerpo al andar. No estaba seguro de si era porque le estaba gustando la canción que estaba sonando en Lite FM, la

emisora que Rick nos obligaba a poner. Confié en que no fuera por eso: la canción era *Muskrat Love*.

Se paró delante de la comida china y se estiró para coger un frasco de salsa de soja de la balda superior. Mientras miraba la franja de piel que había quedado al descubierto justo encima de los vaqueros al levantársele el jersey, me di cuenta de que era la madre de Esme. Noté cómo me sonrojaba y miré a mi alrededor para asegurarme de que no me había visto nadie. Entonces recordé que nadie podía ver mis pensamientos.

Los Mercer vivían a unos tres kilómetros al este del cruce del camino del Tuntún con Black Lick Road, lo que los convertía en nuestros segundos vecinos más cercanos, después de la familia de Skip. Los Mercer eran cuatro: Esme; su hermano pequeño, Zack; su padre, y su madre, Callie.

Aquella no era la primera vez que me fijaba en el cuerpo de Callie Mercer. Coincidió con ella de vez en cuando allí, en el supermercado, y también cuando Jody iba a jugar con Esme y yo tenía que ir a recogerla después. Nos había traído una lasaña el día del entierro de papá y un pollo relleno el día que condenaron a mamá, y solía pasar por casa para ver cómo estábamos, pero la hostilidad de Amber y mi falta absoluta de dotes para la conversación habían puesto fin a sus visitas.

Una vez incluso hablé de ella con Skip. Fue el verano de nuestro último año de instituto, un día que íbamos andando por las vías del tren y decidimos atajar por la parcela de los Mercer. La vimos bañándose en el arroyo con sus hijos, con unos vaqueros cortos empapados y la parte de arriba de un biquini rosa. Yo eché aire por la boca y dije: «Atención a eso».

Skip creyó que estaba de broma. Me dijo que era un perverso. Dijo que querer liarse con la madre de alguien era igual que querer liarse con tu prima. Yo le dije que si ella se acercaba, se pegaba a él con sus vaqueros mojados y le susurraba al oído que quería hacérselo con él, se correría en los pantalones antes de que le diera tiempo a contestar.

Skip me miró con un gesto de extrañeza y me dijo que era un auténtico perverso.

—Hola, Harley.

Me había visto. No es que me importara, pero nunca sabía qué decirle. No estaba seguro de si debía dirigirme a ella como madre de Esme, señora Mercer con lasaña o chica con biquini rosa.

—Hola —contesté.

—¿Qué tal todo? —preguntó con un tono dulce y apremiante que me hizo tener la sensación de que llevara días buscando la respuesta a esa pregunta.

—Bien.

—¿Y las niñas?

–Bien.

Esbozó una pequeña sonrisa.

–Jody le contó a Esme que no le dejas sacarse el carné de conducir a Amber.

La sola mención de Amber conduciendo me hacía querer pegar una patada a algo, pero intenté mantener la cordura.

–Le he dicho que puede sacárselo cuando tenga un trabajo y pueda pagarse su propio seguro –expliqué con tono de enfado–. Los de la compañía de seguros la van a meter en mi póliza en cuanto se saque el carné, tanto si le dejas conducir mi camioneta como si no, solamente porque vivimos en la misma casa. Son como mil dólares.

–Harley –dijo riéndose y tocándome el hombro–, eres genial.

No sabía qué significaba eso, pero ese gesto hizo que se desvaneciera el enfado y se me secase la boca.

–Está claro que te has convertido en un cabeza de familia hecho y derecho –dijo sin dejar de sonreír–. Esme me ha estado dando la murga para que volvamos a invitar a Jody a cenar. Estaba pensando en el lunes, ¿te parece bien a ti?

El lunes era el día que le tocaba hacer la cena a Jody, pero supuse que los demás podríamos prepararnos nuestros propios tazones de cereales.

–Claro –dije.

Añadió un bote de brotes de bambú y un paquete de champiñones deshidratados a su carro. Debí de mirarla con un gesto raro, porque volvió a sonreír y me explicó que iba a preparar sopa agripicante.

–¿Te gusta la comida china? –preguntó, de nuevo con una voz cargada de una sinceridad conmovedora.

Me la imaginé apuntando mis respuestas a todas sus preguntas para poder sacarlas más tarde y deleitarse recordándolas.

–Sí –dije.

–Bueno, con esta receta sale un montón. Le daré un poco a Jody para que te la lleve a casa.

Se puso detrás de la oreja unos cuantos rizos castaños que se le habían soltado. Llevaba casi todo el pelo recogido con un prendedor, pero lo tenía grueso y rebelde y, lo llevara como lo llevara, siempre parecía despeinado.

–Me lo estoy pasando fenomenal haciendo la compra esta noche.

Pareció asombrarse ante sus propias palabras.

–¿Qué?

–Sin niños. Los he dejado en casa con Brad.

–Ah, ya.

Me dirigió otra gran sonrisa y se puso las manos juntas delante del cuerpo,

cerrando los puños, como si estuviera suplicando. Después separó los dedos lentamente como si abriera un abanico de papel.

–Es estupendo hacer la compra sola y a esta hora. No hay nadie más. Es lo más relajante que he hecho en semanas –su mirada recorrió los estantes con un gesto apreciativo, como si acabara de descubrir que la colocación de la comida encerraba un arte–. Dios, qué triste suena eso. Venir al supermercado para divertirse.

–Más triste es trabajar en uno –dije.

Su sonrisa desapareció con una brusquedad que me hizo pensar que la condición que la aquejaba podía ser permanente. Sus manos se cerraron como flores marchitas. Las arrancó del aire y se las metió en los bolsillos de los vaqueros.

–Es mucho más triste lo mío –contestó acerando el tono. Su voz líquida había pasado a ser sólida. Después añadió–: Tengo que terminar de hacer la compra. Si tardo demasiado, cuando vuelva a casa, Brad estará cabreado y el haber venido sola no habrá servido de nada.

–Claro –dije asintiendo con la cabeza.

–Acuérdate de darle una nota a Jody el lunes para que la dejen bajarse del autobús con Esme.

–Vale.

–Hasta luego –dijo.

–Hasta luego.

Pasé por delante de ella empujando mi carro, un tanto impresionado ante su inesperada transformación. Creía que los niños eran los únicos que se comportaban así: primero están locos de alegría y al cabo de un minuto están deprimidísimos por razones que no importan a nadie más. Me odié a mí mismo por haberle aguado aquel momento de alegría.

Al cabo de un rato, pensé en dejar de reponer y volver a las cajas para estar allí cuando fuera a pagar, pero no habría sido capaz de hablar con ella delante de la gente y, suponiendo que sí hubiera podido hacerlo, seguramente habría empeorado las cosas.

Cuando por fin me dirigí hacia allí, hacía rato que se había ido. Bud estaba hablando con las cajeras de una mofeta rabiosa que había visto tambaleándose cerca de su casa aquella mañana.

–Esos días de calor hicieron que todo despertara antes de tiempo –les dijo.

Una cajera asintió y dijo:

–Yo hoy he debido de pasar cuatro marmotas muertas en el arcén.

–Una vez apareció un gato muerto al lado de nuestra casa –interrumpió Church desde el banco en el que estaba sentado–. Mi madre me dijo que no lo tocara.

Me acerqué y me senté a su lado. Volvió la cabeza hacia mí y me miró fijamente con sus pequeños ojos grises. Llevaba las gafas más gruesas que había visto en mi vida. A veces me preguntaba si realmente las necesitaba o si algún médico cruel se las había puesto sólo porque completaban el *look* de retrasado.

–Mi madre me dijo que no lo tocara –repitió para mí.

–Un buen consejo –dije.

–¿Entonces has disparado? –preguntó la otra cajera a Bud.

–Ni hablar –contestó, haciendo un globo rosa y haciéndolo explotar rápidamente dentro de la boca con un estallido–. No voy a matar a una mofeta y apear toda la colina.

–Pero has dicho que tenía la rabia.

–Harley –me dijo Bud–, ¿tú dispararías a una mofeta con rabia?

La pregunta apenas había salido de su boca cuando las dos cajeras se dieron cuenta de las posibilidades de chismorreos que tenía mencionar armas en mi presencia. Las dos levantaron la vista y me dirigieron toda su atención, algo que nunca conseguía que hicieran cuando tenía una pregunta sobre un precio.

No sé qué esperaban que dijera: «No, pero dispararía a un familiar» o «Venga, Bud, ya sabes que la policía confiscó todas las armas de mi padre después de que mi madre cogiera su Remington y lo atravesara de un disparo».

Algún día iba a darles lo que querían.

–Supongo que no –contesté.

Church se dio una palmada en su esquelético muslo como si acabara de contar el mejor chiste del mundo. Lo miré a la cara y vi toda su inevitable vida resumida en sus distintos componentes: la saliva que escupía al reírse, los granos de la barbilla, la cicatriz de la frente, donde un niño le había tirado un camión de juguete en segundo curso, los serenos ojos grises que se movían detrás de las gafas como guijarros dentro de un bote de cristal.

–Así se habla, Harley –gritó entre risas.

Lo envidié.

La casa estaba a oscuras cuando volví. A nadie se le había ocurrido dejarme la luz del porche encendida, pero no me importó. Recordaba haber tenido una discusión con mi madre una vez porque ella no le dejaba la luz encendida a mi padre las noches que se quedaba por ahí bebiendo. Le dije que un hombre que volvía a su casa conduciendo de noche merecía ver una luz encendida independientemente de lo que hubiera hecho. Ella dijo que si ese hombre había hecho algo por lo que necesitaba que lo perdonaran, una luz encendida en el porche era lo último que quería ver.

En aquel momento discrepé, pero ahora entendía lo que había querido decir. Ese hombre no quería que nada le recordara que tenía personas a su cargo.

Elvis salió disparado de entre los árboles al oírme cerrar la puerta de la camioneta de un portazo. Se acercó corriendo, me puso las patas en el pecho y me olisqueó todo el cuerpo. A veces le traía sobras del expositor de la carne. Se rindió y me siguió hasta la casa. Titubeó durante un instante en la puerta, como si aún esperara que una de las botas de papá le golpeará el pecho, pero después entró. La parte inferior de los visillos que tenía mamá en la ventana delantera se estaba llenando de enganchones y rasgones porque siempre se lanzaba sobre ellos.

Misty estaba dormida en el sofá con las luces de la televisión parpadeándole en la cara. En el suelo había una lata vacía de Mountain Dew y una bolsa abierta de patatas fritas a la barbacoa. Fui a coger una cerveza de la nevera, me dejé caer en un extremo del sofá, a sus pies, e intenté ver un poco la televisión, pero me aburrí.

Saqué la carta de Skip del bolsillo del abrigo de mi padre, volví a abrirla y busqué la parte en la que contaba que se había acostado con dos chicas distintas desde que había empezado la universidad. Me lo creía. Eso sólo era una chica al año y él tenía cierto éxito con las chicas. No era virgen cuando se fue. Tuvo una novia durante una temporada cuando estábamos en nuestro tercer año de instituto. Era amiga de Brandy Crowe, la chica con la que estuve a punto de hacerlo yo.

Brandy ya estaba casada. Había visto la foto de su boda en el *Gazette* de Laurel Falls hacía un mes. Se había casado el día de San Valentín. Probablemente ella y su marido se quedaban tumbados en la cama por la noche después de un buen polvo y se reían de mí: el único tío de Estados Unidos que no sabía usar correctamente un condón. Me daba igual. El tipo era de Penns Ridge y allí todos eran una panda de paletos de pueblo con briznas de paja en la boca.

La noche que la cagué con Brandy me fui a dormir a la vieja oficina minera. No podía soportar la idea de volver a mi cama en el sótano siendo el mismo, después de haber estado totalmente convencido de que iba a volver transformado física y espiritualmente. Me tumbé encima de los cristales rotos y los tornillos oxidados y no noté nada. La humillación me había dejado el cuerpo entumecido.

Me desperté en plena noche rodeado de un olor a madera podrida, mortadela y mostaza, aunque lo de los sándwiches debió de ser producto de mi imaginación. La luz de una enorme luna blanca se colaba por los agujeros irregulares del tejado y me cubrió con un misterioso resplandor plateado que me recordó a mi madre, en Navidad, leyendo el fragmento de la Biblia en el que el arcángel Gabriel se aparecía en casa de la Virgen María y le explicaba que el

Espíritu Santo vendría sobre ella, el poder del Altísimo la cubriría con su sombra y entonces estaría embarazada de Cristo.

Todos los años, cuando mamá me leía aquello, yo me imaginaba a una muchacha de una belleza serena, desnuda y bañada en la misma clase de luz plateada, con los ojos muy abiertos por el miedo pero con una sonrisa en los labios: Dios la está cubriendo pero ella cree que es la luz de la luna.

La luz de la luna fue lo que me hizo volver a casa aquella noche. Yo no quería que Dios me cubriera. Ni siquiera por accidente.

Doblé la carta de Skip y volví a metérmela en el bolsillo. Después cerré los ojos y me permití alimentar una rápida fantasía con universitarias excitadas antes de terminarme la cerveza y volver a salir para asegurarme de que la tapa del cubo de basura estaba cerrada a prueba de mapaches.

Despertar a un oso en estado de hibernación era más fácil que despertar a Misty. Ni siquiera me molesté en intentarlo. La cogí en brazos como a una recién casada y la llevé a su cama.

La tumbé y el brazo en el que llevaba el collar de gato se deslizó por la cama y quedó colgando. Le cogí la mano y se la puse sobre el pecho. Todavía tenía pan y mostaza reseca bajo las uñas.

Su lado de la habitación había cambiado mucho en el último año. Había guardado casi todos sus peluches y todas sus Barbies. Había cambiado el póster de los caballos al galope por uno de las Spice Girls y su tocador estaba lleno de esmalte de uñas y pintalabios en lugar de ponis de juguete con el pelo rosa y morado.

En la mesilla de noche, entre su cama y la de Jody, había una foto enmarcada de papá y ella. Salían los dos sonriendo al lado de un ciervo destripado con los ojos muy abiertos, tumbado sobre el capó del Dodge con las patas enredadas. Aquélla era la primera presa que había matado Misty de un disparo limpio. Y ella había girado totalmente la fotografía hacia su lado.

Me fijé en un trozo de papel doblado que había detrás. Lo cogí y reconocí la esmerada caligrafía picuda de Jody.

BA EN CONTRA DE LAS LELLES DE LA NATURALEZA.

Sonreí y le di la vuelta para ver si había escrito algo más. Parecía algún contencioso entre sus dinosaurios. Me giré hacia ella y lo único que vi fue la parte superior de su dorada cabeza asomando entre una montaña de peluches.

Su última sombrilla de papel había sido incorporada al vaso de cartón en el que tenía todas las demás. También tenía guardadas todas las tiras de papel de las galletas de la suerte, aplastadas, alisadas y metidas cuidadosamente en un sobre con las palabras GAYETAS DE LA SUERTE.

La primera vez que le llevé una galleta de la suerte tenía unos tres años. Yee's acababa de abrir y un día Skip y yo fuimos a echar un vistazo al volver del

instituto. Mamá le enseñó a Jody cómo funcionaba la galleta. La partió y dejó que ella sacara la tira de papel. Jody le preguntó a mamá qué ponía y mamá me guiñó un ojo y dijo:

–Pone que Barney te quiere.

A Jody le gustaba Barney el dinosaurio por aquel entonces.

Casi me muero de la risa al ver la cara de Jody. Creía totalmente en el poder de la galleta. Mamá y yo intercambiamos una sonrisa. La suya rebosaba una alegría desinteresada y llena de satisfacción. Papá también estaba allí, pero estaba viendo la tele.

Nunca había visto a papá sonreír con sinceridad como hacía mamá. Hasta donde yo podía intuir, para él la felicidad no era más que otro sentimiento violento, algo que convertía en palmadas en la espalda y puñetazos en el brazo y que utilizaba como excusa para emborracharse y ponerse agresivo.

Cuando era pequeño, me parecía que a todos los hombres les pasaba lo mismo y me preocupaba que los hombres sólo pudieran sentir ira y que todos los demás sentimientos tuvieran que nacerles de la ira. Cuando se lo pregunté a mamá, me dijo que seguramente tenía razón. A veces su sinceridad interfería en sus aptitudes como madre.

Doblé el papel y volví a dejarlo donde estaba.

Apagué la lámpara del arca de Noé de Jody, que primero había sido mía, después de Amber y después de Misty. Casi toda la pintura de colores pastel estaba descascarillada, así que Noé y sus animales se habían quedado sin cara y parecían fantasmas.

Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. La débil luz de la luna fue entrando lentamente en la habitación y fue suficiente para hacer centellear la muñeca de Misty. Todo lo demás siguió negro.

Salí y avancé por el pasillo, dejando la habitación de papá y mamá a la derecha. Nadie había entrado allí desde el día en que la hermana de papá, Diane, había venido a quitar las sábanas de la cama y a guardar la ropa y los efectos personales de papá. Así fue como los llamó: efectos. Diane era profesora de tercero de primaria y se creía que lo sabía todo.

A veces me asomaba por una rendija de la puerta y miraba el deslumbrante colchón color carne que siempre me había parecido muy mullido y el póster enmarcado de una playa muy romántica del lago Erie que siempre me había parecido muy exótica y la botella vacía con forma de bailarina de un perfume llamado Viento de la Luna que siempre me había sonado precioso. Ahora sabía que todas esas cosas eran una mierda. Aquello era como visitar la tumba de papá.

Ya en mi propia habitación, me quité la ropa, comprobé el piloto de la estufa –últimamente me estaba dando problemas– y me metí en la cama. Elvis dio un

par de vueltas a la alfombra y se tumbó dando un suspiro. Lo último que recuerdo es haber estado contemplando la silueta gris borrosa de mi bombilla apagada en contraste con la absoluta negrura del sótano y lo siguiente que recuerdo es el ruido de Amber y su chico en el sofá.

Al principio sólo eran cuerpos moviéndose desordenadamente y voces ahogadas. Miré la hora: las 2:35 de la madrugada.

Me senté y puse los pies en el suelo. Oí un gemido. Oí una risita. Después empezaron a oírse los golpes acompasados del sofá contra el suelo.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentado en mi cama, aguzando el oído y apretando los puños, antes de rendirme ante la increíble evidencia de lo que estaban haciendo. Debió de ser un buen rato, ya que cuando abrí los puños me salía sangre de las pequeñas marcas con forma de media luna que me había hecho en las palmas de las manos con las uñas mordidas.

Amber sabía que tenía prohibido traerlos a casa.

Me levanté, volví a ponerme los vaqueros y la chaqueta de papá y fui a coger la Ruger 44 mágnium que me había dado el tío Mike. Sí, la policía se había llevado todas las armas de papá, pero el tío Mike consideró que yo necesitaría al menos una. Nunca se sabía cuándo podía aparecer una mofeta rabiosa.

Los cartuchos estaban en mi cajón, con el catálogo de Victoria's Secret.

Subí las escaleras sigilosamente. Mi plan era salir por la puerta trasera y disparar a su camioneta, como al coche de la fuga de Bonnie y Clyde, pero se me había olvidado que la cocina daba al salón y que tenía justo delante el extremo del sofá.

Lo vi encima de ella. Ni siquiera la estaba mirando. Tenía la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. La única parte que se veía del cuerpo de Amber eran sus piernas desnudas alrededor del culo al aire del chico.

Me detuve y le apunté con la escopeta a la cabeza.

Habría sido facilísimo. Tendría que haber sido facilísimo, pero no lo fue. No era fácil disparar a una persona, por mucho que la odieras o que odieras lo que estaba haciendo. Por muy cabreado que estuvieses o mucho dolor que sintieras. No era fácil. ¿Cómo había podido hacerlo ella?

Me di la vuelta y atravesé la cocina, dándome con una silla por el camino. Ya no me importaba que me oyeran. Salí por la puerta trasera dando un portazo, me quedé en el jardín delantero y empecé a pegar tiros al aire.

Había decidido no disparar a su camioneta porque, si lo hacía, él no podría desaparecer de mi vista, que para entonces era mi principal objetivo. No estaba loco, me dije a mí mismo sintiendo algo de alivio. Los locos no prevén las cosas.

El chico salió de la casa tambaleándose, intentando subirse los pantalones. Me

dio la impresión de que no era muy espabilado, pues debería haber huido de los disparos en lugar de correr hacia ellos.

Amber salió detrás de él, en bragas y con su diminuto jersey.

–Habías dicho que tenía un sueño muy profundo –le gritó el chico.

–¡Para, Harley! –me gritó ella–. ¡Cabrón! ¡Imbécil!

El chaval la agarró del brazo y la zarandeó.

–¿Qué estás haciendo? –exclamó.

–¡Desgraciado! ¡Te odio! –siguió gritando ella.

–¿Es que no tienes padres? –le pregunté al chico cuando dejé de disparar para volver a cargar el arma.

–¿Eh? –contestó.

–¡Te odio! –me chilló Amber.

–¡Cállate! –le gritó él.

–¿Sabes la hora que es? –dije.

Mi voz sonó increíblemente serena y cuerda, pero no era así como me sentía. El estómago me daba vueltas y las manos me habían empezado a temblar otra vez. Me alegré de no tener que apuntar a nada.

–Mañana hay colegio –le expliqué.

–Este tío está como una puta cabra –dijo el chico mientras intentaba subirse la cremallera de los vaqueros.

–No tienes por qué irte –le dijo Amber.

El chaval la miró y soltó una risa histérica.

–Ya, claro –gritó.

Me di cuenta de que Misty y Jody estaban en la puerta, detrás de Amber. No me importaba que me vieran dispuesto a disparar a alguien, pero no quería que vieran a Amber medio desnuda y supieran qué había estado haciendo.

–Lárgate de aquí –le dije al chico mientras me dirigía hacia la casa.

Me lanzó una mirada de desesperación y salió corriendo hacia su camioneta.

–Volved a la cama –les dije a las niñas mientras me abría paso entre ellas.

Estaban a punto de hacerme una decena de preguntas, pero las acallé todas con una mirada.

–Eres un desgraciado –seguía gritándome Amber.

Entré en el salón y dejé la escopeta en un rincón. Después me agaché y empecé a empujar el sofá hacia la puerta con el hombro.

–Esas cosas las haces fuera de mi casa –le gruñí.

–Harley, ¿qué haces? –me preguntó Misty.

–Idos a la cama.

–No es tu puta casa –gritó Amber.

–Harley, ¿qué haces? –volvió a intentarlo Misty.

–Quítate de en medio.

Abrí bruscamente la puerta de la calle. Tumbé el sofá yo solo para poder sacarlo por la puerta no fue fácil, pero lo conseguí.

–¿Qué estás haciendo?

Ahora era Amber quien quería saberlo.

–¿Estabais usando algo? –le pregunté.

–¿Qué?

–No he visto ningún condón colgándole de la polla, ¿o es que le ha dado tiempo a quitárselo?

–Que te jodan, Harley.

–Como aparezcas embarazada, te quedas sola.

–¡Ya estoy sola, desgraciado!

Se lanzó sobre mí y empezó a darme golpes en la espalda. Me la quité encima de un buen empujón y terminé de arrastrar el sofá escaleras abajo hasta el jardín.

No recordaba si había llenado la lata de gasolina de repuesto al final del verano anterior. Papá siempre me lo estaba repitiendo. Odiaba poner en marcha el cortacésped para la primera siega del verano y quedarse sin gasolina.

Me acerqué al cobertizo y abrí la puerta. Una culebra negra tan larga como mi pierna se deslizó lentamente de un lado a otro. Ni siquiera tuvo fuerzas para enroscarse cuando se paró. Otra engañada que se había despertado antes de tiempo, como las lombrices y la mofeta rabiosa de Bud. Ahora se estaba muriendo de frío. Quizá coger la azada y cortarle la cabeza habría sido un final más caritativo para ella, pero si sobrevivía impediría que las ratas se acercaran al garaje y que los topos llenasen el jardín de agujeros.

La dejé a su aire y cogí la lata de gasolina. La agité. Había suficiente para rociar el sofá.

Fui a la cocina a buscar una caja de cerillas.

Cuando volví a la parte delantera de la casa, Amber se había ido. Misty y Jody estaban en las escaleras. Misty empezó a preguntarme otra vez qué estaba haciendo, pero se calló cuando vio levantarse una bola de fuego amarillo de los cojines. Se puso pálida, lo que hizo que sus pecas destacaran en contraste con la piel, oscuras como posos de café. Me lanzó una mirada feroz y se metió corriendo en casa con los ojos empapados de lágrimas de enfado. No entendía por qué..., era una mierda de sofá.

De repente me dolía todo el cuerpo. Seguramente de mover el sofá yo solo. Papá había necesitado al tío Mike y al marido de la tía Diane, Jim, para ayudarlo a meterlo en casa cuando murió la abuela y lo heredó.

Me senté en la hierba y contemplé cómo ardía. Jody se acercó y se quedó de pie al otro lado de las llamas. Su cuerpecito, cubierto con una de mis viejas

camisetas blancas, se veía temblar por el efecto del calor del fuego como si fuera un fantasma.

No me preguntó por qué lo había hecho y yo me alegré de que no lo hiciera. Vino a sentarse a mi lado y apoyó la cabeza en mi brazo.

–Estoy deseando ver a mamá –dijo.

–Genial –murmuré.

Levantó la vista hacia mí, arrugando la suave frente con un gesto de preocupación adulta.

–¿Qué es un condón?

–Oye –dije rápidamente, mirando alrededor en busca de una distracción mayor que un sofá en llamas–, ¿dónde está Elvis? No lo he visto desde que me fui a la cama.

La cara de Jody se iluminó.

–Creo que sé dónde está.

Se levantó de un salto y fue corriendo hasta una de las casetas, con mi camiseta agitándose alrededor de sus piernas. Metió la cabeza y después volvió a sacarla sonriendo y haciendo un gesto con la mano como si fuera una azafata de un concurso de televisión. Elvis salió lentamente, olisqueó el aire y se tumbó en el suelo dando un bostezo.

Al final acabé llevando a Jody a ver a mamá, pero sólo después de que Misty y Amber aceptaran no venir. Caí en la cuenta de que el problema siempre había sido llevar a las tres juntas, así que en el desayuno le pregunté a Misty si le importaría no venir esta vez. Seguía enfadada por lo del sofá de papá. Me lanzó una breve mirada sombría y dijo que no pasaría dos horas conmigo en una camioneta ni aunque le pagara. Amber no llegó a salir de su habitación.

Antes de recoger a Jody del colegio, trabajé dos horas en Barclay's descargando frigoríficos, limpiándolos y colocándolos en la sala de exposición y otras tres horas en el camión entregando pedidos de lavadoras, secadoras y cocinas con Ray, un tipo que estaba todo el tiempo echando pestes de su mujer y sus hijos.

Volvía a estar de mal humor y me daba rabia estar así, ya que sabía que Jody necesitaría todo un despliegue de falso optimismo después de ver a mamá. Normalmente Amber se encargaba de animarla y yo tenía que reconocer –por mucho que odiara todo lo demás que hacía Amber– que consolar a Jody se le daba bien.

Jody estaba esperando junto a la ventana de la secretaría del colegio cuando paré la camioneta. Llevaba la mochila colgada y tenía en la mano su abrigo rosa de entretiempp que se le había quedado pequeño desde el año anterior. Llevaba un vestido de flores, leotardos con rotos en las rodillas y las botitas militares plateadas de niña que le había regalado Amber las últimas Navidades.

Muchos de los niños se arreglaban cuando iban de visita a la cárcel. Algunos lo hacían porque los obligaba una tía o una abuela, pero otros, como Jody, lo hacían porque querían. Y no costaba nada reconocerlos. Siempre estaban obsesionados con que no se les arrugara la ropa.

No entendía qué razones tenían para hacerlo, aparte de poder decirles a sus madres: «Mírame. Mira qué mona y patética voy con mi vestidito. Mira a lo que has renunciado». Seguramente fuera esa misma clase de necesidad desmedida de atención la que había hecho perder la cabeza de entrada a algunas de aquellas madres.

Jody se pasó casi todo el camino cotorreando sin parar: me contó que faltaba poco para que llegara el conejo de Pascua, que una niña había llevado al colegio un ornitorrinco de peluche Beanie Baby con la etiqueta puesta y le había dicho a todo el mundo que sus padres lo iban a vender por un millón de dólares un par de años más tarde y que en el comedor habían servido banderillas de

salchicha rebozada como plato principal. Últimamente se había vuelto una auténtica parlanchina, lo que me alegraba pese a lo molesto que podía llegar a ser.

Jody estuvo mucho tiempo sin hablar después de que mamá disparara a papá. Empezó a mojar la cama y no comía nada que no fueran figuritas de gelatina roja. Tenía un psiquiatra distinto de Betty. Un tipo con barba que no tenía ni la menor idea de nada. Quería internarla para tenerla en observación. A Amber casi le da algo.

A lo largo de todo el mes siguiente, cada vez que volvía a casa tras otro día de recorrer inútilmente el condado buscando trabajo, me encontraba a Amber en el sofá con Jody en el regazo, sin hacer ni decir nada, solamente abrazada a ella. Hasta que un día volví a casa y me las encontré jugando con los dinosaurios y comiendo palomitas y, desde entonces, todo ha ido bien.

Por ensayo y error, había descubierto que los viernes eran el mejor día para ir a ver a mamá. No iba casi nadie más. Sólo un idiota querría empezar su noche de viernes con una visita a la cárcel.

Los peores días eran los sábados y los domingos. El aparcamiento de visitantes era un goteo incesante de niños emperifollados con trabajos del colegio y dibujos hechos en casa.

Seguro que a las cárceles de hombres no van tantos niños. Seguro que no tienen salas de visita especiales –llamadas Salas de los Abrazos– a las que pueden ir para poder tocar a sus hijos. Seguro que las paredes de sus comedores no están llenas de familias de monigotes delante de casas dibujadas con ceras de colores ni de exámenes de ortografía con estrellas. (Jody me dijo que mamá le había contado que usaban copos de avena para pegar las hojas a las paredes, ya que no les dejaban tener cosas como cinta adhesiva, chinchetas o cuerdas. Dijo que el pudín de tapioca también servía.)

Supongo que los visitantes de las cárceles de hombres serán sobre todo abogados y putas.

Tendría sentido. Las cárceles son un reflejo de la vida real y a mí siempre me ha parecido que, desde el momento en que una mujer tiene un hijo, ésa es la única característica de ella que importa. Quizá ser padre describa a un hombre, pero ser madre define a una mujer.

Jody no paró de hablar hasta que nos aproximamos a nuestra salida. La cárcel se veía bien desde la carretera interestatal. Se encontraba al fondo de uno de esos valles que suelen aparecer en los calendarios de todos los bancos de la región, salvo por el detalle de que en esos calendarios siempre hay un gran establo rojo en lugar de un enorme edificio angular de cemento gris que proyecta una imponente sombra sobre las bajas colinas de detrás como una cicatriz. Seguro que, cuando se construyó, el gobierno sólo buscaba un lugar aislado y no

pretendía que el edificio sirviera para expresar nada, pero habían conseguido que reflejara perfectamente el contraste entre la fealdad del Hombre y la belleza de la Naturaleza.

No le había estado prestando mucha atención a Jody, pero me gustaba oír el entusiasmo de su voz, como me había gustado escuchar a Callie Mercer en Shop Rite. Su voz me sirvió para relajarme y distraerme, como me pasaba con el zumbido de la aspiradora de mamá, y cuando se calló, sentí una extraña sensación de pánico.

La pillé mirando por la ventanilla e intenté sacar algún tema de conversación para distraerla, pero, antes de que se me ocurriera nada, Jody dijo:

–¿Qué es una inyección letal?

–¿A quién le has oído eso? –pregunté con tono áspero.

–A Tyler Clark, en el cole. Ha dicho que a mamá le van a poner una.

Volví la vista hacia ella. Seguía mirando por la ventanilla.

–A mamá no le van a poner una –dije.

–Esme ha dicho que es lo que les pone el veterinario a los perros viejos cuando les cuesta morir. Ha dicho que a las personas no se las ponen porque no las necesitan. Se mueren solas.

–Es verdad.

–Mamá no se va a morir, ¿verdad?

–No.

–Yo no quiero que mamá se muera. Aunque matara a papá.

Mis manos dieron un volantazo. A veces hacían cosas así; actuaban por su cuenta. La camioneta giró bruscamente hacia un lado y después volvió a su carril con una sacudida. Jody se apoyó en el salpicadero.

–Joder, no puedo hablar de estas cosas mientras conduzco, ¿vale? –le dije.

–Vale –contestó–. De todas formas, ¿qué es lo que te pasa?

–Nada.

–Estás de mal humor.

–No estoy de mal humor.

–Sí que lo estás.

–No lo... –me detuve. Era imposible ganar aquella discusión con una niña de seis años.

–Lo estás –añadió.

–Jody –empecé a refunfuñar–, tú no lo entiendes.

–No me digas que soy demasiado pequeña –protestó–. No soy demasiado pequeña.

–Sí que lo eres.

–No lo soy.

–Sí que... Bueno, no importa.

–¿Quieres que te cuente un chiste?

–Vale.

Salimos de la carretera interestatal y entramos en la comarcal. El prado de la derecha estaba vacío, pero al final del verano estaría cubierto de girasoles hasta donde alcanzaba la vista. Las reclusas no podían verlos desde dentro, pero a mamá la detuvieron en agosto, así que ella sí sabría que estaban allí.

–¿Qué dice un pescadero cuando le haces un favor? –preguntó Jody.

–No lo sé.

Se le dibujó una enorme sonrisa en la cara incluso antes de contestar.

–Truchas gracias.

Me reí. Era bastante bueno.

Cuando aparqué, Jody esperó a que fuera a abrirle la puerta y, cuando lo hice, dijo «Truchas gracias» y estalló en risitas otra vez. Cogió el dibujo que le había hecho a mamá: un caleidoscopio de frutas coloreadas con subrayadores fosforescentes con las palabras LA FRUTA ES BUENA PARA LA SALUZ escritas en la parte de arriba. Estaban dando las clases de fruta en el colegio. Siempre firmaba los dibujos con TU IJA, JODY en la parte inferior. Echó a andar por el aparcamiento, lanzándome sonrisas por encima del hombro. No tenía miedo a nada.

Yo no había pensado entrar a ver a mamá aquel día. Tenía pensado sentarme en la sala de espera como hacía siempre y leer un número atrasado y sobado de *Outlaw Biker*. Era eso o *Better Homes and Gardens*. Pero Jody me cogió del brazo e insistió en que entrara con ella. No quería entrar sola. Empecé a ponerle toda clase de excusas y el vigilante que teníamos al lado esperando para pasarnos un detector de metales le dijo a Jody:

–No gastes saliva, guapa. Hay gente que no puede con ello.

Y ésa fue la razón por la que rompí mi promesa de no volver a ver a mi madre en lo que me quedaba de vida: porque un desconocido con un uniforme de poliéster y zapatos con suelas de caucho se burló de mí. A veces odiaba ser un hombre.

Jody aceptó encantada que le pasaran el detector de metales cuando dije que entraría con ella. La primera vez que le habían pasado uno, pensó que estaban buscando caramelos.

El año anterior habían estado hablando de empezar a registrar las cavidades corporales de los visitantes que entraran a la Sala de los Abrazos después de que una mujer utilizara a su hija de diez años para introducir clandestinamente piezas de un arma.

Yo no creía en la pena de muerte, pero cuando oí dónde había hecho meterse aquella mujer trozos de metal a la niña, lo único que podía pensar era que alguien debería volver a sacarla de la cárcel y pegarle un tiro en la cabeza. Que le

den por culo a la Asociación Nacional para la Defensa de los Derechos Civiles. Hay cosas que no admiten discusión.

En lugar de eso, pusieron más cámaras de seguridad.

Nosotros entramos primero. La sala tenía cuatro sillas, una de las cuales era una mecedora. Supe inmediatamente que era para mujeres con bebés. Tendría que haberme ido en ese momento, pero entonces la puerta se abrió y apareció ella, vestida con una mierda de bata cutre parecida a un camisón de hospital. Y era amarilla. De un amarillo girasol descolorido. Como si alguien hubiera querido gastarle una broma.

Jody fue corriendo hacia ella. El vigilante se hizo a un lado, salió y cerró la puerta. Mamá se agachó y estrechó a Jody entre sus brazos antes de reparar en mí.

Al principio no me reconoció, o quizá había una parte de mí que no quería que me reconociera, una parte que quería que mascullara una disculpa por el malentendido para poder volver a verla como a una desconocida.

«Perdóname», quería que dijera, «por un momento he pensado que eras mi hijo». «No te preocupes», contestaría yo, «yo habría jurado que eras mi madre».

En realidad no se parecía en nada a mi madre. A ninguna edad ni en ninguna etapa de su vida que yo recordara. Ni a la joven nerviosa que intentaba contener las náuseas en la foto de la boda. Ni a la madre guapa y relajada con una coleta de cuando yo era pequeño. Ni a la madre agotada e irascible en que se convirtió después. Ni a la madre asustadiza y preocupada en que se había convertido más recientemente. Ni a la madre de nuevo tranquila yéndose de su casa para siempre en un coche con las manos esposadas y la ropa manchada de la sangre de su marido.

Estaba más delgada. Mayor. Iba algo desaliñada, pero no en el mal sentido. La envolvía una especie de calma salpicada de cansancio y angustia, como si por fin hubiera alcanzado un plano femenino divino en el que la preocupación y la decepción eran buenas y necesarias. Llevaba el pelo color óxido tan corto como el mío. No me podía creer que Amber no hubiese puesto el grito en el cielo y no se hubiera pasado días despotricando contra su pelo.

—¿Harley?—dijo.

Aunque sonó como una pregunta, fue la constatación de un hecho. Había sido identificado. Reconocido. Me tenía en su mira.

Soltó a Jody y se incorporó lentamente.

—Harley—repetió mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Vino hacia mí. Pensé que me iba a pegar. No sé por qué. Ella nunca me había pegado. Di un paso atrás, pero me cogió la cara con las manos, la miró como si fuera la de un recién nacido y después me abrazó con todas sus fuerzas.

–Mi niño –dijo contra mi cuello desnudo, sin que sonara tonto, ñoño ni falso. Otra constatación de un hecho.

Fue la voz lo que me llegó. Podía llegar a convencerme de que la mujer que tenía delante y me estaba abrazando era una desconocida, pero aquella voz era la única voz que había sido amable conmigo sin querer nada a cambio. La había integrado en mi conciencia incluso antes de tener formadas las orejas.

Aunque lo intenté, mis brazos no se levantaron para abrazarla ni apartarla. Todas las sensaciones desaparecieron de mi cuerpo, con la excepción de un leve dolor entre los ojos. Mi voluntad quedó hecha pedazos, aplastada entre la ráfaga de amor que sentí y el muro de odio que se levantó para hacerle frente. Caí en la cuenta demasiado tarde de que ver por primera vez a mi madre desde que había empezado a cumplir una condena a cadena perpetua probablemente era algo importante.

Dejó de abrazarme sin que pareciera notar o importarle que yo no la hubiese abrazado. Después de todo, era un hombre adulto. Nunca había visto a mi padre abrazar a nadie salvo a mamá y a Misty.

Mamá se apartó y Jody se puso entre nosotros y le rodeó la cintura con los brazos.

–Te has cortado el pelo –dije, sorprendido ante la facilidad con la que me salió la voz.

–Hace tiempo –me dijo. Pareció alegrarse tanto de que pudiera hablar como se había alegrado de que por fin pudiese apuntar al orinal sin salpicar la pared de detrás–. ¿Te gusta?

Levanté los hombros como si mi madre fuera un enemigo al que podía derrotar.

–No.

Se rió. Jody le dio el dibujo y mamá lo cogió y empezó a decir maravillas de él antes de recorrer rápidamente la sala vacía con la mirada hasta posarla en mí, llena de preocupación. Pensé que iba a volver a tocarme, pero preguntó con tono apremiante:

–¿Dónde está Misty?

Por un momento no supe qué contestar debido a lo irrelevante de la pregunta. Me encogí de hombros.

–Ha decidido no venir –dije.

–¿Por qué?

–Harley le ha pedido que no viniera –me corrigió Jody.

Le lancé una mirada feroz.

–Es verdad, se lo has pedido.

–¿Por qué? –preguntó mamá.

–Porque se pelean –solté, y a continuación me sentí como un idiota–. Se

pelean en la camioneta y me ponen de los nervios.

Mamá sonrió afectuosamente al oír mi confesión y el orgullo y el cariño evidentes que sentía por mí destruyeron toda la reputación de persona severa e inflexible que me había labrado a lo largo del año y medio anterior. Me alegré de que Amber no estuviera allí para verlo.

–Bueno, ¿cómo está? –insistió mamá.

–¿A quién le importa?

–Harley... –dijo con un ligero tono de reproche–, ¿qué te pasa?

¿Qué te pasa?, me repetí a mí mismo, intentando no echarme a reír a carcajadas. Mi dolorida cabeza se llenó de generales furiosos andando por campos de batalla sembrados de cadáveres y haciendo la misma pregunta a los supervivientes.

–Nada –contesté.

–¿Por qué dices que a quién le importa?

–Porque quiero saberlo.

–A mí me importa –dijo mamá con firmeza–. Y a ti.

–Y a mí –añadió Jody.

Llevé la mirada de Jody a mamá y de nuevo a Jody. Me imaginé a Misty y a Amber allí también y pensé en que las cuatro habían estado viéndose allí durante un año y medio, miembros privilegiados de un club secreto de la Sala de los Abrazos. Podía imaginármelas riéndose y marujeando. Hablando de ropa, de peinados y de muñecos de peluche Beanie Babies. Sin dedicar ni un segundo a pensar dónde se encontraban ni qué había ocurrido. Sin preocuparse de la culpa, la vergüenza o el pago de las facturas.

Entonces, de repente, lo entendí: las niñas no se habían tomado nada de toda aquella mierda como algo personal. No sentían que ella las hubiera abandonado.

No tendría que haberme sorprendido. Ellas siempre habían sido más tolerantes que yo con las meteduras de pata de mamá, siempre habían estado más dispuestas a perdonarla por confundir a quién le gustaba la mermelada de fresa y a quién la de uva o quién le había hecho el regalo bueno por su cumpleaños y quién le había regalado una estupidez. Ellas la defendían en situaciones en las que yo esperaba una disculpa.

Supongo que su indulgencia se debía al hecho de que eran del mismo sexo. Simplemente era una cosa más que nunca entendería sobre las mujeres, como que no quieran que les des la lata, pero que, si estás demasiado tiempo sin darles la lata, vengán preguntándote por qué no les estás dando la lata. O que lo único que les importe sea estar guapas, pero que, cada vez que les dices que están muy guapas, se ofendan porque estás insinuando que hay otra cosa que no va bien. O que estén obsesionadas con demostrar que no son menos que los hombres

intentando hacer cosas que sólo hacen los hombres, cuando precisamente lo que las hace mejores que los hombres es que esas cosas no se les dan bien por naturaleza.

Ésas eran un par de cosas que había aprendido sobre las mujeres durante mis años de cautiverio entre ellas. Lo único que había aprendido en mi vida sobre los hombres a base de observar a mi padre era el no tener ninguna ambición.

–¿No quieres saber dónde está Amber? –preguntó Jody.

–Amber ya es mayor –contestó mamá.

Sacudió la cabeza como hacen las mujeres con el pelo largo para apartárselo de los ojos. Entonces se llevó la mano rápidamente a la cabeza, sus dedos desaparecieron durante unos instantes entre su pelo corto y salieron frustrados.

–Ya me he imaginado que puede que esté ocupada con alguna otra cosa –continuó, rodeándose el cuerpo con los brazos como si tuviera frío y dando un par de pasos por la sala–. Ya sé que ha empezado a salir con chicos.

Aquella forma tan inocente de decirlo me hizo pensar en un muchacho con traje abriéndole la puerta del coche a una chica con un vestido mientras el padre de ella daba una calada a una pipa y decía: «No vuelvas más tarde de las diez, cariño». También me hizo darme cuenta de que no tenía ni idea de lo que le habían estado contando las niñas a mamá sobre nuestras vidas y sobre mí.

–Define salir con chicos –dije.

Mamá me lanzó una mirada que quería decir que en ese momento no tenía tiempo ni ganas de descifrar los significados ocultos de la jerga adolescente y se sentó en una de las sillas con la naturalidad de alguien que se echara en un sofá. Inmediatamente, Jody se le sentó encima, apoyó la cabeza en su pecho y empezó a parlotear. Poco a poco, mamá empezó a acariciarle el pelo y su presencia junto al cuerpo de Jody actuó como una fuente de calor aplicada a una contractura muscular. Le besó la cabeza y asintió sonriendo al oír su retahíla de frases. Había visto la misma escena cientos de veces en casa. No había ninguna diferencia con aquello.

Me di la vuelta, me acerqué a una de las cámaras que colgaban cerca del techo y miré hacia ella. Me pregunté cuántos vídeos de gente en esa misma actitud tendría el sistema penitenciario del estado. Mientras me quedaba allí quieto, intenté decidir qué hacer a continuación.

Sabía que Betty me habría aconsejado que soltara la gran pregunta. Que me lanzara y lo hiciera en ese mismo momento, sin más. Siempre me estaba diciendo que no podría cerrar aquel capítulo hasta que no le preguntara a mamá por qué lo había hecho. Una vez le pregunté qué narices quería decir con «cerrar el capítulo» y me contestó: «Estar en paz».

Yo le dije que ya sabía por qué lo había hecho. Incluso el abogado de mamá y el fiscal estuvieron de acuerdo en la razón; la única diferencia fue que uno la

presentó como una demostración del amor de una madre, y el otro, como una demostración del odio de una madre. La pregunta era: ¿cómo pudo hacerlo? Y yo no quería saber la respuesta a esa pregunta.

Lo siguiente que consideré fue iniciar una fuerte pelea con mamá, por lo que fuera, pero decidí no hacer eso tampoco. A mamá y a mí no se nos daba bien discutir. Ninguno de los dos era capaz de dedicar todas sus energías a un enfrentamiento. Betty lo llamaba «interiorización». Yo lo llamaba pereza y cobardía.

A mí siempre me pareció que mamá y papá estaban hechos el uno para el otro cuando se trataba de discutir. Mamá era la oponente perfecta para él porque aguantaba todo lo que él pudiera echarle, igualando la intensidad de la ira de papá con la intensidad de su paciencia hasta que él se acababa cansando, se retiraba y la dejaba seguir con su vida.

Un domingo papá tuvo una pelea muy fuerte con mamá mientras ella estaba preparando el desayuno. Papá se enfadó tanto que cogió una caja entera de huevos y empezó a romperlos uno por uno por toda la cocina. Caían pegotes de yema por las paredes y se formaron charquitos pegajosos en el suelo de baldosas.

Misty, que era muy pequeña y estaba sentada en una trona, empezó a reírse y a dar palmas. Amber se fue corriendo. Yo, como era un niño, pensé que lo que estaba haciendo papá era muy guay, pero, como era su hijo, me di cuenta de que yo podría ser lo siguiente que se estampara contra la pared. Me quedé en mi silla, esperando.

Cuando agotó su arsenal, volvió a la mesa encolerizado y tiró los cacharros del desayuno al suelo barriéndolos con el brazo. Después salió de la cocina hecho una furia.

Esperamos a oír qué hacía a continuación antes de decidir qué hacer nosotros. Esperamos a que se oyera el aullido de un perro, el rugido del cortacésped, el ruido de la camioneta al ponerse en marcha o un silencio ominoso.

Al final oímos la camioneta. Yo me puse a comer otra vez. Amber volvió a la mesa. Misty giró la cabecita a un lado y a otro, señaló la puerta y dijo «Pa, pa».

Mamá cogió una bayeta y echó una mirada a la masacre de color amarillo oscuro que goteaba por todas partes como si el sol hubiera sangrado por toda su cocina. Después se acercó a su lista de la compra y escribió HUEVOS.

Volví a girarme y me quedé mirando a mamá, que tenía a Jody en el regazo. Me pilló mirándola.

–Tienes cara de querer decir algo –dijo.

–¿Dónde tienes guardadas las bombillas de repuesto?

–Debajo del lavabo, bien al fondo, a la derecha –contestó sin detenerse.

–¿Queda alguna?

–No lo sé, Harley –suspiró–. Ha pasado mucho tiempo.

Lo dijo con total naturalidad y de pronto comprendí que ella había aceptado nuestra nueva vida mientras que yo solamente me había adaptado a ella. No me había dado cuenta de esa diferencia, pero ahora me parecía evidente que lo primero había sido un acto voluntario y lo segundo, sólo consecuencia de la necesidad de sobrevivir.

No quería seguir allí. Empecé a fijarme en lo pequeña que era la sala. No tenía ventanas. Las sillas estaban atornilladas al suelo. La mecedora estaba encadenada. No había almohadas. Ni dibujos en las paredes. Las cámaras estaban fabricadas en Japón.

–Ya, cariño. Es muy bonito –oí decir a mamá.

–Harley creía que mi plátano era una luna creciente –dijo Jody riéndose.

Tragué saliva unas cuantas veces, pero no conseguía humedecerme la boca y, sin embargo, empezaba a tener la parte superior de la frente empapada y me caían gotas por los lados de la cara. Me toqué con la yema del dedo y me lo llevé a la boca. Salado. Sudor. Claustrofobia: ésa era la palabra. Una reacción perfectamente normal a una habitación diminuta sin ventanas. No estaba loco. Un loco habría matado a aquel chaval. Un loco habría seguido viviendo con aquel sofá.

–Tiene gracia que firmes tus dibujos igual que los firmaba Harley –le dijo mamá a Jody–. Aunque él no firmaba como «tu hija», claro.

Jody volvió a reírse.

–Los firmaba como «tu hijo». Amber y Misty nunca hicieron eso. Supongo que ellas daban por supuesto que sabía que eran mis hijas.

–¿Harley te hacía dibujos?

–Claro. Juraría que te he enseñado algunos. Los tengo todos en una caja en el sótano, con los papeles del cole de Amber y Misty. Le encantaba dibujar.

Volvió a besarle suavemente la cabeza y frotó la mejilla contra ella con delicadeza. Aquélla era la parte chula de ser madre. Y ella había conservado esa parte y ya no tenía que lidiar con las cosas malas. Las peleas. Las gripes. Las facturas. Los líos. Las pesadillas. Las preguntas. El futuro.

Mi madre seguía teniendo a sus hijos pero nosotros no la teníamos a ella.

–Aunque a tu padre no le gustaba –le explicó mamá a Jody–. Él pensaba que a Harley tenían que gustarle más los deportes y la caza. Lo típico de un hombre.

–Eso es una tontería –dijo Jody.

–Ya. Recuerdo que sacaba a Harley a la calle y le lanzaba balones de fútbol americano. Le pegaba si no... –su voz se fue apagando y carraspeó–. Bueno, yo qué sé. Tu tío Mike hacía exactamente lo mismo con Mike hijo y ahora está en la Universidad del Estado de Pensilvania con una beca de fútbol americano.

Puso el dibujo boca abajo en el suelo y me lo imaginé embadurnado en tapioca.

–Tú quieres estar aquí –dije con la voz quebrada.

Mamá levantó la cabeza bruscamente.

–Harley, eso es absurdo.

Vi su mapa en mi cabeza. Sentí cómo me arrastraban por la línea negra hasta el lugar en el que se interrumpía sin llegar a ningún sitio. Miré hacia atrás y, en lugar de una casita amarilla, vi a mamá dibujada con ceras de colores como solía dibujarla yo. Un monigote sonriente con un vestido, los ojos gris claro y el pelo naranja oscuro. Todavía recordaba los nombres de los colores de las ceras: gris lobo y naranja agridulce.

–No –dije–. Tú quieres estar aquí.

Bajó a Jody al suelo y se levantó.

–Harley –dijo con temor mientras daba un paso hacia mí.

El sudor me había empezado a caer en los ojos. Pestañeeé para quitármelo, pero seguía sin verla bien. Me empezaron a temblar las manos como a un anciano con perlesía. Las miré y vi cómo se llenaban de gotas de sudor del tamaño de gotas de lluvia. Estaba aspirando aire demasiado rápido para poder siquiera respirar.

–¡Harley! –repitió, esta vez con firmeza.

Se lanzó hacia mí. La oí gritar mi nombre de nuevo. Salió desplegándose de su boca, violento y repentino, como el chasquido de un látigo.

Me fallaron las rodillas y caí al suelo. Tenía las manos de mi madre en la cara. Le temblaban tanto como a mí. Me dijo que me calmara. Me puso la cabeza en el pecho.

Grité. Me la quité de encima y me puse de pie, intentando recuperar el aliento. Corrí hacia la puerta e intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave. La aporreé con los puños y grité que me dejaran salir.

Dos vigilantes entraron corriendo y fueron directos a por mamá. Vi a Jody ir corriendo a poner a salvo su dibujo antes de meterse rápidamente detrás de una silla. También ella se había adaptado.

Volví a desplomarme sobre el suelo.

Los vigilantes empujaron a mamá hacia un rincón. Ella se puso las manos delante de la cara y gritó:

–No le he hecho daño.

Ésa fue la primera vez que vi palabras en el aire. Se quedaron suspendidas delante de mis ojos como la luz del *flash* de una cámara.

TU IJO, HARLEY.

Después de mi visita a mamá, decidí que mi mayor problema en la vida era deshacerme del trozo de tubo que había quedado en el jardín al quitar la parabólica de papá, no ACEPTAR.

Me pasé el fin de semana estudiándolo. Podía serrar el tubo prácticamente a ras del suelo, pero entonces sería más peligroso porque quedaría oculto entre la hierba y Jody siempre andaba descalza en verano, podría rajarse el pie con el metal picudo y no teníamos seguro médico. Lo habríamos tenido si hubiéramos estado viviendo del Estado o si yo desaparecía y mandaban a las niñas con familias de acogida: entonces sí tendrían seguro. Los servicios sociales me lo habían dejado muy claro.

Podía intentar desenterrar el bloque de cemento, pero tardaría siglos. Podía dinamitarlo, pero nuestro pozo podría derrumbarse. Seguramente lo mejor sería cortar el tubo todo lo que pudiera y poner encima algo grande que se viera bien.

El lunes por la mañana, cuando me dirigía hacia la camioneta, decidí que el sofá serviría mientras encontraba algo mejor.

Misty había tapado el armazón tiznado con una vieja colcha de color marrón costra. El olor a gasolina, espuma quemada del relleno y otros materiales sintéticos inflamables seguía flotando en el ambiente. Le di una patada para ver si ya se había instalado en él algún animal, lo puse encima del tubo y me sentí mejor.

Estuve todo el día trabajando en Barclay's y después decidí que por una cena a base de cereales Froot Loops no merecía la pena hacer todo el camino hasta casa cuando después tenía que volver a hacer todo el trayecto de vuelta para mi turno en Shop Rite. Hacía más calor que las noches anteriores. Decidí pillar una bolsa de patatas y una Coca-Cola en el supermercado y quedarme en el autoservicio de lavado de coches de enfrente con la esperanza de que llegara un coche lleno de chicas. Cuando ya me dirigía hacia allí, pensando en vaqueros cortos y muslos enjabonados, me acordé de que tenía que ir a recoger a Jody a casa de Esme Mercer.

Podría haber llamado. La madre de Esme habría llevado a Jody a casa. Sin embargo, me subí a la camioneta y fui hasta allí.

La casa de los Mercer era extraña en comparación con las de la zona porque la fachada principal no daba a la calle sino a las montañas y estaba llena de ventanas. Además, la habían construido con madera cara de cedro, sin

revestimiento exterior, y habían dejado la madera al natural. Habían pasado seis años y todo el mundo seguía preguntándose cuándo pensaban pintarla.

Yo nunca había estado dentro, pero desde el acceso para vehículos había visto la habitación de la entrada, atestada de plantas y muebles de mimbre. Jody me había contado que la llamaban la jungla y que la madre de Esme iba a sentarse allí todas las noches después de fregar los cacharros y antes de bañar a Zack.

Las luces estaban encendidas aunque aún no era de noche. Los días eran cada vez más largos. Sólo quedaba una semana para que cambiaran la hora. La perspectiva de tener una hora más de luz y de que llegara el calor no me hacía ninguna ilusión. No es que el frío me gustara especialmente, pero me gustaba ir tapado. El año anterior, guardar la chaqueta de papá en el armario había sido como renunciar a mi piel.

Paré la camioneta al lado del Celica azul de Callie. El todoterreno Grand Cherokee no estaba. Era el coche de su marido, Brad, que era vicepresidente de no sé qué en el National Bank de Laurel Falls. El padre de Callie era el presidente. Qué pequeño es el mundo.

Sus dos perros ladraron y tiraron de sus cadenas hasta que me bajé de la camioneta y me reconocieron. Entonces el collie cruzado rubio empezó a aullar y el labrador negro se puso a dar vueltas a toda velocidad alrededor de su caseta. Los perros nunca olvidan a quien se muestra cariñoso con ellos, por infrecuentes que sean sus visitas.

Me acerqué, desenredé al labrador y rasqué a los dos en el pecho hasta que se les pusieron los ojos vidriosos.

La puerta de la casa se abrió y Jody salió corriendo. Los perros empezaron a ladrar otra vez. Me vio, frunció el ceño y volvió a meterse corriendo en la casa mientras gritaba:

–¡Es él! ¡No me quiero ir!

Me tomé unos instantes para apreciar las vistas. La parcela de los Mercer descendía hasta llegar a un estanque circular situado en medio de una extensión de césped del color del fieltro de una mesa de billar. Un serpenteante arroyo de agua cristalina fluía al pie de sus colinas. Y eran sus colinas. Ellos eran los propietarios. No como nuestras colinas. Nosotros sólo vivíamos sobre las nuestras.

El abuelo de Callie le había dejado en herencia veinte hectáreas de terreno y los derechos sobre el subsuelo, lo que significaba que el viejo nunca se vendió a las compañías mineras, mientras que todos los demás habitantes de la región dejaron que les quitaran todo el carbón de sus tierras.

Además de a la Virgen María, aquel hombre era otra persona muerta a la que me habría encantado conocer.

Por entre los árboles de la ladera vi las vías del tren, las mismas vías que

conducían a la oficina minera de detrás de casa de Skip, las mismas que soñábamos que nos iban a llevar a California después de cargarnos a Donny.

Zack Mercer fue el siguiente en salir corriendo de la casa. Me miró con una gran sonrisa, se dio la vuelta para volver a entrar y se chocó contra las piernas de su madre. Ella le agarró suavemente de los hombros y le dijo que se tranquilizara.

Levantó la mirada y me sonrió lentamente con un gesto muy femenino.

–¿Qué tal, Harley? –dijo.

–Bien –contesté.

Después volvió rápidamente la cabeza hacia los perros y les lanzó una férrea mirada de militar.

–¡Callaos! –gritó severamente.

Esme y Jody salieron disparadas de la casa y echaron a correr hacia el columpio. Zack fue corriendo detrás.

Callie se serenó y vino andando hacia mí, de nuevo con una sonrisa conmovedora. Recordé nuestro encuentro en Shop Rite y cómo había pasado de un entusiasmo infantil a una profunda depresión en un abrir y cerrar de ojos.

–Acabo de hablar por teléfono con Misty –dijo. Iba descalza, pero atravesó la entrada de afilada gravilla sin inmutarse, lo que me hizo preguntarme cómo sería el tacto de las plantas de sus pies–. He llamado para decirte que Jody podía quedarse un rato más y que después la llevaba yo a casa –continuó–. Tendríamos que haberlo planeado así desde el principio.

–No pasa nada –dije.

–Al final ha hecho muy buen día. ¿No tienes calor con la chaqueta?

–No.

Se acercó un poco más a mí.

–¿Has cenado?

–Sí.

–Pero aún no has pasado por casa.

–He cenado en el centro.

–Ah.

Me dio la sensación de que otra vez estaba anotando mis respuestas. No por cotilleo, sino porque quería poder reconstruirme más tarde, cuando le viniera bien, montando una frágil pieza sobre otra como en un castillo de naipes.

Levantó del suelo uno de sus pies descalzos y se lo pasó por el empuje del otro.

–Bueno, de todas formas tengo una cosa para ti, ¿quieres entrar un minuto?

–¿Entrar? –dije.

Volvió a girar la cabeza y le gritó a Esme que no empujara tan alto a su

hermano en el columpio.

–A casa –terminó.

–Vale –dije.

Intenté no mirarla mientras caminaba delante de mí, pero sus vaqueros eran tan ajustados que parecía que le hubieran coloreado las piernas con una tiza azul pastel. Se los había puesto y los había lavado tantas veces que la tela vaquera debía de tener el mismo tacto que las orejas de un cachorro. Intenté no pensar en eso al tiempo que intentaba no mirarla.

El interior de la casa también era todo de madera. Incluso los suelos. Salvo el de la cocina, que estaba hecho con piedras de múltiples tonalidades de gris incrustadas en argamasa y pulidas con un acabado brillante.

Era una de esas casas diáfanas en las que no había una verdadera separación entre las habitaciones y el techo del piso de abajo subía hasta juntarse con el del piso de arriba. Una gran chimenea de piedra separaba la cocina del salón y una estantería de cristal llena de adornos y fotografías enmarcadas separaba el salón de la jungla. Entre los estantes no había nada más que aire, por lo que daba la impresión de que las plantas estaban en todas las habitaciones.

No vi ninguna televisión, así que me imaginé que la sala grande de la chimenea era un salón formal, algo que nosotros no teníamos y que mi madre siempre había deseado. Decía que cualquier casa decente debería tener una habitación con la televisión para la familia y otra sala sin televisión para recibir a las visitas. Yo nunca le vi sentido a aquello porque toda la gente a la que conocía prefería estar delante de la tele cuando iba de visita.

En cualquier caso, el salón no parecía nada formal. Los muebles estaban machacados y había juguetes por todas partes. Por la puerta del fondo vi un espejo sobre una cómoda y, reflejada en él, una cama deshecha.

–¿Quieres sentarte?

Su voz me apartó de la cama y me trajo de vuelta al salón. Lo agradecí.

Miró la mesa y las sillas. Las sillas eran de bambú, con cojines de color beis, y la mesa tenía un tablero de cristal. Los platos de la cena seguían allí.

–La compramos antes de tener niños –explicó cuando me vio mirándola–. Hasta ahora nadie la ha atravesado con un plato, aunque Zack ha estado practicando.

Se acercó con una bayeta y limpió la bandeja de la trona de Zack. La cena olía genial, como a manzanas, miel y carbón.

Yo ni me acordaba del sabor de la comida de verdad. Mi madre no era la mejor cocinera del mundo, pero ahora habría dado casi cualquier cosa por un trozo de su pastel de carne insípido o por uno de sus pollos quemados.

–Tenéis una casa muy bonita –anuncié.

Al oír mis propias palabras quise que me tragara la tierra. No podría haber

salido con un comentario menos original ni aunque me hubiera pasado todo el día intentándolo. El peor personaje de la peor serie de televisión habría empezado con una frase mejor.

Sabía que la gente de la televisión era de mentira, pero eso no impedía que quisiera ser tan inteligente y gracioso como ellos. Y no hay nada como no estar nunca a la altura de unas expectativas muy poco realistas para que a uno le entren ganas de rendirse y renunciar totalmente a la vida real.

–Gracias –contestó.

–Nunca había visto usar piedras en un suelo –añadí–. Una vez vi uno de ladrillo.

–Es horrible si se te cae algo frágil –dijo–. No te puedes imaginar cómo se hacen trizas las cosas. Pero queda bonito. Me encanta esta piedra de aquí.

Observé con asombro cómo se agachaba, todavía con la bayeta húmeda en la mano, se quedaba a gatas en el suelo y me hacía un gesto para que hiciera lo mismo. Me agaché a su lado y me enseñó una piedra de color gris plateado claro llena de centelleantes marcas en tonos negro y marfil.

–Si la miras muy atentamente, se ve una veta rosa muy pequeña que va de lado a lado. No se ve si no te fijas. Tienes que mirarla bien.

Lo hice y tenía razón. No pude evitar mirarla también a ella. Me pregunté cuánto tiempo se habría pasado mirando el suelo de su cocina para reparar en una cosa así.

Se sentó sobre sus pies y me rozó con el brazo. Yo llevaba puesta la chaqueta, así que ni siquiera hubo contacto entre su piel y la mía, pero una descarga de calor me recorrió a toda velocidad hasta llegar a mi entrepierna y me provocó una gran erección. Sin embargo, no fue una sensación agradable. Sí, se suponía que debería haberlo sido, pero me había recorrido el cuerpo demasiado rápido, como una llama devorando un reguero de gasolina.

Me puse de pie prácticamente de un salto y me senté a la mesa. Ella seguía mirando su piedra. No había notado nada.

–Anda, Harley, hazme un favor –dijo mientras se levantaba y llevaba un par de platos al fregadero–. Cómete esa última chuleta de cerdo.

Me revolví dentro de los vaqueros. La cremallera me estaba matando. Había tirado mis últimos calzoncillos aquella mañana. Me había acabado gastando el dinero con el que iba a comprar ropa interior nueva en comprarle un Happy Meal y un dinosaurio nuevo a Jody para que no dijera nada de lo que había pasado con mamá.

–No, gracias –dije.

–Anda...

–Ya he cenado.

–¿Un tiarrón como tú no va a poder con una chuletita de cerdo?

No dije nada. Esperé a que contestara algún tiarrón.

–Por favor –dijo–. Si no, va a ser para los perros.

–¿Y tu marido? –pregunté.

–No la va a querer –contestó, algo molesta–. Ha salido a cenar fuera.

–Bueno, está bien –dije.

Clavé un tenedor en la chuleta como si tuviera miedo de que se escapara y la puse en el plato sucio que tenía delante.

–¿Quieres una cerveza? –preguntó.

–Vale.

Volvió con una Michelob. Ya casi me la había dado cuando me preguntó:

–Oye, espera, tienes edad suficiente para beber, ¿no?

–Bueno, no legalmente.

–¿Cuántos años tienes?

–Diecinueve. Bueno, veinte. Casi veinte. Cumplo veinte dentro de un par de meses.

–¿Sólo? –dijo sorprendida mientras se sentaba enfrente de mí–. Dios mío, eres un niño.

No me podía creer que le hubiera dicho la verdad. Ya puestos, le podría haber contado lo de Brandy Crowe, y que me había dado un ataque en la cárcel con mamá, y que solía hacerme pis en los pantalones cuando papá me pegaba demasiado fuerte, y cualquier otra cosa embarazosa que se me ocurriera y que pudiera ayudarla a darse cuenta de que era un auténtico idiota.

–Pensaba que eras mayor –añadió.

–Soy muy maduro para mi edad –dije con la boca llena de chuleta de cerdo.

Se echó a reír. Yo no pretendía que fuera gracioso. Lo decía totalmente en serio. Pero no me importó que pensara que era una broma. Si se le pregunta a cualquier mujer qué es lo que más valora en un hombre, dirá que el sentido del humor. Es mentira, claro, pero el sentido del humor tiene que contar algo o no lo mencionarían siempre.

–Esto está buenísimo –dije refiriéndome a la chuleta. No le estaba haciendo la pelota. Era la cosa más sabrosa, tierna y jugosa que recordaba haberme llevado a la boca en mi vida.

–Gracias –contestó sonriendo. Parecía que el cumplido sobre su comida le había gustado más que el de la casa–. A Jody también le han encantado. Se ha comido dos chuletas enteras ella sola.

La puerta se abrió de golpe y los tres niños entraron corriendo. Los hijos de Callie tenían la piel de color vainilla y los ojos grandes y oscuros; Esme tenía el pelo negro azulado como Blancanieves y Zack, una mata de pelo castaño.

Se detuvieron dando un patinazo y se quedaron quietos en fila. Esme se apoyó en Zack y él le pegó un empujón con las dos manos. De la cara angelical

de Esme salió una lengua rosa y Zack sonrió como un soldado que ha visto demasiadas batallas.

–Os habéis dejado la puerta abierta –les dijo Callie.

–¿Nos das algo de comer? –preguntó Esme.

–Acabáis de cenar –contestó ella–. Ve a cerrar la puerta.

–Queremos un postre.

–Queremos un postre –repitió Zack.

–Ni siquiera he fregado los platos todavía. Quizá más tarde.

–¿Has comido chuletas de cerdo de éstas? –le pregunté a Jody.

–Sí –dijo–, me han encantado.

–Tú odias las chuletas de cerdo.

–Yo odio tus chuletas de cerdo. Saben a servilleta.

–Seguramente sea sólo por el adobo –dijo Callie riéndose–. Es muy fácil de hacer. Sidra de manzana, zumo de limón, miel, salsa de soja. Puedo pasarte la receta.

–Y la de tu sopa de fideos gordos con judías –añadió Jody con entusiasmo.

–Ésa también es fácil –dijo Callie, que a continuación puso un gesto de sorpresa–. ¿Y vuestros zapatos?

Los tres estaban descalzos.

–Fuera –contestaron.

–Aún no estamos en verano –les riñó–. Id a ponerlos los zapatos. Ahora mismo.

–Hoy Cruz ha ido al cole en pantalones cortos –argumentó Esme levantando la barbilla solemnemente.

–¿Qué Cruz?

–Cruz Lewandowski.

–¿Y qué me importa a mí lo que haga Cruz?

–Su padre trabaja en la enseñanza –señaló Esme.

Incluso Callie puso los ojos en blanco.

–Su padre es profesor de gimnasia. Ahora ve a por tus zapatos. Y, Zack, ya es hora de entrar en casa.

Los tres volvieron a salir corriendo. El ruido de sus pisadas sobre el suelo de madera sonó como un diminuto ejército batiéndose en retirada.

Callie se sentó enfrente de mí y abrió su cerveza dando un suspiro.

–Hay cinco niños en su clase que se llaman Cruz, ¿tú sabes de qué va todo eso? –me preguntó–. La única Cruz que conozco yo es Santa Cruz y me da que la gente de por aquí no está poniendo ese nombre a sus hijos por la ciudad.

–Creo que es alguien que salía en una telenovela –contesté.

–Ah. Vale. Ahora lo entiendo.

Dio un trago a la cerveza y se quedó mirando al vacío. Me terminé la chuleta.

Pensaba que no se había dado cuenta, pero alargó el brazo y empujó un cuenco de patatas hacia mí sin mirarlo. Todas las madres tienen ese reflejo del plato vacío.

–Es curioso cómo a veces te gusta un nombre y luego descubres que la razón por la que se ha escogido es una tontería y te lo estropean –dijo con aire distraído–. Y al contrario: un nombre te puede parecer tontísimo y entonces descubres que hay una razón interesante o sentimental y empieza a gustarte.

No la estaba escuchando, pero la oía. Estaba ocupado engullendo patatas y observándola porque ella no me estaba mirando y no tenía que preocuparme por si nuestras miradas se encontraban. Tenía una peca negra perfecta entre las clavículas, como un grano de pimienta.

–Siempre he tenido curiosidad por el nombre de Misty –dijo–, ¿fue simplemente porque a tu madre le gustaba el nombre o porque el día en que nació Misty había niebla?

Me tragué la última patata. Tenían muchísimo ajo. También estaban deliciosas.

–Misty lo escogió mi padre –contesté–. Era el nombre de una chica que salía en *Hee Haw* cuando era pequeño. Creo que también salía en pósters de revistas. Supongo que lo dejó marcado para siempre.

Otra vez estaba hablando en serio, pero a Callie le hizo gracia. Se llevó la cerveza a la boca y se rió con los labios en el cuello de la botella. Le vi la lengua dentro del vidrio marrón.

Empecé a sentir calor otra vez, pero esta vez fue una sensación de derretirme lentamente, no una incineración. Me di cuenta de que estábamos manteniendo una conversación.

–¿De dónde sacaste el nombre de Esme? –pregunté.

–Era el nombre de una modelo y amante de uno de mis pintores favoritos. Un impresionista francés.

Levantó un dedo para indicarme que esperara mientras ella se levantaba de su silla y salía de la habitación. Volvió con un libro grande y vistoso. Me lo puso delante y lo abrió por una página en la que había un cuadro de un jarrón de flores, una botella de vino y una alcachofa pintados sin demasiado cuidado. Después volvió a sentarse y siguió bebiéndose la cerveza. Miré la hoja atentamente por educación.

–Pinta como Pierre Bonnard –dije.

Se le abrió la boca e hizo un ruidito de asombro. Era la única vez que había visto a alguien hacer eso en la vida real y no en una serie mala de televisión.

–¿Sabes quién es Pierre Bonnard? –preguntó.

–Claro –dije.

–Debes de tener un profesor de arte buenísimo.

–No tengo ningún profesor de arte –le dije–. No he dado arte desde tercero de primaria.

Apoyó la cerveza frunciendo el ceño.

–No me lo puedo creer. No me digas que al final han recortado el programa de arte –dijo con indignación–. Sé que llevaban años amenazando con hacerlo. Tienen el morro de decir que no hay fondos suficientes cuando acaban de destinar un dineral a nuevos uniformes de fútbol americano y a un montón de vídeos para que los niños puedan ver *Moby Dick* en lugar de leer el libro.

No me molesté en decirle que la única película sobre una ballena que había en la biblioteca de nuestro colegio era *Liberad a Willy*. No me podía creer que se estuviera poniendo así por el arte y los libros. Sabía que había ido a una universidad para cerebritos fuera del estado de la que nadie de la región había oído hablar en la vida porque no tenía un buen equipo de fútbol americano. Esperaba que no fuera una de esas esnobs intelectuales que se creían que podían salir al mundo real para después traer la civilización a los nativos y que todos teníamos que agolparnos a su alrededor con la boca abierta mientras ella desplegaba sus ideas progresistas ante nosotros como si fueran brillantes abalorios.

Me entraron ganas de decirle eso para ver si se enfadaba aún más. Me imaginé cómo sería conseguir enfadarla tanto como para que intentara golpearme. Entonces tendría que agarrarla y contenerla. Me la imaginé forcejeando y pidiendo ayuda a gritos y a mí tapándole la boca con la mano. Ella abriría la boca para intentar morderme y yo le metería los dedos. Empezaría a tener arcadas, pero yo se los metería cada vez más en la garganta hasta que cayera de rodillas. Entonces le daría la vuelta y le pondría la cara contra su piedra favorita.

–De verdad que me indigna –continuó–. Me dan ganas de ir a casa del responsable de educación ahora mismo sólo para ponerle en un aprieto y oírle tartamudear la justificación absurda de esto.

La sangre me retumbaba tanto en los oídos que casi no la oía. Las manos, bajo la mesa, me estaban destrozando. Me las miré. Tenía los puños apretados y en tensión. Abrí los dedos lenta y dolorosamente y me vi unas nuevas marcas diminutas al lado de las costras con forma de media luna de las heridas que me había hecho el jueves por la noche en la piel mientras escuchaba a Amber tirarse a un chaval que era demasiado tonto para huir de unos disparos. Sólo por ese motivo tendría que haber tiroteado su camioneta. Ésa habría sido mi JUSTIFICACIÓN.

Pestañeeé. La palabra flotaba donde antes había estado la cara de Callie. Pestañeeé de nuevo y ella volvió a aparecer.

Me estaba mirando fijamente y por un momento tuve la seguridad de que me

había leído el pensamiento. Tragué saliva y esperé que no me estuviera cayendo el sudor por la cara.

–No han recortado el programa de arte –confesé–. Es optativa.

–Ah –dijo dirigiéndome una sonrisita nerviosa–. ¿Y por qué no la cogiste?

–Me coincidía con una hora de estudio.

Dio otro trago de cerveza.

–¿Entonces cómo sabes quién es Pierre Bonnard?

Junté las manos, en las que sentía un dolor punzante. La única cosa más dolorosa que un arañazo humano es un mordisco humano. Mi padre sólo me mordió una vez y fue porque yo le había mordido primero. Mi madre dijo que yo fui el único de los hermanos que pasó por una fase de mordiscos.

–Mi madre tenía un juego de postales que había sido de su madre –expliqué–. Se las trajeron de recuerdo del Instituto de Arte de Chicago. Mi madre es de allí. Y salía uno de los cuadros de Bonnard. *Mesa puesta en un jardín*.

–¿Entonces conoces su obra? –preguntó entusiasmada.

–Conozco sus postales.

Vi su cuello moverse al tragar más cerveza. Aparté la mirada y volví a llevarla al libro.

A primera vista, el pintor de Callie me había gustado mucho menos que el de mamá. El cuadro de las postales de mamá tenía un montón de luz cálida de color verdoso, tonos suaves difuminados y un mantel con una raya rosa fuerte: una mesa en la que me habría gustado sentarme con Jody.

El cuadro del libro representaba una escena en un rincón oscuro de una habitación. Había una ventana abierta y era de día, pero no entraba la luz de fuera. Las flores eran de un blanco deslumbrante, pero se veían cerosas y marchitas. La botella estaba abierta, pero seguía llena hasta arriba de un vino marrón claro. Pero lo que realmente me incomodó fue la alcachofa. Las afiladas hojas tenían un contorno negro azulado y cada punta tenía un punto de un rojo tan intenso que parecían recién pintados.

Al volver a mirarlo me di cuenta de que la razón por la que de entrada no me había gustado era que me provocaba escalofríos, pero eso era precisamente lo que lo hacía un cuadro mejor. Seguramente es mucho más difícil asustar a alguien con una alcachofa que tentar a alguien con un jardín al sol.

–Me gustan los impresionistas –dije.

Al instante me arrepentí de haberlo dicho. Me di cuenta inmediatamente de que tenía que añadir algo más.

Rebusqué en mi cabeza, sin confiar en ninguno de los comentarios que se me ocurrían. Hasta hacía apenas un par de minutos, pensaba que un impresionista era alguien que se dedicaba a imprimir cosas.

–Parece como si no les importara cómo son las cosas en realidad –intenté–. Es

como si les importase más el sentimiento que le provoca a alguien el observar una cosa.

Me sonrió. Fue una sonrisa hermosa: una sonrisa hecha con los ojos, no sólo con la boca; una sonrisa que le salió del corazón, no sólo de la cabeza, porque yo le había llegado a algún lugar de su interior al que ya nadie llegaba. No sé por qué lo supe, pero lo supe, y aunque físicamente quisiera violarla de cien maneras diferentes, no quería ni acercarme a su alma.

–Ésa es la definición del Impresionismo –dijo con dulzura.

–Ya lo sé –mentí.

Me levanté.

–Voy a llegar tarde al trabajo –le dije–. Tengo que irme.

–Perdona –dijo levantándose también–, no me había dado cuenta de que ibas hacia el trabajo. Espera un momento.

Se fue y volvió con un *tupper* de Rubbermaid lleno de algo líquido.

–Es sopa agripicante –dijo mientras me lo ofrecía–. Dijiste que te gustaba la comida china.

Me quedé mirándolo pero no lo cogí.

–Por favor –insistió–. Sólo nos gusta a Esme y a mí. Me sobra un montón.

Lo cogí. Ni siquiera le di las gracias. Tampoco por la cena. Y no caí en la cuenta hasta estar en la camioneta. Tendría que haber vuelto y haberle dado las gracias.

Mientras conducía, me sorprendí a mí mismo contemplando sus colinas y preguntándome si su abuelo se las habría regalado antes o después de que se casara.

–¿Dónde está el padre de Esme? –le pregunté a Jody.

Sacó unos papeles del colegio de la mochila. Quería enseñármelos en la camioneta porque cuando volviera de trabajar ya estaría en la cama.

–Su madre ha dicho que era la noche que sale con los chicos –me contestó–. Ha dicho que la noche que sale ella es para ir a hacer la compra. Ha dicho que en eso consiste el matrimonio.

Miré la estrella que le habían puesto a Jody en su hoja de sumas y restas y asentí con la cabeza.

Si yo tuviera una mujer guapa que supiera cocinar, no saldría de casa más que para ir a trabajar para poder mantenerla. El resto del tiempo me lo pasaría acostándome con ella y comiendo y sería enormemente feliz.

Eso sí, no sabía lo feliz que sería ella. Me pregunté si me importaría.

En nuestra siguiente sesión, un mes más tarde, fui y le conté a Betty mi visita a mamá. Al principio no pensaba contárselo porque no quería hablar de aquello, pero Betty no era tan horrible, así que lo hice por ella. Como una especie de favor personal. Un joven habla con su madre por primera vez desde que ella asesinó a su padre: el sueño erótico de cualquier psiquiatra.

Casi se cae de la silla cuando se lo conté. Se emocionó más que cuando le conté que papá solía llevar de caza a Misty en lugar de a mí y que cada vez me decía: «Ella es más hombre de lo que vas a serlo tú en tu vida».

A los psiquiatras les encanta escuchar los episodios en que los padres humillan a sus hijos varones. Ella lo llamaba castración verbal. A mí me daba igual cómo se llamara. Mi padre tenía razón.

No es que Misty fuera una marimacho. Estaba delgada y tenía pecas, una brillante cola de caballo de color bellota y unas pestañas largas y gruesas como las minúsculas plumas del ala de un polluelo, pero se veía que no era muy femenina. Y menos delante de papá. Veían juntos la lucha libre y arreglaban juntos el cortacésped, y él la llevaba al circuito de Penns Ridge a ver las carreras de coches. Y sin duda era mejor cazadora que yo.

Cuando empecé a hablar de mamá, Betty se levantó, salió de la consulta y volvió con un vaso de agua. Había hecho lo mismo cuando le conté lo de papá y Misty. Supuse que era algo que había leído en uno de los manuales de psicología que tenía en su otra consulta, en la que veía a los pacientes de verdad y no a los casos de la beneficencia. Seguramente uno de los libros traía un capítulo entero sobre el agua y los kleenex y sobre cuándo era apropiado ofrecérselos al paciente.

Omití algunas cosas en la descripción de mi visita a la cárcel, pero no me inventé nada, si bien comencé a pensar que debía hacerlo, ya que Betty parecía muy decepcionada. No dejaba de darse golpecitos en la frente con la goma de borrar de su bolígrafo y de repetir: «Así que realmente no hablasteis de nada importante», y no dejaba de preguntarme por qué creía que me había molestado ver los campos de girasoles de delante de la cárcel, y yo no dejaba de contestar: «No lo sé».

–¿Cuándo tienes pensado ir a verla otra vez?

–No lo sé –dije.

–Tienes pensado volver, ¿no? Sin duda ha sido un gran paso para ti, Harley. Tienes que seguir avanzando.

Tenía que seguir mirando por la ventana. Por suerte la consulta de Betty estaba en la parte trasera del edificio y no en la delantera, desde donde la vista habría sido del Eat N' Park. La vista del aparcamiento no era muy interesante, pero los arcos de alrededor eran bonitos. Ahora estaban llenos de hojas nuevas y brillantes y de semillas helicóptero que no dejaban de caer de sus ramas.

–¿Seguro que no quieres quitarte la chaqueta? –me preguntó.

–Seguro.

Suspiró, cruzó las piernas y miró sus notas. Empezó a darse golpecitos en la frente mientras agitaba la puntera del zapato en el aire. Me fijé en su calzado. No calzaba los zapatos de salón negros llenos de rozaduras que llevaba siempre y que se le ahuecaban por los lados al andar sino unos de un color verde plateado, como el envés de una hoja. Sin una sola marca. Ni siquiera en las suelas.

No pegaban nada con el vestido vulgar de color crema que llevaba puesto. El problema no era sólo el color. Pensé en la Cenicienta descubriéndose a sí misma vestida de nuevo con harapos y todavía calzada con un reluciente zapato de cristal.

Betty me vio mirándole los zapatos, descruzó las piernas y metió los pies debajo de la silla como si estuviera ocultando un accidente.

–Volvamos a lo que has comentado sobre la sensación de que tu madre se preocupa más por las niñas que por ti. ¿Por qué crees que es verdad eso?

–Sé que es verdad –la corregí.

–¿Y cuál es el motivo de que así sea? ¿Por qué se preocupa más por ellas?

–Porque son chicas.

–¿Y eso qué importa?

–Los padres siempre se preocupan más por las hijas que por los hijos.

–No generalicemos. ¿Por qué tu madre se preocupa más por tus hermanas que por ti?

–Porque hay más de lo que preocuparse –dije.

–¿Por ejemplo?

–Pueden quedarse embarazadas.

Me miró arqueando las cejas.

–Hoy por hoy no todas... –añadí con frustración.

–¿Que tus hermanas se queden embarazadas es algo que te preocupa a ti?

–No.

–¿Es algo que crees que preocupa a tu madre?

Me dejé caer sobre el sofá mientras intentaba pensar una respuesta a la que no pudiera contestarme con otra pregunta. Al final me rendí.

–No. Sólo es un hecho.

–Vale –asintió–. ¿Y qué otras cosas de las que preocuparse hay?

–Es más fácil que les hagan daño.

–¿Te refieres a daño físico? ¿O emocional?

–Supongo que los dos.

–¿Crees que es más fácil herir los sentimientos de Amber que los tuyos?

Apenas podía mantener los ojos abiertos y no dejaban de sonarme las tripas. Esa vez me iba a comprar el rollito de primavera para mí. Que le dieran a Misty.

–Amber no tiene sentimientos –dije.

–Entonces lo que estás diciendo no tiene sentido.

Esperé a que dijera algo, pero no lo hice. Empezó a toquetearse el vestido. Le llegaba hasta las rodillas, tapándole los muslos. Pensé en hacerle algún cumplido para que empezara a llevar faldas largas todos los días, pero nunca le había dicho nada mínimamente agradable a esa mujer y seguramente habría pensado que estaba dando otro paso importante y habría ido corriendo a por más agua.

–Volvamos a tu madre y a lo que estabas diciendo antes sobre lo cómoda que parecía encontrarse en la Sala de los Abrazos. Has dicho que eso no te molestó, pero a mí me ha dado la impresión de que sí. ¿Por qué? ¿No deberías alegrarte de que tu madre lo esté llevando bien?

No quería seguir hablando de mamá, pero no hablar de nada nunca servía para que Betty me dejara en paz. Saqué otro tema, con la esperanza de conseguir que dejara de pensar en mamá, igual que un trozo de pan de perrito con un poco de ketchup en el extremo siempre hacía que Elvis se olvidara de la salchicha que no le habían dado.

–Los padres se preocupan más de las hijas que de los hijos simplemente porque pueden quedarse embarazadas –insistí bruscamente.

–Puede que eso sea cierto en algunos casos –reconoció–. ¿Por qué no seguimos hablando de eso cuando terminemos de hablar de...?

–Es cierto en todos los casos –me empeñé.

–Bueno, yo no lo tengo claro.

–Yo sí.

–Es cierto que una chica puede quedarse embarazada, pero para eso hace falta un chico. ¿No crees que los padres también se preocupan si sus hijos mantienen relaciones sexuales?

–No es lo mismo.

–¿Por qué?

–Un chico puede desentenderse.

–Una chica puede abortar.

–No es lo mismo.

–¿Qué harías tú si dejaras embarazada a una chica?

Moví los dedos de los pies dentro de las botas. Iba a tener que ceder y empezar a ponerme deportivas. Se me estaban asando los pies.

–Casarme con ella –dije.

–Eso es muy interesante.

–¿Por qué?

–Porque has contestado enseguida y con absoluta seguridad, pero no sabes nada sobre los detalles. Por ejemplo, ¿y si la chica no te gustara mucho?

–Me he acostado con ella, ¿no?

–Sí. Entonces estás diciendo que sólo te acostarías con una chica que te gustara.

–Con que ella quisiera acostarse conmigo, me gustaría.

–Harley –se echó a reír y su cabello niquelado brilló ligeramente.

Me volví hacia la ventana, indignado y avergonzado. Lo había dicho en serio.

–Está bien –dijo–, ¿y si no la quisieras?

Ya estaba empezando a cabrearme. Me pregunté si debía tomarme el mal concepto que tenía de mí como algo personal o si simplemente era una cosa más que había leído en un libro: «Los adolescentes no tienen principios y se follan a cualquiera». Algún día iría a su consulta de verdad y miraría todos esos libros. Me habría apostado algo a que en alguno de ellos podría encontrar escritas todas las estupideces y maldades que me había dicho desde que la conocía. Seguro que tenía cientos.

–¿Y si tener una mujer y un hijo interfiriera en tus planes de futuro? –siguió insistiendo–. ¿Y si no tuvieras una fuente de ingresos?

–Si la he dejado embarazada, significa que he cometido una estupidez –estallé enfadado.

Cerré la boca y volví a mirar por la ventana, pero noté que me estaba mirando. Sabía que me iba a preguntar por qué. ¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ? ¿Por qué significa que has cometido una estupidez? ¿Por qué te sientes así? ¿Por qué crees que tu madre mató a tu padre? ¿Por qué crees que no le gustabas a tu padre?

–No hay excusa –contesté antes de que pudiera pedirme que se lo explicara–. Sabes que eso puede pasar si no haces nada para impedirlo. No me da ninguna lástima la gente que se queda embarazada por accidente. Son todos unos idiotas, igual que aquella idiota que demandó a McDonald's porque se quemó con su café.

–Hay gente que piensa que no era ninguna idiota. Ganó un montón de dinero.

–Ya. Y O. J. Simpson está en la calle. Lo único que demuestra eso es que la justicia está jodida. Lo que estoy diciendo es que la gente tiene que ser responsable de sus propias cagadas.

No solía decir palabrotas delante de Betty. Sabía que le molestaba y que no

sabía muy bien cómo reaccionar. ¿Dándome agua? ¿Ofreciéndome un kleenex? ¿Tocándome la mano? Una vez había intentado tocarme la mano. Le estaba contando que había tenido que deshacerme de los perros y me puse a llorar. Hasta aquel momento nunca había llorado delante de ella.

Recuerdo que su mano estaba fría y seca y durante un instante su tacto me resultó agradable, pero entonces sentí más odio por ella del que jamás había sentido por nadie. Aparté la mano bruscamente y salí corriendo. Después de aquello no fui a las dos sesiones siguientes, ni siquiera después de darme cuenta de que la razón por la que la odiaba era que no la odiaba.

Cerró el puño y se lo puso delante de la boca para toser.

–Entonces, ¿te casarías con ella porque te sentirías responsable? –me preguntó.

–Supongo que sí.

–¿Se podría afirmar incluso que te casarías con ella como una forma de castigarte a ti mismo?

–Supongo.

–¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Harley? Te comprometerías con otro ser humano durante el resto de tu vida como forma de castigarte. ¿Crees que un matrimonio debe basarse en eso?

–No lo sé.

–¿No lo sabes?

Se recostó en su butaca y echó un vistazo al vaso desechable de agua que seguía intacto sobre su mesa, al lado de los kleenex y de mi gorra de Redi-Mix.

–¿Y tus padres? –preguntó–. Se casaron porque tu madre se quedó embarazada. Y eran muy jóvenes. ¿Cometieron una estupidez?

–Sí.

–Y a pesar de todo, si tú dejaras embarazada a una chica, harías lo mismo a propósito.

–Sí.

Me miró con sus ojos juveniles en su cara anciana y yo aparté la mirada. Estaba intentando entenderme. Eso siempre me ponía de los nervios. Prefería que se limitara a hacer su trabajo, que, hasta donde yo sabía, consistía en hacer que hablara de mí mismo sin pensar.

–¿Dirías que tus padres tuvieron un buen matrimonio?

Eso tenía que reconocérselo: no había mucha gente capaz de hacerme esa pregunta sin inmutarse.

–A mí me lo parecía.

Volvió a asentir con la cabeza.

–¿Por qué te lo parecía?

Me quedé un buen rato pensando en la pregunta. No sé por qué.

Normalmente decía lo primero que me venía a la cabeza.

–Se llevaban bien –contesté.

–¿Se gustaban?

–Sí. Bueno, no es que se toquetearan, se escribieran cartas de amor ni nada de eso.

–¿En qué notabas que se gustaban?

–Bueno, mi madre casi siempre salía a recibirlo cuando llegaba a casa en la camioneta aunque supiera que iba a entrar directamente en casa. Y lo tocaba por todas partes. No es que le metiera mano ni nada de eso. Era más bien como la forma en que las madres tocan a sus hijos cuando los encuentran después de perderlos en un supermercado.

–¿Y tu padre? ¿Qué había en su forma de comportarse con tu madre que te hiciera pensar que ella le gustaba?

Pensé un poco más.

–Bueno, cuando mi madre le contaba cómo le había ido el día mientras preparaba la cena, mi padre se quedaba con los ojos cerrados y toda la cara relajada. No sé, como si estuviera escuchando un poema. Sí, a él le habría asqueado escuchar un poema, pero ésa era la sensación que me daba.

Betty sonrió.

–Ésa es una de las pocas cosas que has dicho sobre tu padre que le hacen parecer un ser humano.

–¿Qué quieres decir?

–Siempre lo has descrito como si fuera el malo de unos dibujos animados. Como un arquetipo, no una persona. Es muy habitual que los niños que han sufrido malos tratos describan así a sus padres maltratadores. Los ven como a monstruos o como a santos.

–Mi padre era un arquetipo –dije con desconfianza.

–¿No crees que era más complicado de lo que aparentaba?

–Define complicado.

–Tener todo un conjunto de factores psicológicos y emocionales influye en la forma de reaccionar a una situación, a diferencia de un animal, que responde exclusivamente a estímulos físicos y al instinto.

–Lo segundo –dije, cada vez más enfadado–. Así era mi padre.

–¿Y lo que acabas de describir?

–Olvídalo.

–¿Te caía bien tu padre, Harley?

Me hacía esa misma pregunta cada dos meses y yo siempre contestaba lo mismo.

–No lo conocía lo suficiente para saber si me caía bien.

–¿Qué te decía tu instinto?

–Que era un buen tipo.

–Bueno, pero le respetabas, ¿no?

Me encogí de hombros.

–Hizo todo lo que tenía que hacer –dije.

Me miró arqueando las cejas.

–¿Como pegar a sus hijos, por ejemplo? ¿Eso también tenía que hacerlo?

–Él pensaba que sí.

–Bien –dijo con firmeza–. ¿Por qué crees eso?

–No quiero hablar de mi padre –dije inexpresivamente antes de ponerme a mirar por la ventana otra vez.

Me dejó rumiar un ratito antes de levantarse de su butaca y acercarse a uno de esos viejos escritorios metálicos grises que hacía años que habían dejado de utilizarse incluso en los despachos de los directores de colegio. Abrió su agenda de piel marrón oscura, tocó algo suavemente con el dedo y volvió a cerrarla.

Una vez le pregunté dónde se había comprado la agenda porque parecía mejor que las que vendían en el Hallmark del centro comercial. Pareció algo sorprendida por mi pregunta y después me explicó que no la había comprado en la ciudad y que de vez en cuando había que darse algún capricho.

–¿Has vuelto a pensar en visitar a tu amigo Skip? –preguntó sin volver a sentarse.

–Me acabo de comprar ropa interior nueva –dije.

–Me temo que no veo la relación.

–Ando tan mal de pasta que comprar ropa interior es todo un acontecimiento.

Seguía sin pillarlo.

–No me lo puedo permitir –expliqué–. Necesitaría dinero para gasolina, y también para comida, cerveza y todo eso. No tengo.

–Ya entiendo –dijo, aunque yo sabía que no lo entendía.

Entonces me fijé en que tenía la mano apoyada en la agenda. Seguramente pensaba que debía darme un capricho.

–Hace tiempo que no te pregunto por tu situación económica. ¿Qué tal va todo? Ya habréis terminado con los trámites para heredar el patrimonio de tu padre.

El patrimonio de mi padre. Casi me parto de risa. El patrimonio de mi padre lo llevaba puesto.

–Ya te conté que lo único que tenía era un seguro de vida del trabajo. El Estado se quedó con un tercio y el resto se fue en pagar impuestos atrasados de la casa, el abogado de mamá, la funeraria...

Se me apagó la voz antes de poder terminar la lista. El precio de los funerales había sido una sorpresa tan grande como la de la comida para perros.

Decidí que ya había tenido bastante. Alargué la mano para coger la gorra de la mesa y tiré el agua. Sabía que se suponía que tenía que disculparme y ofrecerme a secarlo, pero no me podía mover. El agua formó un charquito brillante sobre el tablero marrón oscuro y empezó a gotear en la moqueta, lo que me trajo a la memoria algo que me encogió el estómago, aunque no conseguí identificar el recuerdo exacto.

Me pasaron unos cuantos por la cabeza a toda velocidad. Todas las cosas que había tirado en mi vida y todos los castigos que había recibido. Manotazos en la cabeza. Golpes en la cara con la cuchara de palo. Azotes con el cinturón y cachetes con el dorso de la mano. Papá reaccionando espontáneamente, sin sentir. Las palizas que se veían venir, violentas pero impersonales y necesarias, como chaparrones. Si Betty las hubiera presenciado, me habría dado la razón en que eran algo instintivo.

Betty se levantó de un salto e intentó secar el agua con varios kleenex, pero se le deshacían en la mano. La oí decirme que no me preocupara y que no me fuera, pero mis piernas empezaron a funcionar otra vez y salí corriendo. Fui corriendo hasta mi camioneta y la saqué del aparcamiento a toda velocidad haciendo chirriar las ruedas. Betty salió detrás de mí y se quedó junto al edificio: una mujer mayor con ojos juveniles y con mis entrañas en forma de hebras blancas en las manos.

Estaba tan agitado que casi se me olvidó parar en Yee's. Debía de tener mala cara, ya que a Jack Yee le tembló la sonrisa y me preguntó si quería un vaso de agua. Me reí hasta que se me saltaron las lágrimas.

Me pasé toda la primera parte del trayecto a casa con ganas de vomitar. Hacía muy buena noche, así que todo el mundo estaba quemando basura en los jardines. El olor a plástico, hierba cortada y pañales sucios quemándose se metió en la camioneta y se sumó al de la grasa del rollito de primavera.

Mucha gente todavía tenía huevos de Pascua colgados de los árboles y los arbustos. Algunos no los quitarían hasta Halloween. Había gente que empezaba a sacar las figuras de adorno del jardín y que las dejaría fuera hasta que comenzase la temporada de caza, cuando tendrían que volver a guardarlas para que no se llevaran un balazo.

Vi a una mujer a la que no conocía por su nombre a pesar de que llevaba toda la vida pasando por delante de su casa. Estaba sacando brillo a una esfera reflectante azul eléctrico con un trapo verde. La saludé con la mano y ella me devolvió el saludo.

Me fijé en que había sacado su Virgen María y la había puesto al lado de su bebedero para pájaros y detrás de unas enormes setas rojas con lunares amarillos y con dos elfos encima. Su Virgen no era una de esas estatuas de piedra grises que ahora compraba todo el mundo, de ésas en las que está mirando al suelo

como si no fuera digna de respeto. La suya era de las antiguas, las de plástico, vestida de azul celeste y mirando al cielo con una leve sonrisa en los labios pintados de rosa. Ésas eran las favoritas de mamá. Le encantaban las túnicas de colores y las caras pálidas y serenas. Nunca había visto una hasta que viajó en coche desde Illinois después de perder a su familia y pensó que eran una señal divina de que aquél iba a ser un buen lugar para vivir. Se pasó todo el trayecto por nuestro valle contando vírgenes.

Volvía a estar totalmente relajado cuando pasé dando botes por encima de los últimos baches de nuestra calle. Mi corazón volvía a latir a su ritmo normal. Mis manos se estaban comportando. Podía pensar en algo y retenerlo en la cabeza. Ni siquiera me molesté cuando llevé la mirada al suelo de la camioneta y vi que la foto de la boda de papá y mamá había vuelto a subir hasta la superficie cruzando la última capa de basura. Puse la bota encima y volví a empujarla hacia abajo.

Cuando paré en la entrada, Elvis levantó la cabeza desde el sofá carbonizado, donde estaba tumbado. Se lo había apropiado en cuanto hubo desaparecido el grueso del olor a quemado.

Las niñas no habían dicho nada de reemplazar el sofá en el salón. Habían llenado el suelo de almohadones y se sentaban sobre ellos para ver la tele. De vez en cuando conseguía hacerme entender.

Misty no apareció en el porche en silencio esperando su rollito de primavera. Jody no salió corriendo a pedirme su galleta y su sombrilla. No le di demasiada importancia hasta que tuve la mano en el picaporte de la puerta de casa, cuando de repente me quedé totalmente convencido de que estaban todas muertas. Las habían matado a tiros y habían apilado sus cadáveres en medio del salón, donde antes había estado el sofá. No pude distinguirlas hasta que me fijé en los ojos, abiertos e inexpresivos, mirando desde sus rostros ensangrentados y con gestos de sorpresa. Los ojos grises de Jody, como los de mamá. Los ojos castaños de Misty, como los de papá. Los ojos azules de Amber, como los míos. Entonces supe quiénes eran. Quiénes habían sido. Ya no eran nadie. Eran una maraña roja y pegajosa de brazos, piernas y pelo. Muchísimo pelo. Dorado, rojizo y castaño.

Elvis empezó a gruñir. No me había dado cuenta de que estaba allí. Tenía el hocico pegado al suelo, las caderas levantadas y las orejas pegadas a la cabeza. Estaba enseñando los dientes y tenía el pelo negro del lomo erizado como las cerdas de los cepillos que solían cepillar todo ese pelo. Tenía sangre en el pelo. Por algún motivo supe que a él no le habían disparado. Aquélla era la sangre de las niñas. Estaba demasiado cerca de ellas cuando había empezado el tiroteo. Igual que yo. Me estaba gruñendo a mí. Miré hacia abajo y vi que tenía sangre en las botas, en los vaqueros. En las manos vi la escopeta del tío Mike.

La solté y el ruido que hizo al golpear el suelo me sobresaltó. Volví a mirar hacia abajo y vi la bolsa de Yee's en el suelo del porche, delante de la puerta. Elvis me estaba gruñendo. De verdad.

–¿Qué pasa, chico? –pregunté con voz temblorosa.

Dejó de gruñir en cuanto oyó mi voz. Levantó las orejas, movió la cabeza hacia mí y se fue trotando y agitando la cola.

Me agaché lentamente, cogí la bolsa y me aseguré de que la galleta de Jody no se había roto.

Quizá algún día me atreviera a preguntar a Betty por esas escenas que se representaban en mi cabeza. Seguramente no fuera nada, pero a veces me molestaban porque parecían reales. No de la forma en que los sueños parecen reales sino de la forma en que la vida parece real. La única razón por la que se lo mencionaría era por si existía una cura –alguna pastilla que pudiera tomarme–, ya que, como decía, a veces me molestaban.

Abrí la puerta. Normalmente no avisaba de que había llegado, pero esa noche grité:

–¿Dónde está todo el mundo?

Jody salió corriendo de la cocina, con los ojos muy abiertos de la emoción.

–¿Dónde has estado? –me preguntó–. ¿Por qué llegas tan tarde? No podíamos esperar más, nos moríamos de hambre.

Se detuvo para hacer un ruidito que sólo he oído hacer a niñas pequeñas. Era como una mezcla de grito, jadeo y gemido.

–Te has acordado. Amber ha dicho que no te ibas a acordar. Ha dicho que lo que te haya hecho llegar tarde haría que se te olvidara.

Corrió hacia mí, cogió la bolsa y me abrazó las piernas. Le toqué la sedosa cabeza.

–Tienes cara de contento –me dijo al tiempo que me cogía de la mano.

–No lo estoy –le aseguré mientras dejaba que me llevara a la cocina.

–¿Dónde has estado? –protestó Amber–. Podrías haber llamado.

–No he estado en ningún sitio –dije.

–¿Y por qué vas con chaqueta? Hoy todos los chicos que conozco van en pantalones cortos y tú vas por ahí con tus botazas de trabajo de Sears y una chaqueta de caza. Te digo yo que estás chiflado. Y espero que sea que estás chiflado, porque si no es que eres el tío más idiota del planeta.

Me quité la chaqueta de papá y la colgué en el respaldo de mi silla, no por complacer a Amber sino porque en la cocina hacía demasiado calor.

–Es mejor estar loco que no ir a la moda, ¿es eso lo que estás diciendo? –pregunté mientras alargaba el brazo para coger el pan de perrito.

–Me parto contigo –refunfuñó.

–Esa camiseta es mía –dije.

Las tres se ponían mis camisetas para dormir. La mitad de los días tenía que rebuscar en los cajones de mis hermanas para vestirme.

–Quítatela –terminé, sin darme cuenta de con quién estaba hablando.

Amber me dirigió una horrible sonrisa burlona y, antes de que pudiera decirle que parara, se había puesto de pie y había empezado a levantarse la camiseta. Debajo sólo llevaba unas bragas. De tipo tanga, con mariposas. Se había levantado la camiseta lo suficiente para que ya no se le viera la cara y, durante un instante en el que no me sentí culpable, me quedé mirando como un tonto el diminuto triángulo de tela que cubría la zona en que se unían sus muslos, para después seguir con las caderas, la tripa y la curva de la caja torácica hasta que me invadió una repulsión que recibí con agrado.

Me levanté de la silla, la cogí bruscamente del brazo y volví a sentarla de un tirón.

–Has dicho que me la quitara –me gritó.

–¿Dónde estabas? –preguntó Misty.

Los dos nos volvimos al oír su voz. Estaba masticando su rollito de primavera con una indiferencia mecánica, sosteniéndolo a cierta distancia de la cara con el codo apoyado en la mesa. Me fijé en que el collar de la gatita ya no se le deslizaba hacia abajo por el brazo. Le quedaba ajustado a la muñeca.

–Llegas una hora tarde –me dijo.

Miré el reloj del microondas y me olvidé de Amber. Misty tenía razón.

–No lo entiendo –dije–, ¿cómo puedo haber llegado una hora tarde?

–A lo mejor te han abducido los extraterrestres y te han dado alguna droga para que no recordaras lo que ha pasado –sugirió Amber con arrogancia–. Qué pena, tu primera experiencia sexual y no vas a poder recordarla.

Se rió como una histérica de su propia broma. Por una vez no podía culparla. Una burla ingeniosa para ser de Amber.

–A lo mejor te has perdido –dijo Jody mientras abría su sombrilla y la hacía girar con los dedos–. Me hacía falta otra morada –dijo sonriendo. Tenía unas seiscientas moradas.

–Tenía la esperanza de que por fin hubieras decidido largarte para siempre –me dijo Amber cuando dejó de reírse–. Entonces podría sacarme el carné.

Interrumpí la preparación de mis perritos calientes. Ahora me tocaba reírme a mí.

–No tiene gracia, Harley –dijo furiosa–. No puedes impedírmelo eternamente. Debería pedir prestado el coche a algún amigo y sacármelo. La única razón por la que no lo he hecho aún es porque sé que no me vas a dejar ni acercarme a tu camioneta, así que total, ¿para qué?

–Pensaba que la única razón por la que no lo habías hecho es porque sabes que te mataría.

–No tienes huevos para hacerme nada.

–No lo entiendes, ¿verdad?

–¿El qué no entiendo?

Recorrí la mesa con la mirada. Las sillas de papá y mamá seguían allí, una en cada cabecera. No nos habíamos molestado en ponerlas en otro sitio, igual que no nos habíamos molestado en vaciar y limpiar su habitación. Eso habría sido ACEPTAR demasiado.

Misty estaba sentada justo enfrente de mí, todavía masticando. Nos observaba a Amber y a mí, llevando la mirada de uno a otro con paciencia y con aire de superioridad, como si ya hubiera llegado al final de nuestra discusión y sólo estuviera esperando a que llegáramos nosotros.

Jody estaba escribiendo su lista de cosas que hacer. Casi todas eran frases cortas, salvo una larga que había al final y que no conseguía leer.

–No puedo pagarlo –le dije lentamente a Amber–. ¿Qué palabra no entiendes?

–Yo las entiendo todas –dijo Jody.

–Aunque fuera el tío más maravilloso del mundo y mi única preocupación en la vida fuera hacerte feliz –continué–, no gano lo suficiente para darles mil dólares a los del puto seguro. ¿Me explico?

Amber frunció los labios y resopló con frustración.

–No lo entiendo –dijo–, ¿cómo lo hacía papá?

–Papá ganaba mucho dinero.

–¿Conduciendo una hormigonera?

–Sí –grité.

–¿Y por qué tú no puedes conducir una hormigonera?

–Sí que puedo conducir una hormigonera. Lo que no puedo es encontrar trabajo como conductor de hormigonera. Hay una gran diferencia.

Por fin conseguí entender la última frase de la lista de Jody. PONER EL DIENTE DEBAJO DE LA ALMUADA.

–¿Se te ha caído otro diente? –pregunté sin mucho entusiasmo.

–Sí –dijo enseñándome el agujero en su sonrisa.

–Supongo que no te puedes permitir veinticinco centavos –dijo Amber con tono despectivo.

–No es Harley quien me trae dinero por los dientes –nos aseguró Jody–, ¡es el hada de los dientes! Aunque no entiendo por qué a mí sólo me trae veinticinco centavos y a Esme le trae cincuenta. Esme dice que es porque uso pasta de dientes Aquafresh en vez de Crest.

–Hablando de Esme –me dijo Misty–, su madre te ha traído un regalo.

Amber la miró con un gesto hostil.

–Yo a eso no lo llamaría un regalo –me dijo de mala gana.

–¿De qué estáis hablando? –pregunté.

–Ha pasado por aquí esta tarde y te ha dejado unas recetas y un libro – explicó Amber, prácticamente escupiéndome las palabras «recetas» y «libro»–. ¿Te estás volviendo marica o algo de eso?

–Algo de eso –dije.

–¿Qué es marica? –preguntó Jody.

–Supongo que, ya puestos, podrías hacerte marica, ya que no consigues que ninguna chica se líe contigo.

–¿Qué libro? –pregunté.

–Un libro gigante –dijo Jody efusivamente antes de que Amber pudiera volver a abrir la boca–. Es como una guía telefónica de grande.

–¿De qué es?

–Del Instituto de Arte de Chicago –contestó Amber con un gesto de asco y de asombro.

–Tiene un *post-it* encima con los números de las páginas en las que hay cuadros que la señora Mercer cree que te gustarán –añadió Misty con indiferencia.

Amber le lanzó otra mirada de indignación.

–¿Desde cuándo sabes tú de arte? –me preguntó con recelo.

–Sé un montón de cosas que tú no sabes que sé.

–Ah, perdona –refunfuñó–, pero es que es muy raro y muy asqueroso que la señora Mercer te traiga recetas y un libro de arte... como si se creyera que eres una mujer o algo de eso.

–Algo de eso –volví a decir. Jody se rió y yo le sonreí.

–Bueno, ríete si quieres –dijo Amber agitando el pelo–, pero esa mujer tiene que buscarse algo que hacer con su vida. Creía que ya no iba a volver más por aquí. No me puedo creer que se vista así.

No sabía cuál de sus comentarios abordar primero. Escogí el que más me interesaba.

–¿Qué pasa con su forma de vestir? Nunca la he visto con nada que no fueran vaqueros.

–Ya, pero siempre son demasiado ajustados para una mujer de su edad.

–¿De su edad?

–Tendrías que haber visto lo que llevaba esta vez.

–¿Qué llevaba? –pregunté.

Arrugó la cara con un gesto de asco.

–Unos vaqueros cortos rosas de cintura baja y una camiseta teñida con nudos con el ombligo al aire. Daba vergüenza ajena.

–Lo que te pasa es que estás celosa porque éstos son los vaqueros de Fashion Bug que querías tú –dijo Misty.

–¿Por qué daba vergüenza ajena? –pregunté, masticando lentamente los macarrones con queso que tenía en la boca e imaginándome a Callie Mercer con unos vaqueros cortos rosas de cintura baja y una camiseta teñida con nudos con el ombligo al aire.

–Porque es mayor. Las mujeres así dan pena. ¿De verdad se creerán que los tíos quieren mirarlas una vez que pasan de los treinta?

–Sí, esa pobre Kim Basinger... –dije–. Es un auténtico cardo.

–¿Quién es Kim Basinger? –preguntó Jody.

–Ya sabes lo que quiero decir –dijo Amber.

Terminé de cenar. Tardé unos diez segundos. Fui a coger una Coca-Cola de la nevera y regresé a la mesa, pero no volví a sentarme. Iba a llegar tarde. Di un par de largos tragos de la lata y eructé.

–Estoy deseando verte con treinta y tantos años, Amber –dije.

–No vas a saber nada de mí a los treinta y tantos. Voy a estar muy lejos de aquí.

–Vivirás en esta misma calle, en una caravana, con cinco niños y sin marido.

Me observó con una mirada agria.

–¿Sabes una cosa, Harley? Te iba a hacer un gran favor, pero ahora te pueden dar por el culo.

–¿Un favor? –dije echándome a reír–. El único favor que puedes hacerme es buscarte un trabajo.

–¿Y si te dijera que conozco a alguien que quiere salir contigo?

Mi mente volvió rápidamente al libro, las recetas y los pantalones cortos rosas. Aparté la mirada de la mesa. Estaba seguro de que me había puesto colorado.

–No me interesa –dije.

–Ni siquiera sabes quién es.

–Si es una conocida tuya, no me interesa.

Me dispuse a salir de la cocina. Tenía que cambiarme de ropa. Iba a llegar tarde al trabajo. Amber se levantó de un salto y corrió hasta ponerse delante de mí.

–¿Y si conociera a alguien que quiere... –hizo una pausa, se tocó el labio superior con la punta de la lengua y susurró– hacérselo contigo?

–Quítate de en medio.

–Estoy hablando en serio.

–Aparta.

–Ashlee Brockway. Su hermano Dusty iba a tu clase. Le gustas, no sé por qué.

–¿Cuántos años tiene?

–Es como yo.

–¿Dieciséis? Ni hablar.

–¿Cuál es el gran problema? Tú sólo tienes diecinueve.

–Casi veinte.

–¿Y? Ella cumplirá diecisiete algún día.

–Olvídalo.

–¿Cómo puedes ser tan arrogante? Ni que fuera una niña.

–Es una niña.

–¿Y tú qué eres?

Sonó el teléfono. Pedí a Misty que lo cogiera.

–¿Quieres oír lo que dice mi galleta de la suerte? –preguntó Jody.

–Muy bien, Harley –dijo Amber, que se acercó tanto a mí que casi me rozó el pecho con los pezones a través de mi camiseta. No llevaba sujetador. Si no le hubiera parado los pies a tiempo en la mesa, seguramente me habría enseñado los pechos. Y eso era algo que quería ver a toda costa y que quería evitar ver a toda costa, igual que a papá en su ataúd cerrado–. Tú mismo –dijo entornando los ojos hasta que se convirtieron en dos rayas azul claro en su cara–, pero recuerda: a buena hambre no hay pan duro.

–¡Eso es lo que dice mi galleta! –gritó Jody.

Amber se dio la vuelta y se fue a la ducha, moviendo el culo debajo de mi camiseta.

–Era la señora Shank –dijo Misty, que había vuelto de coger el teléfono.

–¿Quién?

–Los Shank. Viven pasada la casa de los Malone, antes de llegar al puente. Los que tienen el bebedero para pájaros y la esfera azul. Doug y Cruz vienen al colegio en nuestro autobús.

–¿Quiénes?

–Ha dicho que te ha visto parar la camioneta en el arcén y quedarte allí sentado una hora. Ha dicho que no quería molestarte porque tenías cara de no querer que te molestara nadie, pero quería asegurarse de que habías llegado bien a casa.

–¿Qué?

–No tenías por qué mentir por una cosa así –dijo Misty como si la hubiera decepcionado–. A ella no le habría importado.

–¿Qué? –repetí–. ¿A quién?

Ella también salió de la cocina. Miré a Jody, que estaba otra vez escribiendo. De pronto no supe lo que se suponía que tenía que hacer a continuación.

Me llegó un bombardeo de sonidos. Mi sentido del oído se volvió dolorosamente agudo. Oí el chirrido del lápiz de Jody sobre su lista de cosas que hacer y supe que estaba escribiendo REZAR POR EL VIEN DEL ALMA DE PAPA. Oí a Misty dar un golpe a un almohadón al tumbarse a ver la tele y

supe que era el viejo y aplastado con la funda de tela vaquera azul que se llevaba papá cuando se iba de caza y pasaba la noche fuera. Oí a Elvis fuera de casa tocar su tazón con el hocico y supe que todavía tenía hambre. Oí el agua de la ducha salpicar la piel desnuda y enjabonada de Amber y supe dónde se estaba tocando.

Me habría gustado que Betty hubiera podido tener la misma experiencia. Quizá entonces habría entendido por qué algunas preguntas no deben contestarse.

Fui a la habitación de Amber y saqué su anuario del instituto. Busqué a Ashlee Brockway. No era repulsiva.

No recuerdo la primera vez que mi padre me pegó, pero recuerdo la primera vez que pegó a Amber. Mi hermana tenía tres años y era un estorbo que me impedía mantener mi estilo de vida. No podía ver mis dibujos de *He-Man* delante de ella porque mamá decía que Skeletor daba demasiado miedo. Me gritaban por no recoger mis Lego porque podía metérselos en la boca y ahogarse. Yo tenía que dejarla jugar con mis coches Hot Wheels, pero como me acercara a su cocinita me llevaba un cachete. Muchas veces quería pegarle yo mismo, pero no lo hacía porque no quería que me pegaran a mí y el castigo por pegar era pegar.

Papá le pegó por tirarle la cerveza. Primero estaba tan tranquilo viendo la televisión en el sofá y, al minuto, su enorme mano salió disparada y agarró el bracito de Amber con total naturalidad, como si estuviera cogiendo la lata de cerveza. Tiró de ella, echándole la cabeza hacia atrás bruscamente y, a continuación, le soltó una bofetada.

El golpe de la dura mano de adulto contra la blanda mejilla de niña fue el sonido más fuerte que había oído en mi vida. Incluso más fuerte que los gritos de Amber.

Vi cómo una expresión de pánico y perplejidad le nublaban los ojos a Amber y me vi reflejado en ellos. No un reflejo físico sino una prueba de mi existencia, exactamente igual. Supe que papá había destruido la valentía de mi hermana.

Mamá vino corriendo desde la otra habitación y se detuvo en la puerta para asimilar lo ocurrido. Entonces me miró fijamente, suplicando que le diera una respuesta que yo era demasiado pequeño para darle. Yo quería que lo abandonara porque nos hacía daño, pero yo necesitaba que nos quedáramos con él porque todos nosotros éramos suyos. Era un niño, así que para mí no había nada más injusto que el hecho de que alguien te quitara tus cosas.

Al final mamá cogió en brazos a Amber y salió, susurrándole cosas en el pelo.

Aquella noche, Amber tuvo una pesadilla. Vino y se metió en mi cama en lugar de en la de papá y mamá. No me pude volver a dormir con ella acurrucada a mi lado. Me quedé allí tumbado hasta el amanecer, pensando en papá y sintiendo la misma frustración inútil que había sentido la primera vez que lo había visto hacer pis sobre un centelleante montón blanco de nieve pura recién caída.

Amber me organizó la cita. Yo no hablé con Ashlee en ningún momento y en ningún momento quise hacerlo. Yo quería meter una parte de mi cuerpo dentro del suyo y estaba dispuesto a pasar hambre durante una semana para poder reunir dinero suficiente para salir con ella e intentar convencerla de que me dejara hacerlo, pero no quería saber nada sobre ella. Me daba igual qué música le gustaba, si quería a sus padres o a qué quería dedicarse. Mi sentido común tendría que haberme dicho que eso no era buena señal.

La noche antes de salir con ella, me quedé despierto a oscuras mirando mi bombilla y preguntándome si aquella sería la última noche que estaría allí tumbado siendo virgen. Intenté no pensar demasiado en ello porque era exactamente lo mismo que había estado pensando la noche antes de cagarla con Brandy Crowe, pero no podía parar.

Emoción. Pavor. Deseo. Asco. Me estaba poniendo malo de la confusión que sentía. ¿Cómo un mismo acto podía provocarme sentimientos opuestos? ¿Cómo podía sentir algo tan fuerte por una chica a la que no había visto en mi vida? ¿Cómo podía querer amar a alguien sin involucrarme? Había algo perverso en aquel sentimiento. Algo demasiado arrogante. Incluso para los seres humanos.

Al final conseguí acallar mis pensamientos lo suficiente como para poder dormir. Mi principal preocupación era mi cordura. Últimamente había empezado a disfrutar en secreto de mis momentos de cordura de la misma forma que la mayoría de los tíos disfrutaban de sus erecciones. Organicé mis sentimientos hacia Ashlee una última vez y los puse en una línea bien ordenada en mi mente.

No quería que hablara. No quería que opinara ni que sintiera. Pero la quería viva. La quería cálida.

Rick no quiso darme la noche del viernes libre, pero me dijo que podía salir antes. Me preguntó si tenía una cita. Dije que no, pero eso no impidió que les dijera a las cajeras, a Bud y a Church que sí la tenía.

Mientras salía por la puerta al principio de nuestro turno, anunció a voz en grito que podía llevarme una caja de condones –a los que se refirió como «chubasqueros»– de la sección de farmacia, sin pagar, porque así era él. Y sin duda se conocía bien. Él era así.

–No le hagas caso –me dijo Bud–, solamente tiene envidia porque ni siquiera su propia mujer quiere acercarse a ese culo gordo.

Las cajeras se rieron. Una de ellas dijo que era verdad. ¿Cómo se explicaba si no que no tuvieran hijos? Todo el mundo sabía que su mujer no tenía problemas de fertilidad desde que había ido al médico el año anterior por aquel dolor abdominal.

–¿No la operaron con un laparoscopio de esos? –preguntó otra.

La otra asintió.

–Te hacen un corte en el ombligo y te meten un tubo que tiene un láser y un pequeño telescopio al final para poder verte los ovarios.

–Eso es lo que le hicieron a mi cuñada cuando tuvo el aborto.

–Por un aborto no te hacen eso –intervino la tercera–. Le harían una DyL para limpiarle el útero.

–¿En ésa es en la que te sacan todo con el aspiradorcito o en la que te raspan con un cuchillo?

Una mujer se acercó con su carro a una de las cajas y puso fin a la conversación, pero el daño ya estaba hecho. Las partes íntimas de Ashlee habían perdido su atractivo místico temporalmente. No era la primera vez que las cajeras quitaban toda la gracia a las mujeres. Eran como los profesores de literatura que te estropean todo el placer de leer un libro dividiéndolo en temas y en estructuras sintácticas.

Church se levantó del banco para ir a embolsar, pero se detuvo con un gesto de perplejidad y dijo:

–Si fuera a llover, mi madre me lo habría dicho. Siempre me hace ponerme el chubasquero.

Lo miré, pero sólo durante un segundo. Mirar a Church a los ojos era como ver su alma con un telescopio al revés.

–No quiere que me moje –dijo.

–Ya –contesté.

–Una vez me puse malo por mojarme. De verdad.

–Te creo.

–Es un chubasquero rojo. Me lo has visto.

–Ya.

–El amarillo es para chicas –de repente soltó una fuerte carcajada, se volvió hacia donde estaba Bud y, señalándolo, exclamó–: Me da igual lo que digas, Bud, el amarillo es para chicas. Me da igual lo que digas.

Bud me guiñó el ojo.

–Pero si yo siempre he creído que el amarillo es para chicas, Church.

A Church le dio un ataque de risa al oír eso.

–Joé, Bud, eres un cachondo –dijo cuando se calmó. Se quitó las gafas y se sacó un pañuelo del bolsillo de sus pantalones anchos negros para secarse las lágrimas–. Tú y Harley, los dos sois unos cachondos –dijo sacudiendo la cabeza.

Cuando dejó de reírse, volvió a ponerse las gafas con cuidado sobre la nariz y dobló el pañuelo formando un cuadrado perfecto antes de volver a metérselo en el bolsillo.

–Debería llamar a mi madre para decirle que me traiga el chubasquero. Y

también el paraguas. Una vez me puse malo por mojarme. De verdad.

Se dirigió hacia el teléfono público que había al lado del cajero automático. Bud aguantó la respiración y, cuando estuvo seguro de que Church no podía oírle, prorrumpió en carcajadas.

Mi turno transcurrió sin contratiempos y mis pensamientos fueron mejorando poco a poco con respecto a los de la noche anterior. Reponer los productos de las estanterías y recibir la luz de los fluorescentes normalmente tenía ese efecto sobre mí. Intenté fijarme en el lado positivo. Quizá al final Ashlee Brockway me gustara de verdad. Quizá fuera madura para su edad. Y tuve que recordarme todo el tiempo que yo le gustaba o ella creía que le gustaba y, para las chicas, creer que les gusta un chico es tan importante como que les guste de verdad.

Terminé de desembalar ocho cajas de pastelitos congelados Toaster Strudels, cerré la puerta del congelador y di un paso atrás para mirarme en el cristal. Mi físico no tenía nada de malo. Ningún fallo que saltara a la vista. Pero tampoco tenía nada especialmente bueno.

Mi pelo no era de ningún color definible. La gente decía que era castaño, rubio rojizo e incluso caoba. Jody me dijo una vez que era del color de un montón de hojas rastrilladas.

Tenía los ojos azules, pero no de un azul llamativo como el de una llama de gas, como los de Amber. Cuando era pequeño pensaba que eran como la cartulina azul cuando se mojaba y eso a mí me parecía algo bueno.

Tenía un cuerpo aceptable. No hacía pesas y, salvo que pasara por una increíble crisis de los cuarenta, jamás las haría, pero levantar peso era una de mis inclinaciones naturales, así que tenía los brazos fuertes y el pecho desarrollado. Seguramente papá tenía sus motivos para pensar que podría haber sido jugador de fútbol americano.

Admirar mi cuerpo y comprobar que no estaba mal me llenó de entusiasmo, así que fui directamente de la sección de congelados a la de farmacia. El mostrador en el que vendían los medicamentos con receta había cerrado a las ocho y no había nadie por la zona. Cogí una caja de condones. En cuanto la tuve en la mano se disiparon todas mis preocupaciones sobre Ashlee. Por mí como si todavía tenía los dientes de leche.

Me metí la caja en el bolsillo de los pantalones. Sólo faltaban quince minutos para que acabara mi turno. Rick no estaba allí para hacerme trabajar hasta el final, así que decidí ir a quitarme la ropa de Shop Rite antes de tiempo. Me dirigí al almacén tirando del carro de reponer y tuve que pasar por la frutería. Me paré delante de los plátanos.

Había practicado poniendo condones en un montón de plátanos desde la noche en que había estado con Brandy Crowe, cuando desenrollé uno antes de

intentar ponérmelo. Y después había intentado ponérmelo. No iba a dejar que un pequeño detalle como ése me detuviera.

Por desgracia, Brandy tampoco intentó detenerme. En el momento creí que eso significaba que era tan inexperta como yo, pero resultó que simplemente era tonta, estaba excitada y quería hacerme sufrir. Me dijo que podía seguir adelante y hacerlo, aunque el chisme apenas estaba puesto y tenía tanto aire dentro que parecía un globo que un payaso podría haber convertido en un perro salchicha en una fiesta de cumpleaños. Lo intenté y creo que había conseguido aproximadamente un centímetro de penetración sin sentir otra cosa en la polla que el látex inflado cuando el condón se cayó. Llegados a ese punto, estaba dispuesto a exponerme a un embarazo, una enfermedad e incluso a la muerte, pero Brandy puso fin a todo aquello, incluidas las alternativas que propuse con las que no podría quedarse embarazada. Justo en ese momento supe que no me quería como me había estado diciendo desde que me había dejado desabrocharle el sujetador. Si me hubiera querido, me habría ayudado a dejar de sufrir, igual que una mujer atormentada le da una dosis de pastillas a su marido aquejado de cáncer para ayudarlo a suicidarse. Una paja por compasión: eso era todo lo que quería.

No iba a permitir que volviera a ocurrir nada de eso. La práctica hace al maestro y aún tenía algo de tiempo. Observé los plátanos, pero acabé cogiendo un pepino de buen tamaño. Mi optimismo había alcanzado cotas sin precedentes.

Me lo metí en el bolsillo con la caja de condones y me dirigí hacia los mostradores de carne y marisco evitando pasar por delante de las alcachofas.

Teníamos los filetes de salmón de oferta. A 10,99 dólares el kilo. A Jody le encantaba el salmón. No el sabor. Ninguno lo había probado nunca. Le encantaban las escamas plateadas brillantes.

La recuerdo de muy pequeña sentada en el carro señalando las brillantes capas de color plateado y naranja rosáceo amontonadas sobre trozos de hielo en el mostrador y balbuceando. Mamá sonreía, le decía que no nos lo podíamos permitir e intentaba conseguir que se interesara por algún trozo de algo incoloro o por las truchas y los siluros que todavía tenían los ojos en la cabeza. Nunca funcionaba y mamá acababa riéndose y diciéndole a Jody que esperaba que siempre se mantuviera así de fiel a sus convicciones, que de mayor podría ser juez del Tribunal Supremo.

Ahora lo veía. Una copia de la primera sentencia dictada por Jody pegada con tapioca a la pared del comedor de una cárcel.

A veces deseaba que a mamá le pusieran aquella inyección letal. Le iba mejor el papel de fantasma que el de espectadora.

–Hola, Harley –dijo una voz femenina.

El corazón me dio un vuelco. Tenía un montón de mujeres en la cabeza: mamá, Jody, Ashlee, Brandy, la cuñada de la cajera con el útero raspado... Podría haber sido cualquiera de ellas y no estaba preparado para hablar con ninguna.

Callie Mercer apareció a mi lado. Llevaba puestos los pantalones cortos rosas, pero no la camiseta con el ombligo al aire. Llevaba una camiseta en la que ordenaba al mundo que salvara a los tigres.

–Hola –repitió.

–Hola –contesté.

Me miró con cara rara y después se le dibujó una sonrisa en los labios. Ladeó la cabeza y me miró con el rabillo del ojo.

–¿Eso es que tienes un pepino en el bolsillo o que te alegras de verme?

–¿Eh?

–Perdona –dijo riéndose–, tenía que decirlo. Tienes un pepino en el bolsillo.

Miré hacia abajo, aterrorizado, sin recordar si había llegado a ponerle el condón o no.

–Lo he encontrado en un estante –expliqué enseguida–, sólo estaba llevándolo a su sitio.

–¿Qué otra cosa podrías estar haciendo con él? –dijo.

–Claro –contesté.

–Bueno, ¿qué tal estás? –preguntó con una voz ronca llena de optimismo que me hizo pensar en destinos al azar en carreteras largas, estrechas y grises.

–Bien.

–La semana pasada pasé por tu casa, ¿te lo dijo Amber?

–Sí.

–No estaba segura de que fuera a decírtelo. Creo que no le caigo muy bien.

–¿Por qué lo dices? –pregunté–. ¿Te dijo algo?

–Digamos que no fue muy hospitalaria. No tiene importancia. Es normal que piense que estaba fisgoneando.

–¿Fisgoneando? ¿Fue eso lo que te dijo?

–No te preocupes, Harley –hizo ademán de alargar el brazo para tocarme, pero se detuvo–. No pasa nada. Lo entiendo. A veces tiene que ser muy difícil tratar con la gente después de... –intentó encontrar las palabras menos alarmantes–, después de lo que pasó.

–No, te equivocas –contesté cortantemente–. Lo que pasó no es ninguna excusa para comportarnos como nos dé la gana. No es una excusa para nada.

–Bueno, vamos a olvidarlo.

Miró hacia el mostrador y echó un vistazo al salmón. Seguramente ellos lo comían todas las semanas, estuviera o no de oferta. Seguramente se sabía la

receta de algún adobo espectacular que me escribiría si se la pedía. Podía oler la cena de esa noche en su pelo y en sus manos: jengibre, ajo y azúcar moreno.

Entonces me di cuenta de que se estaba mirando en el cristal. Observó su reflejo, confundida y molesta, como si le hubieran dado un montón de piezas y unas instrucciones en una lengua extranjera.

–Gracias –se me ocurrió decirle en ese momento–. Por lo que me llevaste.

Se volvió de nuevo.

–¿Hojeaste el libro?

–Sí. Vi el cuadro de Pierre Bonnard. *El Paraíso terrenal*. Se supone que son Adán y Eva, ¿no?

–Sí. ¿Qué te pareció?

–Creo que es bastante fiel. Eva tumbada en el bosque durmiendo como si no tuviera ninguna preocupación y Adán de pie en el límite del bosque como si estuviera intentando decidir dónde construir una casa.

–¿Por qué dices que es fiel? –dijo riéndose.

–No sé, supongo que porque parece que a las mujeres se les da mejor aceptar las cosas como son y aguantar las cosas malas mientras que los hombres siempre están intentando encontrar formas de cambiar las cosas y, cuando no pueden, se cabrean.

Me observó como si quisiera que continuara hablando. Busqué en mi cerebro algo más que poder ofrecerle.

–Como en el jardín del Edén –continué–. A mí siempre me ha dado la sensación de que, aunque Eva recibiera la iluminación y se diera cuenta de que estaba desnuda, a ella no le habría importado. Fue Adán el que se avergonzó y no pudo soportarlo.

Me dirigió una amplia sonrisa y sus ojos marrones me analizaron con una centelleante mirada de familiaridad. Me la imaginé dirigiéndole esa misma mirada a su marido y a él, sin enterarse de nada, dándole un beso desapasionado en la mejilla al dirigirse hacia la puerta en su noche de salir con los chicos.

–Mucha gente cree que ésa es una de las cosas que estaba intentando reflejar Bonnard en su cuadro –dijo–. Que Eva se deleita en su estado natural mientras que Adán se siente incómodo al darse cuenta de que está desnudo. Está solo porque el haber tomado conciencia de su estado lo ha distanciado de ella –hizo una pausa–. Tengo curiosidad por saber quién de los dos crees tú que tuvo la culpa de su caída en desgracia: ¿Adán o Eva? –preguntó con un tono ligeramente jocoso.

–Los dos –dije asintiendo con la cabeza–. Los dos fueron egoístas.

–¿Egoístas?

–A mí siempre me ha parecido que fue por eso por lo que Dios quiso librarse de ellos. No porque incumplieran ninguna norma, sino porque se volvieron el

uno contra el otro. Seguro que si, en lugar de intentar culparse mutuamente, hubieran ido a hablar con Él y hubieran reconocido que los dos habían sido unos idiotas, habrían podido arreglar las cosas. Si Dios hubiera pensado que se querían, seguramente les habría dado una segunda oportunidad en lugar de condenar a toda la raza humana por los siglos de los siglos.

Otra vez me estaba sonriendo. Miré hacia el pepino que me asomaba por el bolsillo.

–¿Y qué hace tu marido la noche que sale?

Lo pregunté con cierta arrogancia. Había una parte de mí a la que no le importaba ofenderla. ¿Qué más daba? Callie era una fantasía, como las modelos de lencería. La única diferencia era que a ella podía olerla y que sabía dónde vivía.

Aquello no era asunto mío y en parte esperaba que ella me lo dijera, pero me contestó.

–No lo sé –dijo mientras extendía los dedos en el aire–. Tiene un par de amigos del trabajo con los que sale. Hace un par de años tuvieron una fase en la que les dio por jugar al *racquetball*. Después al baloncesto. Aquello no me importaba demasiado porque al menos hacía ejercicio. Ahora creo que lo único que hacen es sentarse en el club de campo durante horas y quejarse de que sus mujeres y sus hijos les exigen demasiado y de que no pueden jugar al golf por la noche.

Se detuvo, se mordió el labio inferior y lo soltó como si supiera mal.

–No he sonado demasiado crítica, ¿no?

–No –dije.

Se puso suavemente el dedo índice sobre los labios. El sabor del dedo parecía gustarle más, ya que se metió la punta en la boca y empezó a mordisquearse la uña.

–¿Qué preferirías estar haciendo tú en tu noche libre? –pregunté–. Aparte de hacer la compra.

–Aparte de hacer la compra... –dijo mirándome con una sonrisa pícaro sin mover el dedo antes de colgárselo de una trabilla de los pantalones, que llevaba sin cinturón–. Qué difícil. Bueno, supongo que en una noche cálida y despejada como la de hoy, cogería un libro, una manta y un par de cervezas y me iría a un claro que hay detrás de mi casa, al otro lado de las vías del tren. Es un prado enorme rodeado de árboles que está como a un kilómetro y medio subiendo por la colina. Ahí arriba tienes la sensación de estar en un mundo totalmente aislado. Con esa luna llena enorme que hay esta noche, seguro que hay tanta luz como si fuera de día.

–¿Te llevarías cerveza? –pregunté.

Asintió con la cabeza.

–¿No una botella de vino?

–Me gusta la cerveza.

–Te había tomado por aficionada al vino.

Se echó a reír.

–Algo me dice que eso no es un piropo.

–¿Y por qué no puedes hacerlo? –me pregunté–. Ir a leer al bosque.

–Supongo que podría si presionara lo suficiente, pero no merece la pena el esfuerzo.

Bajó la cara y, con ella, decayó su buen humor.

–Bueno –dijo con un suspiro–, te dejo que vayas a poner el pepino en su sitio. Por cierto –empezó a decir mientras movía el carro para marcharse–, ¿qué le ha pasado a vuestro sofá?

Me quedé pensando un momento.

–Se incendió.

–Dios mío. Tenéis suerte de que no se quemara la casa entera. ¿Había alguien fumando en él?

–Sí, una amiga de Amber.

–Menos mal que estabas en casa.

–Sí, menos mal.

–Bueno, nos vemos.

Empezó a alejarse.

–Siento lo de Amber –le grité–, hablaré con ella.

–No –se paró en seco y me miró negando con la cabeza–. Por favor, no le digas nada. No pasa nada, de verdad.

Esperé a que los pantalones cortos rosas giraran hacia el pasillo de los cereales y fui a dejar el pepino en su sitio.

No quería que Callie Mercer ni ninguna otra persona le diera cancha a Amber porque nuestra familia había vivido una tragedia. La gente siempre está poniendo excusas por hacer tonterías y no tener un mínimo de decencia. Siempre están buscando a alguien a quien echar la culpa.

El abogado de mamá culpó a papá de su propio asesinato. Prácticamente llegó y dijo abiertamente que se lo había merecido por pegar a sus hijos. Pintó a mamá como la mayor mártir del mundo, una mujer que sacrificó su libertad por salvar a sus hijos, pero cualquiera que mirara a mi madre, sentada con un gesto de desconcierto y con los ojos secos y mirándose el anillo de casada, sabía que ni siquiera ella se tragaba aquel cuento.

El abogado omitió deliberadamente algunos datos fundamentales, como que papá se casó con mamá cuando se quedó embarazada en lugar de abandonarla y que se mató a trabajar todos los días de su vida de casados para mantenernos.

No habló de los ESTÍMULOS FÍSICOS que determinaban el mundo de

papá. No dijo que no le gustaba su trabajo pero que iba todos los días. Que no le gustaba afeitarse pero que mamá no lo soportaba cuando le empezaba a crecer la barba. Que no le gustaba Bill Clinton pero que aun así tuvo que votarlo. No era un monstruo. Era un hombre de carne y hueso que no soportaba que tiraras las cosas.

Intenté explicar esas cosas el día en que declaré como testigo, pero el juez no dejaba de repetirme que me ciñera a las preguntas. Ni siquiera el fiscal, cuyo trabajo era condenar a mamá, tenía interés en hacer parecer mejor persona a papá para que mamá pareciera peor. Le daban exactamente igual los individuos implicados. Él se agarró a las grandes preguntas filosóficas: «¿Hay algún caso en el que tomarnos la justicia por nuestra mano sea lo correcto?» y «¿Qué le sucede a la estructura de la sociedad cuando lo hacemos?». A mí me pareció que era una locura intentar utilizar ese argumento ante un jurado formado por gente que en sus salas de estar tenía armas en lugar de libros, pero había olvidado que la razón por la que las tenían era que les encantaba matar, sólo que no a los de su propia especie. El fiscal no lo había olvidado. Fue distorsionando su razonamiento hasta convertirlo en una gran madeja de paranoia.

¿Dónde ponemos el límite? Si se le puede disparar por pegar a los niños, ¿se le puede disparar por quedarse por ahí bebiendo hasta tarde? Hoy es una mujer que dispara a su marido por pegar a los niños, mañana es un desconocido que te dispara en tu coche porque no le gusta la pegatina que llevas en el parabrisas. Cuando terminó, todos los presentes en la sala creían que dejar en libertad a mi madre sería firmar sus propias sentencias de muerte.

Tenía mis vaqueros buenos y una camiseta azul limpia esperándome en el almacén. Me cambié detrás de una pila de cajas de ketchup Heinz, me puse la gorra y cambié de bolsillo la caja de condones.

Callie ya estaba pagando cuando me dirigí tranquilamente hacia la entrada. Me paré y la observé. Estaba charlando animadamente con Bud. Bud hablaba con todo el mundo, pero parecía que a ella la conocía personalmente.

Esperé a que se fuera. No tenía pensado hablar con nadie al salir, pero tenía que pasar por delante de todos para llegar a las puertas. Aflojé el paso al acercarme a Bud. Me miró e hizo un globo con el chicle.

—¿Listo para tu gran cita?

—Sí, supongo.

—¿Adónde vais?

—Al cine.

—Buena idea, Harley —comentó Church.

Me acerqué un poco más a Bud. No quería que las cajeras me oyeran mencionar a Callie y se pusieran a repasar la historia de su aparato reproductor.

—¿De qué la conoces? —le pregunté.

–¿A quién? ¿A Callie Mercer? –dijo–. Trabajé con ella.

–Compra demasiada mantequilla de cacahuete –intervino Church–. Se lo he dicho. De verdad.

–¿Dónde? –le pregunté a Bud.

–En el *Gazette*. Ella trabajaba en el periódico durante los veranos cuando estaba en la universidad, cuando venía a pasar las vacaciones aquí.

–¿Tú escribías para el periódico?

–No pongas esa cara de asombro –me dijo, reventando un globo de chicle–. Escribir para el periódico sólo tiene un poco más de mérito que saber leerlo.

–La mantequilla de cacahuete tiene muchísima grasa –dijo Church–. La gente no se lo cree cuando se lo dices, pero es verdad. Igual que las aceitunas. Tienen muchísima grasa. La gente nunca me cree cuando se lo digo.

–¿Por qué lo dejaste?

–Bueno, un día estaba revisando mis recortes del periódico y me di cuenta de que la noticia más importante que había redactado en toda mi carrera era «Agredido un hombre disfrazado de marmota».

–¿Fue aquel chico de Roebuck al que dieron una paliza en Punxsy el Día de la Marmota? –preguntó una de las cajeras.

Mi intento de ser discreto no había funcionado.

–En Gobbler’s Knob, ¿no? –se metió otra cajera–. Era la marmota que entretenía a la gente en el centro de la ciudad. El otro trabajaba en el centro comercial, pero no tenía el gran sombrero de copa.

–Sí, ése –dijo Bud–. Pillaron a los tipos que le pegaron. Todavía recuerdo la declaración que hicieron para mi artículo: «Hemos cogido a esa puñetera marmota».

–¿Entonces lo dejaste porque acabaste asqueado? –pregunté.

–Lo dejé porque me obligaron. Jubilación forzosa. Pero me gusta pensar que lo habría dejado de todas formas.

–¿Por qué lo dejó Callie? –pregunté–. ¿Porque tuvo hijos?

–Bueno, vamos a ver. Trabajó allí los veranos entre curso y curso de la universidad –hizo una pausa, se llevó a la barbilla una mano llena de manchas por la edad y se la acarició con aire pensativo–. Luego estuvo trabajando allí un par de años cuando volvió para quedarse. Sí, supongo que lo dejó cuando se casó y empezó a tener niños.

–¿Por qué quiso volver a vivir aquí? –pregunté–. No me pega nada.

–¿Por qué lo dices?

–Parece diferente. Nada más.

–No sé –dijo Bud–. A lo mejor estás confundiendo diferente con insatisfecha. Church se puso entre nosotros.

–Compra demasiada mantequilla de cacahuete –dijo sorprendido–. Ni

siquiera la compra para sus hijos, se la compra para ella. De verdad. Me ha dicho que le gusta –sacudió la cabeza–. Tiene muchísima grasa. Se lo he dicho.

–Si se crió aquí –continué sin hacer caso a Church–, tenía que saber cómo es esto. Tenía que saber que aquí estaría insatisfecha. ¿Por qué se quedó?

–Estoy seguro de que simplemente fue por amor.

–¿Por su marido? –pregunté, sintiendo una punzada de repugnancia al hacer la pregunta.

–Por su abuelo –contestó Bud–. Volvió para cuidarlo cuando tuvo el primer infarto. Vivió un año más después de aquello y luego tuvo el fuerte, el que lo mató. Ella heredó sus tierras y se quedó a vivir allí.

–Debía de quererlo mucho.

Bud asintió.

–Callie es un poquito intensa. Cuando trabajaba con ella, siempre me daba la sensación de que quería estar en mil sitios a la vez. Su abuelo era algo así como su brújula, eso me parecía a mí. Al morir –hizo una pausa y se tocó la sien con el dedo–, la aguja de Callie empezó a girar sin control, no sé si me explico. Creo que se quedó en las tierras del abuelo con la esperanza de encontrar un poco de tranquilidad.

–¿Le dio las tierras el abuelo antes de que se casara?

Bud se detuvo y me dirigió una mirada inquisitiva.

–Creo que nunca te había oído hablar tanto. Te estás poniendo de los nervios por tu cita, ¿eh?

–¿Se las dio antes de que se casara? –volví a preguntar.

–Eso creo.

–Entonces, ¿por qué se casó?

–Bueno, no puedo decirlo con seguridad, pero no creo que la propiedad de las tierras tenga ninguna relación con eso.

–Sólo digo que, si tenía todas esas tierras y un trabajo, no necesitaba casarse.

–Y dale... ¿Quién ha dicho que tuviera que casarse? Digo yo que querría al tipo. ¿Es que tienes algo contra Brad Mercer?

–Ni siquiera lo conozco.

La conversación dejó de interesarme cuando su marido volvió a aparecer en ella. Además, iba a llegar tarde a mi cita.

Me despedí de todo el mundo y me dirigí hacia la puerta. Estaba en el felpudo cuando oí a Church gritar a pleno pulmón:

–¡Harley, dice mi madre que esta noche no te hace falta chubasquero!

Las puertas se abrieron y salí de allí lo más deprisa que pude, con las carcajadas de todos resonando en mis oídos.

Había quedado con Ashlee en la fuente que había en medio del centro comercial. No me había parado a pensar demasiado en por qué había querido

quedar conmigo en un sitio en vez de que fuera a recogerla a su casa, pero lo supe en cuanto doblé la esquina de delante de la tienda de telas y oí risas de chicas. Me habría marchado, pero una de ellas me vio y le dijo algo al oído a Ashlee. Ella me miró, me saludó con la mano y se volvió hacia sus amigas. Siguieron diciéndose cosas al oído y riéndose y después me miraron de arriba abajo con sonrisas lascivas de suficiencia.

Ashlee había pescado a un chico mayor, un hombre hecho y derecho que pagaba impuestos y se compraba su propia ropa interior. No es que yo le gustara. No tenía más interés en conocerme del que tenía yo en conocerla a ella. Sólo quería presumir delante de sus amigas.

Me lo merecía, teniendo en cuenta la razón por la que yo estaba allí. No se me ocurría un intercambio más equitativo: mi dignidad por su coño.

Se bajó del borde de ladrillo de la fuente y se dirigió hacia mí. No podía quitarle los ojos de encima. Hay cosas que no se ven en una foto del anuario.

–Hola, Harley –dijo.

–Hola –contesté–. Espero no haber llegado tarde.

–Me da igual –dijo.

Se puso delante de mí y se quedó totalmente quieta como si fuera una ofrenda.

–Lo digo porque no quiero que lleguemos tarde a la película –expliqué.

–Me da igual –repitió–. Ya la he visto.

–¿Quieres que veamos otra?

Hizo un gesto de indiferencia y después me cogió de la mano.

–Las he visto todas –dijo mientras empezaba a llevarme hacia la fuente para presentarme a sus amigas.

Había cuatro, pero eran intercambiables. El mismo pelo suave y sedoso. La misma sombra de ojos que les daba una mirada inocente y el mismo pintalabios marrón rosáceo. Las mismas camisetas ajustadas con la espalda al aire, los mismos pantalones cortos con flecos y las mismas sandalias con tacones gruesos.

Las miré, repanchigadas al borde de la fuente, con las piernas, los ombligos y los cuellos al descubierto pidiendo a gritos que alguien los tocara. Aquello tendría que haber sido delito. Excitación premeditada. Tendría que haber podido llamar a seguridad y hacer que se las llevaran de allí por la fuerza. A todas menos a Ashlee: a ella quería quedármela para mí.

Resultó no ser muy habladora. Me lanzó un montón de miradas de adoración y, desde que nos sentamos en el cine, estuvo todo el tiempo agachándose para ajustarse la hebilla de la sandalia. Cada vez que lo hacía, se le levantaba la camiseta y yo alcanzaba a ver fugazmente el comienzo de una sombra en la base de la columna. Quería besarla en ese punto más de lo que quería besarla en los labios.

La película me dejó indiferente. No podría haberme interesado menos una panda de adolescentes escandalosos que recibían cartas de amenaza y encontraban cadáveres en los maleteros de sus coches. Ashlee había dicho que ya la había visto, pero eso no impidió que se muriera de miedo. Me cogía del brazo cada vez que había alguna escena de miedo. Para cuando salieron los créditos, se había quedado agarrada permanentemente. Yo casi ni lo noté. Estaba pensando en cuánto dinero me había gastado en una película mala, palomitas y Coca-Colas. Tener que mantener a una familia le quitaba la gracia a muchas cosas.

Salimos del cine de la mano. Ashlee no dejaba de mirar a su alrededor por si veía a algún conocido. En el aparcamiento, echó a andar directamente hacia mi camioneta. No entendía cómo sabía cuál era. Si alguna vez había estado en casa, había sido mientras yo estaba trabajando. Entonces recordé que a veces las camionetas y los coches en los que traían a casa a Amber en plena noche iban llenos de chicas.

Tuve una sensación extraña al imaginarme a Ashlee caminando junto a mi camioneta a oscuras, pasando lentamente las yemas de los dedos por el sucio capó y pensando en mí mientras yo dormía con mis calzoncillos raídos a menos de diez metros. Me gustaba que pensara en mí siempre que no me conociera, pero no me gustaba que tocara la camioneta. Le abrí la puerta y la observé entrar.

–¿Quieres ir a tomar una pizza o algo? –le pregunté cuando yo también estuve dentro.

–No tienes por qué hacerlo –dijo.

Lo que quería decir era: «Sé que no tienes dinero». Se me debió de notar el enfado porque enseguida añadió:

–Quería decir que no tengo hambre, nada más. Es un poco tarde.

–¿Tienes que volver a casa? –pregunté, casi esperanzado.

–A mi madre le da igual la hora a la que vuelva.

–¿Y a tu padre?

–Mis padres están divorciados.

Lo dijo con cierta frialdad, como si admirara que hubieran sido capaces de divorciarse pero no estuviera de acuerdo con las razones por las que lo habían hecho.

–¿Y Dusty?

–¿Dusty? ¿Qué más le da a él?

Alargó el brazo y metió la mano entre la basura del suelo de la camioneta. Se me había olvidado limpiarla. Sacó la foto de la boda de papá y mamá.

–¿Son tus padres? –preguntó.

–Es la foto que venía con el marco.

Soltó una risita.

–Te pareces a tu padre –dijo antes de dirigirme una sonrisa vacilante–. Siento todo aquello.

TODO AQUELLO. Las letras se quedaron flotando delante de mis ojos, hinchadas y esponjosas, como si hubieran salido del narguile de la oruga de *Alicia en el país de las maravillas*. Pestañeeé para hacerlas desaparecer.

–Sí, TODO AQUELLO fue una mierda –dije.

–Sé que ha sido muy duro para Amber. La ha cambiado un montón.

–Sí, antes era un ser humano.

Soltó una carcajada y dejó que se fuera apagando hasta convertirse en otra risita.

–Amber dice que eres muy gracioso.

Todavía tenía la foto en las manos. La uña pintada de morado de uno de sus pulgares estaba tapando la cara de mamá. Pensé en cogerla de la nuca y estamparle la cara contra el cristal.

–¿No quieres ir a casa todavía? –dije, apartando la mirada de Ashlee y de la foto.

–La verdad es que no.

–¿Qué quieres hacer?

–No sé. Hace muy bueno para esta época del año. Podríamos ir al embalse. ¿Tienes una manta en la camioneta?

–Tengo un abrigo.

Los trozos de cristal incrustados en su frente brillarían a la luz de la luna cuando la tumbara sobre él.

–Vale –dijo.

No éramos la única pareja a la que se le había ocurrido la idea del embalse para su cita del viernes por la noche. Ver todos los coches y camionetas – algunos apartados y balanceándose, otros llenos de chavales sentados en los capós y los maleteros fumando, bebiendo y riéndose de chorradas que un par de años más tarde no les harían ninguna gracia– me irritó. Le propuse a Ashlee que fuéramos al parque municipal.

Quitando a una pareja que se estaba dando el lote en el tobogán y a otra en los columpios, estaba vacío. Aparqué la camioneta de espaldas a los columpios, mirando hacia el campo de *softball*.

–¿Quieres que vayamos ahí? –me preguntó Ashlee mirando por el parabrisas hacia el montículo del *pitcher*.

Lo que quería era lavarle la cara. Iba demasiado maquillada. Sabía que lo hacía para parecer mayor, pero tenía el efecto contrario. Me recordaba a todas esas reinas de belleza infantiles que habían salido en la televisión y en las portadas de los periódicos sensacionalistas a raíz de que una de ellas fuera asesinada.

Pequeña Miss Encantadora. Pequeña Miss Estímulos Físicos. Pequeña Miss Pedofilia. Ésa era una broma de Skip. Y si era de Filadelfia, sería Pequeña Miss Filadelfia Pedofilia. E intentábamos repetirlo rápido diez veces sentados en la oficina minera, ahora ya mayores, con cervezas robadas a nuestros padres en lugar de sándwiches de mortadela preparados por nuestras madres.

–¿Y qué hacemos cuando estemos allí? –le pregunté mirando el montículo.

–¿Qué?

–¿Qué hacemos cuando estemos allí? –repetí, más alto y más despacio, como si estuviera hablando con una *girl scout* retrasada.

–Lo que tú quieras –dijo.

–Lo que yo quiera.

A lo mejor me había entendido mal. A lo mejor pensaba que estaba hablando de escoger entre el pilla pilla y el escondite. A lo mejor era todo una gran broma. Para empezar, ¿por qué Amber me había organizado una cita? ¿Desde cuándo me hacía favores? ¿Me iba a rechazar Ashlee? ¿Era eso? ¿O iba a hacérselo conmigo y después contárselo todo a Amber? ¿Iban a sentarse con las Intercambiables y a reírse de mí?

–¿Te parezco fea o algo así? –dijo en voz baja y con un tono íntimo, como si estuviera discutiendo la posibilidad consigo misma.

–No.

–Tomo la píldora –añadió con un entusiasmo festivo–. A casi todos los tíos les excita un montón eso.

Sentí un fuerte dolor punzante encima de los ojos.

–¿Sabes lo que quiere decir eso? –dijo, para después bajar la voz y susurrar–: Sin condón.

Me empezaron a temblar las manos, pero sonreí de todas formas. Me encontraba dividido entre un intenso deseo de ser como CASI TODOS LOS TÍOS y una necesidad incontrolable de ser yo.

–¿No eres un poco joven para tomar la píldora? –le pregunté.

–Mi madre me hizo empezar a tomarla. Dice que no quiere que acabe como ella.

Me puso una mano en la pierna y se acercó a mí. Dejé que me besara. Yo no puse mucho de mi parte. Se apartó, algo confundida, y me miró fijamente con unos ojos inexpresivos y forzando la vista, como una persona que se acabara de quedar ciega.

La aparté de mí de un empujón. Quizá demasiado fuerte. Se chocó contra la puerta del copiloto y soltó un grito de dolor al golpearse el hombro desnudo con el elevallas. Se quedó totalmente inmóvil en el rincón, mirándome paralizada, no por miedo sino por clara incredulidad.

Puse en marcha la camioneta. Al primer resoplido del motor, intentó besarme

otra vez. Vi sus labios venir hacia mí con la intención homicida de un toro en plena embestida. El dorso de mi mano la alcanzó en un lado de la cara y oí el sonido hueco del golpe de su cabeza contra el cristal de la ventanilla. Prorrumpió en sollozos.

–Te he mentido –dije–. Sí que me pareces fea.

Lo hice por su propio bien.

No sabía cómo había acabado en casa de Callie Mercer. No recordaba dónde había dejado la camioneta. Si había pasado por casa. Si la había dejado aparcada en algún arcén. La señora Shank le había dicho a Misty que me había quedado sentado delante de su casa durante una hora. En el momento no me lo había creído, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Había dado un rodeo para llegar hasta allí, siguiendo las vías del tren, cruzando el arroyo y acercándome a la casa desde un ángulo en el que no pudieran verme los perros. Había una luz encendida en la jungla.

Lo peor de aquella noche fue no tener a nadie con quien hablar. Ni a Skip. Ni a papá. Ya tenía una edad a la que podría haber hablado de sexo con papá. Una vez habíamos estado a punto. La primera vez que salí con Brandy él estaba en casa y, cuando me iba, me dijo que recordara que unos pocos segundos de éxtasis no compensaban toda una vida de conducir una hormigonera. Lo dijo riéndose y mi madre gritó «Muchas gracias» desde la cocina. Yo sólo oí «unos pocos segundos de éxtasis».

Callie estaba sentada de costado en un sofá de mimbre blanco. Solamente llevaba puesta una camiseta grande y tenía un kilómetro de pierna desnuda apoyada en uno de los brazos del sofá. Estaba leyendo un libro y tenía una cerveza en el suelo.

Cambié de opinión. Lo peor de aquella noche fue descubrir que no quería hacer la única cosa que pensaba que me haría sentir bien. No habría nada que aliviara el peso de la vida.

Su marido entró en la habitación. Se acercó a ella y movió los labios. Ella levantó la vista del libro y yo pensé: «Si la toca, me muero».

Todas aquellas veces que Skip y yo intentamos matar a Donny fueron sólo por diversión. Al menos para mí. Yo nunca quise matar a Donny. La verdad es que podría decirse que me caía bien, aunque eso jamás se lo habría dicho a Skip.

Donny irradiaba complacencia, una inmensa felicidad interior propia de alguien amodorrado al sol que yo no había conocido nunca. Incluso cuando Skip le gritaba o le intimidaba, a él no parecía importarle. Una vez lo dejamos un día entero encerrado en un armario tras una barricada para intentar asfixiarlo. A mí me entró un sudor frío cuando volvimos, llamamos a la puerta y no contestó, pero Skip no se asustó en absoluto. Quitamos las sillas, abrimos la puerta y, al cabo de un par de segundos, Donny salió arrastrándose boca abajo, parpadeando y diciendo que era una lombriz.

Yo estaba seguro de que el cariño que sentía por él no era más que envidia por no tener un hermano pequeño, ya que yo sólo tenía a Amber: una sombra que cotorreaba sin parar, que se ponía a hacer volteretas laterales sin motivo y que dejaba un olor a brillo de labios de sandía en todas las habitaciones por las que pasaba. A mí me parecía que lo mejor de tener un hermano pequeño debía de ser el lujo de poder olvidarse de vez en cuando de que existía.

Estaba pensando en Donny porque me había dado cuenta de que Skip no lo mencionaba en su carta. La tenía en la encimera, al lado de la receta de sopa de fideos gordos con judías de Callie Mercer. No podía imaginarme a mí mismo escribiendo una carta a alguien y no mencionando a las niñas, ni siquiera aunque ya no viviera con ellas. Quisiera o no, las habría tenido en la cabeza.

La carta de Skip estaba destrozada. Algunas palabras estaban empezando a borrarse y los pliegues estaban grises y brillantes de doblarla y desdoblarla demasiadas veces. Habría ido a visitarlo en ese preciso instante si hubiera tenido dinero. Pensé en mi horario, buscando algún hueco en el que poder meter un trabajo de media jornada. Pronto empezarían a contratar a gente en las heladerías, el autocine y las pistas de minigolf. En algunos sitios ya habían empezado.

Entre semana, trabajaba de nueve a cinco y de siete a doce. Los fines de semana, a veces tenía el mismo horario, pero de vez en cuando libraba, como aquel día. Podría estar sirviendo helados de cucurucho a Ashlee y a CASI TODOS LOS TÍOS y ganando dinero en lugar de estar preparando sopa y recibiendo insultos.

El beicon de la cacerola crujió y chisporroteó. Se suponía que tenía que

sofreírlo en aceite de oliva con una cebolla picada muy fina y dos dientes de ajo machacados, pero no teníamos. No tenía muy claro lo que significaba sofreír, pero estaba seguro de que no significaba achicharrarlo completamente.

Moví la mezcla marrón con la cuchara de palo de mamá. La mayor parte se había pegado al fondo de la cacerola. Bajé el fuego y añadí la lata de tomates enteros. En la receta ponía que había que cortarlos en trozos, así que empecé a partirlos con la cuchara mientras pensaba otra vez en Ashlee.

Noté que Jody estaba de pie detrás de mí.

–No tienes que quemarlo –dijo.

–¿Estás segura? –contesté sin darme la vuelta para mirarla–. Aquí en la receta pone «asegúrese de que lo quema».

Vino rápidamente hasta mi lado y me dejó una nota en la encimera.

QUERIDO HARLY:
ESPERO QUE ESTES MEJOR.
TU ERMANA,
JODY

No estaba de muy buen humor cuando por fin me había levantado de la cama aquella tarde. Tampoco tenía muy buena cara.

Sabía que Jody seguía en la cocina conmigo.

–¿Qué pasa? –le grité.

–Se supone que tienes que echar unas hojitas con los tomates.

–Lo siento, se nos ha acabado la salvia.

–La madre de Esme la cultiva en su jardín.

–Qué bien.

Seguí removiendo. Misty se unió a Jody. Se quedaron merodeando por la puerta y cuchicheando.

–¿Has visto mi nota? –me preguntó Jody.

–Sí –contesté.

–Lo he dicho de corazón.

–Gracias.

–¿Podemos ir a jugar al minigolf al Lick n' Putt?

–¿Podéis buscaros un trabajo?

–Te lo dije –gruñó Misty mientras Jody se dejaba caer sobre ella.

Añadir sal y pimienta recién molida al gusto. Cocer a fuego lento durante diez o doce minutos.

–Pimienta recién molida –mascullé.

Cogí el pimentero de mamá, que tenía forma de amish, y eché un montón. Volví a dejarlo al lado de su mujer, que llevaba una capota negra y una cesta de

manzanas. Los hombres siempre eran pimienta, las mujeres siempre eran sal. Negros. Blancas. Perversos. Virtuosas.

–Eres un imbécil –dijo Amber hecha una furia.

Oí sus pies descalzos caminar sobre las baldosas de la cocina. Intuí que iba desnuda. Eché una mirada a la puerta del microondas para ver su reflejo. Llevaba la parte de arriba de un biquini de ganchillo y unos pantalones cortos adornados con una puntilla. No sabía cómo iba a soportar otro verano de verla por ahí tirada en bañador. El que había estado llevando el año anterior se me había quedado grabado en el cerebro con la permanencia eterna de los Diez Mandamientos sobre las tablas.

–Me había imaginado que podría fallar algo, como que no se te levantara o que no supieras dónde meterla –dijo–, pero no me esperaba que le pegaras. A mí nunca me pegas.

–¿De qué estás hablando?

Me di la vuelta rápidamente y le salpiqué toda la tripa de jugo de tomate. Se estremeció al ver las manchas y la cuchara y durante un instante sus ojos azules mostraron un gesto de miedo de una profundidad insondable, antes de regresar chapoteando a la superficie para descubrir que su cólera seguía flotando sobre ella como un salvavidas con el que siempre podía contar.

Me agarró de la parte de abajo de la camiseta con un tirón y se limpió la tripa con ella.

–Acabo de hablar por teléfono con Tracy. Dice que Ashlee le ha contado que le pegaste.

–¿Quién coño es Tracy?

–La conociste ayer en el centro comercial.

–Ah, ¿ésa era la que tenía pinta de puta? ¿O la que tenía pinta de puta?

Me miró con un gesto de asco y hastío.

–¿Cómo puedes ir con esa actitud por la vida? Para ti no hay nadie que no sea un idiota, una puta o un vago. ¿Quién te crees que eres?

–Dios.

–Exacto –dijo con una risa seca–, seguro que te crees mejor que Dios. Si algún día lo conocieras, seguro que le dirías que se buscara un trabajo.

Se acercó a la mesa de la cocina, en la que todavía estaban los platos de la cena de la noche anterior, y se sentó a horcajadas en una silla.

–Joder, Harley, es que no puedes ser más imbécil. A Ashlee le gustas un montón.

–Ni siquiera me conoce.

–Te conoce de toda la vida.

–No me refiero a ir al colegio en el mismo autobús.

Oí las patas de la silla arrastrarse por el suelo. Amber volvió a mi lado y yo

me aparté automáticamente. Su cuerpo tenía la capacidad de repeler el mío sin tocarlo. Éramos como los polos iguales de dos imanes.

Añadir caldo de pollo y judías blancas *cannellini*, leí en la receta de Callie. No olvidar lavar y escurrir las judías primero.

–¿Cómo te crees que llega a conocerse la gente? –me preguntó Amber, casi suplicando–. ¿Te crees que Dios te va a mandar una mujer a tu puerta? ¿Que un día te vas a despertar y va a haber una tía virgen, guapa e inteligente viviendo a la vuelta de la esquina que tenga cinco trabajos y a la que le vayan los chiflados fracasados?

–¿Qué son judías blancas *cannellini*?

–Seguro que eso es lo que siempre estás mascullando mientras duermes –murmuró.

–¿Qué? –dije.

Dirigió la mirada rápidamente hacia mí antes de volver a la mesa y empezar a recogerla con una determinación que normalmente reservaba para hacer *zapping*.

Dejó los dos platos en el fregadero ruidosamente. Ninguno de los dos habíamos cenado en casa la noche anterior. Vi un trozo de papel arrugado arrancado de un cuaderno en el plato de arriba, que tenía que ser el de Misty porque estaba bien rebañado.

Abrí la nota y se la enseñé a Amber.

ESME DICE QUE LOS BEBES BAN A SALIR DEFECTUOSOS.

Amber arrugó la nariz.

–¿Qué se supone que significa eso?

Me encogí de hombros.

–Esa Esme me pone mala –dijo Amber, que volvió a hacer una bola con el papel y la tiró al cubo de basura de debajo del fregadero–. Se cree que lo sabe todo. Es muy precaria.

Al oír su error sentí una oleada repentina de instinto protector de hermano mayor. Como si quisiera matar una araña o llevarle una caja muy pesada.

–Precoz –la corregí.

–Sí, ya –contestó torciendo el gesto con escepticismo–. Sólo me lo dices para que luego lo use y quede como una tonta.

Me pregunté si se acordaría de que había habido un tiempo en el que confiaba en mí. Me vino a la cabeza un día en que nos estábamos peleando por mis ceras de colores. Yo no quería dejarle ninguna y ella fue a chivarse a mamá. Mamá dijo que tenía que darle al menos una, así que le di la blanca.

Esperé a que se diera cuenta de lo que había hecho mientras me tronchaba de risa en silencio y aplaudía mi malévola genialidad, pero ella se había ido tan

contenta y se había sentado delante de su hoja de papel blanco a hacerme un dibujo de azúcar, sal y nieve.

Fuera, Elvis se puso a ladrar como loco. Oí una camioneta acercarse a la casa y Jody chilló desde la otra habitación:

–¡Es el tío Mike!

Amber salió corriendo de la cocina para ir a ponerse algo encima.

Jody y Elvis ya estaban dando brincos alrededor de la camioneta antes de que aparcara. El tío Mike se bajó, con una caja de cervezas apoyada en la cadera, y examinó el terreno. Llevaba sin venir desde febrero, cuando todo estaba cubierto de nieve. Lo único que había podido criticar entonces había sido que no tuviéramos leña amontonada junto a la casa. Por suerte no había llegado a entrar.

Papá y él habían estado muy unidos.

Se agachó, rascó a Elvis entre las orejas y le dio una chocolatina Butterfinger a Jody. Ella le abrazó las piernas y volvió a entrar en casa dando saltos. Yo sabía que Misty no iba a hacer acto de presencia. No le gustaba el tío Mike porque una vez le había dicho a papá que debía pasar más tiempo conmigo y menos con ella.

–¿Son para mí? –pregunté refiriéndome a las cervezas.

Eran Rolling Rocks. No la mierda de agüilla que me traía normalmente.

–Bueno, no van a ser para Elvis. Toma, cógelas. Por Dios, me estás mirando como si me fueras a dar un beso.

Cogí la caja. El tío Mike escupió un perdigón de tabaco al suelo del jardín y cogió una cerveza. Yo puse la caja en el suelo y también me abrí una.

–¿Os habéis comprado un sofá? –preguntó mirando el almacén.

Elvis había rasgado uno de los cojines y había trocitos de relleno y espuma amarilla tiznados desperdigados por todas partes. También había quitado la funda del sofá y la había arrastrado hasta su caseta.

–Estamos pensando en comprar uno –dije.

–La mayoría de la gente espera a tener el nuevo antes de quemar el viejo.

–Supongo que me pudo la impaciencia.

Me miró de reojo. Era difícil interpretar su mirada, que quedaba oculta a la sombra de la visera de una gorra marrón y dorada del Departamento de Transportes de Pensilvania.

–¿Te estás haciendo el listillo conmigo?

–No.

–Ese sofá era de tu abuela.

–Eso no tuvo nada que ver con mi decisión de quemarlo.

–Te estás haciendo el listillo conmigo.

La madre de papá siempre había sido un tema delicado con sus hijos. Eran

tres: Mike, Diane y papá. Ninguno la soportaba y a sus espaldas decían que era una borracha y se quejaban de tener que ir a visitarla, pero en persona la atendían como si fuera la reina de Inglaterra. Cuando murió, parecía que se iban a meter en la tumba con ella. Al día siguiente estaban bromeando tan tranquilos mientras metían todas sus posesiones en cajas y las llevaban al basurero más cercano.

Yo nunca tuve la sensación de conocerla lo suficiente como para formarme una opinión sobre ella. Era buenísima o malísima y ninguna de las dos facetas de su personalidad parecía reflejar quién era realmente.

El abuelo, en cambio, era siempre malo. Lo único que hacía era sentarse en su sillón reclinable y despotricar contra los ecologistas del Congreso que habían cerrado todas las minas. Él ya estaba jubilado cuando cerraron la suya, pero por lo visto le molestaba que sus hijos y nietos no tuvieran un trabajo esperando para matarlos a ellos también.

Su tos me aterraba. Cada vez que soltaba esa tos seca y áspera que lo dejaba casi sin aire me daba la sensación de que iba a echar por la boca uno de los pulmones negros que daban nombre a su enfermedad. Siempre llevaba encima un bote vacío de café lleno hasta la mitad de flemas con aspecto de alquitrán.

Los padres de papá tenían tela, pero eran los únicos abuelos que había tenido, ya que los padres de mamá habían muerto cuando ella era pequeña. Mi madre no había tenido una relación muy cercana con los tíos abuelos que se habían hecho cargo de ella. Nunca decía nada malo de ellos, pero a veces, cuando hablaba de su matrimonio con papá, decía que él la había rescatado de ellos.

Me bebí la cerveza, aplasté la lata y la tiré a la hierba. Ya llevaba un buen puntillo. No había comido nada desde las palomitas con Ashlee.

–Perdona –me disculpé al tío Mike–, es que no me encuentro muy allá.

–Ahora que lo dices, tienes muy mala cara –llevó la mirada a mi camiseta–. ¿Estabas destripando algo?

–Estaba haciendo la cena.

–¿Por qué no hacen eso las niñas?

–Sí que lo hacen. Nos turnamos.

–Tú traes el dinero a casa. No deberías tener ni que acercarte a la cocina.

–Ellas tampoco. Sólo son unas crías.

–Amber no es ninguna cría. ¿Dónde está, a todo esto? Andará por ahí con algún chico, supongo.

–Está dentro –le dije–. Fregando suelos y lavando la ropa. No tiene mucho tiempo para tener vida social, está muy ocupada ayudando en casa.

–¿Amber?

–Ajá –dije asintiendo con la cabeza y mirándolo por encima de mi lata de cerveza.

El tío Mike se terminó la suya y cogió otra. Había notado un ruido en mi camioneta por el que me habría gustado preguntarle, pero si se quedaba a arreglarla se iba a beber toda mi cerveza.

–¿Cuándo vas a cortar la hierba?

–Hoy –contesté enérgicamente.

–Este año vas a tener que hacer algo con el sofito y la imposta de ahí. Y con la moldura de esas ventanas. Esa madera se va a empezar a pudrir ya mismo como no le pongas una capa nueva de pintura. ¿Has limpiado alguna vez los canalones?

–Hoy –dije–. Lo voy a hacer hoy.

Amber salió de casa con un vestido muy discreto con forma de camiseta, amarillo claro con florecitas azules, y con el pelo recogido en una cola de caballo con una cinta. Incluso así vestida se las apañaba para tener pinta de puta.

Saludó al tío Mike y le dio un abrazo. Él dijo que cada vez que la veía estaba más guapa y ella hizo como si no supiera de qué estaba hablando, como si jamás hubiera visto un espejo. Me terminé mi segunda cerveza y eructé.

Amber me miró.

–¿Qué tal le va a Mike hijo? –le preguntó maliciosamente al tío Mike mientras me miraba para ver mi reacción.

No había muchas cosas en las que Amber y yo estuviéramos de acuerdo, pero los dos odiábamos a nuestro primo Mike. No sabía por qué lo odiaba tanto ella, pero mis razones eran bastante sencillas: me había pasado la vida teniendo que pasar con él todas las reuniones familiares y él había aprovechado todas las oportunidades para lanzar el balón más lejos que yo, correr más deprisa que yo, engullir más comida que yo. No había vez que no apareciera con algún trofeo de fútbol americano o con alguna foto hecha con una Polaroid de su último ciervo tendido sin vida en el capó de su camioneta o de su última novia tendida borracha en el sofá de un amigo.

–Le va genial –dijo el tío Mike efusivamente–. Ya están empezando a entrenar. Está deseando volver a jugar. El año pasado fue el tercer mejor corredor. Este año espera ser el número uno.

–Seguro que lo será –dijo Amber dirigiéndome una sonrisa–. Mike es el mejor.

–Desde luego –dije yo mientras me agachaba para coger otra cerveza.

Vi el suelo venir hacia mí demasiado deprisa y pensé que me estaba cayendo, pero mantuve el equilibrio. Volví a erguirme y oí al tío Mike decirle a Amber que tendríamos que intentar acercarnos a ver algún partido ese año cuando jugaran en casa.

–Fíjate que ha dicho intentar acercarnos –le susurré a Amber–. No es que quiera que entremos al estadio con ellos.

Amber soltó una risita.

–¿Qué os hace tanta gracia? –preguntó el tío Mike, también sonriendo.

–Nada, sólo le estaba diciendo a Amber lo mucho que me gustaría ir.

–Mike puede enseñártelo todo –le dijo a Amber–. Podrías conocer a algunos de los jugadores.

–Quizá yo podría conocer a una animadora –añadí.

Amber me miró con una gran sonrisa. Me cogió la cerveza y le dio un trago.

–Mike está saliendo con una animadora –dijo el tío Mike sin que nadie le hubiera preguntado.

–¡No me digas! –contesté.

Amber se echó a reír a carcajadas y la sonrisa del tío Mike se desvaneció.

–Bueno, creo que mejor os dejo con vuestro chiste secreto –dijo.

–Perdónanos –dije.

–No, si no pasa nada –contestó con tono de enfado–. Estoy acostumbrado. Mucha gente tiene envidia del éxito de Mike. La única forma que tienen de soportarla es burlándose de él.

–¿Seguro que lo hacen por eso? –le susurré a Amber.

Ella se desplomó sobre mi brazo riéndose.

–Bueno, pues nada –dijo el tío Mike negando con la cabeza y retrocediendo–, mejor me voy. Sólo estaba intentando ayudar un poco.

–Lo menos posible –volví a susurrarle a Amber y los dos empezamos a desternillarnos de risa.

El tío Mike se metió en su camioneta y cerró la puerta con fuerza. El portazo atravesó la neblina de mi borrachera y me hizo darme cuenta de lo que había hecho.

–Eh, tío Mike, perdona –grité mientras corría hacia la camioneta.

Empezó a salir marcha atrás.

–De verdad. Lo sentimos. Estamos de broma.

Agitó la mano en alto y sacudió la cabeza con un gesto de decepción.

El tío Mike había sido la única persona que había pasado tiempo a solas conmigo en el funeral de papá. Me llevó a dar un paseo después del entierro, con el brazo sobre mis hombros, ambos sintiéndonos extraños con nosotros mismos y con el otro con nuestros trajes oscuros y zapatos rígidos, sin nuestras gorras y sin la suciedad de siempre debajo de las uñas.

Me llevó en silencio entre filas y más filas de pulidas lápidas. De vez en cuando veía alguna losa gris plana de pequeño tamaño en la que aparecía grabada la palabra BEBÉ. No entendía qué se suponía que quería decir. Pensaba que los padres siempre escogían un nombre para sus hijos antes de que nacieran, así que no entendía cómo un bebé podía morir sin nombre. La única

respuesta que se me ocurrió fue que, cuando el bebé moría, los padres volvían a quedarse con el nombre para no desperdiciarlo.

Ni siquiera el que enterraran a mi padre parecía una traición tan grande como aquélla. Me imaginé a todos esos bebés sin nombre muertos subiendo al cielo y esperando en un gran redil como el ganado antes de ser sacrificado mientras los ángeles intentaban averiguar quién se suponía que había sido cada uno.

De pronto no pude soportar todas las injusticias de la vida y que pareciera que muchas de ellas ni siquiera acababan con la muerte.

Empecé a gritar, en breves ráfagas convulsivas, que el funeral de papá había sido ridículo. Que había vivido allí toda su vida y conocía a un montón de gente pero que no había aparecido prácticamente nadie.

El tío Mike esperó a que me desahogara. A que pegara una patada a una lápida y me hiciera daño en el pie porque llevaba zapatos en vez de mis botas de trabajo con puntera de acero. A que por fin empezara a llorar y a que por fin dejara de llorar.

Al final me senté con la espalda apoyada en una gran losa gris con motitas. La voz del tío Mike me llegó desde arriba y desde atrás.

–En cuanto la gente se enteró, hicieron una elección –me explicó–: tú y tus hermanas sois los hijos de un hombre asesinado o los hijos de una asesina. Si sois lo primero, merecéis compasión. Si sois lo segundo, merecéis odio. Pero no podéis ser las dos cosas porque la gente no puede sentir las dos cosas.

Dejé que mi mente asimilara sus palabras mientras pensaba en que mamá le había pedido al tío Mike que le comprara un traje nuevo a papá para que lo enterraran a pesar de no poder permitirnoslo y en que el tío Mike había cumplido, pero después el funeral había sido con el ataúd cerrado. Pensé en que mamá le había enviado una tarjeta a la tía Diane desde su celda de la cárcel para darle el pésame. Pensé en que incluso entonces, habiendo visto a mi padre enterrado y a mi madre esposada, todavía no conseguía librarme de la sensación de que él era el criminal y ella, la víctima.

–Lo incómodo de la situación les ha hecho no venir hoy y les hará no venir mañana –dijo el tío Mike para terminar, antes de irse–. Más vale que te acostumbres.

Me quedé allí hasta que la tía Jan vino a buscarme diciendo que el glaseado del jamón al horno se estaba quedando duro y hablando de los riesgos de comer ensalada de patatas pasada. No sabía qué revelación me había impresionado más: el hecho de que algo tan trivial como la incomodidad pudiera destruir algo tan poderoso como la decencia o el hecho de que el tío Mike hubiera sido la persona que se había dado cuenta de ello.

Esperé hasta que la camioneta desapareció y entonces empecé a tirar piedras a la nube de polvo hueca que dejó tras de sí.

–No lo necesitamos –dijo Amber.

–Era mi contacto para conseguir cerveza –protesté mientras me tumbaba en el suelo.

–A lo mejor te la puede empezar a conseguir Betty –sugirió Amber.

Casi me muero de risa al oír eso. Me quedé en el suelo y me reí hasta que me dolieron todos los músculos de la tripa. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando levanté la mirada y vi a Misty de pie a mi lado, con unas manoplas de horno y una cacerola humeante con la base negra. La dejó caer.

–¿Qué coño haces? –grité mientras me apartaba rodando justo a tiempo para evitar que me diera en toda la frente.

–Yo no pienso fregarlo –dijo antes de volver a meterse en casa.

Las niñas cenaron pizza congelada. Cuando llevaba unas seis cervezas, empecé a sentirme poco sociable y decidí que no quería cenar con ellas. Cogí otras dos cervezas, una bolsa de patatas fritas y a Elvis y me fui calle abajo.

Mi plan era caminar hasta las vías del tren y seguir las hasta California como soñábamos Skip y yo, pero cuando había bajado unos cuatrocientos metros por el camino del Tuntún tuve que pararme a mear. Mientras meaba, miré el oscuro bosque, que me devolvió la mirada.

Incluso a oscuras y estando bebido era capaz de orientarme. Aquél era mi bosque. No era propiedad mía, pero era mío porque me había tomado la molestia de llegar a conocerlo. La propiedad es una cuestión de poder. La pertenencia es sumisión. Ni siquiera estaba seguro de quién era el dueño de aquellas tierras del borde del camino. Igual hasta era Callie Mercer.

No iba a poder pagar la contribución de la casa de aquel año. Había que pagarla la primera semana de junio y no tenía nada ahorrado. Me pregunté si Callie me dejaría vivir en sus colinas si el banco me quitaba la casa. Podría ser uno de esos ermitaños con ojos de loco que viven en la montaña con ratones anidados en la barba. Podría desmontar unos cuantos tablones de la oficina minera y construir un cobertizo en su claro. Podría cazar y pescar y condimentar mis presas con salvia robada de su jardín. Quizá una noche de verano aparecería ella a la luz de la luna con su libro, su cerveza, su manta y sus cambios de humor.

El esfuerzo de mear un pack de seis cervezas me dejó agotado. Llamé a Elvis con un silbido y volví a subir la colina haciendo eses. Elvis llegó corriendo hasta mi lado mientras me sentaba junto a mi camioneta y me dio un par de bruscos lametones en la cara. Lo cogí del pelo del cuello y lo empujé hacia el suelo. Me dejó tumbarme sobre su pecho y oír los suaves latidos de su corazón durante unos diez segundos antes de incorporarse bruscamente agitando sus

grandes patas, pero esos instantes de comodidad bastaron para que me quedara dormido.

Me desperté un par de horas más tarde, mojado y con frío, algo atontado y con la mente en blanco. Ya nunca soñaba. Se lo había contado a Betty y ella había dicho que lo que pasaba era que no me acordaba de los sueños, pero se equivocaba.

Estaba convencido de que había sentido una respiración en la oreja, pero resultó ser solamente el roce de mi pelo movido por el viento. Se había levantado brisa. El ambiente estaba cargado por la tormenta que se avecinaba. La hierba del jardín se mecía dibujando ondas negras y plateadas en la noche.

Me costó dos intentos ponerme de pie. Recobré el equilibrio apoyando una mano en la camioneta y la rodeé muy despacio.

Elvis estaba junto a la casa, gruñendo y sacudiendo un cuerpo gris sin vida con tanta fuerza que no dejaba de darse golpes a sí mismo en su propia cabeza. Tuve que darle una patada para conseguir que lo soltara.

Me arrodillé al lado del cadáver desgarrado y ensangrentado. Era una marmota. Una cría.

–¡Quita! –lo reprendí.

Se apartó de un salto como si le hubieran dado otra patada y se sentó a un par de pasos de mí.

Me dirigí hacia el cobertizo, lanzándole miradas por encima del hombro y parándome cada dos pasos para volverme y hacer movimientos amenazadores hacia él. La pala estaba justo detrás de la puerta, pero para cuando la encontré Elvis se había vuelto a lanzar sobre el cadáver. Lo ató con la cadena.

Enterré lo que quedaba de la marmota cerca del límite del bosque. Después clavé un palo en la tumba y puse encima un bote de cerveza boca abajo. La llamé Rocky.

Elvis tiró de la cadena y me dirigió un último ladrido esperanzado cuando pasé por delante de él en dirección al porche. No le hice caso. Me miró a mí y después a la tumba, para después estirarse y tumbarse en el suelo, rindiéndose con la tranquilidad de un animal que sabe que acabarán soltándolo.

No llegué más allá de la sala de estar. El suelo lleno de almohadones era demasiado tentador. Me llamó a gritos como un lago en un día de calor abrasador. Estiré los brazos a los lados del cuerpo, me dejé caer de bruces sobre los almohadones y me hundí entre ellos.

De nuevo me desperté oyendo el sonido de una respiración. Esta vez estaba seguro de que era mamá. Se había quedado dormida conmigo en mi cama con forma de coche de carreras, abrazada a mí y con las manos juntas como un candado.

Después me quedé convencido de que era Jody durante la época de la

gelatina roja. Siempre tenía pesadillas y Amber y yo nos turnábamos para tumbarnos en su cama mientras ella daba vueltas sin poder dormir, mascullaba y estrujaba a Triceratops Resplandeciente como si fuera un paño mojado. Cuando por fin se calmaba y se quedaba profundamente dormida, yo siempre me dormía también aunque sabía que se iba a hacer pis en la cama.

Entonces me relajé al tener la certeza de que era Amber. Había vuelto a meterse en mi cama y a dormir detrás de mí con el cuerpo pegado a mi espalda y rodeándome con los brazos y las piernas. La mayoría de las noches lo odiaba, pero a veces cedía y dejaba que el calor, el peso, el olor y la suavidad de su cuerpo me inundaran. En esos momentos pertenecía a alguien.

Le cogí la mano y acerqué más su cuerpo al mío tirando de ella. Su aliento me hizo cosquillas en el cuello.

–Harley –susurró.

Estábamos solos bajo mis mantas. Estábamos solos bajo nuestro fuerte construido con una mesa plegable, oyendo los disparos.

–Harley, ¿te encuentras bien?

–¿Eh?

–Harley, despierta.

Seguía tumbado boca abajo. No había movido ni un músculo desde que me había desplomado sobre los almohadones. Abrí los ojos de golpe y me quedé totalmente inmóvil mientras asimilaba la realidad. Ya no era un niño.

Amber me apretó la mano y se inclinó sobre mí para ver si estaba despierto. Sentí el roce de su pelo en mi cara como si me rociaran con perfume.

–Lo de Ashlee no es tan importante –me susurró al oído–. Podrías haber hablado conmigo en lugar de mamarte.

Me aparté de ella rodando y me incorporé. La cabeza me empezó a dar vueltas con el movimiento.

–¿Tenías miedo? ¿Fue eso? –me preguntó.

–¿Eh? –dije, medio dormido.

–Yo tuve miedo mi primera vez –me dijo–. Por eso te escogí a Ashlee. Quería que estuvieras con alguien que te quiere. Para que pudiera ayudarte.

Mis ojos empezaron a distinguirla en la oscuridad. Estaba arrodillada a mi lado con un picardías de encaje ajustado. Victoria's Secret había hecho maravillas por mi vocabulario en materia de ropa interior femenina.

–¿Ayudarme cómo? –pregunté con la voz ronca.

–No sé –dijo en voz baja–, pero eso es lo que siempre me parece que estoy buscando yo cuando lo hago con alguien. Ayuda.

No podía distinguir la expresión de su rostro, pero sí el dibujo del encaje contra su piel y la ausencia de cualquier otra prenda debajo.

Empecé a apartarme de ella arrastrándome hacia atrás y me choqué contra una

pared.

–¿Qué te pasa? –preguntó mientras empezaba a acercarse.

–No –grité de repente.

–¿No qué?

–Quédate ahí.

Me puse de pie y extendí los brazos, pidiendo a Dios que me diera el poder de un guardia de tráfico.

–¿Otra vez te está dando un ataque? –preguntó.

Empezó a levantarse y yo bajé la cabeza y cerré los ojos con fuerza.

–Jody me contó lo que pasó cuando viste a mamá.

Estupendo. Genial. Me eché a reír a carcajadas. Un dinosaurio y un Happy Meal. Diez pavos. Diez pavos desperdiciados. Veinte pavos desperdiciados en Ashlee.

–¿Por qué nunca me cuentas nada? –insistió—. Eso podrías habérmelo contado. No me habría burlado de ti.

Se estaba acercando. Cada vez más. Podía sentirla aunque no podía verla.

–Tenías miedo de ella, ¿verdad? Tenías miedo de tocarla –dijo con voz temblorosa—. Puedes tocarme a mí.

Me cogió una mano entre las suyas y empezó a levantarla. Entonces se detuvo de pronto, paralizada por sus propias intenciones.

Abrí los ojos. Me miró sin verme, con la barbilla levantada con un gesto desafiante pero con el rostro sereno.

Arranqué la mano de un tirón. Me di la vuelta y me tropecé al intentar salir de allí.

–¿Qué te pasa? –dijo histérica—. ¿Qué haces?

No perdí tiempo en intentar ponerme de pie. Avancé a gatas por el suelo.

–Eres un imbécil –la oí decir—. Cabrón. Gilipollas. Hijo de puta –entonó como un profesor pasando lista—. Eres un imbécil –repitió acercándose a mí por detrás.

La rabia había vuelto a su voz. En cuanto Amber se escondía tras esa rabia, yo podía engañarme y volver a enfrentarme a ella.

–Se supone que tienes que cuidarme a mí también.

Una fuerza invisible me levantó de golpe, pero me empujó demasiado deprisa. Estaba oscuro. Me choqué contra una pared pero mantuve el equilibrio. El aliento de Amber me abrasó el cuello.

–¿Y yo qué? –gritó.

La puerta de casa era como una puerta de un sueño: la tenía a menos de un metro pero era imposible llegar hasta ella. Hice acopio de todas mis fuerzas, pero reuní más de las que necesitaba. El impulso me lanzó fuera. Me caí por las escaleras del porche y me fui de bruces contra el suelo. Vi una explosión de luz

blanca delante de los ojos y mi boca se llenó del sabor dulce y salado de la sangre.

Amber salió al porche llorando con fuertes y amargos sollozos.

Me incorporé y me quedé a cuatro patas. Tenía debajo una piedra gris redonda que sobresalía entre la hierba como una verruga. Se fue llenando de diminutas manchas negras de sangre que caían con el ritmo constante de gotas de lluvia. Un calor pegajoso me fue bajando por la barbilla.

–No quiero a ninguno –me gritó Amber–. Los odio a todos. Quiero que lo sepas. Quiero que lo pienses todo el tiempo.

Me puse de pie tambaleándome y me fui corriendo. Detrás de mí, en la oscura ventana de la fachada principal, vi un destello. Los visillos de mamá se movieron y desapareció.

No aflojé el paso hasta llegar a Black Lick Road. Fui andando por el medio de la calzada, sabiendo que si alguien tomaba una curva con poca visibilidad a esa hora no podría evitar matarme.

Me ardían los pulmones. Sentía un dolor punzante en la cara. Me llevé dos dedos a la boca para asegurarme de que seguía teniendo todos los dientes y me noté el labio inferior abierto, donde se me había rajado la piel. Me limpié los dedos en los vaqueros y dejé una oscura mancha alargada.

No había ninguna luz que me guiara o me indicara el camino. Levanté la vista hacia el oscuro cielo salpicado de nubarrones de tormenta. La luna estaba lejos y era de un color gris lechoso, como el ojo de un anciano tuerto.

Seguí andando. No sabía adónde iba, pero sí lo que estaba dejando atrás, y eso me motivó lo suficiente. Cuando vi aparecer una casa en la oscuridad, lo primero que pensé fue pasar de largo, pero el instinto me atrajo hacia ella. No para usarla como refugio sino como blanco de la cólera que estaba creciendo en mi interior.

Me detuve y me llené las manos de gravilla del arcén. Unos perros empezaron a ladrar, lo que echó por tierra mi plan de atacar la casa por sorpresa, pero ya había llegado hasta la mitad de la entrada de vehículos, así que empecé a tirar piedras a los perros en lugar de a la casa.

Se encendió una luz en el exterior de la casa. Los ladridos aumentaron de intensidad. Yo lancé más fuerte. Se abrió una puerta y Callie Mercer asomó la cabeza.

–¿Qué...? –empezó a decir.

Salió de la casa descalza y con las piernas al aire, vestida con un camisón corto y blanco en el que ponía LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO.

–Harley, ¿eres tú? Dios mío, ¿qué te ha pasado en la cara?

Miré las piedras que aún tenía en las manos y por un instante me pregunté «¿Soy yo?». Callie salió andando por la entrada de vehículos, sin notar las

afiladas piedras bajo sus pies. Llevé la vista hacia el horizonte en busca de una escapatoria, mirando por encima del oscuro jardín en declive, más allá del brillo color ónice del estanque y a través del muro de colinas hasta llegar a una marcada línea negra sin fin a la vista.

Solté las piedras y eché a correr otra vez, resbalándome con el rocío de la hierba y maldiciendo el intenso dolor que sentía en el labio cada vez que apoyaba un pie en el suelo. Me detuve al llegar al arroyo. Sólo medía un metro y medio de ancho, pero se extendía ante mí como si tuviera la anchura de un río.

Se me doblaron las rodillas y me desplomé sobre la orilla cubierta de barro, derrotado.

Estaba tumbado de costado observando la susurrante corriente cuando oí sus jadeos y el chasquido de una rama. Se arrodilló delante de mí y me estrechó en sus brazos. Pensé en resistirme por orgullo, pero no recordaba si me quedaba algo.

–No pienso volver –dije echándome a llorar.

Le rodeé la cintura con las manos y hundí la cara en su regazo.

–No tienes que volver –dijo en voz baja mientras me sujetaba la cabeza contra su cuerpo–. Nunca he entendido cómo pudiste soportar quedarte allí.

No consiguió que me sintiera mejor. Me sentía peor. Mis sollozos se volvieron más intensos. Unos sonidos roncós y feos como la tos de mi abuelo.

–Ya ha pasado –dijo.

–No, no ha pasado. Nunca va a pasar.

–No tan fuerte, Harley. No me abras tan fuerte.

Di un gemido.

–Chsss –murmuró.

La agarré más fuerte, restregándole la cara por todas partes como un cachorro ciego. Le rocé los pezones con la mejilla y ella cogió aire bruscamente. Parecían demasiado duros para ser parte del resto de su cuerpo.

–Tienes razón –dijo, casi sin que le saliera la voz–. No ha pasado. Yo no puedo hacer que pase. ¿Lo entiendes?

Llevé las manos a sus caderas, las fui deslizando por las piernas y volví a subirlas, metiéndoselas bajo el camisón. No llevaba nada debajo. El contacto con su piel me hizo perder la cabeza. No sabía qué partes de ella estaba tocando y no me importaba. Todas eran la misma cosa. Eran ella.

La tumbé sobre el barro. Le besé la tripa con los labios cortados. Le besé los muslos. La besé por todas partes. Eso era lo único que quería hacer. Besarla. Le besé los pechos. No tenía los pezones duros. Me pareció que podía aplastárselos con los labios. Lo intenté, gritó y retrocedí con una sacudida, jadeando. La había manchado de sangre.

–No importa –dijo.

Me metió las manos bajo la camiseta. Me acarició el estómago y el pecho con los dedos y después los deslizó bajo la pretina de mis vaqueros.

Hice un ruido extraño, una mezcla de grito de guerra y estertor agónico. Ella no pareció entender que me faltaban unos treinta segundos para correrme o para vomitar.

–No puedo... –gemí.

–¿Qué?

–Esperar –terminé–. No puedo esperar.

Sacó la mano y se apresuró a desabrocharme los pantalones y bajarme la cremallera. Yo me limité a observar. Hacía rato que había perdido todas mis destrezas manuales más simples.

Al principio no tuve miedo. No tuve miedo cuando la penetré y sentí cómo mi mente, mi cuerpo y mi alma se unían en un solo nervio a flor de piel. No tuve miedo cuando jadeó y pronunció la palabra «Dios» y me di cuenta de que aquello era una relación entre dos personas, no era sólo yo. Ni siquiera tuve miedo cuando me di cuenta de que no iba a durar lo suficiente para hacerle sentir algo que no fuera frustración.

El miedo apareció cuando me di cuenta de que mi padre estaba equivocado. Aquello compensaba toda una vida de conducir una hormigonera.

Compensaba toda una vida.

El final se acercaba y me empezaron a temblar tanto las manos que no pude seguir abrazándola. Todos mis esfuerzos para atraerla hacia mí eran como tratar de encontrar algo a lo que agarrarse en medio de un desprendimiento de tierras. Me rendí, la solté y dejé que se abrazara a mí. Me corrí con los puños cerrados sobre ella.

Cuando volví a abrir los ojos, tenía la sensación de haber estado durmiendo cien años. Tan convencido estaba que tenía miedo de mirar a mi alrededor. Temía encontrarme con un mundo extraño sin árboles ni hierba, con casas construidas en el aire y gente plateada y reluciente volando de un lado para otro con mochilas cohete en la espalda.

Tampoco quería mirarme el cuerpo. No quería ver un pecho hundido con el pelo gris y una polla vieja y arrugada. No quería ver las manos de Bud, llenas de manchas marrones, ni los muslos de Betty, blancos con venas oscuras como rajadas en un parabrisas.

Recordé a mi abuelo en su lecho de muerte, conectado a un respirador e insultando a los ecologistas. Para entonces, su piel había perdido todo su color y se había vuelto tan pálida que se veían todas las venas gris azuladas bajo la superficie. Yo sólo podía pensar en gusanos y en que parecía que ya se lo estaban comiendo desde dentro.

La última vez que fuimos a visitarlo al hospital antes de que muriera, papá le dijo que tenía mejor cara. Recuerdo que los miré a los dos, preguntándome si había algo que yo no veía y ellos sí. El abuelo asintió con la cabeza y levantó de golpe la huesuda mano, que tenía un montón de tubos conectados, como si quisiera tocar a papá, pero antes de poder hacerlo cayó hecha un guiñapo sobre la sábana como un pájaro que hubiera recibido un disparo en el aire. Más tarde papá me explicó que había sido un espasmo muscular.

Después de aquello no hablaron. Papá se quedó sentado en una silla a su lado, sin poder o sin querer mirar a ningún sitio que no fuera la ventana.

Empecé a enfadarme con él. Aquella era su gran oportunidad de sincerarse con él sin miedo ni vergüenza porque el abuelo se estaba muriendo y ya no podía utilizar lo que le dijera en su contra. Yo sabía que tenían mucho de que hablar porque nunca hablaban. Se comunicaban exclusivamente a través de la postura y la forma de moverse.

Sabía que el abuelo aún pegaba a papá y eso tenía que molestarle. Si un niño se hace demasiado mayor para que su padre lo lleve a caballito, lo suyo sería que también fuese demasiado mayor para recibir sus puñetazos. Pero lo había visto con mis propios ojos. Una vez vi al abuelo pegarle un cachete en el jardín trasero de su casa. Le dio en un lado de la cabeza y papá dio unos cuantos pasos hacia atrás tambaleándose antes de recuperar el equilibrio y sacudir la cabeza

para eliminar el efecto del golpe igual que un atleta sacude la pierna para que se le pase un calambre.

Más que lo que hizo, lo que me impresionó fue la valentía del abuelo. Papá medía y pesaba más que él y para mí eran iguales porque los dos eran adultos. Pero el abuelo tenía una fiereza contenida en su cuerpo raquítrico y unos ojos astillados tan negros y contundentes como los trozos de carbón que añoraba extraer de la mina.

Papá, en cambio, había cambiado la actitud por resistencia. Salvo cuando pegaba a sus hijos, su personalidad era insignificante.

Al recordar aquel día en la habitación de hospital empecé a preguntarme si la forma en que el abuelo trataba a papá explicaba mucho sobre la forma en que él me trataba a mí. Quizá si el abuelo nunca le hubiera pegado, él nunca me habría pegado a mí. Quizá fuera tan sencillo como eso. Pero a lo mejor tampoco había sido culpa del abuelo. A lo mejor su padre le pegaba a él.

Entonces empecé a pensar en mamá y en lo distinta que habría sido su vida si aquel camionero no se hubiera quedado dormido cuando conducía un camión lleno de salchichas de Sheboygan a Chicago y no hubiese matado a su familia. Nunca se habría venido a vivir aquí. Nunca habría buscado a alguien que la rescatara de unos ancianos tíos que no la querían allí. Nunca se habría acostado con mi padre ni se habría quedado embarazada.

¿Era así como funcionaba la vida? ¿Era aquel camionero anónimo del pasado de mi madre el responsable de que yo me llevara palizas todas las noches? ¿O era culpa de un bisabuelo al que nunca había conocido que me miraba desde una fotografía familiar en blanco y negro con unos ojos iguales que los míos? ¿O tenía que remontarme todavía más, retrocediendo cientos de años y decenas de generaciones hasta llegar al primer tipo que pegó a su hijo, hasta llegar al primer acto caprichoso de la naturaleza por el que una niña quedó huérfana?

Se volvió demasiado complicado para un niño de ocho años. Lo único que sabía con seguridad era que papá había desperdiciado su oportunidad de arreglar las cosas con el abuelo.

Era injusto que él hubiera tenido la oportunidad y yo no. Yo no la habría desaprovechado. Si hubiera sabido que mamá iba a matar a papá aquella noche cuando me fui a casa de Skip a beber cervezas de contrabando y a decir tonterías sobre universitarias cachondas, me habría parado a aclarar unas cuantas cosas. Le habría preguntado qué tenía contra mí. Me habría disculpado por haberlo decepcionado. Y le habría dicho que lo quería –porque yo lo quería–, de una forma triste y poco gratificante que dolía en lugar de sanar, pero que, aun así, yo sabía que era amor.

Aquel amor, sin embargo, no era suficiente para mantener vivo su recuerdo. O quizá no fuera el tipo adecuado de amor. Aún no habían pasado ni dos años,

pero ya me costaba visualizar la cara de papá. Me resultaba más fácil recordar el reparto de *El equipo A*.

Aun así, a veces podía verlo y a veces podía oír su voz. Podía reproducir ciertos acontecimientos, como el día del hospital con el abuelo. Podía recitar datos sobre él igual que sobre determinados personajes históricos: mantuvo a su familia, se le daba fenomenal llevarme a caballito, se acordaba de su aniversario, cortaba el césped con frecuencia y cazaba y bebía con sus amigos. No era muy listo, pero no necesitaba serlo. No era una persona ilustrada, pero no quería serlo.

Pero no recordaba su presencia en mi vida.

Se me empezó a clavar un palo en la espalda. Me llevé la mano al omóplato para quitármelo de debajo. Mi brazo se movió despacio, como si me pesara por el sueño o por la edad. De nuevo me puse a pensar en la gente plateada y reluciente y entonces me vino a la cabeza un capítulo de *Los Picapiedra* en el que Pedro se echa una siesta en el merendero del trabajo y, cuando se despierta, tiene una barba blanca que le llega hasta las rodillas y su hija Pebbles se va a casar con Arnoldo, el repartidor de periódicos. De pronto me invadió el mismo pánico que había sentido él, acompañado de la certeza de que me había pasado durmiendo las vidas de mis hermanas.

Habían pasado veinte años y todas seguían viviendo en lo alto de la colina, con el tejado de la casa cayéndose y el porche profundamente hundido por un lado. La hierba medía un metro de alto, las puertas de las cuatro casetas de los perros estaban obstruidas por los daucos y el solidago y el chasis oxidado de mi vieja camioneta servía de hogar a una familia de comadreas. El sofá no estaba y supe que Misty lo había vuelto a arrastrar al interior de la casa. También supe que se sentaba en él por las noches y pensaba en papá.

Ella era la única que tenía trabajo. No sabía de qué, pero no importaba. Lo odiaba igual que odiaba yo mis trabajos porque sabía que ella valía para hacer algo mejor, pero también se odiaba a sí misma, así que no tenía mucho sentido intentar encontrar algo mejor. Una vida miserable para una persona miserable: un castigo acorde con la gravedad del delito.

Amber se acercaba a los cuarenta con pantalones elásticos y con demasiado maquillaje, amargada y asustada, habiéndose dado cuenta demasiado tarde de que la mayor parte de su vida la viviría después de los treinta, pero nunca se le habían dado bien las matemáticas. Al menos no tenía un montón de críos ilegítimos correteando por ahí. En lugar de eso tenía un útero raspado y sueños llenos de bebés muertos que siempre tenían nombre.

Pero la peor era Jody. Había vuelto a los días de la gelatina roja. La veía, pero no estaba con ella. Estaba sentada en la mesa de la cocina, muda e inútil, sin el tono dorado infantil en su pelo y con las plantas de los pies destrozadas y

ensangrentadas por el trozo de la parabólica de papá que nunca había llegado a arrancar del suelo.

Intenté llamarla y me vi a mí mismo con Pedro en Piedradura, corriendo de una capilla de piedra a otra, persiguiendo la funesta risa de Pebbles.

Me desperté con una sacudida. Las nubes habían limpiado la noche, dejando tras de sí un cielo negro despejado y salpicado de estrellas. Los insectos nocturnos chirriaban y el arroyo hacía un ruido como el de una serpiente deslizándose entre la hierba. Hacía fresco, pero sentía picor y un hormigueo en la piel. Si la piel pudiera hervir a fuego lento, ésa sería la sensación que uno tendría.

Al final resultó que no tenía cuerpo de anciano. No tenía los brazos y las piernas débiles. Me sentía más fuerte de lo que jamás me había sentido, y sin embargo no quedaba ninguna parte de mi cuerpo que pareciera firme. Pensé en fotos de galaxias en forma de remolino que había visto de pequeño y en cómo solía preguntarme qué era lo que las mantenía unidas; me negaba a creer en la gravedad y prefería creer que todos los planetas permanecían donde les correspondía porque sabían que ése era su sitio.

Había ocurrido algo importante. Quizá Dios había venido a buscarme otra vez, esta vez apareciendo en forma de Pedro Picapiedra porque aquella noche la luna estaba demasiado lejos para emitir la luz plateada. Parecía artesanal, como un pequeño botón de marfil.

Giré la cabeza y vi a la Virgen María desnuda en el arroyo, más hermosa de lo que jamás me la había imaginado. Se agachó y se echó agua por el cuerpo antes de volver a incorporarse y ladear la cabeza mirando hacia los árboles, con esa tímida sonrisa de estar esperando a Dios.

Contemplar su figura fue doloroso. La vi frotarse los brazos y el cuello con las manos y moverlas en círculos por el vientre y los pechos, y entonces tuve una revelación. Dios las había creado así a propósito. Ser expulsados del jardín del Edén y tener que ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente no había sido el castigo del hombre. Quedamos condenados desde el momento en que Dios decidió hacer hermosas a las mujeres. Y las mujeres quedaron condenadas por la misma razón.

Terminó de lavarse y caminó hasta la orilla, donde se detuvo para quitarse algo del pelo. Dirigió la mirada hacia mí y yo cerré los ojos con fuerza. Fue un acto reflejo, como si pudiera tener los mismos poderes que aquella bruja de la mitología con las serpientes en la cabeza que podía convertir a los hombres en piedra. Dios había convertido a la mujer de Lot en una estatua de sal. Quién sabe lo que podría hacerle a un chaval que estaba espiando a Su novia.

Esperé a ver si volvía a mi lado. Si sentía su aliento en mi rostro y sus dedos en mi pecho. Si me cogía de la mano y me llevaba a un lugar mejor.

En lugar de eso, la oí pronunciar un «¡Mierda!» muy humano y coger aire dolorida. Miré hacia ella y la vi dando saltitos a la pata coja, desprovista de toda su gracia y su inocencia, y entonces lo recordé todo. Quién era ella. Quién era yo. Lo que habíamos hecho. De qué había huido. De qué huía ella seguramente para venir a echar un polvo conmigo. Entendí perfectamente que era imposible que me quisiera. Las revelaciones eran una mierda.

Volvió a apoyar el pie en el suelo con cuidado y se agachó para coger el camisón. Estaba de espaldas a mí y el verla agachada me hizo incorporarme y quedarme sentado. Seguramente habría podido hacerme levitar si se hubiera quedado agachada el tiempo suficiente, pero se levantó y se puso el camisón, se miró la planta del pie una vez más y se alejó por la hierba sin darse la vuelta.

Quise llamarla con un grito, pero no sabía cómo dirigirme a ella. ¿Señora Mercer? ¿Madre de Esme? No me había dado permiso para llamarla Callie.

El corazón me empezó a latir demasiado deprisa. Me tumbé, volví a cerrar los ojos e intenté ordenar mis ideas acerca de lo que había pasado. Siempre había pensado que, si un hombre era bueno en la cama, la mujer se quedaba sin fuerzas y sin aliento, quizá ronroneando, mirándolo atontada con un gesto de amor animal como el que me ponía Elvis cuando le rascaba el pecho.

Ella se había dado un baño en un arroyo congelado y se había ido.

Me invadió una horrible desazón al darme cuenta de que quizá ya había echado todo a perder. No podía comprarle cosas bonitas, llevarla a sitios ni tener conversaciones ingeniosas con ella. Lo único que podía hacer era echarle un buen polvo. Ése era mi único medio para conservarla.

Había empezado a hacer frío. Habría dado cualquier cosa por la chaqueta de papá. No sabía dónde estaba mi camiseta, pero me noté los pantalones bajados hasta los tobillos. Pensé en llevarlos así el resto de mi vida. «Tú sí que sabes, Harley», habría dicho Church.

Empecé a temblar, pero mi entrepierna seguía caliente y pegajosa. Allí a oscuras y con los ojos cerrados, la sensación de los fluidos del coño de una mujer sobre la piel no era muy distinta de la de la sangre.

Estaba amaneciendo cuando finalmente empecé a subir el camino del Tuntún. Los pájaros llenaban el bosque de ruidos con sus reclamos. Un mapache cruzó la calle a toda velocidad delante de mí, corriendo a meterse otra vez en su oscura madriguera con la acuciante necesidad de un vampiro de evitar la llegada inminente de la luz. Su cuerpo grueso y peludo parecía pertenecer a un animal distinto que sus patas, negras y delicadas, como si Dios hubiera tenido prisa por terminarlo y le hubiese puesto las primeras que había encontrado.

Me tomé mi tiempo para subir la colina. Todo había quedado cubierto por una neblina gris que absorbía la débil luz del alba y daba consistencia al aire. Extendí el brazo desnudo y al volver a doblarlo tenía un brillo trémulo. Aspiré

profundamente y dejé que la neblina me llenara los pulmones y se me deslizara por la lengua con su peso pluma. Tenía un sabor dulce y vacío, como tenía que saber la pureza.

Me aproximé a la cima y aflojé aún más el paso por si había ciervos comiendo hierba en el claro. Entonces vi la mayor bandada de pavos salvajes que había visto en mi vida, desplegados sobre la hierba comiendo con rápidos movimientos que hacían que sus oscuros cuerpos despidieran destellos cobrizos. Debía de haber una treintena. Y de buen tamaño. Me detuve instintivamente junto al límite del bosque, esperando por si se oía algún disparo.

No me vieron. Pasé por delante de ellos y me senté en el jardín de delante de nuestra casa, desde donde tenía una buena vista de los pavos y de las colinas verdes que descendían tras ellos como los pliegues de una manta.

El sol había ascendido hasta un grupo de nubes, tiñéndolas de un tono entre rosa y dorado. El color me hizo pensar en melocotones y en que pronto estarían de temporada y los venderíamos en Shop Rite a diez centavos la pieza durante nuestras rebajas anuales, cuando vendíamos toda la fruta a diez centavos, y en que Jody iría por ahí descalza con la cabeza hundida en uno y con el jugo chorreándole por la barbilla y las muñecas y yo le gritaría que fuera a comérselo encima del fregadero.

Faltaba un mes para que acabaran las clases y de nuevo Amber tendría que cargar con las niñas todo el día. Aquel verano no sería tan malo como el anterior, ya que Misty y Jody estaban mejor ADAPTADAS y además eran más mayores.

El primer curso había sido la peor etapa que habíamos pasado hasta entonces. Jody estaba en preescolar y sólo iba al colegio por la mañana, pero por las tardes no había nadie para cuidarla. Amber y Misty estaban en clase. La tía Diane era maestra y ella misma tenía tres niños pequeños. La mujer del tío Mike, Jan, nunca se ofreció y, de todas formas, a ninguno nos caía bien. No podíamos permitirnos una canguro o una guardería.

Durante una temporada me estuve llevando a Jody a buscar trabajo conmigo. Siempre se portaba bien. Era en la época en la que no hablaba. Se sentaba en silencio mirándose los dedos mientras yo rellenaba solicitudes de empleo y hablaba educadamente con tíos con pantalones Dockers que siempre estaban tiesos como escobas porque eran los poderosísimos ayudantes de encargado en zapaterías y almacenes de saldos. Uno me preguntó una vez si me había llevado a mi hermana pequeña para darle pena y que me diera el trabajo. A partir de ese día empecé a dejar a Jody esperando en la camioneta.

Mi horario en Shop Rite era bastante flexible. Podía trabajar muchas noches y fines de semana y seguir cuidando a Jody, pero no ganaba suficiente dinero.

Tuve que buscarme otro empleo –el de Barclay’s Appliances–, pero a veces podía llevarme a Jody al trabajo a escondidas.

Le encantaba jugar en el almacén de detrás de la tienda, donde construía cuevas con las cajas vacías de las neveras y se escondía con sus dinosaurios. Cada vez que Ray y yo teníamos que ir a hacer una entrega, se venía con nosotros. A Ray no le importaba, no porque fuera un buen tipo sino porque le encantaba la idea de colársela al jefe. Constantemente me recordaba que debíamos de estar infringiendo un centenar de leyes relacionadas con el seguro al llevarla con nosotros en el camión, mientras se agarraba firmemente al volante y me sonreía como si estuviéramos huyendo tras haber atracado un banco.

Aun llevándome a Jody al trabajo de vez en cuando, Amber acabó faltando un montón a clase para quedarse con ella los días que yo no podía. Al final vino a casa una de las inspectoras que se encargaban de controlar el absentismo escolar y tuvo una charla con nosotros. Me dijo que era una pena que Jody no fuera hija de Amber, ya que entonces podríamos haberla llevado a la guardería gratuita que el instituto ponía a disposición de las madres adolescentes que pudieran demostrar que sufrían necesidades.

Le pedí que definiera «necesidades».

Dijo que se refería a necesidades económicas: chicas que no podían pagar una guardería de verdad y que tendrían que dejar los estudios para cuidar a sus hijos.

Señalé que nosotros no podíamos pagar una guardería de verdad y que seguramente Amber iba a acabar dejando los estudios para cuidar a Jody.

Dijo que no podíamos participar en el programa porque Jody no era hija de Amber.

Dije que era hija mía. Había firmado los papeles para convertirme en el tutor legal de mis tres hermanas. Mi madre también los había firmado.

Dijo que yo ya no era estudiante. Había terminado el instituto. El centro no podía hacer nada por mí.

Así que yo dije: «¿Me está queriendo decir que si Amber hiciera una tontería como quedarse embarazada y tener un niño serían comprensivos y la ayudarían pero que nosotros no podemos recibir ninguna ayuda?».

La mujer me miró con los labios juntos y una mirada gélida y noté que quería decirme: «Vosotros no os merecéis ayuda ninguna». Había personas así por ahí. No era la primera vez que me topaba con una. Gente que había leído los artículos del periódico o visto las noticias en la televisión y había decidido no sólo condenar a mi madre sino también odiarla a muerte. Algunos incluso parecían creer que también había que castigarnos a nosotros.

A continuación perdí un pelín los papeles. Empecé a soltarle una charla sobre que tendrían que expulsar del instituto a las adolescentes que tuvieran hijos.

Que de todas formas alguien tan idiota nunca iba a llegar a ser un miembro productivo de la sociedad. Que en lugar de perder el tiempo con una guardería, el instituto debería atar a todas las chicas que llevaran camisetas con la espalda al aire y meterles bajo la piel el implante ese anticonceptivo. Que me traía sin cuidado si eso era una violación de sus derechos civiles, que a la Asociación Nacional para la Defensa de los Derechos Civiles le podían dar por el culo.

Y además lo pensaba de verdad. Eso era lo que más odiaba de lo que me estaba pasando: había perdido la capacidad de sentir compasión.

La inspectora esperó pacientemente hasta que terminé. Mi comportamiento no la desconcertó ni lo más mínimo. Veía cosas mucho peores por allí. Al menos nosotros no estábamos llenos de mierda, famélicos, infestados de piojos o alcoholizados. Tampoco teníamos ya el cuerpo lleno de moratones. Y yo quería que las niñas siguieran estudiando y ellas también.

Dijo que nos llamaría. Quizá podrían hacer una excepción con Jody. Me quedé en la ventana de la parte delantera de la casa viéndola atravesar el jardín con su falda de cuadros escoceses y su chaqueta gris arrugadas y pensé en todas las mujeres con las que había tratado recientemente que llevaban faldas y chaquetas de diario compradas por separado de la colección Kathie Lee del Wal-Mart y en todos los hombres con trajes cutres de JCPenney's.

Durante las dos semanas siguientes a la detención de mamá nos tuvieron yendo de un edificio público a otro. Hablamos con agentes de la policía judicial, abogados, psiquiatras, acreedores, personal del centro penitenciario, trabajadores de la funeraria, periodistas, asistentes sociales, empleados del banco... Enterramos a papá y nos despedimos de mamá a través del plexiglás.

El último sitio en el que estuve fue el National Bank de Laurel Falls, para hablar con un empleado del padre de Callie Mercer sobre la posibilidad de que nos dejaran interrumpir el pago de la hipoteca durante un par de meses. Dijo que al banco le gustaría poder ayudarnos –como si el banco pudiera pensar y sentir–, pero que si concedían una prórroga a un cliente tendrían que concedérselas a todos.

Argumenté que quizá podrían conceder prórrogas solamente a los niños que habían perdido a su padre y a su madre a la vez y de forma inesperada y que no tenían dinero ni trabajo. Seguramente con eso se limitaría el número de candidatos con derecho a disfrutar de una prórroga.

El tipo sonrió, soltó una risita prácticamente inaudible y dijo que sí, que seguramente con eso se limitaría el número de candidatos.

Entonces le pregunté si podría hablar con el banco en vez de con él. A lo mejor el banco y nuestra casa se movían en los mismos círculos.

El tipo me miró como si estuviera loco. Aquello fue justo después del

asesinato y todos los detalles morbosos seguían frescos en la memoria de todo el mundo.

Me levanté y me acerqué al calendario de «Paisajes de ensueño de Pensilvania» que tenía colgado en la pared de su despacho. En el mes de agosto aparecía un establo rojo brillante en el fondo de un valle verde brillante rodeado de un cielo azul brillante. Llevaba toda mi vida viviendo en ese rincón del suroeste de los montes Allegheny y nunca había visto un establo ni un día de esos colores.

Señalé el establo con el pulgar y pregunté:

—¿Es pariente del banco?

Juro que le vi meter la mano debajo de la mesa y activar una alarma silenciosa. Me había tomado por un ARQUETIPO muy concreto.

Cuando volví a casa, las tres niñas estaban sentadas en el porche esperando el veredicto. Al mirarlas tuve una de mis revelaciones y fue la siguiente: nadie sabe que estamos aquí.

Fue lo mismo que pensé al ver marcharse a la inspectora, aunque ella sí que llamó. Dijo que Jody podía ir a la guardería del instituto, pero yo no la dejé. No íbamos a ser una EXCEPCIÓN.

Sobrevivimos a aquel año sin ayuda de nadie y yo me sentí orgulloso de nosotros mismos. Amber aprobó el curso. Jody volvió a hablar. Yo pagué las facturas. En los peores momentos, sacaba fuerzas concentrándome en la rabia y el pavor que había sentido al volver del banco y darme cuenta de que nos habían olvidado.

Nos habían olvidado, pero no estábamos solos. Sabía que había montones de niños por ahí que habían pasado por lo mismo que nosotros. El ochenta por ciento de las mujeres que cumplían condenas por homicidio en la cárcel de mamá habían asesinado a un marido o un novio con el que convivían. Una vez le mencioné ese dato a Betty. Dije que aquello decía mucho sobre las mujeres y ella me contestó que no, que decía mucho sobre los hombres.

Observar los pavos y el cielo me había dejado algo adormilado. No recordaba qué día era o si tenía que ir a trabajar, pero me daba igual. Necesitaba dormir.

Me levanté de la hierba, me volví hacia la casa y me paré en seco. Misty estaba en el porche apuntándome a la cabeza con la Ruger.

Pegué un grito y me eché al suelo. Treinta pavos se dispersaron y salieron corriendo a ponerse a cubierto, glugluteando y cloqueando.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó Misty.

—¿Qué haces con mi escopeta? —chillé.

—Iba a matar un par de pavos.

—¡Por el amor de Dios!

Me puse de pie temblando. Me había empezado a sudar la frente. Me acerqué a ella.

–No vuelvas a hacer eso –dije mientras le arrancaba el arma de las manos.

–Pensaba que te alegrarías –contestó–. Comida gratis.

Ya había atacado sus pecas infantiles con dos brochazos de colorete violeta como un agricultor que hubiera artigado un terreno.

–¿Por qué me miras así? –me preguntó.

–¿Cómo te estoy mirando?

–Como si te sorprendieras de verme.

–A veces se me olvida que sólo eres una cría.

–No lo soy –contestó–. Ya tengo la regla.

–No me cuentes eso –dije estremeciéndome.

Seguí su mirada, que había dirigido hacia la piedra contra la que debía de haberme golpeado la noche anterior. Tenía cuatro manchas de sangre marrones con forma de círculos perfectos.

–Pues tú no me digas que soy una cría –dijo ella.

Me toqué el labio inferior con cuidado. Me había lavado la cara en el arroyo de Callie, pero no había podido verme reflejado. Seguramente tenía el labio rajado e hinchado. Me seguía doliendo una barbaridad.

–Solamente estaba pensando que quiero que vayas a la universidad y tengas un buen trabajo cuando seas mayor –dije sin saber de dónde había salido esa idea.

–¿A la universidad? –dijo riéndose–. Ni siquiera puedo ir al Lick n’ Putt a jugar al minigolf.

–Sólo digo que no quiero que acabes trabajando en Shop Rite. Tú puedes hacer lo que te propongas.

Me dirigió una breve mirada sombría.

–No, no puedo.

–Sí que puedes.

–Para ir a la universidad hay que ser inteligente.

–No.

–Hay que ser rico.

–No.

–Hay que ser algo –insistió con su tono de voz obstinadamente inexpresivo–. Yo no soy nada –añadió con una voz tan baja que tuve que inclinarme hacia delante para oírla.

–Eso no es verdad –dije.

–Vale –dijo con un suspiro, claramente para que me quedara contento–, ¿sabes lo que soy?

–¿El qué?

–Una buena tiradora.

La miré. Ella me devolvió la mirada con un gesto desafiante en los ojos.

–Eso es algo –dije.

–Eso no cuenta para nadie. Excepto para papá.

No supe qué decir. Misty nunca hablaba de papá, a pesar de que todos sabíamos que su muerte había dejado un vacío mayor en su vida que en la de cualquiera de nosotros.

–Es un poco como la forma en que tú no cuentas para nadie excepto para Amber –explicó cuando vio que no contestaba.

–¿Cómo?

Sus labios formaron algo parecido a una sonrisa y después volvieron a su posición normal. Me dio la espalda y se fue. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Conseguir que volviera a hablar sería como intentar abrir las puertas de una antigua catedral haciendo palanca.

La dejé en el porche jugueteando distraídamente con su collar de gato. Llevó la vista hacia el jardín, que se había llenado de florecitas amarillas de la noche a la mañana, y sobrepasó con la mirada el camino marrón rojizo y el montículo verde del claro hasta posarla en la silueta borrosa gris azulada de las colinas que se recortaban sobre el fondo rosa del cielo, pero supe que lo único que veía era la presa que se le había escapado.

Me fui directo al sótano con la esperanza de poder dormir. Volví a dejar la escopeta en su rincón, me acerqué a la cama, me quité la ropa y me tumbé. No quería taparme, pero en la habitación hacía unos cinco grados menos que en la calle. Me levanté y cogí la chaqueta de papá del respaldo de la silla del escritorio.

La carta de Skip estaba en la mesa. Por fin tenía algo sobre lo que escribirle. Querido Skip: ¿Qué te cuentas? Yo me he tirado a la señora Mercer.

Habría flipado al leer eso. Aunque no me habría creído, con razón. Pero era verdad. Me la había tirado. Con todas mis fuerzas. Si hubiera sido una tabla de madera, se habría rajado por la mitad.

Tuve una erección en cuanto me puse a pensar en ello. No una agradable que pudiera eliminar cuando me viniera bien con las señoritas de Victoria's Secret. Una urgente. Una exasperante, como un picor muy fuerte.

Nunca se me había dado bien no rascarme. Solía rascarme las picaduras de mosquito hasta hacerme sangre. A veces mamá me veía, echaba la culpa a papá de haberme hecho sangrar y yo lo permitía, no porque quisiera darle pena a mamá o meter en un lío a papá, sino porque, cuando se daban cuenta de que había mentado, al enfadarse conmigo por fin estaban de acuerdo en algo.

Quería machacármela hasta sangrar, pero sabía que ni siquiera entonces sentiría el alivio que ansiaba. Una mano ya no iba a bastar. La fricción no iba a ser suficiente. También mi polla había tenido una revelación.

Otra vez melocotones. Un melocotón muy maduro antes de empezar a pudrirse. Así era el tacto de su cuerpo por dentro.

Volví a la cama, me quedé mirando la esfera blanca de mi bombilla y pensé en su culo bajo una camiseta blanca, volviéndose cada vez más borroso al alejarse de mí en la oscura noche.

No sabía si a ella le había gustado. Estaba demasiado concentrado en lo que tenía en las manos y entre los labios para prestarle demasiada atención a ella como un todo. Y aunque hubiera puesto más atención, no estoy seguro de si habría sabido en qué tenía que fijarme.

Una vez oí a mi primo Mike hablar con un amigo sobre su última novia. Decía que tenían que tener mucho cuidado si había alguien más en casa cuando se enrollaban porque la chica gritaba mucho. Por la forma en que sonrieron cuando lo dijo, supe que aquello les parecía algo buenísimo. Supuse que lo era si mientras te acostabas con una mujer querías creer que también la estabas matando.

A mí los gritos me habrían puesto de los nervios. Yo no quería a alguien que gritara. Tampoco quería a alguien que dijera guarrerías. Yo quería a alguien que me mirara.

Al menos eso era lo que siempre había pensado. Luego, cuando llegó el momento de estar con una mujer, no pude mirarla. Verle los ojos, igual que pronunciar su nombre, habría sido algo insoportablemente humano que hacer al tiempo que la embestía como un animal.

No sabía lo que iba a hacer si resultaba que se había ido porque no había estado a la altura. No me habría sorprendido. A mí no se me daba bien nada. Pero ser consciente de que tienes un defecto no hace que te resulte más fácil asumirlo, ni siquiera cuando lo has sido toda tu vida. Los gordos nunca le cogen cariño a su gordura. Los pobres nunca están contentos con sus casas cochambrosas.

Me hice una paja de todas formas.

La tele tenía el volumen al máximo y la radio de Amber sonaba a todo trapo cuando me desperté. Pasé el menor tiempo posible en la cocina buscando algo de comer. En la encimera había dos trozos de pizza congelada que habían sobrado. Me los zampé y cogí la última lata de Mountain Dew.

Salí por la puerta trasera. Se había quedado un día tan bueno como la mañana. Ni frío ni calor. Con un cielo azul y nubes blancas esponjosas. Un tiempo de calendario de banco.

Llegué hasta la fachada delantera y examiné la casa. No estaba mal para ser una mierda de vivienda prefabricada pequeña y cutre con revestimiento exterior de vinilo. La casa original era bastante mona: gris con contraventanas rojo teja y

un porche delantero que papá le había construido a mamá de regalo por su primer aniversario, con una barandilla de madera blanca y un tejado con tejas verdes.

Cuando mamá se quedó embarazada de Misty, decidieron agregar otra habitación. De todas formas, mamá ya llevaba tiempo prometiéndome una porque Amber y yo nos estábamos haciendo demasiado mayores para compartir habitación y yo era demasiado pequeño para que ya empezaran a pensar en mandarme al sótano.

Papá, el tío Mike y el tío Jim decidieron hacerlo ellos solos. Entre los tres tenían los conocimientos y las herramientas suficientes. Lo que no tenían era la capacidad de concentración. Cuando se juntaban eran como críos. Agitaban sus latas de cerveza y se rociaban de espuma unos a otros. Hacían concursos de eructos. Dejaban el trabajo a medias para irse a pescar o a ver un partido de béisbol de los Pirates.

Tardaron dos años en terminar la habitación. El primer invierno taparon el material aislante con un plástico. El invierno siguiente, con fibra de vidrio. Al final papá encontró una ganga que no pudo dejar pasar y compró un revestimiento de segunda mano. Era marrón, pero le prometió a mamá que algún día pintaría toda la casa del mismo color. Nunca llegó a hacerlo.

Mis padres me regalaron la habitación por mi noveno cumpleaños. Mamá colocó una gran cinta roja en la puerta para que yo la cortara con unas tijeras, como si fuera la solemne inauguración de un nuevo vertedero del condado. Mi cama ya estaba en el cuarto, con unas sábanas nuevas de las Tortugas Ninja. Papá había sacrificado la cómoda que tenía en el cobertizo con sus trastos y mamá la había arreglado y la había pintado de verde para que hiciera juego con las tortugas. Encima estaba el portalápices que me había hecho Amber con una lata de sopa, cartulina y purpurina.

Todos se quedaron quietos esperando: papá con la mano en el hombro de mamá; la pequeña Misty en brazos de mamá; Amber con una sonrisa de oreja a oreja y con el disfraz rosa de bailarina que había llevado en Halloween y que se había empeñado en ponerse para mi cena de cumpleaños. Tenía migas de tarta de chocolate en el tul del tutú.

Esperaban que me pusiera como loco de alegría aunque sabían que quería un Stretch Armstrong, uno de esos muñecos que se estiraban, y el Graverobber, un camión teledirigido gigantesco que vendían en Radio Shack.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No es que no quisiera la habitación. La quería. Lo que pasaba es que me parecía que la habitación era algo que me correspondía por derecho.

Al principio estaba demasiado estupefacto para abrir la boca, pero al final recuperé el habla y grité algo como que a todos los niños del país les habían

traído el Graverobber por Navidad menos a mí y que aquél era el peor cumpleaños que jamás había tenido un niño. Me daba igual que me fuera a llevar una paliza de muerte por decir eso. Salí corriendo de la casa, crucé la calle a toda velocidad, atravesé el claro y me metí entre la primera fila de árboles.

Para mi sorpresa, papá vino corriendo justo detrás de mí. Él no era muy dado a perseguir. Si no te cogía a las dos primeras embestidas, se camuflaba recostándose en su sofá como un gran felino agazapándose entre la alta hierba de una sabana y esperaba a que te olvidaras de que estaba allí.

Y yo no era muy buen corredor. Siempre me quedaba donde estaba y recibía mis castigos porque me gustaba acabar con ellos cuanto antes y porque es más fácil soportar una paliza cuando no estás sin aliento. Pero esa vez era distinto y los dos lo sabíamos. No estaba huyendo de papá. Estaba huyendo de mi vida y papá me estaba persiguiendo por haber sentido la necesidad de huir de mi vida.

Estaba consiguiendo llevar la delantera cuando de repente me puse bien a tiro al tropezarme yo solo, como un idiota en una peli de miedo. Papá me cogió fácilmente por el brazo y soltó un puñetazo circular que no me dio en la cara pero que me alcanzó en todo el pecho y me hizo caer de culo. Aterricé sobre una capa de sal negra, que es como llaman aquí a las piedras de sal naturales porque están negras por el carbón que hay en la tierra.

Miré hacia abajo y vi la gran capa de oscura sal que se levantaba sobre la superficie del suelo, como una costra seca en la ladera. Solía preguntarme si no sería peligroso que los ciervos lamieran la sal negra, ya que tenía mucho carbón. Sentía lástima de ellos porque eran unos animales tontos hasta que me di cuenta de que su instinto siempre los habría hecho volver aunque hubieran sido lo suficientemente inteligentes para comprender que lo que estaban haciendo los estaba matando lentamente.

Papá me levantó y me pegó una vez más. Sabía que iba a tener que hacerlo. Sabía que tenía que conseguir darme en la cara para poder relajarse, ya que ése había sido su propósito inicial. No me lo tomé como algo personal. En ese momento no era su hijo, ni siquiera era una persona. Era una misión.

Después me agarró del brazo y me llevó a casa. Abrió la puerta de la camioneta y me empujó hacia el interior. Me quedé sentado totalmente quieto salvo por el violento temblor que tenía dentro.

Mamá salió al porche y empezó a gritarle. Estuvieron gritándose durante un par de minutos. Nada de lo que dijeron fue sobre mí. Mamá se puso a decir lo mucho que había trabajado para arreglar mi cómoda y papá contestó vociferando que él había sido quien había construido toda la habitación de los cojones y que si quería vivir en un puñetero palacio no tendría que haberse casado con él. Entonces mamá empezó a gritar que el helado se estaba derritiendo y la tarta se estaba secando.

Amber estaba escondida en algún sitio porque no le quedaba nada de valentía, pero a cambio esa noche se metería conmigo en la cama. No me gustaba que durmiera conmigo si era porque papá le había pegado a ella, pero no me importaba cuando era porque papá me había pegado a mí.

Papá dio por terminada la pelea de golpe, se metió en la camioneta y cerró la puerta de un portazo. Mamá vio cómo nos alejábamos con un gesto de miedo. Recuerdo haber pensado con toda tranquilidad: «Papá me va a llevar a una carretera secundaria, me va a matar y me va a enterrar en el bosque». Aquel pensamiento no me causó una gran impresión, lo cual me deprimió todavía más que la mierda de cumpleaños que había tenido o la idea de morir.

Papá no dijo ni una palabra en todo el camino. No pareció reparar en nada de lo que tenía alrededor hasta que tomamos una curva y, a un lado de la carretera, vimos una pequeña ciudad formada por construcciones de color gris acero vacías, llenas de óxido y de aspecto deprimente levantadas en medio de cuatro hectáreas de terreno contaminado. Al borde de la carretera había una alambrada de un kilómetro y medio de largo con carteles naranja brillante de PELIGRO y carteles amarillo brillante de PROHIBIDO EL PASO, todos llenos de agujeros de bala.

–La Depuradora de Aguas de Mina Carbonville –anunció. Pegué un brinco al oír su voz después de tanto rato en silencio.

Había oído hablar de ella, claro. Todo el mundo había oído hablar de ella. Se había diseñado para depurar el agua ácida de mina procedente del complejo n.º 9 de J&P, que se encontraba cerca de allí y que estaba abandonado, con el fin de hacerla apta para el consumo humano. También había oído hablar mucho de la n.º 9. Era la primera mina en la que había trabajado el abuelo y la mencionaba a menudo, hablando de sus túneles como si fueran los de una mujer.

La depuradora sólo cumplió la función para la que se había diseñado durante aproximadamente un año, antes de que algo fallara y el Departamento de Medio Ambiente la cerrara, pero sus restos habían sobrevivido otros veinticinco años como un monumento a la insensatez de intentar limpiar una región que estaba envenenada por dentro.

Papá salió de la carretera y aparcó la camioneta junto a la alambrada. Se bajó y echó a andar. Yo lo seguí sin pensar.

Se detuvo cuando tuvimos a la vista unas dos docenas de casitas grises con revestimiento de asfalto desperdigadas frente a la alambrada, como si la depuradora se hubiera agitado y hubiese rociado sus alrededores de diminutas réplicas del fracaso.

Papá se agachó a mi lado hasta quedar más bajo que yo y señaló con el dedo, a una en concreto o a todas ellas.

–Ahí es donde me crié yo –dijo.

Lo miré para asegurarme de que estaba hablando en serio. Yo siempre había dado por sentado que se había criado en la casa en la que ahora vivían mis abuelos. No era ninguna maravilla, pero al menos tenía un tamaño decente y sus distintas partes estaban perfectamente ensambladas y unidas con clavos.

Al principio fui incapaz de interpretar la expresión de su rostro. Esperaba que estuviera destrozado o cabreado. O quizá podría haber estado alegre: una de esas personas retorcidas como el abuelo, que sólo sentía cariño por los sitios horribles y que no dejaba de protestar si tenía que ir a un picnic. Pero en su rostro no vi amargura, autocompasión ni ninguna forma retorcida de nostalgia melancólica. Lo que vi fue algo parecido al orgullo, pero un orgullo sin ego, algo parecido a la aceptación, pero la aceptación de alguien a quien nunca se le ha permitido contemplar otras alternativas. No fue hasta que estuve otra vez en casa, tumbado sobre mi trasero dolorido con mis sábanas nuevas en mi habitación nueva, sintiendo ese dolor tan familiar extenderse por las zonas del pecho y la cara en las que me había pegado papá, cuando comprendí que lo que había visto era a un fracasado que llevaba su fracaso con dignidad.

Ése fue el año en que mis cumpleaños dejaron de girar en torno a la tarta y los regalos y empezaron a girar en torno a la supervivencia.

Papá empezó otra ampliación de la casa hace unos cuatro años, cuando se le metió en la cabeza que necesitaba su propio cuarto para ver la tele lejos de los niños. Él y el tío Mike nunca llegaron a terminarla. Al final levantaron un muro nuevo para reemplazar el que habían tirado y dejaron la estructura de madera colgando a un lado de la casa y un par de rollos de material aislante rosa en el jardín. La eché abajo más o menos un mes después de que mamá le disparara y vendí la madera.

El tío Mike tenía razón. El alero y las molduras necesitaban una capa de pintura. La madera de alrededor de las ventanas estaba empezando a pudrirse. Me fijé en que al tejado le faltaban dos tejas. Incluso desde el suelo se veían las hojas mojadas amontonadas que sobresalían de los canalones. Y tenía que hacer algo con el trozo de tubo.

Vi a Jody sentada en las escaleras del porche delantero escribiendo en su cuaderno. Triceratops Resplandeciente y Yellowie, el coritosaurio amarillo que le había comprado para que no abriera la boca, estaban sentados junto a ella, uno a cada lado. Me vio mirando la casa.

–¿Qué haces? –me preguntó.

–Una lista –contesté–. ¿Y tú qué haces?

–Una lista –contestó enérgicamente–. No tienes papel.

–La estoy haciendo en la cabeza –expliqué–. ¿Me enseñas la tuya?

Me la dio.

DAR DE COMER A LOS DINOSARIOS
LIMPIAR MI LADO DE LA ABITACION
DOBLAR LA ROPA
CORTAR EL CESPEZ

Se la devolví sonriendo.

–En mi clase había uno que se apellidaba Céspez –dije.

–¿Qué?

–Nada. Era un chiste.

–«Truchas gracias» era mejor –dijo.

–Estoy de acuerdo.

Me senté a su lado en las escaleras.

–¿Qué te ha pasado en el labio? Lo tienes todo hinchado.

–Nada –contesté, eludiendo su pregunta–. ¿Desde cuándo cortas tú el césped? –pregunté.

Dibujó un corazón en su lista.

–Ayer por la noche Amber nos dijo que estabas enfadado porque el tío Mike te dijo que tienes que cortar el césped y hacer un montón de cosas y que por eso te pusiste a beber cerveza y te fuiste a dar un paseo con Elvis. He pensado que podría ayudar –hizo una pausa y dibujó otros dos corazones–. ¿Por qué Amber y tú siempre os estáis peleando?

–¿Nos oíste pelearnos?

Asintió con la cabeza.

–¿Qué oíste?

–Sobre todo a Amber gritando palabrotas.

–Sí, bueno... –empecé a decir–. Tú no hagas caso de todo eso.

–Supongo que no es tan horrible –dijo–. Esme dice que es malo para la salud guardarse los sentimientos. Dice que es bueno sacar fuera lo que sientes.

–¿Hay algo que Esme Mercer no sepa?

–No sabe quién es Confucio.

–¿Confucio? –la miré de reojo–. ¿Tú sabes quién es?

–Es el señor que escribe los mensajes de las galletas de la suerte –contestó asintiendo con la cabeza.

Me eché a reír.

–¿Quién te ha dicho eso?

–Mamá.

Me tragué mi sonrisa. Jody me observó pacientemente, esperando para ver si cuestionaba la información que le había dado mamá. Arranqué un par de trozos de pintura del escalón con la uña.

–Esme dice que sus padres siempre se están peleando –continuó Jody– y que,

cuando le pregunta a su madre, ella dice que es mejor que los padres se peleen que no que se guarden las cosas.

–¿Se pelean mucho sus padres? –pregunté.

–Creo que sí. Su madre también les grita a ella y a Zack y luego los abraza y llora y dice que lo siente. Yo la he visto hacerlo –me miró para asegurarse de que estaba atendiendo–. La madre de Esme es guapa y simpática y todavía sabe hacer la voltereta lateral, pero...

–¿Tú la has visto hacer la voltereta lateral? –interrumpí.

–Sí.

Siguió estudiándome el rostro. Yo intenté mantenerlo sereno.

–Seguro que te la hace si se lo pides –dijo.

–No hace falta.

–Bueno –continuó, levantando sus pequeños hombros bajo su camisa de vaquero descolorida de Minnie Mouse–, yo creo que está loca.

–No está loca –expliqué–. Todos los padres tienen que gritar a sus hijos de vez en cuando.

–¿Por qué?

–Porque se portan mal y les ponen de los nervios.

–¿Nosotras te ponemos de los nervios?

–Sí.

–Tú casi nunca nos gritas.

–Yo soy una de esas personas que hacen cosas malas para la salud.

–Ah. ¿Entonces por qué después llora y dice que lo siente? –preguntó Jody.

–Seguramente se siente mal porque quiere a sus hijos y no le gusta gritarles, así que les pide perdón.

–Papá nunca nos pedía perdón por pegarnos. ¿Eso quiere decir que no nos quería?

–Papá nos quería.

–Mamá nunca pidió perdón por dispararle.

–Jody –dije rápidamente mientras me ponía de pie para irme–, hoy tengo mucho que hacer.

–¿Mamá nos quiere?

Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que desapareciera y, con ella, la casa y la alegría inconfesable que sentía al saber que los padres de Esme siempre estaban discutiendo.

–¿No te dice mamá que te quiere cada vez que la ves? –le pregunté lentamente.

–Del dicho al hecho hay mucho trecho –anunció Jody–. Lo leí en una de mis galletas de la suerte. Si quieres te la traigo.

–No –dije–, te creo.

Me alejé de Jody y de nuestra conversación e inmediatamente me sentí aliviado. Dos años antes, antes de que supiera nada, si me hubieran dado una lista con todas las cosas que iba a tener que hacer por Jody y me hubiesen pedido que escogiera la más dura, seguramente habría dicho «limpiar sus vómitos cuando devuelva en plena noche». Si me hubieran pedido que escogiera la más importante, habría escogido «poner comida en la mesa». Ahora habría respondido a ambas preguntas de la misma forma: hablar con ella.

Me dirigí al cobertizo de papá mientras intentaba decidir si quería empezar cortando hierba o raspando pintura cuando vi a Elvis a un lado del jardín con algo bien sujeto entre los dientes y agitando la cabeza como un loco a un lado y a otro.

Una de las niñas lo había desatado.

Atravesé el jardín corriendo hasta la tumba de Rocky, pero antes de llegar vi el agujero vacío.

–Mierda –dije antes de salir corriendo hacia donde estaba Elvis.

Me vio acercarme y pensó que estábamos jugando. Se metió corriendo en el bosque. Lo seguí durante un rato, pero entonces tuve que pararme a coger aire.

Me senté y me apoyé en el tronco de un árbol. Elvis salió de repente de entre la maleza delante de mí, agitando la cola y preguntándose por qué me había rendido tan pronto. Tenía algo colgando de la boca, pero no era una marmota. Visto de cerca, parecía un trapo viejo y acartonado.

–Ven aquí, tonto –dije antes de dar un suave silbido haciendo pasar el aire entre los dientes–. No te voy a regañar.

Me miró con escepticismo durante unos instantes, deteniendo la cola a mitad de un meneo.

–Ven aquí –repetí.

Volvió a echarse hacia delante juguetonamente. Cuando vio que no reaccionaba, vino trotando hasta mi lado y apretó su cara contra la mía. Me puso el trapo en el regazo y me dio un par de lametones.

Lo cogí. No era un trapo. Era una camiseta de niña: roja, con un gran girasol en el pecho y con una gran mancha marrón, tiesa y cubierta con una capa de barro seco, como si llevara mucho tiempo ahí fuera.

Le quité parte de la suciedad raspándola con el dedo y la estiré un poco. Me resultaba familiar, pero parecía demasiado grande para ser de Jody y demasiado pequeña para ser de Misty. La mancha era enorme. Podría haber sido chocolate o pintura, pero sabía reconocer la sangre cuando la veía.

Dejé pasar un par de días antes de preguntar a nadie por la camiseta. No sé por qué. No era ninguna tragedia encontrar una camiseta de niña llena de sangre en el bosque siempre que no encontrara también a una niña llena de sangre.

Pregunté primero a Jody, ya que ella no me preguntaría por qué quería saberlo. Me dijo que nunca había tenido una camiseta con un girasol, pero sí un peto rosa con margaritas.

Después pregunté a Amber. Ella era quien hacía la colada casi siempre y quien cosía y descosía los dobladillos y remendaba y zurcía la ropa siempre. Gran parte de la ropa de Misty y Jody era heredada de ella y Amber nunca olvidaba un modelito ni cómo le quedaba a alguien. Si le hacía gordo. Si era de pringado. Si era demasiado setentero. Demasiado ochentero. Demasiado provocativo.

En cuanto mencioné una camiseta con un girasol recobró el ánimo. Las cosas habían estado bastante tensas entre nosotros desde el sábado por la noche. No habíamos hablado mucho, pero la ropa era un tema al que no podía resistirse.

Claro que teníamos una camiseta con un girasol, me dijo. ¿Cómo podía no acordarme? Era suya. Venía con unas mallas cortas de cuadros rojos y blancos. No se la puso mucho. Era de paleta. Pero se la dio a Misty y ella se la estuvo poniendo una temporada. Sin las mallas. Pensaba que le hacían gorda.

Ahora que se paraba a pensarlo, llevaba años sin ver esa camiseta. A Misty ya no le valdría, pero quizá Jody la quisiera. ¿Sabía yo dónde estaba? Y, a todo esto, ¿por qué me interesaba a mí una camiseta con un girasol?

Empecé a decirle la verdad –que Elvis la había desenterrado en el bosque y que estaba llena de sangre–, pero cambié de opinión. Amber no soportaba la sangre. Se desmayaba cuando a alguien le sangraba la nariz. Le dije que había soñado con la camiseta.

Me miró frunciendo el ceño con cara de asco, pero se tragó mi explicación. Era fácil de aceptar viniendo de su hermano el chiflado fracasado.

Mi siguiente paso tendría que haber sido hablar con Misty, pero no llegué a hacerlo.

Sin embargo, el tema de la camiseta me tenía preocupado. No sabía muy bien por qué. Durante la cena del miércoles, la noche que le tocaba cocinar a Amber, por fin di con una explicación. A Misty se le salió un poco de carne picada del pan de su *sloppy joe* y se manchó toda la camiseta. Amber se puso como loca y

empezó a echarle una charla sobre lo difícil que era quitar las manchas de kétchup grasiento de la ropa y a decirle que no podía permitirse estropear una camiseta que estaba en perfecto estado porque a saber cuándo podría comprarse ropa nueva. Sonó exactamente igual que mamá, sólo que mamá lo habría dicho sin alterarse.

Papá le habría pegado. No muy fuerte. Nunca pegaba fuerte delante de mamá ni en la mesa de la cena. Habría estirado el brazo y le habría dado un cachete en un lado de la cabeza, lo justo para que le crujieran los dientes y le zumbaran los oídos durante un par de segundos.

Recuerdo una vez que papá le dio un golpe en la boca a Misty y ella se quedó observando en silencio cómo le caían gotas de sangre negra grandes como monedas del labio partido y le empapaban los vaqueros nuevos. Le ocultó aquellos vaqueros a mamá para proteger a papá. Los metió en el cubo de basura del garaje. No era el mejor escondite del mundo, pero sólo tenía cinco o seis años. Mamá los encontró, claro, y ella y papá tuvieron una pelea muy fuerte.

Seguramente Misty también había escondido la camiseta del girasol. La explicación tenía sentido, pero me entraron escalofríos al pensar en lo que tenía que haberle hecho para hacerla sangrar tanto.

Betty me habría dicho que se lo preguntara. Me habría dicho que le preguntara a Jody qué había visto la noche que mamá disparó a papá y que le preguntara a Amber por qué me odiaba tanto. Me habría dicho que fuera a casa de Callie Mercer, interrumpiera de sopetón la estupenda cena que estaría sirviendo a su marido banquero y a sus hijos perfectos en su mesa de cristal sobre su suelo de piedra pulida y le preguntara por qué me había echado un polvo. Siempre me estaba diciendo que le preguntara a mamá por qué lo había hecho.

No podría CERRAR AQUEL CAPÍTULO mientras no tuviera respuestas.

Durante toda la semana, mis días consistieron en hacer turnos de ocho horas en Barclay's, volver a casa, preguntar si me había llamado alguien, cenar, raspar la pintura de las molduras durante media hora, preguntar si me había llamado alguien, ir a Shop Rite, trabajar hasta las doce, volver a casa y despertar a Jody para preguntarle si me había llamado alguien.

Me dije a mí mismo que no estaba siendo irrazonable. Callie podría haberme llamado si hubiera querido. Nos conocíamos. Éramos vecinos. Nuestras niñas jugaban juntas. Iban al colegio en el mismo autobús. Podía poner toda clase de excusas. Podría haber venido a casa con otro libro o con una receta.

Sin embargo, todavía me quedaba algo de amor propio. Cuando superé las primeras cinco o seis horas del sábado y no había sabido nada de ella, empezó a preocuparme que quizá hubiera algo o alguien que le estaba impidiendo

ponerse en contacto conmigo. A lo mejor su marido la había pillado. A lo mejor se había incendiado su casa. A lo mejor se había dado un golpe en la cabeza y sufría amnesia. A lo mejor había habido una emergencia familiar. A lo mejor la había atacado una mofeta rabiosa.

Según fue transcurriendo aquella interminable semana, sin embargo, supe que no había pasado ninguna de esas cosas porque interrogué a Jody todas las noches y supe que la madre de Esme dejaba a Esme en el autobús todas las mañanas y la recogía todas las tardes y que se la veía sana y contenta.

Intenté por todos los medios que Jody fuera a jugar a casa de Esme o que invitáramos a Esme a la nuestra, pero, por primera vez en la historia de su amistad, Esme estaba ocupada toda la semana. Tenía dentista el lunes, clase de baile el martes, reunión de las *girl scouts* el miércoles y planes para ir a jugar a casa de Cruz Battalini el jueves.

Al final llegué a la conclusión de que Callie Mercer pensaba que era un pringado.

El jueves por la noche no conseguía dormirme ni a tiros. Al final lo di por imposible y, alrededor de las cinco de la madrugada, subí y me quedé sentado delante de la mesa de la cocina, mirando el teléfono. Sabía que ella aún estaría durmiendo. Cerré los ojos y me la imaginé tumbada desnuda a mi lado en la cama hasta que acabé mareándome. Ahora sabía lo que se sentía al tocarla. Eso era lo peor de todo. Aunque pudiera quitármela de la cabeza, no podría quitármela de los dedos.

Me quedé allí sentado más o menos durante una hora, hasta que oí a las niñas abriendo y cerrando los cajones de sus cómodas y el agua del lavabo corriendo. Salí por la puerta trasera con Elvis detrás y eché a andar.

Seguí un rato por el camino del Tuntún y después giré y me adentré en el bosque. Era una mañana fría y neblinosa y la maleza húmeda de la primavera estaba por todas partes. Las zarzas me arañaban los vaqueros y las ramas bajas me daban golpes en la cara, pero aun así fui andando a buen paso.

Tardé más de lo que esperaba en recorrer los cinco kilómetros que me separaban de la casa de los Mercer. Llegué al terraplén de enfrente justo cuando el todoterreno de Brad Mercer salía de casa.

El terraplén estaba muy empinado. Era más bien una colina. Elvis y yo nos sentamos en el suelo húmedo entre los árboles. Estábamos a una altura de unos seis metros sobre la calle, lo que nos proporcionaba una buena vista de la parte trasera de la casa de los Mercer y de la entrada de vehículos, que llegaba hasta la parte delantera describiendo una curva. El autobús paraba al final de ésta para recoger a Esme antes de seguir hasta el pie de nuestra calle para recoger a Jody.

Esperé observando, sujetando bien a Elvis del collar para que no saliera corriendo y no revelara nuestra posición.

Esme fue la primera en aparecer andando por la entrada de vehículos, metiendo los brazos en su mochila. Zack fue corriendo detrás con un cartón de zumo en la mano.

Después apareció Callie, caminando despacio para poder dar sorbos a la taza de café humeante que tenía entre las manos. Llevaba unos pantalones cortos, a pesar de que todavía hacía fresco, y una sudadera ancha gris. Les gritó a los niños que no se bajaran de la acera. Su voz me llegó con la misma nitidez que si hubiera estado a mi lado.

Su aspecto y su actitud eran los de siempre. Esme iba soltándole un sermón sobre algo y ella la miró negando con la cabeza. Sonrió a Zack cuando le trajo un puñado de gravilla. Les dio la espalda durante unos momentos y dirigió la vista hacia sus colinas mientras se bebía el café.

El autobús llegó por la calle con gran estruendo y se paró debajo de mí con un chirrido, tapándome la vista momentáneamente. Cuando volvió a arrancar, Esme había desaparecido y Callie y Zack estaban diciendo adiós con la mano.

Callie le tendió una mano a Zack. Él la cogió y los dos volvieron andando a la casa.

Me levanté. Tenía los vaqueros empapados de estar sentado en el suelo tanto rato y de ir andando por el bosque mojado. Me quedé mirándola, deseando con todas mis fuerzas que se diera la vuelta y me viera, que me mirara con un gesto de lástima, de burla o de indiferencia, pero que al menos me mirara. Estaba empezando a pensar que me lo había imaginado todo.

Acabé llegando una hora y media tarde a Barclay's y me llevé una buena bronca. Tuve que quedarme a recuperar una hora, así que no me dio tiempo a ir a cenar a casa. Los viernes era la otra noche que le tocaba cocinar a Jody: huevos revueltos con trocitos de beicon Bac-O's.

Llegué a Shop Rite muerto de hambre y agotado. Me compré dos chocalinas Milky Way y me tomé dos pastillas de cafeína NoDoz de la caja que había mangado hacía unos días. Aquélla fue la primera vez que robaba algo. Tenía pensado comprarlas hasta que vi lo que costaban.

Normalmente Rick se marchaba mucho antes de que empezara mi turno, pero esa noche vi su cara fofa tras el cristal de su cabina de encargado. Siempre se quedaba dentro cuando hablaba con alguno de nosotros. Ahí arriba nadie podía ver que era bajito, gordo e incompetente. Era una cabeza omnipotente, como el mago de Oz.

Me hizo un gesto para que me acercara. Estaba convencido de que se había dado cuenta de lo de las pastillas y me iba a despedir.

No me alteré. En cierto modo, me sentí aliviado. No podríamos sobrevivir con la mierda de sueldo de Barclay's. No podría encontrar otro trabajo porque

Rick le contaría a todo el mundo que era un ladrón. Tendríamos que vivir de los subsidios. Podría relajarme y dejar que el Estado se encargara de nosotros. O las niñas se irían a vivir con familias de acogida y yo sólo tendría que cuidar de mí mismo.

–He recibido una queja sobre ti –dijo sin levantar la vista de los papeles que estaba revolviendo inútilmente.

Ya está, me va a decir que estoy despedido, pensé.

En cuanto las niñas encontraran familias de acogida, yo me largaría de allí con Elvis. Podríamos ir a cualquier sitio. Empezaría visitando a Skip y después quizá a mi primo Mike. Merecería la pena sólo para ver la cara que ponía cuando me viera aparecer en su asociación de alumnos súper deportistas.

–Un cliente se ha quejado de que metiste un producto para el cuidado del cabello en la misma bolsa que la fruta.

–¿Eh?

–Ya me has oído. Y no lo guardaste en una bolsa de plástico distinta antes de meterlo en una bolsa normal.

–¿Estoy despedido? –pregunté.

–Por Dios, Almyer, ¿cómo puedes ser tan tonto? –dijo despectivamente–. No, no estás despedido. Simplemente no vuelvas a hacerlo. Y otra cosa –me detuvo antes de que pudiera irme–: según entras en el almacén, a la izquierda, hay una estantería. Quiero que la montes al final del pasillo de los cereales y la llenes de plátanos.

–¿De plátanos?

Dio un resoplido de fastidio.

–Hay gente que quiere plátano con los cereales y así no tienen que ir hasta la frutería si ése es el único artículo de la sección de frutería que desean. O a lo mejor no tenían pensado comprar plátanos, pero al verlos al lado de los cereales se acuerdan de que les gusta echarse rodajas de plátano en los copos de maíz, así que los compran. ¿Entiendes?

–¿Pongo también una estantería llena de apio al lado de la mantequilla de cacahuete?

Me dirigió una mirada inexpresiva.

–En el supermercado Bi-Lo lo hacen y venden un montón de plátanos.

–Vale –contesté.

Volví a las cajas. Church estaba ocupado embolsando y hablando con una señora de la superioridad de los pepinillos en vinagre de Heinz sobre los de Claussen. No sólo eran más baratos, sino que además no había que ir corriendo a casa para meterlos en la nevera. Se podían meter en un armario y dejarlos durante meses. Lo sabía porque su madre lo hacía constantemente. Tenían botes

de pepinillos en vinagre que llevaban en el armario desde el Día de Acción de Gracias. De verdad.

Cuando pasé por delante de él, se quedó mirándome fijamente muy serio.

–¿Pasa algo, Church?

–¿Qué quería el jefe? –preguntó.

–Quiere que ponga plátanos en el pasillo de los cereales.

Me arrepentí antes de terminar de pronunciar la frase. Church se quedó boquiabierto. Apoyó el bote de salsa para espaguetis que estaba a punto de meter en la bolsa y empezó a sacudir la cabeza.

–¿Por qué quiere hacer una cosa así?

–A la gente le gusta comer plátano con los cereales –contesté–. Rick cree que servirá para ganar dinero.

Church llevó la mirada a sus manos y se concentró.

–Eso está mal –dijo–. Los plátanos no pueden ir con los cereales.

–Tú no te agobies por eso –dijo Bud desde su caja–. A veces tiene más sentido pensar en el uso que se da a las cosas que en lo que son.

–No –insistió Church.

–Piensa en las personas, por ejemplo –continuó Bud–. Si dividiéramos a las personas según lo que son y no según lo que hacen, nosotros no estaríamos trabajando juntos. Yo tendría que aguantar a un montón de carcas y Harley estaría trabajando con otros chavales. Tendría que afeitarse la cabeza y empezar a llevar pendiente.

Me guiñó un ojo.

–No –repitió Church–. Hay gente buena y gente mala, nada más. ¿A que sí, Harley?

–Sí, supongo.

Se alejó lentamente de su caja, con sus brazos raquíticos pegados al cuerpo y sus hombros raquíticos encorvados hacia delante como si fuera un paraguas cerrado, y se sentó en su banco. Bud terminó de atender a su cliente y empezó a embolsar lo de Church. Parecía que no iba a volver nunca.

Intenté alejarme sin llamar la atención, pero Church me vio.

–No lo hagas, Harley –me gritó–. Está mal. Hazme caso.

Me tomé mi tiempo para montar la estantería. Era un mueble cutre y barato de metal y llevaba unos cien tornillos. No dejaba de distraerme pensando en Church y en que estaba violando su orden mundial, en Rick y en que estaba obediendo sus órdenes, en todas las cajas de galletas Pop-Tarts y barritas de cereales que tenía a pocos metros de mí y en que habría dado lo que fuera por comerme aunque fuera una sola. Cuando acabé de montar la estantería, me entraron ganas de echarla abajo.

Me agaché para coger el destornillador del suelo y oí una voz de mujer que

venía del pasillo de al lado.

–He dicho que si os portabais bien podíais escoger una chuchería.

–Pero mamá, eso no es justo –explicó Esme–. Todas las chucherías que escojo yo también le gustan a Zack, así que en realidad él se lleva dos chucherías. Pero él siempre escoge Doritos y yo odio los Doritos, así que yo sólo me llevo una.

–La vida no siempre es justa –masculló Callie.

No me podía creer que se me hubiera olvidado que Callie hacía la compra los viernes por la noche.

Aquella era la oportunidad perfecta. Podía verla, pero estaba con sus hijos, así que no habría peligro. Podía hablar con ella educadamente sobre trivialidades. Estaría obligado a hacerlo. Era una cliente. Y si me dirigía una de sus dulces sonrisas, sabría que quizá aún tenía alguna posibilidad. Pero si me miraba como a un recorte presupuestario en educación no sabría qué hacer.

Me levanté y me di la vuelta tan rápido que me caí encima de los cereales Wheaties y tiré un par de cajas al suelo. Volví a ponerlas en su sitio y salí corriendo hasta el otro extremo del pasillo, donde esperé hasta que estuve seguro de que no venía hacia mí. Después fui hasta la parte delantera del supermercado a toda prisa, cogí el chaleco reflectante naranja de la percha de al lado de las revistas y me dirigí a la puerta.

–¿Lo has hecho, Harley? –me gritó Church.

Una vez fuera, me detuve para recuperar el aliento.

No había muchos carros que recoger. Junté los pocos que había desperdigados por el aparcamiento y me senté en la barra metálica del punto de devolución de carros para intentar que el estómago dejara de darme vueltas. Tenía ganas de vomitar. Seguramente esas pastillas no debían tomarse con el estómago vacío.

Acababa de ponerse el sol. El cielo tenía un tono gris con un matiz azulado. Al otro lado de la calle, las colinas de detrás del servicio de lavado de coches se veían aún más azules. Se perdían en la distancia dibujando suaves ondulaciones, como las olas del mar pero sin el movimiento violento.

Técnicamente eran montes –parte de las estribaciones de la cordillera Allegheny–, pero monte era una palabra demasiado colosal para ellas y estribaciones era demasiado humilde. Colinas, sin más, sonaba firme y reconfortante, que es lo que eran casi siempre.

Laurel Falls no estaba mal. Un pueblo bautizado en honor de flores rosas y cascadas de agua cristalina. Situado en el fondo de un pequeño valle con forma de taza. Era la capital del condado, así que tenía su propio recinto ferial y un juzgado anticuado de ladrillo rojo con grandes columnas blancas y una torre con un reloj dorado. Tenía un hospital, dos centros comerciales, un autocine, el nuevo Super Wal-Mart, un albergue de la YMCA y una clínica de planificación

familiar en la que siempre había muchísimo ajeteo. Pero era demasiado grande. Ocho mil habitantes, según el último censo.

No me importaba trabajar allí, pero me alegraba de vivir en Black Lick, un pueblo bautizado en honor de un bloque de sal contaminada. Población: 118 habitantes. Las niñas y yo constituíamos un tres por ciento de nuestro pueblo. Casi éramos importantes.

Una mujer entró en el aparcamiento con su coche, aparcó y me lanzó una mirada asesina mientras se dirigía a la entrada del supermercado. Seguramente iría a quejarse de que era un vago. Me daba igual. Me habría quedado ahí sentado toda la noche, pero mientras estaba allí se me olvidó la razón por la que había salido y, cuando quise acordarme, ya era demasiado tarde y Callie Mercer se acercaba empujando su carro hacia mí.

Esme me vio antes de que pudiera hacer nada.

–Es el hermano de Jody –anunció mientras me dirigía una enorme sonrisa y me saludaba con la mano como si fuera una reina–. Eh, Harley. Hola. Soy yo. Esme.

–Hola, Harley –intervino Zack–. Soy yo también.

Callie se paró de golpe en medio del aparcamiento cuando me vio. Zack dio una sacudida hacia delante en la sillita del carro y después volvió a echarse hacia atrás bruscamente. Un rollo de papel de cocina se salió del carro y cayó sobre el asfalto. Callie se agachó a recogerlo.

–Me estaba preguntando dónde estarías –dijo mirándome a los pies cuando me acerqué a ella–. Vamos, que sé que trabajas aquí pero que hoy no te he visto. No es que te estuviera buscando –volvió a meter el papel de cocina a presión en el carro–. Tampoco es que no te estuviera buscando. Vamos, que si te hubiera visto no me habría importado verte.

Se irguió y se apartó el pelo de la cara. Por fin me miró y yo la miré. Me imaginé cómo habría sido mirarla a los ojos mientras estaba dentro de ella. Empecé a pensar en Amber follándose al chaval aquel en el sofá y en que él no la estaba mirando. Me pregunté si ella estaba mirándolo a él.

Volví a aquella noche y me imaginé que, en lugar de bajar el arma y salir de la casa, le volaba la tapa de los sesos. La cabeza le explotaba como una calabaza demasiado madura, pero eso no lo detenía. Su cuerpo seguía embistiendo a Amber. El muñón que tenía entre los hombros seguía moviéndose adelante y atrás, salpicándolo todo de sangre. Después empezaba a temblar y se desplomaba al correrse, morirse o las dos cosas. Amber se lo quitaba de encima y se levantaba del sofá, desnuda, salpicada de la sangre y los sesos del chico, y me daba las gracias.

–¿Te ayudo con la compra? –le pregunté a Callie.

–No tienes por qué hacerlo –dijo.

Me miré el chaleco naranja.

–Bueno, es mi trabajo –contesté.

–Ah, bueno –dijo con una risita nerviosa–. Vale. Gracias.

Empecé a meter bolsas en el maletero mientras ella se inclinaba hacia el interior del coche para abrochar el cinturón de la silla de Zack. Me quedé mirándola y le planté una bolsa muy pesada llena de latas de comida encima del pan de molde.

–¿Está Jody en casa? –me preguntó Esme.

–¿Eh? –dije.

–¿Está Jody en casa? –repitió con firmeza.

–Sí.

–Mamá –gritó–, ¿puedo ir a jugar con Jody cuando lleguemos a casa?

–Son casi las nueve –respondió Callie, todavía con la cabeza metida en el coche–. Cuando lleguemos a casa, os vais a ir directos a la cama.

Cuando terminó con Zack, empezó a explicarme:

–Brad tenía una cena de trabajo en Latrobe esta noche y mañana juega al golf con la misma gente, así que se queda a dormir allí. Se me había olvidado, así que no tenía a nadie con quien dejar a los niños –su voz se fue apagando–. Perdona. Qué más te da a ti todo esto.

Terminé de meter la compra y cerré la puerta del maletero. Callie se acercó y se quedó a mi lado mirando el parachoques trasero. Tenía la frente llena de arrugas de preocupación. Sabía lo que iba a decirme.

Me habría gustado poder ser CASI TODOS LOS TÍOS. Me habría gustado atreverme a preguntarle si quería volver a acostarse conmigo y, si decía que no, pensar que el problema era de ella y no darle importancia. O me habría gustado poder besarla. No había llegado a besarla en la boca. Estaba seguro de que besaría fatal, así que me habría gustado poder besarla como CASI TODOS LOS TÍOS y, cuando terminara, estaría excitada y sería fácil de manejar.

Pero yo no era CASI TODOS LOS TÍOS y ella no era la Virgen María. Tampoco era una furcia despiadada. No quería hacerme daño, pero tampoco podía curarme. Demasiado trabajo. Creo que yo la asustaba.

–Harley –empezó.

No quería oírlo. No podía soportar oírlo.

–Me gusta mucho el pintor ese, Francis Bacon –solté.

Le desaparecieron las arrugas de la frente, con la excepción de dos tenues líneas que eran permanentes. Me miró con una sonrisa cálida. Aquél era mi as en la manga. Todas las mujeres tenían su debilidad. La de mi madre era el helado de nueces y sirope de arce de Valley Dairy. Cada vez que papá se lo traía sin motivo, lo tenía en palmitas durante días.

–¿Te gustó *Figura con carne*? –preguntó, algo vacilante.

–Ése es el del Papa que sale sentado entre dos medias reses llenas de sangre, ¿no? Sí, me gustó.

–Ajá –dijo–. ¿Leíste la descripción?

–Sí.

–¿Cuál de las explicaciones te crees? ¿Que el pintor quería decir que el Papa es un carnicero o que también él es una víctima como el animal sacrificado que tiene detrás?

–Yo pensé que el Papa se estaba riendo.

–¿Que se estaba riendo? –dijo sorprendida.

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Las vi desaparecer mientras recordaba las brutales caricias que me habían dado con delicadeza.

Se apoyó en el maletero.

–Por la misma época pintó una serie de cuadros en los que salen figuras vestidas con traje y gritando. Algunos críticos dicen que quería reflejar la angustia que sufre la gente que ocupa puestos de autoridad. Yo creo que quería decir que son malvados.

–A lo mejor están bailando –aventuré.

–A lo mejor –dijo sonriendo y asintiendo con la cabeza.

–¿Está muerto? –pregunté.

–¿Quién? ¿Francis Bacon?

–Sí.

–¡Mamá! –gritó Zack–. ¡Esme está tocando mi silla!

–Creo que murió en 1991 o 1992.

–Bien.

–¿Bien? –dijo riéndose.

–Quiero incluirlo en mi lista de gente muerta a la que me gustaría conocer.

–¿Tienes una lista de gente viva a la que te gustaría conocer?

Negué con la cabeza.

–Supongo que tengo más probabilidades de conocer a gente que me guste una vez muerto.

Volvió a reírse. Yo lo había dicho en serio.

–¿Es muy larga tu lista?

Negué con la cabeza.

–Hace poco que la he empezado.

–¡Mamá! –Esme sacó la cabeza por la ventanilla del asiento trasero–. ¡Zack está cantando la canción de Barney el dinosaurio! ¡Dile que pare!

Las estridentes palabras de Esme afectaron a Callie como si detrás de ella hubiera sonado el chasquido de un látigo. Se dio la vuelta de un brinco, corrió a la ventanilla y la cabeza de Esme desapareció de inmediato. La cabeza de

Callie fue detrás y se oyó un acalorado murmullo de voces procedente del coche.

Después volvió a mi lado, sonriendo tranquilamente, y anunció:

–Tengo que irme.

–Claro.

–No, espera –dijo de repente.

Respiró hondo con todo el cuerpo como hacen los niños e inició un debate muy serio consigo misma.

–Quiero pedirte perdón por haberme ido así. Por todo, en realidad. No quiero dar a entender que no fuera maravilloso, pero no tengo claro que debiera haber pasado. Bueno, sé que no tendría que haber pasado. Tengo la sensación de que me aproveché de ti, pero quería ayudarte. Estabas muy alterado. Aunque hay formas mejores de ayudar a una persona, claro. O puede que no. Supongo que no pensé con mucha lucidez.

La única palabra que oí fue «maravilloso». Era una palabra para describir unas vacaciones. Cuando yo pensaba en la noche que habíamos pasado juntos, me imaginaba edificios arrasados por las llamas.

–No pasa nada –dije.

–Sí que pasa –se llevó una mano a la frente con un gesto de agotamiento–. Intenté despertarte y no pude. De hecho me tuviste preocupada durante un par de minutos. Temí que te hubiera pasado algo. Los chicos jóvenes también tienen infartos. Entonces me di cuenta de que simplemente estabas como un tronco. Ya sé que eso no es excusa para dejarte ahí. Fuera. Solo. De noche.

Fue soltando una palabra tras otra y después se detuvo y las estudió como si fueran una mano de cartas antes de añadir cuidadosamente «en el barro» y «al lado del agua».

–Estuvo muy feo –terminó.

–No pasa nada –repetí.

–Lo que pasó es que –no había terminado–, mientras esperaba a que te despertaras, empecé a pensar en todas las cosas horribles que quizá pienses de mí.

–¿Qué cosas?

–Por Dios, Harley. Estoy casada y tengo dos niños pequeños –lo dijo sobrecogiéndose, como si fuera una enfermedad poco común–. No podía soportar la idea de que pensaras que soy un ama de casa patética y aburrida en busca de chavales a los que corromper.

CORROMPER. Las letras de neón fueron apareciendo una tras otra en la puerta del maletero. Cuando la palabra estuvo entera, la observé durante unos instantes, dejando que se me grabara a fuego en el cerebro, y después la apagué pestañeando.

–Y además soy mucho mayor que tú. ¿Sabes cuántos años tengo?

–¿Veintiocho? –intenté adivinar.

–Tengo treinta y tres –me corrigió sin añadir nada más.

Me alegré de que no fuera una de esas mujeres que se emocionan y se ponen a reírse como unas tontas porque un hombre les dice que aparentan menos años de los que tienen. Odiaba eso.

–Amber pensaba que tenías más de treinta –dije.

Arqueó las cejas.

–¿Ah, sí?

–No quiero herir tus sentimientos –dije, cambiando de tema–, pero, cuando pienso en ti, no pienso en chorradas personales como si estás casada, si tienes hijos o cuántos años tienes.

–¿Y en qué piensas?

–¿Seguro que quieres saberlo?

–Sí.

Zack empezó a berrear.

–En tu culo, sobre todo.

–¿En mi culo? –repitió mientras se deshacía en otra sonrisa–. ¿Piensas mucho en mi culo?

–Define mucho.

–Una vez al día.

–Sí.

El coche empezó a balancearse. A través del parabrisas trasero vi volar muñecos de peluche y manos y pies de niño de un lado para otro.

–Oye, Harley –dijo apresuradamente con tono de exasperación–, está claro que éste no es un buen momento para hablar de todo esto. Tengo que meter a estos dos en la cama y seguro que tú tienes que volver al trabajo.

–De acuerdo –dije.

–Si quieres puedes pasarte por casa esta noche cuando salgas de trabajar. Brad no está y yo me suelo acostar bastante tarde.

–Vale –contesté.

Mi respuesta la dejó gratamente desconcertada.

–Bien –dijo dirigiéndome una última sonrisa–. Entonces te veo luego.

La palabra «luego» resonó en mi cerebro. No pude mover las piernas hasta que oí su coche salir del aparcamiento y alejarse por la calle. Recé para que no me hubiera visto por el espejo retrovisor, parado con el cuerpo rígido y los ojos vidriosos como la primera vez que me habían pasado un detector de metales por el cuerpo.

Fui directamente allí. Ni siquiera se me pasó por la cabeza pasar antes por casa y hacer cosas como cambiarme de ropa, lavarme los dientes o cortar unos narcisos de mi madre y prepararle un ramo. Me presenté con mi camiseta azul de Shop Rite, la chaqueta de papá y el pelo lleno de sudor bajo mi gorra de Redi-Mix.

Sin embargo, iba preparado. Tenía el libro de arte en la camioneta y antes de salir hacia su casa estudié un par de cuadros más a la luz de las farolas del aparcamiento. Me presenté con la cabeza llena de «pinceladas apasionadas», «composición audaz» y «líneas desenfadadas de enormes brío y fluidez».

Abrió la puerta, sonriendo, vestida con una camiseta negra corta sin mangas y unos pantalones atados con un cordón que le quedaban bajos de cintura. Estaba seguro de que Victoria's Secret lo habría llamado *loungewear*.

–Hola, Harley –dijo–. Pasa.

El suelo de detrás de la puerta estaba hecho con las mismas piedras pulidas que el de la cocina. Las paredes eran de madera dorada barnizada. De un perchero de hierro negro colgaban la mochila de Esme, un paraguas de Piolín, dos abrigos de niño, un bolso y una camisa de franela de hombre.

–¿Quieres quitarte la chaqueta?

–No –dije–. Bueno, sí.

Me la quité y se la di. La colgó al lado de la camisa. Me quité también la gorra y me alboroté el pelo con la mano para que no se me quedara aplastado. Me habría gustado poder verme en un espejo, pero me recordé a mí mismo que, si Callie hubiera sido de las que dan importancia al peinado, yo jamás habría llegado hasta allí.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia el interior de la casa mientras me decía por encima del hombro:

–¿Quieres una cerveza?

–Vale –contesté.

Sus pies descalzos avanzaron silenciosamente sobre las piedras del suelo. Yo la seguí, mirando nervioso a mi alrededor, no con miedo a lo malo sino a lo bueno. Tenía la sensación de que podría mantenerme firme si su marido salía de repente del dormitorio apuntándome con una escopeta o si encontraba un congelador lleno de partes del cuerpo de otros chavales a los que Callie había CORRUMPIDO y de los que después había decidido deshacerse, pero tenía la

sensación de que saldría corriendo de la casa dando gritos si volvía a meterme las yemas de los dedos en los pantalones.

Abrió la puerta de la nevera y se inclinó hacia el interior. Por la forma en que se estiraban los pantalones y se le pegaban al culo, se notaba que no llevaba nada debajo.

Mi cuerpo entero se puso rígido. No sólo la polla. Si Francis Bacon hubiera podido verme, me habría pintado de pie empalmado y lívido en una barraca de feria. Lo habría llamado *El increíble chico de la erección*.

–Aquí tienes.

Me dio una botella de cerveza. Cogió otra para ella, pero noté que el aliento ya le olía a algo más fuerte. Así que tenía que emborracharse un poco para poder volver a hacerlo conmigo. No me importaba.

Intenté desenroscar el tapón de la botella, pero no se abría. Callie me miró y soltó una risita. Estaba muy borracha. Me dio un abrebotellas, dorado con forma de ciervo. La cornamenta se ajustaba al tapón.

–Me gusta tu abrebotellas –dije mientras se lo devolvía, muriéndome de vergüenza por mi comentario.

–Gracias –dijo–. Era de mi abuelo.

Había tenido suerte. En vez de sonar como un idiota, había halagado a alguien a quien quería.

–No llegaste a contarme qué te había pasado el sábado por la noche –dijo, haciendo una pausa para dar un trago–. Estaba preocupada por ti. Estabas muy alterado y te sangraba la boca.

–Me caí.

–¿Te caíste?

–Sí.

–¿Entonces va todo bien en casa?

–Sí.

Miré el abrebotellas que descansaba sobre la encimera de su cocina y pensé en mi propio abuelo y en cómo mi padre había desperdiciado su oportunidad de hablar con él. Si hubiera sido sincero con él en sus últimos momentos, quizá habría podido CERRAR ESE CAPÍTULO. Quizá habría tenido la sensación de haber conseguido algo y quizá después podría haber conseguido algo más.

–No –dije de repente, sintiendo cómo me ardía la cara–. En casa no va todo bien. En casa todo es una mierda.

Me miró atentamente, no con lástima ni con curiosidad, ni siquiera con preocupación. Tardé un momento en entender lo que era, ya que nunca lo había visto antes. Era respeto.

–¿Puedo hacer algo para ayudar? –preguntó.

–Puedes volver a follar conmigo.

Casi no había llegado a pronunciar las palabras cuando un sollozo me taponó la garganta. Delante de mí, Callie se fue volviendo borrosa tras una cortina de lágrimas. Me las sequé con el dorso de la mano y entonces noté cómo ella me quitaba la mano de la cara. Se la puso en el cuello como si quisiera que la estrangulara.

Extendí el pulgar y le apreté la peca negra perfecta que tenía entre las clavículas. Me metió las manos bajo la camiseta y llevó la boca hacia la mía. Al sentir sus labios, el peso de su cuerpo contra el mío, solté la cerveza.

La botella estalló al contacto con el suelo de piedra. Saltaron trozos de cristal y espuma de cerveza por todas partes. Me eché hacia atrás de un brinco y me puse las manos delante de la cara, sabiendo que me iba a llevar una bofetada y que no tenía dónde esconderme, pero nunca había aprendido a recibir mis castigos como un hombre.

No como Misty. Ella siempre cerraba los ojos y levantaba la barbilla como si estuviera esperando un beso. Yo admiraba su valentía. Todas aquellas veces que papá se la llevaba a rastras, se metía con ella en su cuarto y cerraba de un portazo, jamás la oí llorar ni gritar.

–Lo siento –exclamé.

–No pasa nada –dijo Callie.

Dio un paso hacia mí. Oí el crujido de los cristales bajo sus pies, pero siguió acercándose. Me temblaban las manos. Estaba llorando como un niño. Sólo quería irme a casa.

Volvió a besarme. Noté sus manos en la nuca y en el pelo y su lengua en mi boca.

Pensaba que esa vez sería distinto. Esa vez no estaba histérico. No estaba muerto de necesidad. Pero fue igual. Le pasé las manos por el cuerpo a ciegas, intentando abrazarla, pero no dejaba de deslizarse entre mis dedos como si fuera de aceite.

No estaba preparado para soportar la agonía de la expectación. Quería estar dentro de ella. Eso era lo único que me importaba. Todo se arreglaría con estar dentro de ella. Se lo dije.

Me llevó hasta la mesa con el tablero de cristal y sacó una silla. Me sentó en ella y a continuación se quitó los pantalones. Tenía razón, no llevaba nada debajo. Tampoco debajo de la camiseta.

Se puso de rodillas entre mis piernas, desnuda, para bajarme la bragueta. Tenía sangre en las plantas de los pies. Como Jody. Del trozo de tubo. Tenía que quitarlo.

Me agarró con la mano y se puso encima de mí.

No había ocurrido de verdad.

Y me guió hacia el interior de su cuerpo.

A Jody no le había pasado nada en los pies.

Esta vez hice incluso menos. No hice ninguna de las cosas que me había prometido a mí mismo que haría si tenía una segunda oportunidad. No la miré. No me fijé en ella. No me preocupé de si le gustaba. Dejé que me cabalgara mientras la cogía de la cintura y sentía cómo toda mi rabia y mi dolor salían de mí cada vez que ella subía y bajaba las caderas.

Cuando terminamos, me había dejado totalmente vacío. De lo bueno y de lo malo.

Cuando abrí los ojos, tenía otra vez esa sensación de la galaxia en forma de remolino, pero esa vez Callie no se había ido. Seguía sentada encima de mí, apoyada en mí, con la cabeza en mi hombro y el pecho contra mi camiseta de Shop Rite.

Me besó el cuello, después los labios, y se movió sobre mi regazo. Noté cómo salía de ella. Me observó como si estuviera revisando sus notas y estuviera satisfecha con ellas.

–Tienes cara de poder pasarte varios días durmiendo –dijo en voz baja antes de volver a besarme–. Incluso en esta silla tan incómoda.

Sonrió y se echó hacia atrás, cogiéndome de los hombros y con mis piernas todavía apesadas entre los muslos. Me quedé mirando su cuerpo como un tonto y me pregunté si ahora podría tocarla sin volverme loco.

–Ven –dijo.

Se levantó y me tendió una mano. La cogí y me quedé agarrado a ella durante unos instantes antes de poder levantarme.

Salió de la cocina, apoyando sólo la punta de uno de los pies porque se había cortado el talón con los cristales de la botella de cerveza. La seguí y me quedé de pie delante de la estantería de cristal de delante de la jungla mientras ella se inclinaba para mullir los almohadones del sofá.

–Túmbate –dijo dando unos golpecitos en los cojines.

Yo me quedé quieto y ella me miró con un gesto de extrañeza y una sonrisa inquisitiva.

–¿Pasa algo?

Parecía no darse cuenta de que estaba desnuda. O, si se daba cuenta, no se daba cuenta de que era hermosa. O, si también se daba cuenta de eso, no se daba cuenta de que su desnudez y su belleza la hacían embriagadora.

–¿Eh?

–¿Estás bien? Ven aquí.

Se sentó en el sofá. Yo me acerqué y me senté a su lado. Me tumbó boca arriba con delicadeza y después se giró y empezó a quitarme las zapatillas. Me alegré de no haber ido a trabajar con las botas aquel día después de que se me

calaran durante mi caminata por el bosque. Seguramente habría pensado que eran ridículas. Amber tenía razón.

–Te está sangrando el pie –le dije.

–Ya –dijo mirándose–. Tengo que ir a ponerme algo en la herida. También tengo que limpiar lo de la cocina.

El miedo volvió a invadirme a toda velocidad. Empecé a incorporarme.

–Lo siento –dije con tono apremiante.

–No pasa nada.

–Te ayudo a limpiarlo.

–No.

Volvió a tumbarme y se inclinó para besarme. La agarré y empecé a besarla yo también. Se apartó y me dijo que me calmara y fuera más despacio.

–Lo siento –dije–, beso fatal.

–No, no besas fatal. Sólo tienes que relajarte y no pensar.

Se puso encima de mí, a cuatro patas, bajó la cabeza hasta que nuestras bocas estuvieron casi tocándose y empezó a pasarme la lengua por los labios.

–Otra vez estoy pensando –dije tragando saliva con fuerza.

Se detuvo y me dirigió una mirada que se parecía mucho a la forma en que yo pensaba que una mujer debía mirar a un hombre si había estado a la altura.

–Tienes que dormir –me dijo.

–¿Vas a volver?

–Sí.

La observé salir del salón cojeando. Fue dejando un reguero de diminutas gotas rojo brillante en su suelo dorado. Quise decírselo, pero seguía sin saber cómo llamarla y ya me estaba quedando dormido.

Me despertó por la mañana. Una tenue luz gris llenaba la habitación. Miré alrededor intentando averiguar dónde estaba. Vi una gran chimenea de piedra y una jungla detrás de una estantería de cristal con fotos familiares enmarcadas de una familia que no era la mía. Había dormido tan profundamente que tenía la sensación de no haber dormido nada.

–Harley.

Estaba inclinada sobre mí con el albornoz blanco más limpio y suave que había visto en mi vida. Me entraron ganas de frotarme la cara contra él. Alargué las manos hacia ella.

–No, Harley –dijo apartándomelas–, no podemos. Te he dejado dormir demasiado. Zack ya está despierto.

Me desperté un poco más.

–Lo siento, pero tienes que irte –dijo mientras se levantaba y me tiraba de la mano.

Apenas reconocía en ella a la mujer de la noche anterior. Estaba irritable y

muy seria. Los cambios de humor no eran algo nuevo para mí –me había pasado la vida en una casa llena de chicas–, pero los de Callie eran tan repentinos que parecía que se accionaban con un interruptor.

Me llevó hasta la puerta a toda prisa y me puso las zapatillas, la chaqueta de mi padre y la gorra en los brazos.

–Lo más probable es que Zack no fuera a decir nada, pero con los niños de tres años nunca se sabe.

–Ya.

–Lo siento –suspiró y se pasó la mano por el pelo–. Odio echarte así, deprisa y corriendo. Como si fueras un delincuente o algo así.

–No importa.

–No sé cuándo podré volver a verte –continuó–. Entre los niños y Brad, y tú con tus dos trabajos...

–Puedo dejar uno.

Me miró. Las arrugas de la frente se le veían más a la luz del día. Dos líneas sin principio ni fin. Estaba como inclinada hacia un lado. Le vi el extremo de una tirita en la parte exterior del talón.

–Muy gracioso –dijo frunciendo el ceño.

Yo lo había dicho en serio.

Me despachó con la promesa de que me llamaría. Mientras caminaba hacia mi camioneta fui dando vueltas a sus palabras en mi cabeza, primero saboreándolas y después desmenuzándolas en busca de significados ocultos. Decidí creerla.

Era temprano cuando llegué a casa. El reloj de mi camioneta no funcionaba, pero calculé que serían alrededor de las seis de la mañana. Había dejado solas a Jody y a Misty toda la noche. Amber había salido. Tenía razón en que era un paranoico. Si se podían quedar solas durante el día, también podían por la noche. Betty también tenía razón en que lo usaba como excusa para no ir a visitar a Skip.

Quizá sí que iría a visitarlo, pensé mientras atravesaba el jardín. Quizá podría convencer a Callie de que se viniera conmigo.

Era una idea genial, tan genial que tuve que pararme y sentarme en el armazón del sofá.

Me pregunté si también ella podría irse a pasar alguna noche fuera como hacía su marido. Podría inventarse alguna historia y quedar conmigo allí. Podríamos quedar en cualquier sitio. Ni siquiera tendría que ser toda la noche. Podría ser algo más realista. Una hora. Quince minutos.

Ya prácticamente era verano. Por las noches haría calor. Pensé en lo fácil que le había sido salir de casa la primera noche que estuvimos juntos. Su marido y sus hijos ni siquiera llegaron a enterarse de que se había ido. Podríamos quedar en el bosque. Podríamos quedar en su claro.

Podríamos quedar en la vieja oficina minera.

La puerta de casa se abrió y Elvis salió corriendo. Se fue directo hacia el bosque sin reparar en mí. Amber salió al porche.

No llevaba una de mis camisetas como de costumbre. Llevaba una bata corta roja de un tejido sedoso. Debajo de la bata vi el camisón negro de encaje que llevaba la noche que habíamos tenido nuestra última pelea seria. Me recordó a cuando mamá se ponía cosas ajustadas para esperar a que papá volviera de beber por ahí después de haber tenido una pelea fuerte. Sólo lo hacía cuando sabía que él tenía razón.

Era muy pronto para que Amber estuviera levantada un sábado por la mañana. A lo mejor ella también había estado fuera toda la noche y acababa de llegar a casa. Lo había hecho dos veces y las dos habíamos tenido una buena bronca. En ese momento no me apetecía discutir, así que no iba a preguntarle.

–¿Qué haces? –me gritó. Me acomodé un poco más en el sofá–. ¿Dónde has estado?

Hice como si no la oyera. Estaba ocupado pensando en la oficina minera. Podría limpiarla. Podría arreglarla. Podría poner cortinas en las ventanas.

Amber se acercó a mí y chasqueó los dedos delante de mi cara.

–¿Qué te pasa? Parece que estás colocado. ¿Estás colocado? –se inclinó para olerme–. ¿Dónde has estado toda la noche?

–He vuelto a quedarme dormido en el bosque.

–En el bosque –dijo poniendo los ojos en blanco–. De verdad que estás como una puta cabra. ¿Tú sabes la clase de gente que duerme en el bosque?

–¿Excursionistas?

–Psicópatas –contestó cortantemente.

Miré hacia las colinas. Estaba amaneciendo y un nuevo sol rosa estaba extendiendo una mancha de un dorado melocotón sobre las cumbres.

–Pues anoche, mientras tú estabas por ahí en comunión con la naturaleza –oí seguir hablando a Amber–, tuvimos una crisis.

Me incorporé.

–¿Está bien Jody?

–Sí.

–¿Misty?

–Sí. Están bien. No es nada de eso.

–La escopeta, ¿dónde está la escopeta?

–No lo sé –dijo–, seguramente donde tú la dejaras. Harley, ¿qué te pasa?

Alargó la mano para tocarme y se la aparté bruscamente. Me levanté del sofá.

–¿Llamó alguien? ¿Qué día es hoy? ¿Llamó alguien preguntando por la casa?

–¿De qué estás hablando?

–Has dicho que hubo una crisis –la cogí del brazo y la zarandeé–. ¿Cuál es la

puta crisis?

–Harley, para.

–Has dicho que hubo una crisis. ¿Sabes lo que es una crisis?

–¿Qué te pasa? Me estás asustando.

–Define crisis.

–Algo malo –dijo prorrumpiendo en sollozos.

Le apreté los brazos hasta que vi su piel volverse blanca entre mis dedos.

–La última vez que alguien me dijo que había habido una crisis en mi casa, fue un agente de la policía estatal delante de casa de Skip con todas aquellas putas luces azules que no paraban de moverse –le grité–. «Ha tenido lugar una crisis en tu casa.» ¿Quién cojones habla así?

Empecé a zarandearla otra vez. Sus sollozos histéricos de pánico se convirtieron en un llanto constante de derrota, como siempre le pasaba con papá. Yo no quería que nadie se sintiera jamás así por mí. Solía tener pesadillas con eso cuando todavía soñaba.

Amber se soltó y se alejó frotándose las marcas de los dedos que le había dejado en los brazos.

–¿Qué querías que dijera?

–La verdad –contesté gritando–. ¿Por qué nadie puede decir nunca la verdad?

–¿Querías que te dijera que tu madre había matado a tu padre? ¿Eso habría sido mejor?

–Quería que me dijera: «Desde hoy y hasta el día en que te mueras, cada minuto de cada día de tu vida va a ser una mierda». Eso es lo que quería que me dijera.

Amber se dejó caer pesadamente en el suelo, se rodeó las piernas flexionadas con los brazos y hundió la barbilla entre las rodillas.

–¿Te crees que eres el único con una mierda de vida? –preguntó mirando al vacío–. ¿Te crees que eres el único que tiene derecho a sentirse desgraciado sólo porque tienes un trabajo?

–Tengo dos trabajos.

–Pues vaya cosa –contestó rotundamente–. Yo preferiría trabajar que ir al instituto y tener que quedarme en esta casa haciendo que soy mamá.

Tuve uno de esos momentos fugaces en los que sentía mi obligación como hermano. Quise decirle que tenía toda la vida por delante, pero habría sido como tirarle otra cera blanca.

Estiró las piernas y empezó a arrancar la hierba entre ellas.

–¿Cuál es la crisis? –pregunté derrotado, con toda mi rabia y mi miedo consumidos.

Respiró hondo y expulsó el aire a través de los labios fruncidos.

–Seguramente no tendría que haberlo llamado una crisis –se reclinó sobre los

codos y arqueó el cuello para poder mirarme—. No sabía que tenías problemas con esa palabra. Supongo que no es para tanto. De hecho, a lo mejor hasta es algo bueno.

—Cuéntamelo —dije con impaciencia.

—Ayer por la noche encontré casi mil dólares en el cuarto de Misty.

—¿Qué?

—Eran de mamá. Los tenía escondidos. Me imagino que había estado mucho tiempo ahorrando en secreto.

—¿Ahorrando en secreto para qué?

—Supongo que iba a dejar a papá. ¿A que es de locos? Yo no tenía ni idea de que las cosas iban tan mal. ¿Tú?

—¿Cómo llegó a manos de Misty?

—Lo encontró y se lo robó a mamá. No conseguí que me contara nada más. Se negó a hablar, como hace ella, ya sabes cómo.

No podía pensar con claridad. Todo lo que había pensado en mi vida sobre mis padres se agolpó en mi cerebro, seguido de todo lo que había pensado en mi vida sobre Misty. Pero lo que tardó más tiempo en írseme de la cabeza fue la idea de que había habido mil dólares en mi casa durante casi dos años.

—¿Cuánto dinero es? —pregunté.

—Novecientos setenta y tres dólares y cincuenta y cuatro centavos.

Entonces fui yo quien se dejó caer pesadamente sobre el suelo.

—¿Dónde lo encontraste?

—¿Te acuerdas de la camiseta aquella del girasol por la que me preguntaste?

La camiseta del girasol. La miré con un gesto de sorpresa. La camiseta del girasol con la mancha de sangre estaba en el cajón de mi escritorio con la carta de Skip y el último catálogo de Victoria's Secret.

Asentí con la cabeza. Me entraron ganas de vomitar. Intenté recordar cuándo había comido por última vez.

—Bueno, me dejaste pensando en esa camiseta y en lo mucho que le gustaría a Jody. Le quedaría perfecta con esa faldita vaquera cruzada que tiene con la puntilla con agujeritos. Ahora va con esa camiseta rosa vieja de Misty que tiene una cabeza de conejo de felpa blanca. Le queda muy pequeña y al conejo le falta un ojo y tiene una mancha de mostaza. Parece una niña pobre de la región de los Apalaches.

Apoyé la cabeza en las manos. Me estaba empezando a doler la cabeza además de tener ganas de vomitar.

—Cuando a Misty se le queda pequeña la ropa, suele dársela a Jody directamente, pero a veces guarda cosas en una caja en su armario para dárselas a sus propios hijos algún día. Yo he visto algunas. No es ropa especial, en plan vestidos de Navidad. Son cosas como la cazadora aquella del *show* de Joie

Chitwood que se compró en la feria y aquella camiseta raída de papá en la que ponía: «Los viejos cazadores nunca mueren, sólo les sale el tiro por la culata». Casi todo son cosas súper viejas, cutres y extrañas, así que pensé que a lo mejor había guardado la camiseta del girasol.

La miré.

–Entonces ¿encontraste el dinero en una caja de ropa vieja en su armario?

–No. Cuando fui a mirar en su armario, encontré mi cocinita de juguete. ¿Te acuerdas de lo bien que nos lo pasábamos jugando con ella? ¿Te acuerdas del juego del rey y la reina? Yo era la Reina de Corazones y te hacía pasteles rosas.

–Sí, me acuerdo –dije para que continuara.

–Bueno, pues la abrí para verla. Sólo por diversión, vamos. Y vi que dentro de la cocinita había un sobre.

–No me puedo creer lo que me estás contando.

–Tú eras el Rey del Dolor, ¿te acuerdas? –aún seguía rememorando los viejos tiempos–. Por aquella canción que te gustaba tanto. La ponían en la radio cuando éramos pequeños. Fue un gran éxito o algo. ¿Cómo se llamaba?

–*King of Pain* –dije–. ¿Dónde está Misty ahora? –pregunté.

–Seguramente sigue sentada en su cama vigilando su dinero. Se ha quedado despierta toda la noche custodiándolo. Jody ha dormido conmigo.

Me levanté del suelo lentamente. El martilleo en la cabeza, el remolino en el estómago y el miedo y la confusión en el corazón no eran nada en comparación con la ira que sentí de repente.

–¿Se piensa que se lo va a quedar? –pregunté con la voz temblorosa por la incredulidad.

–Sí –asintió Amber–. Eso fue lo que dijo.

Misty estaba completamente despierta y sentada en su cama con las piernas cruzadas, justo como había dicho Amber. Llevaba puesta una de sus propias camisetas de dormir –una ancha teñida con nudos, casi toda azul y morada– y tenía el sobre lleno de dinero en el pliegue que formaba la tela entre sus rodillas.

Cuando entré en la habitación, me dirigió una extraña sonrisa con la boca cerrada.

Me acerqué hasta quedarme justo delante de ella. Quería golpearla más de lo que jamás había querido golpear a nadie en toda mi vida. Miré el sobre lleno de billetes y pensé que me iba a desmayar. Su rostro era una máscara de superioridad en absoluta calma.

–Es mío –dijo–. Yo fui quien lo encontró.

No conseguía mover la mandíbula para formar palabras.

–¿Dónde? –conseguí pronunciar con dificultad.

–En el cajón de la ropa interior de mamá –me contestó–. Eso es lo único que voy a decirte.

Mi mano salió disparada tan deprisa que no me di cuenta de que ya no la tenía junto al cuerpo hasta que noté que tenía agarrado algo vivo y caliente.

La cabeza de Misty golpeó la pared de detrás con un ruido sordo. Se llevó las manos a toda velocidad a la mano con que la tenía cogida del cuello y empezó a arañarme con sus uñas azules.

–Vas a contármelo todo –le dije.

–Y si no, ¿qué?

Empezó a toser mientras intentaba quitarme la mano.

La solté de repente, tan deprisa como la había agarrado, y me fui al otro lado de la habitación sujetándome la mano lo más lejos que pude del cuerpo, como si temiera que a continuación pudiera atacarme a mí.

Oí cómo a Misty le empezaban a dar arcadas. Me empezaron a temblar las manos. Tenía unos buenos arañazos rojos en la derecha. Ya sentía un dolor punzante.

Quería pedirle perdón, pero lo único que pude hacer fue quedarme mirando fijamente la pared. Le hacía falta una capa de pintura.

–No puedes hacerme nada –dijo Misty, que me dejó entumecido al clavarme su pesada mirada en la espalda–. No puedes hacerme daño. No puedes echarme de casa. Eres mi tutor legal. Tienes que cuidar de mí.

No podía mirarla. No quería acercarme a ella. Tenía miedo de mí mismo.

–No te voy a hacer nada. Ni siquiera quiero que me cuentes lo del dinero –dije con la máxima calma posible–. No quiero saber ni una puñetera cosa más sobre mamá o papá en lo que me queda de vida.

Me di la vuelta y vi la cama vacía de Jody. Se había llevado todos sus dinosaurios. Tenían que haber tardado una eternidad en moverlos todos a la habitación de Amber.

Misty se estaba frotando el cuello. No había cambiado de postura más que para coger el sobre y hundírselo más en el regazo. Si quería quitárselo tendría que meterle la mano entre las piernas.

–Tuve que coger el dinero para que no lo hiciera –dijo–. Nos iba a apartar de él, ¿no lo entiendes?

La confesión no trajo ningún gesto de satisfacción a su mirada, pero sí se la iluminó un poco, como si hubiera empezado a comer después de pasar hambre durante días.

–Me da igual –dije mientras alargaba mi dolorida mano–. Dame el dinero, Misty.

–No.

–No lo entiendo. Aunque los demás no te importemos, podrías haberte gastado el dinero en ti. ¿Para qué lo estás guardando?

–Para la universidad –dijo triunfalmente.

Volvió a recorrerme el mismo impulso. Me imaginé que darle una bofetada sería como tener un orgasmo.

CORROMPER le apareció en el pecho, con las letras amoldándose a la forma de los dos bultitos que hacía poco que le habían crecido bajo la camiseta. Sacudí la cabeza, pero la palabra no desaparecía.

Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos como gotas de sangre, con un ritmo pausado y constante y sin ninguna emoción. Me corrieron por las mejillas y me cayeron desde el mentón sobre la camiseta de Shop Rite, en la que dejaron manchas oscuras.

–Dámelo –dije con voz ronca.

–Es mío.

–No es tuyo. Es de mamá. Ella no sabe que lo tienes, ¿verdad?

No dijo nada.

–Le preguntaremos a mamá qué quiere que hagamos con él.

–No puede recibir visitas por culpa de tu ataque.

–Puede recibir llamadas –dije.

Misty puso las manos en el sobre.

–Dámelo ahora mismo, Misty –dije–. Sabes que te puedo quitar ese dinero. Puede que tenga que hacerte daño para conseguirlo, pero puedo hacerlo.

–No, no puedes –intervino Amber.

Su voz me sorprendió. Había estado callada todo el tiempo. Se me había olvidado que seguía en la habitación.

–Tú no puedes hacer daño a nadie –añadió–. Pero yo sí.

Cogió y le pegó una bofetada a Misty en toda la cara con la mano abierta. El golpe la hizo caer de la cama de lado. El sobre también cayó al suelo. Amber se acercó, lo cogió y salió de la habitación agitándolo para que yo lo viera.

Misty me miró. Los ojos llenos de lágrimas centelleaban en su rostro deliberadamente inexpresivo.

–Eso lo ha hecho por ti –dijo.

–Te lo has buscado tú sola.

–No, no digo eso. No se va a comportar hasta que no cuides de ella.

Una curiosidad gélida me impidió moverme.

–Quiero que cuides de ella –repitió.

Quería irme de allí, pero sus ojos me atraparon como un pozo de agua estancada que me obligara a quedarme a tirarle piedras.

–Tú serás feliz y Amber será feliz –continuó–. Y entonces Jody y yo también podremos ser felices. Es difícil vivir con vosotros.

Su mejilla tenía un color rojo encendido.

–Yo sólo quiero que seamos felices –dijo antes de desaparecer en su silencio preferido–. Nada más.

Sonó como una amenaza.

–No me mires con esa cara –me dijo Amber cuando me reuní con ella en la cocina–. Sabía que tú no serías capaz de hacerlo. Tendríamos que pasarnos el resto de nuestras vidas intentando conseguir que el dinero pasara a nuestra propiedad haciendo miles de papeleos legales.

Se detuvo, se llevó la palma de la mano a los labios y sopló.

–Dios, eso ha dolido –dijo.

Me senté en la mesa de la cocina, atónito. En medio estaba el sobre. En mi vida había visto tanto dinero.

–Supongo que las cosas entre papá y mamá iban peor de lo que yo pensaba, si es que mamá iba a dejarlo –añadió.

La miré. Estaba echando agua en la cafetera. Amber odiaba el café.

–¿Me estás haciendo un café? –pregunté.

Se dio la vuelta sonriendo con su cortísima bata, iluminada por un débil rayo de luz blanca que entraba por la ventana y sosteniendo la cafetera a un lado como una recién casada de un anuncio de café Folger's.

–¿No quieres?

Encendió la cafetera y se sentó enfrente de mí.

–Supongo que ahora todo tiene más sentido –dijo–. O sea, lo que pasó.

–Ahora tiene menos sentido –contesté–. ¿Por qué matar a alguien a quien vas a dejar?

–No podía irse, ¿recuerdas? Misty le quitó el dinero.

El café que se estaba haciendo olía genial. Me habría gustado tener un enorme desayuno grasiento para acompañarlo: beicon, tortitas, panecillos con salchichas y besamel, patatas fritas caseras. Me sonaron las tripas y se me puso un poco dura. Seguro que Callie Mercer sabía hacer cosas increíbles con un huevo.

–En fin –dijo Amber con un suspiro–, ahora puedo sacarme el carné.

–¿Qué?

–Dijiste que necesitábamos mil pavos, ¿no?

Me reí de ella.

–¿Tú estás chiflada?

Nuestras manos salieron disparadas exactamente al mismo tiempo. Yo fui más rápido. Cogí el sobre y me aparté de la mesa.

–Es mío –dijo mientras se lanzaba hacia mí.

Me lo metí en el pantalón.

–Lo necesitamos para los impuestos de la casa.

–¿De qué estás hablando?

–Mil cien dólares –expliqué–. Hay que pagarlos dentro de dos semanas y no tenemos nada.

–¿Y quién tiene la culpa de eso? –gritó.

–Que te jodan, Amber.

–No. Que te jodan a ti.

–Hola –dijo Jody, que entró en la cocina frunciendo el ceño y frotándose los ojos con la manita–. ¿Por qué os peleáis ahora?

–No es nada –dije. Cerré los ojos y me dejé caer sobre una silla.

–No es nada para ti –dijo Amber.

Jody se sentó y dejó en la mesa su cuaderno, un bolígrafo, a Triceratops Resplandeciente, a Yellowie y a un tiranosaurio rosa de plástico que había ganado en la feria el año anterior pescando un patito.

–Lo que pasa es que tú no quieres que me saque el carné nunca –siguió Amber.

Cuando se dio cuenta de que yo no iba a seguir discutiendo, se inclinó sobre la mesa hacia mí. Pensé que iba a volver a olerme. Me pregunté si podría percibir el olor de una mujer en mi cuerpo.

–A ti te pasa algo –dijo con autoridad.

–No me pasa nada. Simplemente no tengo fuerzas para discutir ahora mismo.

Apoyé la cabeza en la mesa como había visto hacer durante toda mi vida a los alumnos listos cuando terminaban los exámenes pronto.

–¿Vas a jugar hoy conmigo? –preguntó Jody.

Oí a Amber sacar su silla de la mesa arrastrándola y después volver a arrimarla.

–Te dice a ti –dijo.

–Sí –farfullé con la boca pegada al brazo–. ¿Me vas a traer un café?

–Lo tengo prohibido –contestó Jody–. Sólo puedo coger la taza.

Amber resopló con enfado y se levantó. La puerta de un armario se abrió ruidosamente. Una taza de plástico dio un fuerte golpe en la encimera. Oí el clic de un interruptor de apagado y el gluglú del café al caer en la taza.

El olor me hizo levantar la cabeza. Rodeé la taza con las manos. El calor era agradable. Levanté la mano en la que me había hecho daño Misty, la puse con la palma hacia arriba y la dejé quieta con los arañazos sobre el humo. Enfrente de mí, Jody estaba haciendo su lista. Había escrito:

DAR DE COMER A LOS DINOSARIOS
DESALLUNAR
LABARME LOS DIENTES

Amber se sentó con una caja de Pop-Tarts.

–Oye, estaba pensando... –dijo mientras abría uno de los paquetes de papel de aluminio–. ¿Cómo sabía Misty con seguridad que mamá iba a dejar a papá? Mamá podía estar ahorrando ese dinero por muchas razones.

–La oímos hablando de eso –dijo Jody sin que nadie le hubiera preguntado.

–¿Qué? –dijo Amber.

Apoyé la taza en la mesa.

–¿Tú sabes lo del dinero? –preguntó Amber lentamente.

–Creo que sí –dijo Jody sin interrumpir su tarea–. Estás hablando del dinero que estaba ahorrando mamá para poder irse y dejar a papá. Dijo que tenía un montón escondido en algún sitio de la casa. Cuando la oímos hablando de eso, Misty dijo que lo iba a buscar, pero no lo encontró.

Amber y yo nos miramos.

–¿Con quién hablaba mamá? –pregunté.

–Con el tío Mike.

El bolígrafo que tenía en la manita siguió moviéndose cuidadosamente por el papel.

–Él la iba a ayudar –continuó Jody–. Dijo que mamá tenía que apartar a Misty de papá antes de que fuera demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde para qué? –pregunté mientras sentía cómo se me tensaba la piel de la nuca.

–No lo sé –contestó Jody.

Terminó de escribir JUGAR CON HARLY y levantó la vista.

–Misty tampoco lo sabía –dijo.

Skip y yo estábamos en nuestro tercer año de instituto cuando aquel asteroide, el 1994 XL1, estuvo a cien mil kilómetros de chocar contra la Tierra. Recuerdo que fue en Navidad porque en la oficina minera teníamos colgada una guirnalda vieja y cutre que la madre de Skip había tirado a la basura.

Lo oí en las noticias y, antes de que pudiera llamar a Skip, me llamó él. Los dos nos habíamos quedado alucinados al imaginarnos una roca de cien mil toneladas y del tamaño de un establo explotando sobre nosotros y aplastando Estados Unidos. Un asteroide en órbita de colisión contra la Tierra: así fue como lo llamó uno de los científicos que salieron en las noticias.

Al día siguiente me bajé del autobús delante de casa de Skip, cogimos una de las botellas de ron que tenía guardadas su madre para que la gente pudiera tragarse su ponche de huevo casero y nos fuimos a las vías del tren.

Nos pasamos todo el camino hablando de todos los detalles molones propios de una peli de catástrofes naturales: que los científicos calculaban que en el espacio había mil asteroides en órbita de colisión contra la Tierra que podían provocar el fin del mundo y acabar con la vida en nuestro planeta tal como la conocemos; que el polvo y el humo resultantes del impacto tapanían el Sol durante años y habría un «invierno nuclear» y un período de glaciación y tsunamis gigantes que dejarían sumergida la mitad del planeta; que la única forma segura de librarse de uno de esos asteroides sería hacer explotar una bomba atómica delante de él y desviar su rumbo sin destruirlo, pero que los científicos necesitarían detectarlo con cinco meses de antelación para poder hacer eso. El XL1 no se vio hasta que estuvo a catorce horas de la Tierra y se consideraba un asteroide pequeño. Veríamos el asteroide capaz de provocar el fin del mundo unos seis segundos antes de la colisión.

Después hicimos una hoguera en la nieve, nos emborrachamos y nos pusimos en plan filosófico.

¿Por qué ir a clase si el planeta entero podía quedar arrasado al día siguiente? ¿Por qué ponerse a trabajar? ¿Por qué aguantar las gilipolleces de tus padres? ¿Por qué aguantar las gilipolleces de nadie? Lo único que no pudimos rebatir con argumentos racionales fue lo de intentar echar un polvo. Ninguno de los dos había tenido suerte todavía, pero sabíamos por instinto que aquélla no era una búsqueda que debíamos abandonar sólo porque fuera posible que solamente nos quedaran seis segundos de vida.

Estábamos convencidos de que éramos las únicas personas de por allí que se

habían dado cuenta de la magnitud de lo que había estado a punto de suceder. A casi nadie que conociéramos pareció importarle. Ni a nuestros padres. Ni a nadie del instituto. Ni siquiera los profesores de ciencias se emocionaron demasiado.

La única persona que conocía a la que le importó fue Jody. Se entusiasmó cuando le expliqué que probablemente un asteroide gigante había sido lo que había exterminado a los dinosaurios, aunque sabía que era demasiado pequeña para entenderlo bien. Y Skip dijo que Donny había mostrado interés cuando en las noticias sacaron un gráfico futurista hecho por ordenador de un cometa que se convertía en un cohete propulsado a vapor al derretir su núcleo de hielo con energía nuclear. Nos partimos de risa diciendo que era porque el cometa parecía un pastelito Zinger en llamas.

Pero todos los demás siguieron con sus estúpidas vidas sin ni siquiera mirar al cielo aquella noche. Mi padre incluso me dijo refunfuñando que cambiara de canal cuando encontré un especial sobre asteroides que pusieron aquella noche a las tantas.

Intenté hacerle ver el horror, pero también el alivio, de saber que éramos insignificantes como raza y que eso hacía que los actos más simples cobraran importancia y que los actos monumentales perdieran todo su sentido.

Él se hundió un poco más en el sofá y me dijo que tenía más probabilidades de morir aplastado por un camión que por un asteroide y que le diera el puñetero mando a distancia.

Esperé hasta que estuve seguro de que no me estaba viendo para sacar un cuaderno de mi mochila disimuladamente y anotar la definición de asteroide en órbita de colisión contra la Tierra. Probablemente sea la única cosa instructiva que he hecho fuera de un aula en mi vida, con la excepción de ir a la biblioteca cuando detuvieron a mamá y buscar las diferencias entre homicidio, homicidio premeditado y homicidio involuntario.

Escribí: «Las probabilidades de que se produzca una colisión son pequeñas, pero, si se produjera, ocurriría sin previo aviso y podría causar una aniquilación total».

Igual que la VERDAD sobre papá y Misty. Sabía que andaba por ahí. También sabía que, si llegaba el momento en que tuviera que enfrentarme a ella, mi mundo no sobreviviría. Lo único que podía hacer era seguir como si no existiera y confiar en que no pasara por mi órbita. Mientras tanto, empecé a vivir mi vida con un poco más de apremio.

Di cuatro días a Callie Mercer para que me llamara. No planeé que fueran cuatro. Fue un número al azar. Sin embargo, después de tomar la decisión de irme sin cargar el lavavajillas Hotpoint que se suponía que tenía que subir a la camioneta de reparto de Barclay's, meterme en mi propia camioneta, estudiar

otro cuadro y ponerme en camino hacia su casa, me di cuenta de que el cuatro era un número que tenía mucho significado para mí.

En mi familia éramos cuatro hermanos. Jody tenía cuatro años cuando mamá mató a papá. Skip iba a estar cuatro años en la universidad. Sólo teníamos cuatro canales ahora que nos habíamos quedado sin la parabólica de papá. Antes había cuatro grupos básicos de alimentos, antes de que el gobierno adoptara una pirámide alimentaria (para gran alivio de Church, que odiaba que las frutas y las verduras estuvieran en el mismo grupo y se ponía de los nervios porque los huevos estaban con el queso). Misty me había hecho cuatro arañazos en la mano. En mi jardín había cuatro casetas de perro vacías. Ahora había cuatro pintores que me gustaban: Pierre Bonnard, el tío de la alcachofa de Callie, Francis Bacon y ese pintor abstracto que se llamaba Jackson Pollock.

Era uno de esos tipos que ponían los lienzos en el suelo y echaban chorros de pintura encima. Yo siempre había pensado que eran unos idiotas hasta que vi *Arco iris gris*. Lo reconocí inmediatamente. El manchón negro con pegotes grises y líneas blancas garabateadas. Las manchas de color óxido y amarillo pastoso, como mocos y sangre secos. Era la clase de cosas que veía en mi cabeza cuando me pegaba mi padre.

No sabía qué es lo que pretendía Jackson Pollock que fuera, pero si su padre le había pegado de pequeño y eso era lo que estaba intentando reflejar, era un genio. Si realmente el cuadro no pretendía ser otra cosa que un arco iris defectuoso, era un idiota. Decidí concederle el beneficio de la duda y confié en que su padre le hubiera pegado.

Los perros de Callie empezaron a ladrar cuando metí la camioneta en la entrada para vehículos de su casa. Iba a ir a acariciarlos, pero no tuve la oportunidad. Callie estaba fuera con Zack, jugando en un cajón de arena para niños cerca de la casa, y me vio inmediatamente.

Se puso de pie y se sacudió la arena de las piernas y de la parte trasera de los pantalones. Llevaba puesta la parte de arriba del bikini rosa.

Llegué hasta la puerta de la casa y la esperé allí, sin haber sido invitado, a plena luz del día, delante de su hijo, sin ninguna excusa.

Ella atravesó el jardín, dirigiéndome su mirada de preocupación, y me di cuenta de que me estaba hartando de esa mirada. Sabía que era la misma forma en que miraba a Zack y a Esme. Seguramente también a sus perros.

Mi mente empezó a recorrer todas las miradas que me habrían parecido mejores que aquélla. La forma en que me había mirado Ashlee Brockway al lanzarla contra la puerta de mi camioneta. La forma en que me había mirado mamá al ponerme a gritar en la Sala de los Abrazos. La forma en que me había mirado Church al irme a colocar los plátanos al lado de los cereales. La forma en que Amber había mirado a papá la primera vez que le había pegado.

–¿Ha pasado algo? –preguntó–. ¿No tendrías que estar en el trabajo?

–Dijiste que me ibas a llamar.

–No he podido –empezó a explicar.

–Ya, seguro –dije.

Abrió la boca para decir algo pero se detuvo. Intenté descifrar qué era lo que tenían en común todas esas otras miradas que hacía que fueran mejores. Era el miedo. Miedo de que le hiciera daño. Miedo de que me hubiera vuelto loco. Miedo de que fuera a alterar el orden universal de las cosas. Miedo de que fuese totalmente imposible que Dios existiera.

–¿Es que tu marido escucha todas tus conversaciones telefónicas o qué? –insistí–. Podrías haberme llamado a cualquier hora. Podrías haber dicho que querías hablar conmigo de Jody.

La preocupación desapareció, pero no fue reemplazada por ninguna clase de miedo. Su cara palideció de ira.

–¿Cuándo estás en casa, Harley?

–¿Eh?

–¿Cuándo estás en casa?

No contesté. Parecía una pregunta con trampa.

–¿No tienes dos trabajos de jornada completa? –preguntó.

–Sí.

Mi respuesta la enfureció. Se esforzó por contener la ira, pero noté que era incapaz. No tenía mucho control sobre sus emociones. Parecía que ellas la controlaban a ella, como una marioneta a merced de una mano oculta. La de mi propia madre había sido más bien una mano visible.

–El problema no es cuándo te puedo llamar yo –dijo cogiendo aire con agitación–. El problema es cuándo puedes estar tú en casa para hablar conmigo.

–Casi todos los días voy a cenar a casa.

–Ah, estupendo –dijo con la voz crispada. Dio un paso atrás y puso los brazos en jarras–. A la hora de la cena es cuando estoy cocinando y ocupándome de dos niños hambrientos que no paran de lloriquear mientras mi marido se sienta a tomarse una copa y a quejarse de su día. ¿Debería interrumpirle y decirle: «Perdona, cariño, pero tengo que ir a llamar al vecino de diecinueve años para ver si quiere pasarse más tarde a que le eche un buen polvo»? ¿Eso es lo que debería hacer?

Para cuando llegó al final de su discurso, me estaba gritando. También estaba jadeando. Observé sus pechos moverse arriba y abajo. Tenía gotitas de sudor entre ellos. Tenía los pezones duros. Cuando volví a levantar la vista, me estaba mirando fijamente.

–Sí –dije–, eso es lo que deberías hacer.

Sacudió la cabeza y dejó escapar una risa estridente.

–¿Sabes lo que pasaría si hiciera eso?

–¿Que tu marido se divorciaría de ti y no tendrías que seguir casada con un tío al que no soportas?

Una calma amenazadora se apoderó de ella. Hasta su respiración pareció detenerse. Iba a estallar o iba a volver a transformarse. Me pregunté qué se sentiría estando dentro de ella cuando tenía uno de sus repentinos cambios de humor.

Mi mano salió disparada como había hecho con Misty, sin mi consentimiento, y la agarró de la parte de arriba de los pantalones. Tiró con fuerza y Callie chocó contra mí. Le estampé la boca contra la suya. Ella no quería que lo hiciera. No era la clase de beso que le gustaba. Era más bien como un polvo con la lengua.

Se soltó y me apartó de un empujón.

–¿Qué haces? –dijo jadeando mientras lanzaba una mirada de pánico al cajón de arena en el que estaba Zack.

El niño estaba entretenido echando una palada de arena en un volquete.

Volví a agarrarla. Esta vez de las caderas. Alargó las manos y me las puso en el pecho para apartarme, pero aun así conseguí llegarle al cuello con la boca. La mordisqueé mientras pensaba en Elvis mordisqueando crías de marmotas muertas y noté que se dejaba un poco. Fui bajando hasta que acabé lamiéndole los pezones a través del biquini. Hizo uno de esos ruidos entre grito, jadeo y gemido que yo pensaba que sólo hacían las niñas pequeñas.

–Zack –musitó mientras se retorció para intentar soltarse–. Puede vernos.

–Vamos dentro.

–No puedo.

–¡Eh, Zack! –le grité–. Voy a entrar en casa con tu mamá a buscar algo de beber, ¿te parece bien?

–Yo quiero un Kool-Aid –contestó.

–Muy bien, colega.

Cogí a Callie firmemente de la muñeca y eché a andar tirando de ella igual que papá solía llevar a rastras a Misty a su habitación para castigarla. Le desaté el biquini en cuanto cerramos la puerta y ella se quitó los pantalones antes de que llegáramos a la cocina. La tumbé sobre la mesa de cristal y me bajé los pantalones hasta los tobillos. Cuando la penetré, volvió a hacer aquel ruidito de niña pequeña.

Empecé a empujar. Eso era lo único que podía hacer, hasta que empezó a gritar cosas y a agarrarme más fuerte con las manos y las piernas. No sabía muy bien qué hacer entonces, así que empujé con más fuerza. No era hábil ni creativo, pero era diligente.

Estaba seguro de que la había hecho llegar al orgasmo. Fue como si dentro de

su cuerpo se produjeran un montón de explosiones. Cuando terminamos, me senté en una silla y la dejé sonriendo, con los ojos cerrados, tendida sobre el cristal con los brazos y las piernas estirados.

Estaba empapado en sudor, pero no podía parar de temblar. Me cerré bien la chaqueta de papá. Me alegré de que no me hubiera pedido que me la quitara.

Después se quedó calmada como las aguas de un estanque. Le llevó una tacita con asas de Kool-Aid a Zack y me acompañó a la camioneta. Cuando estábamos a punto de despedirnos, se acordó de algo y volvió a entrar.

Me trajo una hoja de cuaderno doblada. Supe que era una nota de Jody antes de abrirla.

–Encontré esto en la mochila de Esme –explicó–. Ella y Jody siempre se están escribiendo notitas, pero ésta me dejó un poco preocupada. Pensé que quizá debía ponerte al corriente.

Al principio las palabras de la nota no me dijeron nada. Pero después sí.

–Le pregunté a Esme y me dijo que Jody sólo estaba intentando poner algo asqueroso –la oí seguir–. A Jody se le ocurre cada una... Hace un mes o así se estuvieron escribiendo notitas sobre hermanos y hermanas que se casaban y tenían hijos. Tuve una pequeña charla sobre el tema con las dos y Jody me dijo que Misty le había dicho que no pasaba nada por hacer esas cosas. Seguro que Misty sólo estaba intentando confundirla. Las hermanas mayores hacen esas cosas, ya sabes.

Mantuve la mirada fija en la nota.

UNA BEZ MISTY MATO A UNA GATITA.

–Supongo que esto me convierte en una acusica, pero Jody me importa. Y Misty también. Si eso de la gatita es verdad, es un tanto preocupante.

–Me encargaré de ello –dije estrujando el papel y metiéndomelo en el bolsillo–. ¿Cuándo puedo volver a verte?

Quedamos en vernos una semana más tarde en la oficina minera. Le gustó la idea, sobre todo cuando le dije que llevaba yendo allí desde que era niño.

Conocía bien el sitio. Cuando ella era pequeña ya estaba abandonado, pero por aquel entonces todavía había cosas chulas en la oficina, como libros de contabilidad con anotaciones sobre las toneladas de carbón que salían de allí, facturas amarillentas de la compra de material para la mina y botellas antiguas de Mountain Dew en las que salía un paleta descalzo y el eslogan: «¡Te hará cosquillas en las tripas!». Había hasta unos guantes de trabajo y una vieja tartera metálica como la que tenía mi abuelo. Tenían que usar metal porque en los túneles había tanta humedad que, si hubieran llevado el almuerzo en una bolsa de papel, para cuando se hubieran sentado a comérselo habría estado empapado.

Una vez le pregunté a mi abuelo qué era lo peor de las minas: ¿la oscuridad,

el frío y la humedad, la claustrofobia, los gases tóxicos, el polvo de las detonaciones, el miedo a los derrumbamientos, explosiones o inundaciones? Dijo que los jefes.

No me encargué inmediatamente de Misty como había dicho que haría. Tenía que evitar pensar en ella durante un tiempo, igual que la mujer de un soldado herido tiene que intentar sacarse de la cabeza la visión de su marido atándose una pierna ortopédica al muñón por primera vez.

En lugar de eso, me encargué de pagar la contribución de la casa. Y lo hice pronto. En persona. En efectivo. La secretaria del juzgado que me dio el recibo dijo que ojalá su hijo se pareciera más a mí.

De camino a casa tuve que pasar por delante de Yee's, así que paré y le compré a Jody una galleta de la suerte y una sombrilla para darle una sorpresa, a pesar de tener cita con Betty al día siguiente. Mis intenciones eran buenas, pero el hambre pudo más y acabé comiéndome la galleta.

En la tira de papel ponía: «El hombre atrevido no tiene miedo, pero el hombre virtuoso no tiene preocupaciones».

Decidí añadir a Confucio a mi lista de gente muerta a la que me gustaría conocer. Ya tenía CUATRO personas.

Mantuve la cabeza llena de pensamientos intrascendentes –como mi lista de gente muerta– para no pensar en toda la mierda familiar que constantemente atravesaba la órbita de mi mundo, pero a veces tenía demasiados pensamientos intrascendentes que me venían a la cabeza demasiado deprisa y no conseguía que mi cerebro se desconectara por la noche para poder dormir. Llegó a ser tan horrible que me di cuenta de que estaba deseando que llegara la noche en la que iba a echar un polvo no sólo por el polvo en sí sino también por lo bien que dormiría después.

Los dos decidimos ir andando. Callie no tenía alternativa. Si la pillaba su marido, habría sido demasiado difícil explicarle qué hacía cogiendo el coche en plena noche. Yo tampoco quería tener que dar explicaciones a Amber. Ya no se tragaba mi excusa de «a ningún sitio».

Vendríamos de direcciones opuestas, así que no quedamos para ir andando juntos. Me aseguró que no le pasaría nada por ir andando sola por el bosque, aunque yo no se lo había preguntado. Me dijo que era el mismo bosque en el que solía pasar tiempo con su abuelo y que lo conocía como la palma de la mano. Y, una vez que llegara a las vías del tren, era imposible perderse.

Yo llegué primero y la esperé allí. Incluso empecé a preocuparme por si le había pasado algo. Sabía que no había ningún animal por la zona que pudiera hacerle daño –la mofeta rabiosa de Bud ya estaría muerta para entonces–, pero no pude evitar pensar en los psicópatas de Amber.

Eché a andar por las vías para ir a buscarla. A unos ochocientos metros de la oficina estaba la mina a la que prestaba servicio: una pequeña, de un solo pozo, con una entrada que no sería mayor que la trampilla de un desván. Ahora el acceso estaba casi completamente bloqueado por piedras, malas hierbas y vigas metálicas derrumbadas.

Al otro lado de las vías estaba el volteador, donde se clasificaba el carbón y se cargaba en los vagones del tren. Lo único que se veía de noche era la parte más alta de la estructura de madera astillada, que sobresalía entre las copas de los árboles y se elevaba por encima de mí hasta una altura de diez metros, como la cabeza de un dinosaurio en estado de descomposición. El resto del volteador – los engranajes de cincuenta kilos, el enorme cono de hierro, las tolvas, los rodillos y las cribas– estaba tan viejo que parecía a punto de romperse y tenía encima una capa de óxido de color marrón sangre.

Las compañías no llegaron a desmontar los volteadores ni a cerrar los pozos cuando se largaron. Se limitaron a dejarlos ahí, igual que la gente deja basura tirada al borde de las carreteras. Las madres siempre les decían a sus hijos que no se acercaran a ellos y los niños nunca les hacían caso, pero una vez que habías recorrido uno a gatas un par de veces y te habías llenado las manos y las rodillas de astillas y de escamas de óxido, ya no tenía ninguna emoción.

Skip intentó inventarse una forma de matar a Donny en el volteador, pero había tantas maneras en las que podía matarse por accidente él solo que planear su muerte perdió toda la gracia.

La mina era otra historia. Ideamos un plan que consistía en atraerlo hasta el interior con bollería industrial, poner unos cuantos petardos redondos en la boca del pozo, hacerlos explotar y provocar un derrumbamiento. Yo pensé que no iba a funcionar porque no podía imaginarme a nadie tan valiente, tan idiota o tan hambriento como para dejar que se lo tragara un agujero negro abierto en la tierra, pero cuando vi a un sonriente Skip tirando pastelitos de frutas Hostess con envoltorios individuales al pozo y a Donny yendo detrás obedientemente, me di cuenta de que en realidad aquellas razones no tenían nada que ver. Por fin entendí a Donny. Soportaba la humillación y el miedo porque con eso hacía feliz a Skip.

No llegamos a encender los petardos. Se me cayeron las cerillas en una acequia llena de agua estancada y Skip se pasó días despotricando contra mí por ser tan inútil. Nunca me molesté en decirle que lo había hecho a propósito.

Me rendí y volví a la oficina. Estaba pensando en marcharme, aunque sabía que no lo haría, cuando oí unos crujidos en la gravilla. Fui a la puerta y la vi acercarse por las vías con una mochila y una neverita de Little Playmate. Sacó una manta, un par de sándwiches de rosbif, cuatro cervezas, una linterna, repelente para mosquitos, cerillas para encender una hoguera y cosas para

preparar nubes de golosina tostadas con chocolate y galletas. Follarse a una madre tenía claras ventajas.

Me preguntó cómo iba mi semana y le dije que bien. Me disculpé por cómo estaba la oficina, ya que yo era el hombre y quien le había pedido que quedáramos allí. Dijo que no le importaba. Dijo que le encantaba la calma que reinaba allí, por la decadencia y el abandono, y yo le dije que hablaba como Shakespeare. Sonrió y me preguntó qué había leído de él y yo le dije que nada pero que sabía cómo hablaba.

–Ponte ahí –me dijo.

Apenas podía verla en la oscuridad, pero vi la manta moverse y flotar hasta quedar extendida en el suelo.

–¿No quieres que barra? –le pregunté–. El suelo tiene mierda de todo tipo. Hay hasta cristales.

–No me importa –dijo.

No perdió el tiempo. Vino hasta mí y me quitó la chaqueta de papá, pasándomela por los hombros y bajándomela por los brazos. Cuando tocó la chaqueta, sentí el impulso de agarrarla del pelo y estamparle la cabeza contra una pared con la fuerza suficiente para romperle el cuello y fracturarle el cráneo. Podría teparle la cara destrozada con la manta y, si me la follaba deprisa, su cuerpo aún estaría caliente. Pero no bastaba con que estuviera caliente. Quería volver a hacerle llegar al orgasmo. Notar cómo llegaba era casi tan bueno como todo lo demás.

Respiré hondo y dejé caer la chaqueta al suelo con un golpe seco. Me sacó la camiseta de los vaqueros, me la quitó pasándomela por la cabeza y me besó en la boca y en el cuello. Después dio un paso atrás y se quitó la ropa.

Seguía sin poder verla apenas. Sólo era una figura pálida sin detalles, como si alguien hubiese recortado la silueta de una mujer perfecta de un trozo de tela negra. Me lancé sobre ella y la tiré.

Nos dimos bastante fuerte contra el suelo. Tendría que haberle preguntado si estaba bien, pero ya tenía las manos en sus nalgas y un pezón en la boca. Dejó escapar un gemido que podría haber significado que se había hecho daño, pero entonces noté sus manos en mis pantalones y supe que estaba en condiciones de seguir.

–Tumbate boca arriba –me dijo.

–¿Eh?

–Date la vuelta.

Le hice caso y se sentó a horcajadas sobre mi pecho.

–Quiero preguntarte una cosa y quiero que seas sincero conmigo. No me importa lo que digas. No hay una respuesta correcta.

Dios mío, pensé. Estaba construyendo frases completas.

–Vale –dije yo jadeando.

–¿Fui la primera?

–¿Eh?

–¿Fui la primera?

–¿La primera qué?

–Mujer.

–¿Eh?

Se deslizó un poco hacia abajo y se inclinó hasta que tuve sus pechos en la cara. Me metió la lengua en la oreja y después susurró:

–¿La primera mujer con la que te has acostado?

No estaba en disposición de intentar pensar lo que debía decir. Lo único que oí fui una pregunta y la contesté.

Volvió a sentarse en mi pecho. No le veía la cara en la oscuridad. Le pasé las manos por todo el cuerpo mientras ella seguía hablando.

–No estaba segura. Pensé que a lo mejor lo era, pero tienes diecinueve años. No lo pensé hasta después de que ocurriera. Siento que tu primera vez fuera en el barro. Espero que aun así fuera algo memorable. ¿Lo fue?

–Yo lo recuerdo –dije.

Noté cómo se quitaba de encima de mí. Volvió a besarme en la boca y el cuello y después en el pecho y la tripa. Cada vez que me besaba la tripa, notaba su aliento cerca de la polla. Clavé los dedos en los tablones podridos del suelo y le pedí a Dios que permitiera que ocurriera. Ni siquiera me importó estar pidiendo algo pervertido, estar desobedeciendo los Mandamientos o que probablemente Dios estuviera cabreado conmigo porque ya nunca rezara por el VIEN del alma de papá, del alma de mamá ni de ninguna de nuestras almas pero ahora estuviera rezando por esto. Recé más de lo que había rezado para que Brandy Crowe mantuviera la boca cerrada. Recé más de lo que solía rezar todas las noches para que mi padre me quisiera.

Dejó de besarme.

–Harley –oí cómo su voz me llegaba desde la oscuridad–, ¿alguna vez te han hecho una mamada?

Solamente la pregunta estuvo a punto de hacerme perder el control. Intenté pensar en cosas asquerosas para poder aguantar. El culo gordo de Rick saliendo de Shop Rite balanceándose. Mike hijo corriendo por un campo de fútbol americano. Los muslos de Betty con una minifalda.

–No –contesté.

–¿Quieres que te haga una?

–Sí.

Se metió mi polla en la boca y en ese instante volví a creer en Dios. Había estado dudando de su existencia desde que mi madre había matado a mi padre,

no por lo que había supuesto para mí sino por lo que había supuesto para las niñas. No podía creer que Dios hiciera daño a seres inocentes. Sabía que Dios no tenía compasión. Sabía que no era razonable ni previsor. Pero nunca pensé que fuera un abusón. Decidí que prefería no creer en Dios que creer en eso.

Pero en ese momento supe que existía y que era bueno y generoso. Él me había dado a aquella mujer y ella era la respuesta. Si todos los hombres tuvieran a aquella mujer, no habría guerras, ni delincuencia, ni deportes de contacto.

Aún estaba en su boca cuando me quedé dormido.

Cuando me desperté se había ido. Seguramente tendría que habérmelo esperado. Esa vez me dejó una nota, dos cervezas y un sándwich. Puso que estaba durmiendo tan profundamente que no había querido despertarme, pero que tenía que llegar hasta su casa y que había una buena caminata. Nos veríamos en el mismo sitio el miércoles siguiente.

Me dolían todos los huesos del cuerpo de estar tumbado sobre el suelo de madera y me ardían las manos de clavarlas en los tablones astillados. De repente todo empezó a molestarme. Hacía demasiado frío. Estaba demasiado oscuro. Me esperaba una caminata de casi cinco kilómetros, gran parte de ella por el bosque. Pero lo que más me molestaba de todo era ella. Quería que volviera a chupármela. Quería que preparáramos nubes tostadas con chocolate y galletas. Quería una Rolling Rock y ella me había traído Miller de bote.

Me vestí y salí a tomarme las cervezas y el sándwich fuera. También había dejado la linterna. Me senté en medio de las vías oxidadas y las recorrí con la mirada preguntándome dónde terminarían realmente. No en California. Seguro que llevaban a una explanada llena de chatarra.

Se oyó un crujido en el bosque, detrás de mí. Volví la cabeza rápidamente.

—¿Callie? —dije en voz baja.

Encendí la linterna y moví el haz de luz por los árboles con la esperanza de pillar a un ciervo de ojos aterciopelados. Nada.

La apagué. Entonces oí el ruido de algo que se movía. Sonó demasiado grande para ser una mofeta. Demasiado torpe para ser un ciervo. Demasiado rápido para ser un mapache. Demasiado decidido para ser un perro.

Entonces uno de los árboles se agitó al tiempo que se oían un silbido y un chillido humano. Intenté volver a encender la linterna a tientas, pero, antes de que pudiera hacerlo, una figura de aspecto fantasmal se liberó de las ramas del árbol y salió volando. Emitió otro chillido y, al pasar volando, volvió hacia abajo su blanca cabeza con forma de corazón.

Una lechuza, pensé aliviado. Una lechuza que no ulula.

Seguí comiendo, olvidando momentáneamente que había algo rondando por ahí. No había sido la lechuza. Lo que me había sorprendido la primera vez estaba trágicamente pegado a la tierra.

Betty estaba muy simpática cuando llegué, seguramente porque nuestra sesión anterior había terminado con mi ataque y no esperaba verme en una temporada.

Me dejé caer en el extremo del sofá, me puse a mirar por la ventana y durante la primera media hora sólo le dirigí gruñidos y gestos de indiferencia con los hombros.

En el aparcamiento había mucha gente entrando y saliendo de las oficinas de las autoridades de tráfico. También había un montón de gente entrando y saliendo de los servicios para el tratamiento de los trastornos de la conducta. La mayoría eran mujeres. Debía de ser temporada alta. Estaban todas psicológicamente traumatizadas ante la perspectiva de ponerse el biquini. Y no era para menos. Eran unas focas. Excepto una. Era guapa. Llevaba unos pantalones cortos blancos y una camiseta negra. Tenía unas piernas bonitas y el pelo dorado y brillante como el de Jody. Ya estaba morena.

La vi salir del edificio y caminar hasta su coche. Un flamante Camaro verde oscuro. Me pregunté qué le pasaría. ¿Miedo a las alturas? ¿Miedo a romperse una uña? ¿Miedo al Wal-Mart? A lo mejor se estaba hartando de los personajes de su telenovela favorita.

No la conocía, pero la odiaba. Ni siquiera me importaba que estuviese buena. Si hubiera intentado ligar conmigo, habría vomitado. Yo sólo deseaba a Callie.

Sin embargo, no tenía claro si la quería. Estaba todo el tiempo pensando en ella. La mayor parte del tiempo pensaba en follar con ella, pero a veces pensaba en lo que me hacía sentir con sólo hablar conmigo o mirarme: no me sentía especial ni me daba la sensación de que la impresionara o de que me necesitara. Quizá me sentía aceptado. Callie era una cosa más de mí mismo que no estaba bien pero que aun así me gustaba.

Vi a la mujer pararse delante de la puerta de su coche y buscar las llaves en el bolso. Tenía un buen culo, pero nada comparado con el de Callie. El de Callie podría haber sido un altar.

—Harley, ¿has oído lo que he dicho?

Últimamente había empezado a pensar en lo que sería casarme con ella. En cómo sería esa clase de vida. Sexo todos los días. Mamadas a la hora de comer. Alguien que me hiciera la comida, me limpiara la casa y me cuidara.

Daba igual si la quería o no. Por lo que había visto del matrimonio, la mujer

tenía que querer al hombre pero el hombre sólo tenía que querer lo que la mujer hacía por él.

–¿Harley?

No iba a poder aguantar hasta el miércoles. A lo mejor no hacía falta. No tenía que estar casado con ella para ir a verla a la hora de comer. Podría ir al día siguiente.

–Harley, ¿estás ahí?

Podría chupármela en mi camioneta.

Unos dedos hicieron un chasquido delante de mi cara. Les pegué un manotazo antes de darme cuenta de lo que eran. Betty apartó la mano.

–Perdona –dijo–, no pretendía enfadarte.

–No estoy enfadado.

Se echó hacia atrás en su butaca lentamente, descruzó las piernas, volvió a cruzarlas cambiando la de arriba por la de abajo y se colocó la falda. La de ese día era corta. Qué suerte la mía. Verde menta y con flores blancas. Toda tableada como una persiana de lamas.

–¿Te parecía atractiva esa mujer? –me preguntó.

–¿Qué mujer?

–A la que estabas mirando con tanta atención.

–No la estaba mirando.

Las venas de las piernas de Betty parecían garabatos. Siendo psiquiatra, le podrían haber venido muy bien. Sus pacientes le podrían haber leído los muslos en lugar de leer manchas de tinta.

–De acuerdo, no la estabas mirando –dijo para seguirme la corriente–, pero sí te has fijado en ella. ¿Te parecía atractiva?

Me cubrí los ojos con la visera de la gorra.

–No.

–¿Por qué no?

–No sé, porque no.

–A mí me ha parecido atractiva.

–Entonces te dará pena que se haya ido.

Tenía una gran maraña de venas moradas en el muslo derecho que no le tapaba la falda. Las examiné. Vi espaguetis. Vi un montón de lombrices de tierra. Vi a un bebé asfixiándose con su cordón umbilical.

–Venga, Harley –me animó–, trátame como si fuera una persona y no tu terapeuta. Sólo somos dos personas pasando el rato y charlando. A mí me ha parecido atractiva, a ti no. ¿Por qué no?

–Estaba morena.

–¿No te gustan los bronceados?

–Sólo estamos a finales de mayo. Un bronceado así significa que acaba de

volver de vacaciones o que va a un sitio a broncearse.

–Y, por lo que veo, ninguna de las dos cosas te parece bien.

–Significa que es rica o que es una presumida.

–Ya. ¿Y no crees que estás haciendo suposiciones sin fundamento y generalizando?

–Sí.

Vi la confluencia de los ríos Monongahela, Susquehanna y Allegheny en un mapa de carreteras.

–¿Te parece que eso es ser justo con ella?

Me encogí de hombros.

–¿Sería justo que alguien viera cómo vas vestido y diera por sentado que eres basura blanca?

Casi me eché a reír al oír su manera de decir «basura blanca». Lo dijo como si no fuera una expresión hecha, como si hubiera podido decir «basura verde» o «basura azul» y para ella hubiera significado lo mismo.

–¿Te molestaría eso?

–No.

–Pero ¿es una manera justa de sintetizar tu personalidad? ¿Eres basura BLANCA?

–Da igual –le dije–. La gente tiene que juzgar a los demás basándose en las apariencias. No nos queda otra. No podemos oler la personalidad como hacen los perros.

Me sonrió. Aparté la mirada de su cara y volví a fijarla en su pierna. Vi tripas de marmota.

–Eso es verdad, pero podemos hablar unos con otros –dijo–. ¿No sería una forma mejor de juzgar a una persona?

Me volví otra vez hacia la ventana frunciendo el ceño. Su goma de borrar empezó a dar golpecitos en su libreta. Me habría gustado tener huevos para cogerla y clavársela en el ojo.

–¿Qué te resulta atractivo del físico de una mujer?

–¿Qué clase de pregunta es ésta?

–Sólo es una pregunta.

–Su cuerpo –contesté.

–¿Qué de su cuerpo?

–Que es un cuerpo de mujer.

–No, quiero decir qué te gusta en concreto.

–Sólo eso.

–Entonces te gusta cualquier cuerpo de mujer. Te da igual que pese más de la cuenta o que sea una anciana o...

–No, no –la interrumpí, sacudiendo la cabeza al imaginarme a todas las

clientes de Shop Rite haciendo la compra desnudas-. Lo que quiero decir es que, si tiene un buen cuerpo, no hay una parte que me guste más que las otras.

-¿Y si tuvieras que escoger una parte? ¿Cuál sería?

La miré. Estaba esperando mi respuesta con el cuerpo inclinado hacia delante. Pensé que a lo mejor se estaba poniendo en plan juguetona conmigo, pero entonces recordé un artículo de una revista femenina que había leído una vez en la sala de espera de la cárcel de mamá sobre lo mucho que dice sobre los hombres cuál es la parte del cuerpo que más les gusta.

El artículo usaba palabras más finas, pero básicamente decía que los hombres que están obsesionados con los culos -incluso los de mujer- son maricas que no han salido del armario. Los hombres que están obsesionados con los pechos desean a sus madres. Los hombres que están obsesionados con las piernas de las mujeres querrían ser mujeres ellos mismos. No hay hombres que estén obsesionados con los coños porque en realidad les tenemos miedo.

Seguramente Betty había leído el mismo artículo. Probablemente fuera un capítulo de uno de los libros que tenía en su consulta de verdad.

-Su boca -dije.

-Su boca -repitió sorprendida.

-¿Podemos dejar de hablar de estas paridas? -solté-. No quiero hablar de paridas.

-Está bien, Harley. ¿De qué quieres hablar?

-Sabía que ibas a decir eso.

-Es tu sesión, no la mía.

-Es la sesión del estado de Pensilvania -dije con tono de enfado-. ¿No te dan unas pautas sobre los temas de los que se supone que tenemos que hablar?

Se apoyó en el respaldo de su butaca y me miró fijamente.

-Sí, más o menos. Pero me apuesto lo que quieras a que tampoco quieres hablar de ninguno de esos temas.

Me sudaba el cuero cabelludo. Me quité la gorra y la dejé en la mesa, al lado de la caja de kleenex. Hasta ese momento no había sacado las manos de los bolsillos de la chaqueta.

-¿Qué te ha pasado en las manos? -preguntó Betty poniendo un gesto de asombro-. Parece que has atravesado un cristal.

Bajé la vista y me miré las manos. Los arañazos de Misty estaban desapareciendo, pero tenía las palmas hechas una pena.

-Me clavé un montón de astillas -expliqué-. Supongo que no me las saqué muy bien.

-¿Astillas? ¿Qué estabas haciendo?

Me paré a pensarlo.

-Romper unos tabloncillos del suelo -contesté.

–¿Te echaste algo para que no se te infectaran?

–Estoy bien –dije.

Betty no podía parar de mirarla, así que volví a metérmelas en los bolsillos de la chaqueta de papá. Entonces no dejó de mirar los bolsillos. Me estaba poniendo nervioso. Pensé que iba a acercarse a su escritorio y a sacar un botiquín. ¿Sería uno cutre de plástico como el que tenía mi madre en el armario de las medicinas? ¿O sería un maletín de médico de piel marrón oscura a juego con su agenda?

–Está bien, hay algo de lo que quiero hablar –dije para apartar su atención de mis manos.

Me miró sorprendida y con un gesto de satisfacción, como si hubiera descubierto un brote en una planta que pensaba que iba a morir.

–Dime –contestó.

–¿Cómo puede ser que a un niño le guste alguien que le pega? O sea, ¿cómo le puede gustar pasar tiempo con esa persona?

–¿Te gustaba a ti pasar tiempo con tu padre? –preguntó.

–Yo nunca pasaba tiempo con mi padre. YO no le gustaba a él.

Una gran bandada de pequeños YO apareció de repente delante de mis ojos. Se elevaron desde el regazo de Betty y revolotearon por la habitación como mariposas. Intenté llevar la cuenta de los que había, inclinando la cabeza y pestañeando, pero eran demasiados.

–No estoy hablando de lo que hacía YO –continué mientras los observaba pasar silbando de un lado a otro de la habitación–. Sólo quiero saber, haciendo una suposición sin fundamento o generalizando, cómo puede pasar.

–Bueno –empezó a decir mientras se daba dos golpecitos en la frente con el bolígrafo–, cada niño reacciona a los malos tratos de una forma distinta. Algunos se vuelven retraídos. Otros, abiertamente hostiles. Otros, autodestructivos. Pero algunos aceptan los malos tratos gustosamente. Se sienten mejor cuando son maltratados. Es lo que reciben de su padre maltratador en lugar de cariño y acaban necesitándolo.

–¿Estás diciendo que un niño puede llegar a querer que le peguen?

–En cierto sentido, sí.

–¿Puede empezar a creer que está bien? ¿Que es moralmente correcto?

–¿Tú pensabas que estaba bien que tu padre te pegara?

–No estoy hablando de lo que pensaba YO –volví a recalcar.

–Puedes contestar a la pregunta de todas formas.

Expulsé aire nerviosamente. No quería perder los papeles. No quería que Betty saliera corriendo a traerme un vaso desechable de agua. No quería dar un PASO IMPORTANTE. Quería que fuera la hora de comer del día siguiente.

–No me parecía que estuviera bien –dije sin ninguna emoción–, pero me

parecía que era normal.

Sabía que me iba a pedir que elaborara un poco más mi respuesta, así que me apresuré a lanzar otra pregunta. Era una difícil de hacer. Tenía que concentrarme en otra cosa y dejar que mi voz pronunciara las palabras sin que yo las entendiera.

–¿Y los niños que han recibido abusos sexuales?

Vi los YO aterrizar en el alféizar de la ventana uno tras otro hasta quedar todos juntos formando un colorido grupo, como un tocado de plumas indio.

–¿Pueden pensar que eso está bien?

–¿Que está bien pero que no es normal? –preguntó Betty.

–No –sacudí la cabeza con frustración–. ¿Pueden pensar que es normal? ¿Pueden pensar que no es algo malo?

–¿Estás hablando de Misty?

Su pregunta me golpeó como un puñetazo a traición. Me costó recuperar la voz y controlarla.

–¿Qué sabes tú de Misty?

–Muy poco, ya que la traté durante un período muy corto –contestó frunciendo el ceño.

Que Misty y Jody hubieran dejado la terapia era un tema delicado con Betty, pero es que acabó siendo demasiado complicado. Yo no podía pedir permiso en el trabajo para llevarlas cuando tenían consulta y, además, las dos odiaban ir. Misty solía desaparecer en el bosque y a Jody tenía que meterla en la camioneta berreando y pataleando.

Amber quería ir a sus sesiones. Incluso se organizaba con sus amigos para que la llevaran y la recogieran.

Betty continuó:

–Pero en las pocas sesiones que tuvimos sí que me dio la sensación de que Misty creía que los malos tratos de tu padre a todos vosotros estaban justificados. No pensaba que fueran algo malo, si prefieres decirlo así.

Me quedé callado y Betty empezó a dar golpecitos con el bolígrafo en la libreta.

–¿Quién recibió abusos sexuales, Harley? –preguntó con la actitud distante de alguien que estuviera rellenando un formulario.

–Ninguno de nosotros –contesté sobresaltándome.

–¿Y Amber?

–¿Amber?

La garganta se me cerró totalmente, como me pasaba cuando veía a papá escuchando a mamá contarle cómo le había ido el día.

–Mi padre y ella nunca estaban a solas –objeté–. Cuando Amber estaba en

casa, se aseguraba de que siempre hubiera alguien más con ella en la habitación. Le tenía pánico a mi padre. Lo odiaba.

–¿Y por las noches?

–Amber lo odiaba –repetí sin hacer caso a su pregunta.

–¿Sí?

–Sí –contesté, asombrado de que pudiera preguntármelo siquiera.

–¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez lo has hablado con ella?

–No necesito hablarlo con ella. Yo siempre estaba delante cuando le pegaba.

Lo veía.

–¿Qué sentías hacia tu padre cuando pegaba a Amber?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No entendía de dónde habían salido.

–Me daba pena.

Betty echó el cuerpo hacia delante.

–¿Te daba pena tu padre, no Amber?

Asentí con la cabeza.

–¿Qué sentías hacia Amber?

–¿Qué quieres decir?

–¿Te enfadabas con ella? ¿Pensabas que se lo merecía? ¿Querías ayudarla?

–Quería consolarla.

–¿Cómo crees que se sentía ella cuando veía a tu padre pegarte a ti?

–No lo sé.

Cada pregunta era como una piedra que me tiraban a la cabeza. Me tapé la cara con las manos magulladas. Las heridas que me había hecho con la navaja que llevaba en el bolsillo me escocieron por la sal de las lágrimas.

–Seguramente no le gustara –dije con las manos en la boca.

–¿Crees que ella quería consolarte?

Seis segundos. El científico de la televisión había dicho que el cielo se iluminaría con un resplandor como el de mil soles y que, para cuando quisiéramos girar la cabeza para mirarlo, ya se habría producido una colisión de la intensidad de diez mil bombas de Hiroshima.

Lo vi venir, dirigiéndose hacia mí a toda velocidad. Mi cabeza se llenó de una fuerte luz blanca que borró la imagen que había detrás. No tuve la oportunidad de identificarla. De saber si era un recuerdo o un sueño. Estaba ciego, pero seguía sintiendo. Amber. El suave roce de su cuerpo contra el mío. Su sumisión. El olor del brillo de labios de sandía.

La colisión se produjo antes de que pudiera entenderlo todo. Cuando recobré el conocimiento estaba hecho un ovillo en el suelo, temblando y sollozando, pero había sobrevivido y, como cualquier superviviente de una enorme catástrofe, me sentí afortunado. Nadie habría podido convencerme de que habría sido mejor morir en el acto.

Betty estaba arrodillada delante de mí. Las lágrimas no me dejaban verle bien la cara, pero vi sus ojos juveniles. Vi toda su vida de joven en ellos. Ahora se alegraba de ser mayor. Se sentía aliviada.

Noté cómo me ponía las manos en el brazo.

–No pasa nada, Harley.

¿Tuvo papá seis segundos? Él no lo vio venir. Mamá se le acercó sigilosamente por detrás y acabó con él. No tuvo elección. Era un arma grande. No habría podido sacarla de repente y pillarle desprevenido. Tampoco habría podido enfrentarse a él cara a cara. Si lo hubiera intentado, se habría quedado allí parada con el arma temblando en las manos y él se habría acercado a ella y se la habría quitado como si fuera otra factura que no podían pagar.

–No pasa nada –repitió Betty.

Me levanté del suelo y me puse a dar vueltas por la habitación dando traspiés, buscando a ciegas mi gorra y un YO.

–Harley, por favor, tranquilízate. No te vayas corriendo otra vez.

Cogí la gorra de la mesa. No encontré ni un solo YO.

–Necesitas hablar de esto.

–No –exclamé.

–Te sentirás mejor.

–No quiero sentirme mejor.

Salí disparado hacia la puerta.

–Por favor, no te vayas, Harley –me gritó.

Pero ya me había ido y esa vez supe que era mejor no mirar atrás.

En Yee's había tres clientes. Aquélla era la vez que más lleno lo había visto. Jack Yee no pareció alegrarse de verme tanto como habitualmente. Tampoco los clientes parecieron alegrarse demasiado. La mujer de Jack levantó la vista de su periódico y después volvió a hundir la cara en él sin saludarme con la mano.

Pedí el rollito de primavera de Misty y un pollo al general Tso para mí. Se suponía que estaba ahorrando –todavía necesitaba cien dólares para acabar de pagar la contribución–, pero no conseguía librarme de la sensación que había tenido en la consulta de Betty de que se aproximaba una catástrofe. Cualquier comida podía ser la última y no quería que fuesen perritos calientes y macarrones con queso.

Jack Yee se metió en la cocina y me preparó el paquete con el pedido él mismo. Tuve que pedirle la galleta de la suerte y la sombrilla de Jody. Al salir, me miré en el cristal de la puerta para ver qué era lo que miraba todo el mundo con tanta atención. No me habría venido mal ducharme, afeitarme y dormir una noche entera, pero, quitando eso, seguía siendo YO.

Volví a meterme en la camioneta y me lancé sobre el pollo inmediatamente. Jack me había dado seis tenedores de plástico, tres juegos de palillos y unas

veinte bolsitas de salsa de soja y salsa agridulce. Casi podía oler su nerviosismo en la bolsa con el fondo grasiento.

El pollo estaba bueno, pero no espectacular. Seguro que Callie podía hacerlo mejor. Si estuviera casado con ella, también estaría todo el día cocinando para mí.

Terminé de comer y aplasté la caja antes de tirarla al suelo de la camioneta. Rebotó en el libro del Instituto de Arte de Chicago y aterrizó al lado de la foto de la boda de papá y mamá. Nunca lo había pensado hasta entonces, pero si ésa era la mejor foto que tenían de su boda, era bastante lamentable: mamá a punto de vomitar porque estaba embarazada de mí y papá sin poder tenerse en pie de la borrachera porque mamá estaba embarazada de mí. Yo siempre había dado por supuesto que papá estaba sonriendo a algún amigo. Ahora me pregunté si no sería el tío Mike y si éste ya sabría que aquello no era una buena idea. ¿O estaba mirando al abuelo? ¿Estaba diciendo: «Mírame, viejo cabrón asqueroso, tengo un trabajo y una mujer, y tú que siempre me decías que nunca conseguiría ninguna de las dos cosas»? Iba a dejar la foto allí enterrada en la basura el resto de mi vida. La muy cabrona era demasiado simbólica para andar jugando con ella.

Me tomé mi tiempo para conducir hasta casa. Ahora que tenía el estómago lleno no tenía ninguna prisa y, desde luego, no me apetecía ver a las niñas.

No había visto a ninguna por la mañana. No había vuelto de la oficina minera hasta las cinco. Elvis se había puesto como loco en mi camioneta, donde lo había encerrado para que no las despertara con los ladridos cuando me fuera y cuando volviera.

Lo había dejado salir, le había rascado durante un buen rato y me lo había llevado adentro. Habíamos compartido un resto de carne picada para *sloppy joes* que había dejado Amber en la cocina la noche anterior.

Ni siquiera me había molestado en intentar dormir un par de horas. Me había ido a dar una vuelta con la camioneta y a contar vírgenes. Al amanecer era cuando más hermosas se veían, mirando plácidamente la hierba empapada de rocío alrededor de sus pies. Siempre estaban rodeadas de un montón de trastos –ciervos de cerámica con los hocicos rotos, bebederos para pájaros, figuras con forma de jinetes de carreras, un caleidoscopio de esferas reflectantes, patos con molinillos de viento en las alas, figuras de madera de mujeres agachadas enseñando la ropa interior–, pero siempre parecía que estaban solas.

Había contado siete. La única de las antiguas, las de plástico, era la de los Shank. Al volver a casa desde Yee's, aminoré la velocidad al pasar por delante de su casa como había hecho por la mañana y admiré su túnica azul celeste y sus labios salmón. Aquélla era la única de las vírgenes que se atrevía a mirar a Dios y estaba contenta con Él. Su sonrisa me dio esperanzas.

Al subir con la camioneta por el camino del Tuntún me sentí aún mejor. Los árboles formaban un silencioso túnel de hojas. Los rayos del sol se colaban entre ellas, dibujando rayas en el aire y creando una danza de puntos blancos de luz en el camino de tierra lleno de surcos. El ataque en la consulta de Betty desapareció en algún rincón recóndito de mi mente. Todo desapareció. Con el estómago lleno, el balanceo de la camioneta y la verde calma, estuve a punto de quedarme dormido.

Fui despacio al acercarme a lo alto de la cuesta, con la esperanza de ver un ciervo alejarse dando brincos o el brillo trémulo de la cola de un faisán. Lo que vi fue una camioneta aparcada delante de nuestra casa. No era la del tío Mike. Aparte de él, las únicas personas que se dejaban caer por allí venían enviadas por algún organismo del Estado o atraídas por el culo de Amber.

Había un chaval con el pelo de dos colores y con tres pendientes en la oreja, una pulsera de cáñamo y un collar de cuentas sentado en el capó bebiéndose un bote de Red Dog y fumando un cigarrillo. Miró hacia mí, pero no me dirigió un saludo con la cabeza, una sonrisa ni ningún gesto con la mano para indicar que me había visto. Aquello me pareció de mala educación.

No me había fijado en que Jody y Misty estaban en el porche. Cuando salí de la camioneta, Jody atravesó el jardín corriendo, con el rostro surcado de lágrimas, y se lanzó contra mis piernas. Misty no la siguió, pero se levantó y dejó que nuestras miradas se encontraran, el mayor contacto que habíamos tenido desde el día que le había quitado el dinero.

–¿Qué está pasando? –pregunté, poniéndole las manos en los hombros a Jody pero mirando al chaval de la camioneta.

–Amber se va a ir de casa –berreó Jody.

–¿Quién cojones eres tú? –le grité al chico.

Se quitó la lata de cerveza de la boca lentamente. Tenía los ojos sin brillo y la sonrisa de suficiencia bien ensayada de alguien que pasaba mucho tiempo en habitaciones oscuras y llenas de humo pensando en sí mismo.

–¿Quién cojones eres tú? –me gritó él.

Hice ademán de dirigirme hacia él, pero Jody me tenía abrazadas las piernas con tanta fuerza que no podía moverme.

–No dejes que se vaya Amber –gritó–. Por favor, Harley, no dejes que se vaya.

–No te preocupes, no se va a ir a ningún lado –dije.

Me la quité de las piernas y me acerqué al chico con aire amenazador.

–Te he preguntado quién eres.

Se terminó la cerveza y tiró la lata en mi jardín.

–Soy un amigo de Amber –contestó antes de volver a ponerse el cigarrillo en la boca–. Tú debes de ser su hermano el chico de los recados.

Esperé a que mi mano saliera disparada como había estado haciendo últimamente, pero no pasó nada. Me quedé mirándola con cara de tonto.

–No le pegues, Harley –dijo Jody al llegar hasta mi lado.

–¿Pegarme? –dijo el chico riéndose.

–Sólo dile que se vaya.

–Pégale –gritó Misty desde el porche.

La puerta de casa se abrió de golpe y Amber salió arrastrando una maleta y con su almohada en la mano. Al verme se detuvo. La cara se le puso pálida y los ojos se le volvieron negros por alguna furia indescriptible que bullía en su interior.

–Venga –le gritó el chico–, tengo hambre. Vámonos.

Me acerqué a ella, sin pensar.

–¿Qué estás haciendo?

–Te dejo.

–¿Cómo dices?

–Ya me has oído.

La agarré del brazo con mi mano dolorida. Se soltó con una sacudida.

–No me toques –dijo ferozmente.

–Amber, ¿qué está pasando?

–No pienso seguir viviendo contigo –contestó, antes de darse la vuelta y añadir con desprecio–: Me das asco.

Jody se acercó, se metió entre nosotros y le rodeó la cintura a Amber con los brazos.

–No te vayas –dijo lloriqueando.

–Lo siento, Jody. Yo no me quiero ir, pero tengo que hacerlo. Todo es culpa de Harley. Enfádate con él.

–¿Yo qué he hecho? –grité.

Cogió sus cosas y salió corriendo hacia la camioneta del chaval. El chico no movió ni un dedo para ayudarla. Tendría que haberle llevado las cosas. Tendría que haberla consolado. Tendría que haberle abierto la puerta. Estaba fumando y viendo cómo se le movían las tetas.

–Tú sabes lo que has hecho –gritó Amber volviéndose hacia mí.

Jody me tiró del brazo.

–Harley, dispárale a las ruedas –suplicó.

–No pasa nada, Jody.

–Sí que pasa.

Amber tiró su maleta a la parte trasera de la camioneta y se subió a la cabina con la almohada. Cerró de un portazo e inclinó la cabeza, llorando. Su amigo se tomó su tiempo para bajarse del capó.

–No dejes que se vaya –me rogó Jody.

–Volverá.

–No, no va a volver.

Le puse el brazo sobre los hombros a Jody. Estaba llorando tanto que le temblaba todo el cuerpo.

–Ese chico sólo quiere una cosa de ella y, cuando la haya conseguido, la va a dejar tirada en algún aparcamiento.

–¿Quiere su almohada?

Miré a Jody y contemplé todo el amor y la confianza que brillaban en sus ojos. Yo no pensaba tener niños. Les tenía demasiado respeto.

–Sí –contesté.

–¿Irás a buscarla al aparcamiento?

–Sí, iré a buscarla.

–Bueno –dijo sorbiéndose la nariz–. ¿Seguro?

–Sí.

Subió las escaleras del porche y se sentó pesadamente en el primer escalón.

–Todo esto es culpa de Misty –refunfuñó.

Misty estaba de pie en el otro extremo del porche. No dio ninguna muestra de haber oído a Jody. Le dije que tenía el rollito de primavera en la camioneta. Tampoco dio ninguna muestra de haberme oído a mí, pero se acercó a la barandilla del porche, pasó por encima y se fue andando por el jardín.

No quería preguntarle a Jody qué había querido decir. Había sobrevivido a una catástrofe, no estaba preparado para otra. Pero cometí el error de mirar a Misty para asegurarme de que estaba bien. Llevaba en la mano la bolsa de Yee's, pero lo único que vi fue el brillo cutre de las piedras rosas falsas de la muñeca. De repente me di cuenta de que no recordaba haberla visto nunca sin el collar desde el día que se lo había puesto.

Volvió al porche. Le dio a Jody su galleta de la suerte y su sombrillita de papel rosa y se llevó lo demás adentro. Jody partió la galleta.

–«Recibirás buenas noticias por correo» –leyó. Arrugó la nariz–. Qué tontería. Eso no lo dijo Confucio. En sus tiempos ni siquiera tenían correo. Sólo tenían la voz.

–Creo que tienes razón –dije mientras me sentaba a su lado–. Yo creo que Confucio no escribió todas las frases de las galletas de la suerte. Sólo las buenas.

Se la quedó de todas formas. La dobló por la mitad y se la metió cuidadosamente en el bolsillo de la chaqueta vaquera con flecos a lo Pocahontas.

Seguía sin querer preguntarle lo de Misty, pero vi el collar de gato en mi cabeza, triste y feo por lo que tenía de necesario, como una peluca poco favorecedora. Ahora Misty era responsabilidad mía.

–¿Por qué has dicho que Amber se ha ido por culpa de Misty?

Su mirada se volvió pensativa y se quedó observando una de las huellas de las bastas sandalias de Amber que se estaba endureciendo en el barro.

–Hoy, cuando Amber ha vuelto de clase, Misty le ha dicho algo y ella se ha enfadado un montón. Estaba tan enfadada que hasta ha llorado.

–¿Qué le ha dicho Misty?

–No lo sé. Se han metido en su habitación y han cerrado la puerta, pero era sobre ti. He oído tu nombre muchas veces.

De repente se levantó y se acercó a un tulipán que estaba saliendo de la tierra como una bala morada. Se arrodilló e inclinó la cabeza sobre la flor como si fuera a darle un beso.

–Le he pedido a Misty que me lo contara, pero ha dicho que era un secreto –me dijo mientras volvía a las escaleras. Se sentó con un profundo suspiro de abatimiento–. Misty sabe guardar los secretos mejor que nadie. Me ha dicho que yo no iba a saber guardarlo.

–Tú guardaste el secreto del dinero de mamá –le recordé.

–Misty dijo que, si lo contaba, mamá y papá tendrían la pelea más grande del mundo y se divorciarían.

Levantó la mirada hacia mí. La gente siempre hacía comentarios sobre su pelo de Bella Durmiente, pero sus ojos eran su rasgo más llamativo. Eran de un tono gris suave y aterciopelado y concedían el beneficio de la duda a todo el mundo.

–¿Crees que tendría que haberlo contado? –me preguntó.

–Creo que habría dado igual –eché el cuerpo hacia atrás y estiré las piernas. Las crucé a la altura de los tobillos, haciendo todo lo posible por parecer relajado–. ¿Le has guardado otros secretos a Misty?

–Puede.

–Oye, cuando Misty te dice que hay algo que no le puedes contar a nadie, no se refiere a mí.

–Sí que se refiere a ti.

–¿Te dice que no me lo cuentes a mí?

–Me dice que no se lo cuente a nadie. Tú eres alguien.

–¿Alguna vez te ha pedido que le guardaras un secreto sobre una camiseta que se manchó un montón de sangre?

–¿Dices la noche que mamá disparó a papá?

La mano me dio un brinco al lado del cuerpo. El corazón se me aceleró de la sorpresa.

–¿Misty se manchó la camiseta de sangre esa noche? –pregunté con naturalidad.

–Sí, pero eso no era un secreto. Mamá lo sabía.

Me levanté. Los latidos del corazón me retumbaban en los oídos. Sentía el

corazón en la garganta. Me temblaban las yemas de los dedos. Seis segundos. TIC TAC.

–¿Cómo se manchó la camiseta de sangre?

–Al abrazar a papá. Me dijo que se iba a poner bien, pero yo lo vi y sabía que no estaba bien.

–Misty no abrazó a papá –dije con cautela–. La ambulancia ya se lo había llevado cuando el policía y yo la trajimos del centro comercial.

–Ya lo sé.

–Misty estaba en el centro comercial. La vi con mis propios ojos.

–Ya lo sé. La llevó mamá.

–Claro que la llevó mamá, ¿cómo iba a llegar hasta allí si no?

Me acerqué a la barandilla. Apoyé las manos destrozadas en ella y la apreté. El dolor tuvo el mismo efecto que si me hubieran despertado de un sueño pellizcándome. De pronto comprendí cuál era la otra pregunta que tenía que hacer.

–¿Cuándo la llevó mamá? –pregunté.

–No lo sé. Todavía no sé decir la hora.

–¿Fue antes o después de la pelea de papá y mamá?

–Después.

–Después –dije.

–Después –dijo ella.

–¿Estás diciendo que mamá llevó a Misty al centro comercial después de disparar a papá?

Jody asintió con la cabeza.

CUATRO segundos. TIC TAC. Me aparecieron gotas de sudor en la frente y me empezaron a caer por la cara.

–¿Estás diciendo que mamá disparó a papá, lo dejó tumbado en la cocina muerto y después metió a Misty en la camioneta y la llevó al centro comercial?

–Creo que sí.

–Eso no tiene sentido, Jody. Te debes de estar confundiendo. Sólo tenías cuatro años cuando pasó. Y estabas en estado de shock. Estuviste seis meses sin hablar, ¿te acuerdas de eso? ¿De cuando no hablabas con nadie?

–Me acuerdo.

Empecé a caminar de un lado para otro. Mis botas hacían el mismo ruido inútil que las de papá cuando contemplaba la perspectiva de un día lleno de cemento.

Tres segundos. TIC TAC.

Me arrodillé al lado de Jody en el porche.

–¿Qué hizo mamá cuando volvió del centro comercial?

–Sacó una pala del cobertizo y se fue al bosque. Yo pensaba que iba a

enterrar a papá.

–¿Enterró la camiseta de Misty?

Me miró con un gesto de curiosidad.

–¿Para qué iba a enterrar la camiseta?

–¿Tenía la camiseta de Misty? –insistí.

–No lo sé. No la veía bien. Estaba en la caseta del perro.

–¿La viste volver?

–Sí.

–¿Y qué hizo?

–Guardó la pala y se metió en casa. Enseguida vinieron los coches de la policía. ¿Estás enfadado conmigo?

–¿Por qué no le contaste a la policía que Misty estaba en casa cuando mamá disparó a papá?

–No me lo preguntaron.

Dos segundos. TIC TAC. ¿Por qué iban a preguntárselo? Uno de sus agentes acababa de recogerla en el Orange Julius y mamá acababa de entregarse.

–¿Estás bien, Harley? Tienes mala cara. Tienes la misma cara que cuando fuimos a visitar a mamá.

–Estoy bien –dije cogiendo aire con nerviosismo y sonriendo con valentía.

Un segundo.

Alargué las manos de repente y estreché a Jody entre mis brazos justo a tiempo. Ella también me abrazó y yo cerré los ojos aliviado mientras veía a Donny subido a un pastelito Zinger en llamas interceptar a Misty con una camiseta con un girasol llena de sangre y hacerla estallar en mil pedazos.

Amber no volvió hasta el sábado por la mañana. Yo estaba fuera serrando el trozo de tubo de papá cuando una de sus amigas llegó con su coche y la dejó en casa. Amber atravesó el jardín caminando con dificultad, llevando la maleta penosamente con las dos manos, intentando no mirarme.

Elvis se acercó a ella trotando y agitando la cola y la olisqueó de arriba abajo. Yo podía olerla desde donde estaba: sexo y McMuffin de huevo.

Parecía cansada y vi que tenía un pequeño moratón entre la mandíbula y el cuello.

–¿Dónde está el príncipe azul? –le grité.

–Que te jodan –dijo cuando pasó por delante de mí.

–He alquilado tu habitación –le dije–. Vas a tener que dormir en una de las casetas de los perros.

Soltó la maleta y se tropezó con ella al intentar venir a por mí.

–Esto es provisional –gritó mientras se levantaba y se frotaba la rodilla a través de los vaqueros rotos–. Me voy a ir en cuanto pueda organizarlo.

–Por Dios, Amber, ¿qué es lo que te pasa?

Me levanté y doblé los dedos de mis doloridas manos. No me las había curado muy bien. Las tenía hinchadas y las heridas de las astillas se me estaban enconando. Me pregunté si Callie me las chuparía.

–Si quieres irte de casa, no puedo impedírtelo, pero ¿por qué ahora?, ¿por qué estás tan cabreada conmigo?

–No quiero seguir viviendo contigo, eso es todo. Quiero vivir con Dylan.

–Dylan –dije escupiendo la palabra–. ¿Cómo narices vas a vivir con DYLAN? ¿No se darán cuenta sus padres de que hay un cuerpo de más en su cama?

–Se gradúa la semana que viene y él y un par de amigos se han comprado una caravana entre los tres.

–Ah, estupendo. Genial. Tú en una caravana con tres tíos. ¿Te los vas a tirar a los tres a la vez o le tocará una noche a cada uno?

–Te odio.

Volvió a donde estaba la maleta y la levantó haciendo un gesto de dolor. Me di cuenta de que le costaba moverla porque estaba dolorida. Recordé cómo me sentía yo después de una de las palizas de papá. Me despertaba con moratones en partes de mi cuerpo en las que no sabía que me había pegado.

–¿Qué te ha hecho? –le grité.

–Nada.

–Amber...

Se detuvo y se dio la vuelta con un suspiro de agotamiento. Hasta el colibrí que asomaba por la parte trasera de sus vaqueros de cintura baja parecía un poco menos verde aquel día.

–¿Por qué entregas tu cuerpo a gilipollas como ése? –dije bajando un poco la voz–. Ni siquiera les haces ganárselo.

–Lo quieren –contestó rotundamente.

–Pues claro que lo quieren. Eso no quiere decir que tengan que conseguirlo.

–Mira quién fue a hablar.

–¿Qué?

Se metió en casa, demasiado cansada para dar un portazo por una vez en su vida. Me pasó por la mente una imagen de su cuerpo desnudo en la ducha, con la piel llena de magulladuras como si un pintor impresionista la hubiera llenado cariñosamente de violentas pinceladas en tonos verdes grisáceos, amarillos y violetas. Tendría que haber querido matarlo a él, pero quería matarla a ella. Quería romperle su bonito cuello y poner fin a todo aquello en ese momento, como si alguien apagara una serie mala de televisión a la mitad.

Hacía fresco. Había sudado mucho al serrar el tubo, pero al parar comencé a temblar. En mayo había hecho muy buen tiempo, lo que seguramente significara que las dos primeras semanas de junio iban a ser frías y lluviosas. Detrás de las colinas, el cielo estaba tomando un color gris grafito.

Volví a arrodillarme y cogí la sierra. Elvis siguió royendo una rama que había traído del bosque. Era el doble de larga que su cuerpo.

No levanté la vista cuando oí la puerta de casa abrirse y volver a cerrarse. Había cogido buen ritmo. Cuando hubiera serrado el tubo hasta dejarlo tan a ras del suelo como pudiese, lo cubriría con tierra y señalaría su ubicación con una losa, como una tumba.

Las zapatillas de lona rosa de Jody aparecieron en mi campo visual. Bajó una lata de Red Dog para que la viera.

–¿De dónde has sacado eso? –pregunté después de cogérsela.

–Amber tiene un montón en su maleta. Me ha dicho que te trajera una. Tenías razón –añadió mientras se sentaba pesadamente en la hierba y cruzaba las piernas como los indios–, el chico sólo quería su almohada.

Abrí la lata y me bebí la mitad de la cerveza de un trago.

–¿Cuántas ha traído?

–No sé, como cien o doscientas. Esta noche vamos a hacer una fiesta de pijamas. Amber, Misty y yo. Lo ha dicho Amber. Vamos a poner sacos de dormir en el suelo y a comer palomitas y ver la tele y contar historias de miedo y pintarnos las uñas.

–¿Misty? –pregunté.

–Está contenta de que haya vuelto Amber. Le ha dicho que huyendo de ti no iba a solucionar nada.

–¿Qué narices...? ¿Le has contado a Misty lo que estuvimos hablando el otro día en el porche?

–¿De qué estuvimos hablando?

–¿Le has dicho que me contaste que estaba en casa la noche que papá y mamá tuvieron la gran pelea?

–Ella ya sabe que estaba en casa.

–No me refiero a eso. ¿Le has dicho que me lo contaste?

–No. ¿Quieres que se lo diga?

–No, no quiero que se lo digas.

–¿Por qué no?

–Porque no.

–¿Y si me lo pregunta?

–¿Por qué iba a preguntártelo?

–Tú me lo preguntaste.

–Tú no hables con ella de nada.

–¿Por qué no?

Elvis dejó de roer la rama y levantó las orejas. Se oyó el ruido de un motor procedente de la calle. Me levanté, preguntándome si DYLAN tendría la desfachatez de venir a buscarla. O quizá venía a buscar su cerveza.

–Es Esme –anunció Jody, entusiasmada–. Vamos a ir al Lick n’ Putt.

Salió corriendo por el jardín, dando gritos y agitando la mano con tanta fuerza que se le balanceaba todo el cuerpo.

No estaba seguro de lo que debía hacer. Había ido a casa de Callie el día anterior a la hora de comer y no estaba. Tampoco había ido a Shop Rite a hacer su compra de los viernes por la noche. Estaba empezando a pensar que me estaba evitando, pero no podía ser así si iba a llevar a Jody al Lick n’ Putt. Podría irme con ellas. No podríamos hacer nada en una pista de minigolf, pero tendría que agacharse un montón.

El Grand Cherokee de su marido llegó hasta nuestra casa, con su marido al volante.

Aquello ya fue bastante horrible por sí solo. Mi día quedó arruinado en ese momento. Hasta entonces había conseguido mantener a Callie apartada de mi mente porque sabía que no podría verla hasta el lunes –tenía pensado ir a hacerle otra visita a la hora de comer–, pero ya estaba pensando en ella otra vez. Ahora estaba todo emocionado imaginándomela inclinada para ayudar a Zack a colocarse para golpear la bola. Lamiendo un helado de cucurucho. Aun así, seguramente podría haberlo controlado. Seguramente podría haber seguido con

lo que estaba haciendo y haber serrado el tubo con más ganas, pero el tipo apartó su todoterreno y abrió la puerta.

Se me hizo un nudo en el estómago y me bebí el resto de la cerveza de un trago. Esperaba que se hubiera enterado de lo nuestro. Habría podido enfrentarme a una pelea, pero no me veía capaz de ponerme a hablar del tiempo con él.

Me quedé en medio del jardín esperando a ver si sonaba un coro de trompetas cuando se bajara del coche, si su físico era como el de Schwarzenegger o si tenía querubines volando a su alrededor como Zeus. Era el hombre que poseía a Callie Mercer. El hombre que dormía con ella desnuda en la misma cama todas las noches. El hombre que comía sus chuletas de cerdo. En cierto modo, era mi ídolo. Me había esperado a un hombre de proporciones épicas.

Me fijé en todos los detalles: las facciones regulares, el pelo corto y moreno, el físico normal. No era alto. No era bajo. No era viejo ni joven. Podría haber sido un banquero con ropa informal o basura BLANCA con ropa de gala, con unas botas de montaña de color champán, unos vaqueros nuevos y una camisa de trabajo roja descolorida encima de una camiseta gris.

Le abrió la puerta del asiento trasero a Jody, que se metió de un salto. Después se volvió y me gritó: «¿Qué hay?», antes de rascar a Elvis entre las orejas y darle un par de palmadas en el costado.

Mis pies echaron a andar por la hierba. Los vi moverse y noté cómo el resto de mi cuerpo iba detrás.

Me tendió una mano.

–Tú debes de ser Harley. Soy Brad Mercer –dijo. El tipo no podía ser más simpático.

Empecé a alargar el brazo, pero entonces recordé que tenía una excusa para no darle la mano. Se la enseñé.

–Vaya, ¿qué has hecho, la has metido en un avispero?

–Astillas –contesté.

–Vaya –dijo sacudiendo la cabeza–. Deberías ir al médico a que le echara un vistazo.

–No tengo seguro médico –le dije, no sé por qué.

–¿No te lo cubre ninguno de tus dos trabajos?

–Uno sí, pero mi sueldo se quedaría en nada...

Sacudió la cabeza.

–Qué horror.

–No todos podemos ser banqueros –dijo.

Se echó a reír. Yo lo había dicho en serio.

–Menos mal –contestó–, imagínate un mundo en el que sólo hubiera

banqueros.

–¿No te caen bien?

–No especialmente.

–Pero es lo que eres tú.

–Ya.

–¿No te gusta tu trabajo?

No esperaba que contestara. Me estaba comportando como un capullo. Estaba intentando que dijera algo malo de su mujer para poder recordarle que se lo debía todo a ella.

–Yo quería dedicarme a la enseñanza –explicó–, pero toda la gente que conocía me decía que era una mala idea. Hice algunas asignaturas de empresariales en la universidad por si acaso. Trabajé un par de años en un banco. Estaba listo para dejarlo y probar otra cosa, pero entonces conocí a la hija del jefe cuando salía de su despacho y la banca dejó de parecerme tan horrible.

Tenía una buena sonrisa. Lo que la gente llama una sonrisa sincera. Una sonrisa de niño. A las mujeres les gustan esas sonrisas. Seguramente eso era lo que le gustaba a Callie de él. Y quería ser profesor. Probablemente eso significara que era inteligente y que le gustaban los libros y el arte. Todavía no sabía si tenía ese poderosísimo sentido del humor que todas las mujeres guapas del mundo dicen que es tan condenadamente importante aunque luego todas se casan con tíos ricos sin ningún sentido del humor.

–Tenéis una vista genial desde aquí –comentó.

–El terreno no es nuestro –contesté inmediatamente.

–¿Para qué ibas a querer que lo fuera? –dijo–. Sólo significa que tendrías que pagar impuestos por él. Nadie va a amenazar ese terreno. Todas las compañías mineras se han ido. ¿Quién va a querer construir aquí, en el quinto pino? Tenéis una situación genial.

–Pensaba que igual era tuyo. Bueno, de tu mujer.

Negó con la cabeza.

–Callie tiene unas veinte hectáreas de terreno que le dejó su abuelo, pero está todo al norte de aquí, al otro lado de Black Lick Road.

–¿Son de ella? ¿De ella sola?

Asintió con la cabeza, poniendo una sonrisa sincera de niño.

–Yo sólo soy su inquilino.

En ese momento se bajó una de las ventanillas traseras del todoterreno.

–Venga, papá –le pidió Esme.

–Venga, venga, venga –corearon Zack y Jody detrás de ella.

–¿Te parece bien que llevemos a Jody al Lick n’ Putt? –preguntó–. He

hablado con tu hermana por teléfono esta mañana. Me ha dicho que aún estabas durmiendo, pero que seguro que no te importaría.

–¿Está tu mujer sola en casa?

–No, ha salido. No sé adónde ha ido. De vez en cuando necesita desconectar un poco de la casa y los niños, pero yo no puedo pasar tiempo suficiente con los enanos. Muchas noches trabajo hasta tarde. Viajo mucho.

–¿Tienes algún viaje próximamente?

–Dentro de poco me voy un fin de semana a jugar al golf. Creo que es el último de junio.

–¡Papá!

–Más vale que vaya –volvió a sonreír–. Me alegro de haberte conocido por fin, Harley.

Volvió a tenderme la mano. Se la estreché por instinto. Sentía una extraña confianza con él, como de compañeros de vestuario. Habíamos estado dentro de la misma mujer y aquello era un poco como compartir una toalla mojada.

–Perdona –dijo bajando la mano y mirando la mía–. Cuídate esa mano.

–Sí.

Se acercó a su todoterreno.

–Igual os llueve –le grité.

–Si se pone a llover, nos tomaremos un helado en vez de jugar al minigolf.

Cerró la puerta, encendió el motor y bajó la ventanilla.

–¿Seguro que no sabes dónde está tu mujer? –pregunté.

–No, ¿por qué? ¿La necesitas para algo?

–No importa –dije.

Dijo adiós con la mano. Los niños hicieron lo mismo. Elvis salió corriendo detrás del todoterreno y los tres se pusieron como locos. Sabía exactamente cómo era el ruido que había dentro del todoterreno y me alegré de estar fuera porque me dolía la cabeza de beberme la cerveza demasiado rápido. De repente dejaron de dar brincos y se quedaron quietos en sus asientos. Estaba seguro de que Brad Mercer les había hecho ponerse los cinturones. Algo me decía que era uno de esos padres atentos.

Mi predicción se cumplió: teniendo a Callie en la cabeza y una cerveza en la sangre, terminé de serrar el tubo en la mitad de tiempo.

Fui al cobertizo, cogí la pala con la que mi madre había enterrado la camiseta de Misty y eché tierra sobre lo que había quedado del borde picudo del tubo. Después volví a poner el sofá encima antes de entrar en casa.

Amber tenía la radio puesta a todo volumen. Tenía la puerta cerrada, pero la casa entera vibraba con los graves. La puerta de Misty también estaba cerrada.

Me paré delante de la puerta de Amber y la aporreé. Le grité que abriera. Bajó el volumen, pero la puerta siguió cerrada.

–Voy a salir –grité a través de la puerta–, así que asegúrate de estar aquí cuando vuelva Jody.

Silencio. Después la radio apagándose del todo. Después unas pisadas furiosas. Después la puerta abriéndose de golpe.

Se había cambiado los vaqueros por una camiseta ancha y unos pantalones cortos de franela. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta cobriza con forma de fuente.

–Está claro que no pierdes el tiempo –me soltó hecha una furia.

Di un paso atrás.

–¿De qué estás hablando?

–Es de mal gusto y pervertido y asqueroso e inmoral.

–¿El qué?

–No puedo ni mirarte. Me dan ganas de vomitar.

Cerró de un portazo. Esperé un segundo para ver si añadía algo más. Seguramente los arrebatos de Amber fueran lo más cerca que estaría en mi vida de ver un espectáculo en directo. Volvió a subir la radio y me di la vuelta para marcharme.

Misty estaba en el pasillo bebiéndose un Mountain Dew. Era una niña con un aspecto completamente normal que no estaba haciendo nada fuera de lo común, pero me pegó un buen susto. Me alejé de ella dando un paso atrás sin pensar.

–Tengo que hablar contigo –dijo.

–¿Eh?

Se quedó plantada en el pasillo.

–¿Es un mal momento? –preguntó.

Me sentía raro. Tenía un mal sabor de boca. Me di cuenta de que tenía miedo, pero no sabía de qué.

–Iba a salir, pero puedo hablar un minuto –dije.

Levantó la lata verde hasta los labios y volvió a bajarla.

–¿Sigues enfadado por lo del dinero? –me preguntó.

–No.

La lata siguió subiendo y bajando una y otra vez con extrema lentitud. Ese día llevaba las uñas moradas. Con la débil luz del pasillo, parecía que se había pillado los diez dedos con una puerta y que ahora tenía las uñas muertas y a punto de caerse. Las piedrecitas del collar de la muñeca eran transparentes pero sin brillo, como hielo sucio. No tenía más motivos para tenerle miedo a ella que para tenérselo a una alcachofa.

–Quiero preguntarte una cosa –continuó–, pero antes quiero que me prometas que vas a tener una mentalidad abierta.

–Yo no tengo una mentalidad abierta.

–Inténtalo –dijo clavando sus ojos castaños en los míos.

Sus palabras de amenaza me tranquilizaron. Quizá fuera a contarme lo que había pasado realmente la noche en que mamá disparó a papá. Quizá fuera a contarme lo que había pasado realmente entre papá y ella. Quizá fuera a contarme lo que estaba pasando con Amber.

–Quiero hacerme un tatuaje.

–¿Qué?

–Un tatuaje.

–¿Un tatuaje?

–Sí.

Me recorrió una sensación de alivio. Aquella revelación también era repugnante, pero era algo que estaba preparado para manejar.

–Ni hablar –dije.

–Venga, Harley, ¿por qué no?

–Eres muy pequeña.

–Sabía que ibas a decir eso –dijo con la voz tranquila pero con irritación–. Ésa es la respuesta fácil para escurrir el bulto. Mucha gente de mi clase tiene tatuajes. Hay un local en el centro comercial donde se los hacen a los mayores de doce años con el consentimiento de los padres. Lo hacen muy bien. Nadie ha pillado ninguna enfermedad.

–No.

Respiró hondo.

–Anda...

Era lo más parecido a una súplica que le había oído a Misty en mi vida. El tono de desamparo era inquietante.

–¿Te ha metido Amber esa idea en la cabeza? –le pregunté.

–Amber ni siquiera sabe que me lo quiero hacer. No quiero que lo sepa.

–¿Por qué no?

–No quiero que piense que estoy copiándome. Sólo quería hacerme uno porque me gusta cómo quedan. Pensé que quizá tú lo entenderías, señor Instituto de Arte de Chicago.

No tuve ocasión de decirle nada más. Su cara y sus ojos perdieron toda su expresividad y su faceta sociable desapareció con el aire amenazador de una momia volviendo a su tumba en silencio y con determinación. Se fue a su habitación para estar sola, pero el acto fue más simbólico que necesario.

En cuanto cerró la puerta, me dirigí a mi camioneta. Tenía el motor al ralentí cuando se abrió la puerta de casa y Amber salió al porche, con la cara de color rojo teja y dos círculos de rímel húmedo alrededor de los ojos.

–Sé adónde vas –gritó.

Después volvió a entrar en casa y cerró de un portazo.

No me alteré. No podía saberlo. Ella ni siquiera estaba en casa el día anterior cuando había llamado a Betty y le había pedido que me ayudara a conseguir un permiso para ver a mamá.

La sala de espera de la cárcel parecía la sala donde se realizaban las pruebas de un concurso de Pequeña Miss Pedofilia. Había muchas más niñas que niños, no sé por qué. A lo mejor las mujeres propensas a cometer actos delictivos dan a luz a más niñas que niños. A lo mejor hay algo salvajemente femenino en sus hormonas que les permite matar a los hombres tanto dentro como fuera del útero.

O a lo mejor era porque los adultos que los llevaban allí eran sobre todo mujeres y pensaban que las niñas podrían aprender algo.

Consideré las dos razones mientras me quedaba de pie en la puerta sintiéndome como un trozo masticado de carne gris que alguien había escupido en un plato de galletas de Navidad. Nunca había visto tantos lazos dorados, bisutería barata y botones perlados juntos, salvo en la sección de manualidades del Wal-Mart, adonde llevaba todos los años a Jody a comprar material para hacer tarjetas de San Valentín.

Todo el mundo se quedó mirándome. Las conversaciones de los adultos se interrumpieron. Las revistas se apoyaron. Los niños pequeños dejaron de hacer el caballito en los regazos. Los mayores levantaron la vista de los dibujos de última hora que estaban coloreando o de las Game Boys o los Polly Pockets con los que estaban jugando.

Me miré para asegurarme de que no tenía la bragueta abierta o los cordones desatados. Tenía manchas de hierba en los vaqueros y suciedad debajo de las uñas. No recordaba cuándo me había afeitado o peinado por última vez. Mis días y mis noches habían empezado a difuminarse hasta formar una gran mancha pegajosa.

Todas las sillas estaban ocupadas. Era sábado. Di una vuelta por la sala, intentando encontrar un centímetro cuadrado que no oliera a ceras de colores o a chicle. Al final me quedé de pie detrás de dos mujeres que no parecían haber llevado a ningún niño. Una llevaba unos vaqueros pitillo, botas camperas rojas y una camiseta de tirantes de terciopelo morado. La otra iba vestida como una agente inmobiliaria de las que salen en la televisión, con una chaqueta de color mostaza y unos zapatos cómodos y prácticos. Los únicos sitios del mundo en los que no habrían desentonado sentadas juntas eran un autobús urbano o la sala de espera de una cárcel.

Me apoyé en la pared que había detrás de ellas y me convencí a mí mismo de

que yo no tendría que esperar mucho. Casi toda la gente estaba esperando para entrar a una Sala de los Abrazos. Yo iba a hacer mi visita a través del plexiglás.

Habría sido imposible entrar de no haber sido por Betty. La había llamado el jueves, después de mi conversación con Jody en el porche y antes de mis perritos calientes y macarrones con queso.

No le di detalles. Le dije que tenía que ver a mi madre. Que había llegado el momento de CERRAR AQUEL CAPÍTULO. Después le expliqué que no había sido del todo sincero con ella sobre mi otra visita a mamá: que me había alterado un poco, nada demasiado extraordinario, un poco como me comportaba a veces con ella, y que cuando había recobrado el conocimiento, estaba tumbado en un catre en un despacho que parecía la enfermería de un colegio, con un señor de Relaciones con las Internas y una psiquiatra que me hablaban con voces de comentarista de golf e intentaban que les dijera que mi madre me había agredido. No lo consiguieron. Les dije que llevaba unos días sin encontrarme bien, pero aun así decidieron que mamá debía estar seis meses sin recibir visitas.

Cuando terminé de hablar, hubo un largo silencio. Pensaba que Betty se iba a cabrear conmigo, pero se cabreó con la CÁRCEL. La forma en que lo dijo me recordó a cuando el responsable de los créditos del calendario de paisajes de ensueño me habló del BANCO y me dijo que el BANCO no podía tener consideración conmigo y con mis hermanas pero que al BANCO le habría gustado poder ayudarnos.

Según Betty, la CÁRCEL tendría que haber estado al corriente de que era un adolescente que estaba recibiendo tratamiento psiquiátrico y que no había visto a mi madre desde el día en que la vi salir de un juzgado hacía casi dos años para empezar a cumplir una cadena perpetua. La CÁRCEL tendría que haber hablado con Betty primero. La CÁRCEL podría haberme causado graves daños emocionales y tendría que hacer todo lo posible por rectificar.

Dijo que ella se encargaría de arreglarlo, pero me hizo prometer que pediría cita con ella lo antes posible después de aquella visita. Dijo que me vería en fin de semana o un día a la hora de comer si no me daban permiso en el trabajo. Prometí que pediría cita. No prometí que acudiría.

Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos. Cuatro días para volver a ver a Callie. CUATRO. A menos que intentara verla el lunes a la hora de comer. O a menos que Jody fuera a jugar a su casa después del minigolf y Callie la trajera después y yo saliera y me acercara hasta su coche con toda naturalidad para darle las gracias y entonces le suplicara que quedáramos en la oficina minera esa noche y que se trajera las cosas para preparar nubes tostadas con chocolate y galletas.

CUATRO. El número destelló como los fognazos de una serie de disparos

delante del fondo negro que tenía frente a los ojos. Al mirarlo se me revolvió el estómago. Entonces desapareció y vi los labios de Callie inclinándose sobre mí. Tenían pegada una gota perfecta de aspecto lechoso. Me besó y probé el sabor de mí mismo.

Yo no le devolví el beso y ella se apartó decepcionada. Me echó de la manta, la dobló y la metió en la mochila. Cerró la neverita y se puso las bragas. Quería decirle que no se fuera, pero estaba muerto o dormido. Empezó a alejarse.

No había hecho nada por ella. Absolutamente nada. Con razón se había ido. Pensé en cómo había sonreído el día que lo habíamos hecho encima de la mesa. Con una sonrisa que decía que estaba satisfecha.

Abrí los ojos y vi a las dos mujeres.

–No sé –dijo la de las botas camperas–, me cuesta mucho saber si lo dice en serio o no.

La que iba vestida como una agente inmobiliaria asintió con la cabeza.

–La última vez que vine a verla me dijo que la cárcel no es tan diferente de la vida de casada, sólo que aquí tiene más tiempo libre y el sexo es mejor.

Las dos se echaron a reír. Vi cómo la habitación empezaba a dar vueltas y se oscurecía. Me fallaron las rodillas y me senté en el suelo. Las dos mujeres estiraron el cuello por encima de los respaldos de sus sillas.

–¿Te encuentras bien? –preguntó la agente inmobiliaria.

–Sí –dije tragando saliva un par de veces.

–No tienes muy buena cara, cielo –dijo la *cowgirl*–. ¿Has venido con alguien? Negué con la cabeza.

–¿A quién vienes a ver?

–A mi madre.

–Ay, pobre.

–¿Quieres sentarte aquí? –preguntó la agente inmobiliaria mientras se levantaba.

–No, gracias –dije–. Mejor me quedo aquí.

Resultó que quedarme allí fue lo peor que podía haber hecho, ya que todos los niños de la sala se acercaron a ver cómo estaba y fue deprimente de narices. Algunos llegaban hasta mi lado, se quedaban mirándome sin decir nada durante unos segundos y se iban. Algunos se asomaban tímidamente desde detrás de la silla de la *cowgirl*, soltando risitas o con actitud escéptica.

Solamente me habló una. Era más o menos de la edad de Jody y tenía una melena castaña que no le habían cepillado en mucho tiempo y una cara que podría haber sido mona si hubiera sonreído alguna vez, pero me daba la sensación de que nunca lo hacía. Tenía agujeros en las orejas. Llevaba los párpados pintados de color lavanda con purpurina y los labios rosa fosforescente. Tenía tatuajes de mentira en el dorso de las manos y en una

mejilla. El de la mejilla había sido un unicornio, pero ahora se le estaba borrando y parecía roña o un moratón. La barriga de niña le asomaba entre unos vaqueros blancos y una camiseta naranja del color de una señal de peligro con la palabra COOL escrita en el pecho con letras verdes onduladas.

–¿Por qué estás sentado en el suelo? –me preguntó.

–No hay sillas –contesté–. ¿Por qué vas maquillada?

–Porque así estoy más guapa –respondió inmediatamente.

–¿Para qué quieres estar guapa?

–No sé.

–No estás más guapa así –le dije.

Me observó durante unos instantes para ver si hablaba en serio y después bajó la cabeza. Parecía verdaderamente dolida. Me alegré. Quería herir sus sentimientos. Enfadándola sólo habría conseguido que se fuera a casa y se echara más mierda en la cara.

–Sí que lo estoy –dijo con un tono no demasiado convincente.

–No.

Me di cuenta de que la *cowgirl* y la agente inmobiliaria estaban escuchando.

–Te va a traer problemas. ¿Tú sabes lo que son los métodos anticonceptivos?

Las dos mujeres se volvieron y me miraron.

–No –contestó la niña.

–Bueno, pues más vale que lo aprendas.

–Disculpa –dijo la agente inmobiliaria–, ¿qué le estás diciendo a esta niña?

Hice como si no la hubiera oído.

–¿Qué son los métodos esos? –preguntó la niña.

–Sirven para no quedarte embarazada. ¿Sabes lo que es eso?

–Es cuando tienes un bebé.

–Exacto. ¿Sabes cómo te quedas embarazada?

La agente inmobiliaria me lanzó una mirada feroz y me dijo que parara. Se levantó de su asiento y preguntó quién había venido con aquella niña.

–Sé que hay que tener novio. Al menos así es como lo hace mi mamá.

–Eres una chica lista –le dije.

Tenía razón: era mona cuando sonreía.

–Si tienes novio, tienes todas las papeletas para quedarte embarazada –expliqué.

–¿Qué quiere decir que tienes todas las papeletas?

–Que va a ocurrir. Que no puedes evitarlo.

–Pensaba que las papeletas eran lo que te dan en una rifa.

–Sí que eres una chica lista –le dije.

Volvió a sonreír.

–Mi profesora dice que no aprovecho el tiempo.

–La próxima vez que te diga eso, pregúntale si ella aprovecha todo el tiempo que se pasa sin trabajar todos los veranos.

–¿Eh?

–Jamie, ¿se puede saber qué estás haciendo?

Una mujer muy delgada, con cara de rata, con demasiado pelo y demasiados derechos inalienables, se acercó a nosotros con aire malhumorado. Agarró a la niña del brazo, cerca del hombro.

–Aléjate de él.

–Me estaba contando cómo quedarme embarazada –explicó la niña, que ni siquiera pareció darse cuenta de que la mano le tenía el brazo aprisionado como la banda de un tensiómetro.

–Aléjate de ella, pervertido –me espetó la mujer.

–¿Eres su madre? –pregunté.

–No es asunto tuyo quién soy yo.

–¿Eres tú quien la deja maquillarse e ir vestida como una fulana?

Se quedó boquiabierta. Mostró toda la indignación que podía mostrar alguien vestido con una camiseta de las carreras de destrucción de coches de Penns Ridge. El eslogan de ese año había sido: «¡PIM! ¡PAM! ¡PUM! ¡EL SIGUIENTE, GRACIAS!».

–La pervertida eres tú –le dije sin alterarme–, por dejarla llevar esa pinta.

–Voy a avisar a un guardia –dijo.

–Dice que no me queda bien el maquillaje –comentó Jamie sin mover ni un dedo. Parecía saber que cualquier movimiento haría que la mano la apretara más fuerte.

–Seguramente tu madre no estaría en la cárcel ahora mismo si nunca hubiera llevado maquillaje –seguí explicándole.

–No le hagas caso, Jamie. Él no sabe nada de ti ni de tu madre.

–Yo lo sé todo sobre ti, Jamie.

Cuando dije su nombre, me miró como si le hubiera sacado un huevo de detrás de la oreja.

–Te vas a quedar embarazada porque crees que si follas con tíos te van a querer y tú quieres que alguien te quiera porque crees que nadie te quiere.

–Cállate –gritó la mujer.

–Voy a traer a un guardia –dijo la agente inmobiliaria.

–El tío que te deje embarazada tampoco te va a querer, porque va a ser demasiado imbécil para darse cuenta de lo que vales, pero tú vas a creer que es porque no eres lo suficientemente guapa.

–¿Qué quiere decir, tía Kathy? –preguntó Jamie levantando la vista hacia ella.

La tía Kathy le tiró del brazo y empezó a llevársela a rastras.

–Lo peor que puedes hacer es casarte con él –continué, levantando la voz

para que me oyera-, pero, hagas lo que hagas, tu vida estará acabada. Ya está acabada si sigues llevando esa pinta.

-¿Quieres decir que estaré muerta? -dijo sin quitarme los ojos de encima en ningún momento.

-Deja de hablar con él -dijo la tía Kathy mientras le daba otro tirón.

-Estarás viva por fuera -me puse dos dedos bajo los ojos y tiré hacia abajo para que me viera la parte roja asquerosa del interior de las cuencas-. Y muerta por dentro -añadí.

-¿Como un zombi?

-Sí.

-Yo no quiero ser un zombi.

La tía Kathy le dio un último tirón bien fuerte y le pegó un azote en el trasero.

-He dicho que dejes de hablar con él.

La puerta se abrió y la agente inmobiliaria entró seguida de un guardia que llevaba en la mano una tablilla portapapeles. No parecía mucho mayor que yo. Llevaba el pelo rapado y unas gafas de sol negras reflectantes a pesar de estar dentro de un edificio. Eso siempre era mala señal.

Me levanté. No quería darle ninguna razón legítima para ponerme las manos encima.

-Ponte un implante de éstos -seguí diciéndole a Jamie-. Póntelo cuando cumplas diez años.

El guardia se apostó dentro de la sala. No vino a por mí. Me hizo un gesto con la mano para que sacara el culo de allí.

-A mi hermana le vino la regla a los once -dije al pasar junto a Jamie.

Algunas de las mujeres abrazaron a sus niñas con actitud protectora cuando pasé por delante, pero otras se pusieron a asentir con la cabeza sin darse cuenta al oír mis comentarios, como hacían en el programa de Oprah cuando oían algo que les resultaba familiar.

-Fuera de aquí -dijo el guardia.

-Deberías estar en la cárcel por dejarla llevar esa pinta -dije desde la puerta, dirigiéndome a la tía Kathy por última vez-. Lo digo en serio. En la cárcel. Que le den por culo a la Asociación Nacional para la Defensa de los Derechos Civiles.

-Fuera -ladró el guardia.

Cuando estuve fuera de la sala, empecé a temblar. Crucé los brazos y me puse las manos debajo. Siempre parecían temblarme más que el resto del cuerpo y no quería que el guardia se diera cuenta. Respiré hondo un par de veces.

Me miró de arriba abajo y carraspeó.

-¿A quién vienes a ver? -preguntó.

–A mi madre.

Pasó una hoja en su tablilla.

–¿Cuál es el nombre de la reclusa?

–Bonnie Altmeyer.

–¿Y tú eres...?

–Harley.

–Debería echarte de aquí por ese numerito, Harley.

–Sólo estaba intentando ayudar.

Se puso la tablilla debajo del brazo.

–¿Crees que decirle a una niña que empiece a utilizar métodos anticonceptivos cuando cumpla diez años es ayudar?

–Sí –dije.

Volvió a observarme, pero sus gafas no me dejaban saber lo que estaba pensando.

–Ven conmigo –dijo finalmente–. Tienes diez minutos.

Me condujo a una sala con cabinas grises hechas de metal de armario archivador. En cada una había un visitante sentado al borde de una silla de vinilo gris duro con el respaldo recto. La mayoría eran hombres. No les veía la cara, pero todos estaban encorvados hacia delante con actitud atenta y hablando en voz baja.

Me sorprendí al ver que mamá ya estaba sentada en mi cabina. Al verla esperando con expectación al otro lado del plexiglás con su uniforme amarillo descolorido y con las manos juntas y apoyadas en el mostrador, me dio la sensación de que tenía que pedirle entradas para la primera sesión de la tarde.

–¿Va todo bien en casa? –me preguntó, antes incluso de que pudiera sentarme. Su voz se oyó como si me estuviera hablando desde dentro de un capullo.

–Nadie ha disparado a nadie, si te refieres a eso.

Mi comentario la pilló desprevenida. Puso un gesto de sorpresa y después arqueó las cejas como si fuera a regañarme. Yo era su hijo y su primer impulso fue inculcarme disciplina, pero también era el hombre adulto que estaba criando a sus hijas y ocupándose de su casa, lo que la dejaba en deuda conmigo.

–¿Ese comentario pretendía tener gracia? –preguntó.

–Sí –contesté.

–Pues no la tiene.

–Pues lo siento. Supongo que tendría que haber perfeccionado mis habilidades para la conversación intrascendente carcelaria antes de venir.

–Harley, por favor. ¿Qué es lo que pasa?

–Nada.

–¿Qué haces aquí?

Me levanté bruscamente.

–Perdóname por haber venido.

–Siéntate –dijo, con firmeza de madre.

Mi cuerpo se resistió por instinto y después obedeció por instinto.

Ella me observó unos instantes, con una expresión que alternaba entre la preocupación y la exasperación.

–No quiero discutir contigo –dijo finalmente.

De pronto me di cuenta de que yo sí quería discutir. Empezaron a asaltarme todos los secretos y las mentiras. Todo el abandono y la traición. ¿Qué había pasado entre papá y Misty? ¿Qué había pasado realmente la noche que murió papá? Tenía tantas preguntas, importantes y triviales, que no sabía por dónde empezar.

–Tienes mala cara, cielo –la oí decir.

Levantó la mano sin pensar para tocarme la frente y ver si tenía fiebre y se dio contra el cristal, lo que nos sobresaltó como el golpe mortal de un pájaro al chocarse contra una ventana. Los dos pegamos un bote al oírlo.

–Estoy bien –le dije.

–Parece como si llevaras varios días sin dormir. ¿Cuándo fue la última vez que te duchaste o que al menos te cambiaste de ropa?

–Hace poco.

–¿Te estás dejando barba?

–Mamá, basta.

Me hundí las manos en el pelo. Pensé en arrancármelo y ofrecérselo con una oración, como una plegaria a una diosa de piedra. Ayúdame, mamá.

Cogí aire nerviosamente y volví a bajar las manos. Me noté los dedos grasientos de tocarme el pelo.

Me estaba mirando fijamente, con preocupación pero ahora sin rastro de compasión. Se movió en su silla. Me tanteó. Se preparó para el enfrentamiento.

Los dos estábamos pensando lo mismo: ¿qué ocurre cuando una persona a la que amas se convierte en el enemigo?, ¿la destruyes para salvarte a ti mismo o te unes a ella en su calvario?

–¿Por qué has venido, Harley?

Lo dijo con un tono de voz frío. Jamás la había oído hablarme así. En ocasiones la había hecho enfadarse tanto como para gritar, frustrarse tanto como para llorar, deprimirse tanto como para quedarse toda la noche despierta y comerse una tarta de queso Sara Lee entera, pero nunca había hecho que sintiera aversión hacia mí.

¿Qué estoy haciendo?, me pregunté aterrorizado. ¿De qué me iba a servir la VERDAD, a mí o a cualquiera? ¿Merecía la pena saberla si eso iba a hacer que mi madre me odiara? ¿Merecía la pena si iba a hacer que yo odiara a mi padre?

Podría haberme ido de allí en ese momento. Aún estaba a tiempo. Podría haber sido una de esas personas que sobreviven a un impacto escondiéndose en un refugio antiaéreo y pasar el resto de mi vida a oscuras, completamente armado, comiendo alimentos en conserva y diciéndome a mí mismo que todo iba bien.

–¿Tú sabías que Misty te había quitado el dinero? –las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas–. ¿Los mil dólares que tenías ahorrados para poder dejar a papá? ¿Tú sabías que había sido ella quien te los había quitado?

Los últimos rastros de dulzura desaparecieron de su rostro. Tenía la boca bien cerrada. Ya estaba lista para mí.

–Y lo ha tenido todo este tiempo –continué sin que me pidiera que lo hiciese–. Amber lo encontró en su armario la semana pasada. ¿Tú lo sabías?

Mamá sopesó sus alternativas. Supe que estaba pensando en mentir, pero no podía negar la existencia del dinero.

–Creí que había sido tu padre quien había cogido ese dinero –dijo lentamente.

–Pues no, fue Misty.

Esperé. Se puso a mirarse las uñas. No iba a decir nada más. Yo no podía creerlo.

–Mamá –insistí–. El dinero.

Levantó la vista y me miró.

–Supongo que os vendrá bien –dijo.

Fue una respuesta de listilla. Mi madre tampoco me había hablado así jamás.

Me empezó a invadir la sensación de estar totalmente solo en el mundo y por un momento estuve seguro de saber lo que se sentía al morir.

Me levanté de la silla y, con una cordura pasmosa, le dije:

–Muy bien, no me hables. Pero entonces se acabó lo de seguir cuidando a tus hijas.

–¿Cómo?

–Se acabó –le grité–. Se acabó –volví a gritar mientras golpeaba mi lado del cristal con la palma de la mano–. Voy a hacer las putas maletas y a largarme de aquí. Nadie puede detenerme.

Los ojos me escocieron al llenarse de lágrimas. Pestañeeé para intentar quitármelas, pero no dejaban de salir.

–Tú sabes que no vas a dejar a las niñas –contestó como si estuviera repitiendo un parte meteorológico poco interesante.

–¿Por qué no? Tú lo hiciste.

–¿De qué estás hablando? –me gritó: mi madre estaba empezando a

enfurecerse—. Yo no me fui porque quisiera. Mira a tu alrededor, esto no son precisamente unas vacaciones en los montes Pocono. Estoy en la cárcel.

—A ti te gusta estar aquí.

—Harley. Estás diciendo tonterías.

—No las quiero —grité de repente, esperando ver las palabras en el aire para que fueran ciertas—. No siento ninguna obligación hacia ellas. Soy su hermano, joder, no su padre. No es mi responsabilidad.

—Sí que las quieres —me rebatió—, pero también puedes quererlas sin vivir con ellas. Ésa no es la razón por la que no te vas.

—¿Por qué razón no me voy?

—Porque sabes dónde está tu sitio.

Nos quedamos mirándonos fijamente. No tenía claro si acababa de recibir un grave insulto o si me habían hecho el mayor halago que se le puede hacer a un hombre. No conseguía interpretar la expresión de su rostro, el único en el que siempre había confiado.

Respiró hondo y dejó salir la ira de su cuerpo echando el aire por la boca. La pérdida pareció dejarla envejecida y lisiada. Volvió a sentarse, con la temblorosa fragilidad de las personas muy mayores. Cerró los ojos.

—Vale, Harley. Misty cogió el dinero. ¿Qué más quieres que te diga? Estaba ahorrando para dejar a tu padre. Eso también lo sabes.

Se frotó la cara con las manos como si estuviera intentando limpiarse algo que se resistía a quitarse.

—Supongo que tiene sentido que fuera Misty quien lo cogió. Ella sabía que estaba pensando en dejarlo. No sé cómo, pero vino y me dijo que sabía que yo quería apartarla de él. Ésas fueron sus palabras. El resto de la familia no tenía nada que ver. Sólo era por él y ella. Me habló como si yo fuera su querida.

Se calló. Por el gesto de cautela de su rostro, supe que estaba segura de que había hablado demasiado.

Me recorrió un escalofrío. Vi el cadáver sucio y sanguinolento de una gatita blanca, con los ojos verdes y sin vida como dos canicas, tendido sobre la brillante hierba de primavera. La tuvimos tan poco tiempo que ni siquiera recordaba su nombre. Era uno de esos nombres poco originales. Bola de nieve. Pelusita. Princesa.

Mamá me miró. PRECIOSA. Vi la palabra grabada en plata en sus ojos. Ése era el nombre de la gatita.

Volví a dejarme caer en la silla. Ahora yo estaba listo para ella. Mi pasado me había enseñado que la fortaleza para enfrentarse a las atrocidades no se consigue siendo valiente sino alcanzando cierto grado de atontamiento.

—¿Qué había entre papá y Misty? —le pregunté.

Sus ojos adquirieron un tono gris uniforme, como si los hubiera pulido para

que yo grabara en ellos la imagen horrible que quisiera.

–Me lo debes –añadí.

–¿Que te lo debo? –su voz adoptó un tono de locura, casi fue una carcajada–. Yo no te debo nada.

–¿Cómo puedes decir eso? Eres mi madre.

–¿Y qué? ¿Qué quiere decir eso? ¿Tengo que darte amor? ¿Tengo que rendirte mi vida entera? Esas cosas no se pueden dar porque alguien te las exija. Sólo se pueden dar por voluntad propia.

–¿Qué estás diciendo? –pregunté mientras el miedo se iba apoderando de mí–. ¿Ya no quieres dar esas cosas?

–Lo hice lo mejor que supe, Harley. ¿Puedes intentar entenderlo? Fui tu madre lo mejor que supe y fracasé.

Se detuvo y tomó aire con aflicción, echando el cuerpo hacia delante como si le hubieran pegado un puñetazo. Cuando volvió a levantar la cabeza, tenía lágrimas cayéndole por las mejillas. Intentó sonreír a pesar de estar llorando, como la había visto hacer montones de veces cuando papá me pegaba, y sentí la misma mezcla nauseabunda y confusa de odio y necesidad que siempre había sentido hacia su amor incondicional y hacia su negativa a querer aceptar la realidad.

–¿Qué había entre papá y Misty? –insistí.

Quería que me dijera que era verdad. Que me dijera que ella lo sabía. Que nombrara lo innombrable. Que demostrara lo increíble. Haría a papá más merecedor de lo que le había pasado. Daría a mamá una mayor justificación por lo que había hecho. Me liberaría de parte de mi propio sentimiento de culpa. Ahora todo sería culpa de Misty. Mamá no lo había matado porque me pegaba a mí.

Pero ¿por qué lo habría mantenido en secreto? No tenía sentido. Recordaba una conversación en voz baja entre unos abogados. Si hubiera habido abusos sexuales, estaban diciendo, la pena sería más leve, y entonces los dos habían mirado a mamá como si fuera un trozo de pastel que les habría gustado que fuera un poco más grande.

–Yo nunca vi nada –dijo con un susurro entrecortado por el llanto.

–¿Se lo preguntaste a papá? –dije yo. Mi propia voz se entrecortó a mitad de la frase.

Se secó las mejillas con las yemas de los dedos y me miró con un gesto inexpresivo.

–¿Cómo se hace esa pregunta, Harley?

–¿Se lo preguntaste a Misty?

–¿Cómo se hace ESA pregunta, Harley?

Mantuve la mirada fija en el frente. Su cara se desvaneció tras mi propio

reflejo transparente en el plexiglás.

–¿Entonces nunca supiste nada con seguridad?

Se quedó callada.

–La única que lo sabía con seguridad era Misty –dije.

La palabra COOL serpenteó delante de mis ojos en letras verdes fosforescentes onduladas.

–Misty mató a papá –dije con una voz fría.

Mamá no contestó.

Me recorrió otro escalofrío, pero esa vez me hizo entrar en calor. Volví a ver la cara de mamá, plácida y sin vida ahora que había dejado de llorar y que la verdad había salido a la luz. Pensé en Blancanieves en su ataúd de cristal. Si vivía más que mamá, pensaba enterrarla bajo plexiglás.

–Misty mató a papá –repetí.

Fue una revelación tremenda, colosal, llena de trascendencia, pero fue una revelación cruel, no beneficiosa. No solucionó nada. No trajo de vuelta a papá. No trajo de vuelta a mamá. No dio respuesta a ninguna pregunta, planteó preguntas nuevas. Abrió la puerta a toda una serie de nuevas traiciones. El hecho de que no sintiera nada era una de ellas.

–No lo entiendo –dije–. No tenías por qué asumir la culpa por ella. A ella no le habría pasado nada. No es más que una cría.

–Harley, tú no lo entiendes.

–¿Quién la habría culpado por matarlo después de lo que hizo él? Los tribunales no le habrían hecho nada. Habría recibido ayuda. Necesita ayuda.

–Tú no lo entiendes –repetió mamá contundentemente.

–¿Te daba vergüenza? ¿No querías que nadie supiera lo que le había hecho papá a Misty?

–Harley, Misty no quería que tu padre muriera. Ella quería estar con él.

–¿Por eso dijiste que habías sido tú? ¿Para que no saliera en las noticias?

–Harley –gritó mamá–, me estaba apuntando a mí.

La cara de mamá cambió de forma, se volvió borrosa y se alejó de mí cayendo en un abismo insondable de COOLs serpenteantes.

–Quería matarme a mí –la oí explicar–. Tu padre se puso en medio sin querer.

Lo vi todo. Mamá en la cocina ajustando los fuegos y removiendo la comida de las cacerolas, hablando distraídamente de nosotros. Que las niñas la estaban volviendo loca después de todo el verano sin colegio. Que estaba preocupada por mí porque parecía que andaba perdido y que no tenía ninguna ambición, que quizá papá debería hablar conmigo sobre la posibilidad de buscar un trabajo.

Papá sentado en la mesa de la cocina, con los pies en calcetines encima de la

silla de enfrente, la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados, un gesto casi imperceptible de satisfacción en los labios.

De repente se levanta. ¿Para ir a la nevera a por una cerveza? ¿Para lavarse las manos antes de cenar? ¿Para darle un toquecito en el trasero a mamá?

Mamá vuelve la mirada al oír el ruido y ve a Misty en la sala de estar con un rifle apoyado en el hombro. En esa milésima de segundo lo comprende todo. Obtiene respuestas a preguntas que no sabía que tenía que hacer. De pronto entiende todas esas cosas imposibles que es Misty: tranquila pero violenta, omnisciente pero ingenua, nueva pero gastada, una sombra sin sustancia, una niña violada sin que su madre se diera cuenta.

Mamá claramente tuvo sus seis segundos. Papá no tuvo ni idea de lo que estaba pasando. Pobre Misty. Lo único que creía que se le daba bien era apuntar con un arma y la había cagado en el disparo más importante de su vida.

Me eché a reír. Cerré los ojos y vi COOL por todas partes.

No podía dejar de reírme. Era una sensación genial pero que al mismo tiempo estaba mal, como un polvo con una mujer que gritara.

Unas manos me agarraron bruscamente de los hombros y empezaron a levantarme de la silla. Levanté la vista y vi a mamá. Ya no estaba llorando. Tendría que haber estado llorando. Una vigilante se la estaba llevando.

–¡Voy a sacarte de aquí! –le grité. Sabía que me había oído porque negó con la cabeza–. No puedes esconderte de nosotros.

Me apartaron del cristal de un tirón. Quería estamparme contra él y dejar una mancha, como un mosquito en un parabrisas.

–Lo mejor que supiste no fue suficiente –grité–. Vas a tener que intentarlo otra vez.

–Vamos.

Alguien tiró de mí y me empujó, pero no muy fuerte. Reconocí la voz. Era la del guardia joven de las gafas.

–Vamos –repitió.

–Mi madre no lo hizo –le dije con tono apremiante mirando por encima del hombro–. Asumió la culpa por mi hermana. Mi hermana mató a mi padre.

Aquello no pareció impresionarlo.

–A veces pasa.

–Quiero sacar a mi madre de aquí.

Nos paramos en el pasillo. Estaba jadeando y veía borroso por el sudor. Pensé que el guardia se había ido, pero volvió los ojos hacia mí, como dos monedas negras y relucientes.

–¿Tu madre quiere salir?

–Creo que no.

–¿Tu hermana quiere entrar?

–Es una cría.

–No puedes hacer nada.

–Quiero que vuelva mi madre –dije.

–Si yo fuera tú, no sería por tu madre por la que me preocuparía –sugirió antes de darse la vuelta para marcharse.

Los tacones de caucho de sus zapatos hicieron un débil chirrido penetrante, como un conejito asustado. Yo ni siquiera sabía que las crías de conejo podían hacer ruido hasta un día de primavera del año anterior, cuando vi a Elvis clavarle los dientes a una. No era más grande que mi puño.

Paré en todos los establecimientos de venta de cerveza que encontré hasta que por fin, al cabo de unos diez intentos, encontré uno en el que no me pidieron la documentación. Me sorprendió que me costara tanto. Pensaba que la visita a mamá me había hecho envejecer por lo menos tanto como el primer polvo con Callie y esa vez me había despertado con la sensación de haber envejecido cien años.

Me gasté todo mi dinero, menos un par de dólares, en una caja de la cerveza más barata que tenían. Abrí la primera lata incluso antes de salir de la zona en la que el perro del vendedor todavía podía ladrarme. Al cabo de tres latas, me permití pensar en Misty. Al cabo de tres y media, me obligué a dejar de pensar en ella.

Al cabo de cinco latas, me dirigí a la casa del tío Mike.

No había estado en su casa desde el día en que enterramos a papá. Habíamos ido todos allí después del entierro a comer jamón al horno crujiente y a evitar hablar los unos con los otros. Mike hijo se trajo a una chica con la que estaba saliendo.

Vivían a cuarenta minutos en coche de nuestra casa, lo justo para justificar que ahora no nos viéramos nunca, aunque cuando papá estaba vivo quedaba lo suficientemente cerca para que ellos dos siempre estuvieran juntos.

Su casa era perfecta, igual que su césped. No había ni una pequeña mancha en el revestimiento exterior blanco; ni una escama de óxido en la barandilla de hierro forjado de las escaleras delanteras que conducían a la reluciente aldaba dorada de la puerta; ni un centímetro de pintura descascarillada en las contraventanas verdes; ni una sola hoja asomando por un canalón; ni un solo diente de león, una zona en la que crecieran tréboles o una mierda de perro en todo su jardín.

Cuando el tío Mike se dedicaba a criticar y a dar consejos sobre el mantenimiento de la casa, no podía pasar de él con el pretexto de que no predicaba con el ejemplo. Aunque podía pasar de él por muchos otros motivos.

Eché un vistazo al asfalto impecable de la entrada para vehículos y aparqué la camioneta en la calle. No quería tener que salir a limpiar huellas de neumáticos más tarde.

Me bajé, me terminé la última cerveza que había abierto, aplasté la lata y la tiré a la parte trasera de la camioneta.

No sabía por dónde caminar para llegar hasta la casa. ¿Qué sería peor:

mancharles de tierra la entrada para vehículos, el suelo blanco deslumbrante del caminito de acceso o el césped? Escogí este último porque el césped crece en la tierra, pero no estaba del todo seguro de que ése fuera el caso de su césped, así que me arrodillé para comprobarlo. Efectivamente, tierra. Tierra fértil, uniforme, de la mejor calidad. Tierra de calendario de banco.

Por su apariencia, jamás habría pensado que el tío Mike vivía así. Nunca le había visto especialmente aseado o en forma, pero era uno de esos tipos que se sienten más orgullosos de lo que tienen que de lo que son.

Me levanté lentamente y atravesé el jardín andando medio de puntillas para intentar no doblar demasiadas briznas de hierba. Me paré delante del bebedero para pájaros. Estaba más limpio que la taza en la que me tomaba yo el café todas las mañanas. Metí la mano y sorbí un poco de agua.

En el felpudo de delante de la puerta principal ponía «BIENVENIDOS, AMIGOS». Eché un vistazo a mi reflejo en la aldaba y vi que tenía un «ALTMYER» muy ostentoso grabado en la frente. Me acordé de que una vez había oído a la tía Jan quejarse a mi madre de la gente que de hecho usaba la aldaba para llamar. Me propuse ser una de esas personas, pero antes me aseguré de limpiarme las manos en el abrigo. Aun así, dejé huellas.

La tía Jan tardó lo suyo en llegar hasta la puerta. Por lo visto no se asomaba entre las cortinas antes de abrir, ya que se quedó completamente alucinada cuando me vio.

Se llevó una mano al cuello de la camisa y se quedó mirándome fijamente.

—¿Tía Jan? —dije, pensando que quizá eso la ayudaría.

—Harley —consiguió decir por fin—, lo siento. Me has pegado un buen susto. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que te pareces a tu padre. Sobre todo vestido igual que él.

—¿Pensabas que era un fantasma?

Soltó una risita nerviosa.

—Sí, supongo.

Se echó a reír otra vez. Yo también me reí.

—¿Está el tío Mike? —pregunté cuando dejamos de reírnos.

—Sí.

—¿Crees que podría hablar con él?

Se quedó pensando un momento.

—No veo por qué no —dijo.

—Yo tampoco —dije yo.

Me sujetó la puerta para que entrara. Siempre llevaba una camisa de corte masculino con un bolsillo en el pecho metida por dentro de unos pantalones azul oscuro de tela vaquera dura. La camisa de aquel día era de cuadros verdes y amarillos.

Me limpié los pies en el felpudo y me disculpé por si era una de esas cosas que no había que utilizar, como la aldaba. La tía Jan sonrió y dijo: «Para eso sirven los felpudos», pero yo sabía que en cuanto me fuera iba a limpiarlo con la manguera y con un cepillo de cerdas.

–No voy a tocar nada ni a sentarme en ningún sitio –le dije al entrar en la casa–. Ya sé que estoy un poco sucio. He estado trabajando en el jardín.

–Eres muy considerado, Harley, pero puedes sentarte –dijo–. No es un museo.

Pasamos por delante de uno de esos salones formales que mamá nunca había tenido. Estaba decorado como un joyero de niña, con telas brillantes en tonos rosa y crema, pantallas de lámparas con volantes y jarrones de cristal falso. La única vez que había visto a la tía Jan dejar entrar a la gente en el salón fue en la recepción de después del entierro de papá y nadie había entrado.

–¿Qué tal el trabajo? ¿Te gusta? –me preguntó mientras la seguía.

–Trabajos –dije recalcando la s.

–¿Te gustan?

–Me encantan. Son geniales.

Intenté pensar en algo sobre lo que pudiera preguntarle, pero no recordaba haberla visto nunca hacer nada que no fuera presumir de Mike hijo. Que yo supiera, no tenía aficiones ni intereses. No pertenecía a ningún club ni asociación. Nunca había trabajado, pero no le hacía falta. El tío Mike ganaba bastante dinero en el Departamento de Transportes de Pensilvania rellenando baches en las carreteras y sólo tenían un hijo.

Ella siempre decía que la razón por la que no habían tenido otro hijo era que para un hermano pequeño habría sido horrible tener a alguien tan perfecto como Mike de hermano mayor y tener que pasarse la vida intentando estar a su altura.

La abuela siempre decía que no había tenido otro porque era una puñetera egoísta y mamá siempre me decía que no lo repitiera.

–Tienes la casa muy limpia –comenté.

–Gracias –contestó, algo vacilante.

Sabía que me iba a llevar al santuario de Mike hijo y no me decepcionó. Era un porche cerrado al que se accedía desde la cocina y en el que hacía entrar a sus invitados inocentemente con la excusa de que era la habitación más cómoda y soleada de la casa, para después mostrarse sorprendidísima y llena de humildad al ver que no había ni un centímetro de pared o de estantería que no estuviera ocupado por su hijo.

Hasta el día que puse un pie allí por primera vez, siempre había pensado que los únicos sitios en los que había vitrinas para trofeos eran los vestíbulos de los colegios.

–Veo que seguís estando encantados con Mike hijo –dije mientras recorría con la mirada las fotografías enmarcadas y todos los pequeños jugadores de fútbol americano dorados que se esforzaban por separarse de sus pedestales rojos, azules y verdes brillantes.

–Es nuestro hijo –contestó titubeante.

–Sí, bueno, no a todo el mundo le gustan tanto sus hijos.

Tenían fotos de él jugando al fútbol americano en todas las poses imaginables: corriendo con el balón, saltando y cogiendo el balón, embistiendo a otros jugadores con el balón en la mano, mirando a la cámara con el balón en los brazos como un recién nacido.

–Fíjate –comenté mientras iba andando de una foto a la siguiente y señalando–. Sabe correr. Derribar a los demás. Coger el balón.

Llegué a una foto en la que salía con un rifle en los brazos en lugar de un balón, de pie al lado de un ciervo colgado de una cuerda y con el vientre abierto.

–Matar –añadí.

Me volví hacia la serie en la que aparecía posando con todas las chicas a las que había llevado a casa, a los bailes del instituto y a las fiestas de primavera de la universidad.

–Tener relaciones sexuales.

Al final la miré con una gran sonrisa y le dije:

–No me extraña que estéis orgullosos de él.

–Creo que voy a ir a buscar a Mike –dijo con la cara como un tomate.

–¿Puedo usar el baño?

–Sí.

Eché la meada del siglo. Encima del váter había un rollo extra de papel higiénico con una funda rosa de ganchillo de cuya parte superior salían una cabeza con el pelo rubio y unos brazos de muñeca. Supuse que la parte de ganchillo debía de ser el vestido. No dejó de mirarme con sus inexpresivos ojos azules en todo el tiempo que estuve meando.

Cuando terminé, la quité del rollo de papel y me la puse en la polla. No pensaba hacer nada más que eso, pero entonces me di cuenta de que tenía tetas y los labios rojos de plástico ligeramente separados y, no sé por qué, pero me gustó cómo me miraba y cómo tenía los brazos extendidos a los lados, como si acabaran de tirarla al suelo. Empecé a moverme dentro del vestido y se le empezó a menear la cabeza. La agarré más fuerte y empujé con más ímpetu y entonces la parte de ganchillo se le bajó un poco más y se le vieron mejor los minúsculos pechos. No paré hasta hacerme una paja dentro de ella.

Pensé en llevármela, pero no quería que me acusaran de ser un ladrón, así que volví a ponerla en el rollo de papel higiénico, chorreante de semen.

El tío Mike estaba esperando en el santuario cuando salí. Llevaba unos vaqueros desgastados que usaba para trabajar en el jardín y una camisa de franela gris. Se estaba secando las manos con un paño de cocina.

Me miró durante largo rato con un gesto pensativo.

–Buenas, Harley –dijo.

–Hola, tío Mike.

–Qué sorpresa. ¿Va todo bien en casa?

–Genial.

–¿Puedo hacer algo por ti?

Le dio el paño a la tía Jan, que estaba a su lado mirándome fijamente. Intenté no tambalearme.

–Quería disculparme –dije.

–¿Disculpate por qué?

–Por cómo me comporté la última vez que viniste a casa. Tú estabas intentando ser amable y yo me comporté como un listillo y lo siento.

La expresión de su rostro se suavizó ligeramente. La de la tía Jan no.

–No hacía falta que vinieras hasta aquí para decirme eso –dijo el tío Mike–. Podrías haber llamado.

–No me gusta el teléfono. Nunca sabes si la gente te está escuchando cuando estás hablando.

–Eso es verdad.

Se quitó la gorra, se pasó la mano por el pelo y volvió a ponérsela mientras recorría la habitación atentamente con la mirada. Casi habría jurado que parecía nervioso.

–Bueno, disculpas aceptadas –dijo cuando volvió a fijar la mirada en mí–. Si te digo la verdad, ni me acordaba.

Miró a la tía Jan. Ella sí que se acordaba.

–¿Quieres quedarte a cenar?

Le dirigí una enorme sonrisa a la tía Jan. No había nada en el mundo que quisiera más que decir que sí, pero no había nada en el mundo que me apeteciera menos que cenar con ella.

–Me tengo que ir a casa a cortar el césped –dije intentando parecer apenado.

El tío Mike me sonrió con un gesto de aprobación.

–Yo lo he cortado esta mañana a primera hora. Lleva todo el día amenazando lluvia. Te puedes quedar a tomar una cerveza, ¿no?

La tía Jan se le acercó y empezó a decirle algo al oído. Él inclinó la cabeza y preguntó:

–¿Qué?

Ella le susurró algo más. Suaves ruiditos silbantes.

El tío Mike levantó la mirada frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza.

–Tu tía cree que estás borracho. ¿Estás borracho?

La tía Jan le miró escandalizada.

–No, señor –contesté.

–¿Contenta? No está borracho –le dijo antes de hacerme un gesto para que lo siguiera por la puerta trasera.

Mientras atravesábamos el jardín hacia el garaje, que se encontraba separado de la casa, me preguntó:

–¿Qué tal las niñas?

–Bien.

–¿Acaban pronto las clases?

–La semana que viene.

–Lo estarán deseando.

–Huy, sí. Les encanta pasar el máximo tiempo posible en casa.

En el garaje tenía una nevera en la que solamente había cerveza. Ésa era otra cosa que pensaba tener cuando me casara, además de mis mamadas a la hora de comer y mis chuletas de cerdo con miel y manzana.

El tío Mike me vio mirando su banco de trabajo, que ocupaba la mitad del garaje.

–Cuando empieza el calor, invado todo esto y empiezo a dejar el coche y la camioneta fuera –explicó mientras me daba una Bud Light–. A Jan le pone mala, pero necesito todo este espacio para montar el banco y la mesa de serrar.

Se acercó a donde estaban el banco y la mesa. Yo lo seguí.

–Le estoy haciendo un arcón a Jan para que guarde los edredones de su madre.

–Esta madera es muy bonita –dije pasando la mano por la suave superficie púrpura–. Es cerezo, ¿no?

–Sí –contestó con una sonrisa–. ¿Haces tú carpintería?

–No. Sólo me gusta la madera.

Di un par de tragos a mi cerveza y pensé en apoyar la lata, pero el banco de trabajo no dejaba de alejarse de mí.

–Antes pensaba que estaría bien probar –añadí–, pero habría necesitado herramientas, madera y un sitio para hacerlo. A papá no le gustaba mucho la idea.

–Yo tampoco conseguí que a Mike le interesara nunca –dijo el tío Mike–. Siempre tenía que irse corriendo a algún sitio. Menuda agenda tenía el chico. Entrenamientos. Concentraciones con la afición. Partidos. Fiestas.

Asentí con un gesto de comprensión.

–No es fácil ser una superestrella.

Me lanzó una mirada adusta.

–Nunca sé cuándo estás hablando en serio, Harley.

–Yo siempre hablo en serio.

Se puso a coger herramientas del banco de trabajo y a volver a dejarlas.

–Es duro ser una superestrella –dijo mientras examinaba una broca–. Aunque me alegro por él. Parece que está hecho para esa clase de vida. Sólo espero que consiga mantenerla.

–¿Qué quieres decir?

Dejó la broca y cogió un formón.

–Hay montones de chavales que juegan de titulares en la universidad y sólo unos pocos puestos en equipos profesionales cada año. No hay que ser ningún genio para hacer el cálculo. Que Dios me coja confesado cada vez que se me ocurre comentárselo a su madre.

El formón consiguió mantener su interés todavía menos tiempo que la broca. Volvió a dejarlo y dio un buen trago a su cerveza.

–Me preocupo, nada más. Tiene cabeza para hacer otras cosas y va a tener un título universitario, pero no creo que él pudiera estar contento haciendo un trabajo normal. Creo que no tiene...

Chasqueó los dedos en el aire, buscando las palabras adecuadas.

–¿Ganas? –terminé la frase por él.

–¿Para qué has venido realmente, Harley? –me preguntó, observándome como si fuera la primera vez que me veía–. No es que dude de la sinceridad de tu disculpa, pero es que no te imagino viniendo hasta aquí para eso. No has estado aquí desde el entierro de tu padre.

–No me habéis invitado.

–No, supongo que no.

El garaje olía a gases y a astillas de madera, dos olores que me gustaban solos pero que mezclados con siete cervezas me estaban revolviendo el estómago. Vi que una de las ventanas estaba abierta y me dirigí hacia ella, chocándome con la mesa de serrar y después con un cubo de basura de Rubbermaid lleno de toda clase de porquerías: una lona azul doblada, una caña de pescar rota, una cometa con forma de tiburón, dos cascos de fútbol americano de niño cubiertos por una capa de hierba y barro, una sudadera de los Steelers de Pittsburgh con manchas de pintura blanca, tres latas vacías de aceite Pennzoil.

De nuevo tenía la oportunidad de irme. No tenía por qué preguntarle nada. No había nada que pudiera decirme que fuera a hacer que mi vida fuese mejor. Sólo podía añadir otra horrible verdad a las que se estaban apilando dentro de mí como ramas secas a la espera de una cerilla.

–Quiero saber qué pasó entre papá y Misty –dije poniendo la cara en la ventana para que me diera el aire–. Quiero saber lo que sabes.

No pensaba mirarlo. Nada en el mundo iba a hacer que lo mirara. Esperé dando sorbos a mi cerveza lentamente y observando cómo un jilguero se

posaba en la pila de agua cristalina. Los de nuestra casa todavía eran de color pajizo. Aquél ya se había vuelto amarillo brillante.

Se hizo tal silencio en el garaje que oí la nevera en funcionamiento y el ruido de la cerveza al bajarme por la garganta y resonar en el estómago vacío. Estaba empezando a pensar que el tío Mike se había ido cuando dijo:

–Simplemente no me parecía natural, nada más. Que le hiciera tanto caso a ella cuando tenía un hijo perfectamente normal.

–¿Eso es todo? –dije.

Me di la vuelta soltando una carcajada de alivio.

–¿Eso es todo? –repetí–. ¿Y acusas a un tío de propasarse con su hija basándote en eso? ¿Alguna vez lo viste hacer algo?

La sensación de alivio me dio confianza en mí mismo. Volví a acercarme a él y me tropecé con las palas con forma de estrella de un motocultor, pero conseguí mantener el equilibrio y no caerme al suelo de cemento.

–¿Por qué me preguntas esto ahora? –dijo. Se le endureció el gesto, adoptando una expresión imposible de interpretar, como una cara tallada en una montaña–. ¿Qué sabes?

–Sé muchas cosas –dije dándole importancia y haciéndole un gesto admonitorio con el dedo–. Sé que le dijiste a mi madre que dejara a papá porque pensabas que le iba a hacer algo a Misty.

–Tu tía Jan tenía razón. Estás borracho. O, al menos, demasiado borracho para tener esta conversación.

Dejó su cerveza en el banco de trabajo y se fue andando.

–¿Cómo se puede estar demasiado borracho para tener esta conversación? –exclamé mientras lo seguía tambaleándome.

Alargué el brazo y le cogí de la manga. Se paró y me agarró del hombro para ayudarme a mantener el equilibrio. No me había tocado desde el entierro de papá. Era el pariente más parecido a un padre que tenía desde que mi padre de verdad había muerto y no me había tocado en dos años. Me acordé de cómo se había alejado de Mike hijo en el entierro y había venido a ponerme el brazo sobre los hombros. Me acordé de cómo habíamos pasado por delante de las lápidas de los bebés.

Empecé a llorar.

–Harley.

Me zarandeó para llamar mi atención. No había forma de que lo mirara.

–Escúchame. Sí que le dije a tu madre que lo dejara. Se lo dije hace unos quince años. Se lo dije la primera vez que vi cómo tu padre la emprendía contigo y cómo tú te quedabas quieto y lo aguantabas como un hombre adulto.

–No –gemí, sacudiendo la cabeza mientras me echaba hacia atrás para

apartarme de él.

El garaje me pasó por delante de los ojos, moviéndose rápidamente a un lado y a otro, como si lo estuviera viendo reflejado en el péndulo reluciente de un reloj.

–No me echas a mí la culpa –exclamé.

–No te estoy culpando de nada. Has dicho que querías saberlo, Harley, así que te lo estoy contando. Me pasé un montón de tiempo intentando sacaros de allí a ti y a tus hermanas, pero ella no se iba a ir de ninguna manera. Cuando por fin decidió dejarlo, yo sabía que era demasiado tarde. Ya no pretendía salvar a nadie, yo sólo estaba intentando tener mi propia conciencia tranquila.

–¿Y Misty?

–Tenía sospechas. No eran más que eso. Sospechas.

Me solté.

–¿Me estás mintiendo? –le grité–. Estoy harto de que todo el mundo me mienta sobre mi propia vida.

–No estoy mintiendo.

–¿Nunca lo viste hacerle nada a Misty?

–Por Dios, Harley, le habría disparado yo mismo.

–¿Mike? ¿Qué está pasando aquí?

La tía Jan apareció en la puerta lateral. Le di la espalda y me sequé la cara con la manga del abrigo de papá.

–He oído gritos.

–¿Será posible, Janet? –dijo el tío Mike con irritación–. ¿Es que no podemos tener una conversación en privado?

–¿Desde cuándo tienes tú conversaciones en privado? Siempre estoy intentando que traigas aquí a Mike.

–Creo que es mejor que me vaya –dije.

–No tienes que irte –me dijo el tío Mike, prácticamente gritándome.

–Quiero irme. ¿Puedo usar el baño? –le pregunté a la tía Jan.

–Bueno, sí –contestó mientras le lanzaba una mirada de extrañeza a su marido.

Estaban discutiendo cuando salí del garaje dando tumbos. Estaba todo el tiempo pensando que iba demasiado despacio, así que empezaba a andar más deprisa, pero entonces el garaje se ponía a dar vueltas y volvía a aflojar el paso.

Cuando había recorrido la mitad del camino hasta la casa, estaba convencido de que la tía Jan había salido detrás de mí disimuladamente y me estaba escupiendo, pero resultó que caía del cielo. Apreté el paso, atravesé el santuario, me metí en el baño y me quedé apoyado en la puerta cerrada jadeando.

Me arrodillé delante del váter y esperé para ver si iba a vomitar. No lo hice, así

que me levanté y volví a mear. La muñeca de ganchillo me observó sin inmutarse.

La cogí del rollo de papel higiénico y me la metí en el bolsillo del abrigo de papá. Dejó una mancha brillante de semen en el rollo. Saber que la tía Jan acabaría tocándolo –aunque para entonces se hubiera secado– hizo que la visita entera mereciera la pena.

Tenía la esperanza de poder salir de la casa sin encontrarme con ninguno de los dos, pero estaba claro que no era mi día de suerte. Los dos me estaban esperando al lado de la puerta principal. El tío Mike tenía en la mano una bolsa llena de comida y la tía Jan, una pequeña Biblia de color negro, no más grande que mi mano. De pronto entendí qué era lo que sentían los africanos famélicos cuando nos veían aparecer y supe que no era gratitud.

–Esto es de tu madre –dijo la tía Jan al tiempo que me daba la Biblia.

LA SAGRADA BIBLIA aparecía grabado en letras doradas en la tapa de piel negra agrietada. La cogí y pasé el dedo índice por el canto brillante, como hacía de pequeño. Seguía teniendo el mismo tacto que una cinta de raso roja. No me hacía falta abrirla para saber que era la suya.

–Tu tía Diane nos la dio para que te la devolviéramos. Se la llevó sin querer cuando embaló las cosas de tu padre –explicó la tía Jan.

–Sus efectos –dije asintiendo con la cabeza.

–Sí.

–¿Hace dos años?

–Lo siento, es que la metí en un cajón y se me olvidó. Espero que no hayas estado buscándola.

–Supongo que pensé que la tenía ella en la cárcel. Dejan meter Biblias, ¿no?

El tío Mike se encogió de hombros. Se había metido una mascada de tabaco en la boca y la estaba moviendo tras el labio inferior. La tía Jan dijo:

–Me temo que no lo sé.

–Te acompaño a la camioneta –se ofreció el tío Mike, que me sujetó la puerta abierta.

–Da recuerdos a las niñas de mi parte, Harley –dijo la tía Jan.

Pensé en la expresión «de mi parte». La miré haciendo mi mejor imitación de una sonrisa de Mike hijo.

«De mi parte, tía Jan», pensé recordando el semen del baño.

–Vale –contesté.

El tío Mike no dudó ni un segundo a la hora de decidir por dónde caminar. Echó a andar por el impoluto camino blanco y después pisoteó el espléndido césped e incluso escupió un trozo de tabaco en él.

Rodeé la camioneta hasta mi puerta, entré y me incliné para abrirle la del

copiloto y que pudiera meter la bolsa de comida. Cerró la puerta pero no se fue, aunque tampoco me miró. Me incliné sobre el asiento y bajé la ventanilla.

–Sé que no me he portado muy bien contigo y con las niñas estos últimos dos años –se disculpó mirando al cielo–, y lo siento.

Miré hacia donde estaba mirando él y vi un avión diminuto que volaba sobre nosotros. Iba dejando una tenue línea blanca en el cielo, como una señal de humo sin nada que decir.

–Pero las cosas no van a cambiar, ¿no? –dije.

–No creo –contestó–. Espero que lo entiendas. No es nada personal.

Dio un golpe en el capó de mi camioneta y volvió andando hacia la casa. Cuando desapareció tras la reluciente aldaba dorada, me saqué la muñeca del bolsillo del abrigo de papá. Metí el dedo para ver si seguía estando pegajosa y después la tiré al montón de basura del suelo de la camioneta, con el libro de arte de Callie y la foto de la boda de mis padres. Sabía que la tía Jan me iba a acusar de haberle robado y que el tío Mike me defendería, lo que me produjo cierta satisfacción. Puse la Biblia a mi lado, en el asiento. No la abrí para ver si el mapa seguía dentro.

No dejó de diluviar en todo el camino de vuelta a casa. La lluvia caía como láminas macizas de metal. Las ruedas giraron en falso sobre el suelo embarrado y resbaladizo cuando intenté subir por nuestra calle.

Aparqué al lado de un surco lleno de agua y al bajarme metí los pies en él, calándome los vaqueros hasta las pantorrillas. Atravesé el jardín caminando pesadamente, cargando con mi caja de cerveza –menos unas seis latas– y con mi bolsa de comida, de la que asomaban un paquete con rayas de colores de pan de molde Town Talk y una pequeña Biblia negra. Vi unos ojos brillantes que me miraban desde el rasgón más grande del respaldo del sofá y otros ojos castaños e inexpresivos que se asomaban por entre los visillos de mamá.

Me detuve y los ojos castaños desaparecieron. Me quedé allí parado, bajo la lluvia, y pensé en Misty disparando a los pavos desde el porche. Había sido como si me estuviera apuntando a mí.

Empecé a temblar. Me dije a mí mismo que era por la lluvia. Pero lo primero que iba a hacer era esconder la escopeta.

Antes de entrar en casa me sacudí en el porche, como hacía Elvis cuando estaba mojado. No me limpié el barro de las botas. No tenía por qué hacerlo. Aquélla era mi puta casa. Me habría gustado que mamá hubiera estado allí para verlo porque antes había sido su casa y me habría gustado que la tía Jan hubiera estado allí porque le habría provocado pesadillas.

Elvis me recibió en la puerta y se puso como loco intentando oler la comida. Lo empujé hacia el suelo y entré caminando pesadamente en la sala de estar, donde oí la televisión puesta. Dejé un rastro de huellas perfectas detrás de mí y me paré a contemplarlo durante unos instantes como si fuera un cuadro.

Las tres estaban sentadas en el suelo sobre un montón de almohadas y dinosaurios, en camisón y con el pelo recogido en colas de caballo, con algodones entre los dedos de los pies y tazones de helado espolvoreado con virutas de colores sobre las piernas.

Todas levantaron la vista y me miraron con idénticos gestos serenos de curiosidad, como si fuera un torpe intruso que se hubiera topado con su pacífica tribu por accidente.

–Hola, Harley –dijo Jody.

Misty no dijo nada. A Amber se le ensombreció el rostro. Ella era la anciana de la tribu y sabía que no había que confiar en los forasteros, ni siquiera cuando traían comida. Acabarían destruyendo tu mundo de un modo u otro, ya fuera

con armas, con enfermedades o con una religión cuyo Dios no tenía sentido de la justicia.

–Estamos haciendo una fiesta de pijamas –dijo Jody.

–¿No es un poco pronto? –pregunté.

–Amber ha dicho que podíamos empezar ya porque ya era de noche. Ha caído un rayo gigante y la tele ha estado sin funcionar una hora, así que hemos jugado al Monopoly Junior y he ganado yo –dijo con regocijo–. He ganado hasta a Misty.

Misty estaba mirando la televisión como hipnotizada. Los destellos blancos y azules se reflejaban en sus ojos negros inexpresivos y la pedrería falsa y cutre del collar de la muñeca centelleaba intensamente. Me miró con un gesto de descontento pero no dio ninguna muestra de que mi presencia la incomodara.

Sentí amor y odio hacia ella al mismo tiempo. Quería sacarla de mi vida para siempre, quemar todas sus pertenencias y borrar todos mis recuerdos, pero también quería abrazarla. Quería darle todos los abrazos que tendría que haber recibido de mamá en los últimos dos años, todo el apoyo que tendría que haber recibido de nosotros, toda la ayuda profesional que tendría que haber recibido de desconocidos, pero cualquier cosa que hubiera podido darle entonces habría sido insuficiente y habría llegado demasiado tarde, como la bolsa de comida que tenía en mis doloridas manos.

Se volvió de nuevo hacia la televisión y en ese preciso instante decidí que no quería saber ninguna otra VERDAD. No quería CERRAR MÁS CAPÍTULOS. Quería cerveza y mamadas.

–¿Qué tal en el Lick n’ Putt? –le pregunté a Jody.

–Genial –me miró con una sonrisa de oreja a oreja y empezó a pegar botes, casi tirando el helado que tenía en el regazo–. Hemos conseguido acabar la partida antes de que se pusiera a llover. Esme y yo hemos sido las mejores. No sabemos quién ha ganado porque el padre de Esme se ha comido la tarjeta de las puntuaciones al final. ¡De verdad! –dijo abriendo tanto los ojos que parecían pelotas de golf–. Se la ha comido porque le daba mucha vergüenza su puntuación. Ha jugado fatal. Incluso peor que Zack, y eso que él se ha pasado casi todo el rato dando vueltas a su palo haciendo que era un helicóptero. Ha habido una vez que el padre de Esme ha cogido la pelota y la ha metido en el hoyo con la mano y nos ha preguntado si eso era un hoyo en uno. Y lo decía en serio. Se notaba. Y luego hemos ido a casa de Esme y hemos comido sopa de patatas con trozos de jamón.

–¿Estaba su madre en casa?

–Sí.

Amber me estaba mirando con un gesto de furia.

–¿Qué te pasa? –le dije–. Parece que quieres olerme otra vez.

–Que te jodan, Harley.

–No, en serio, si te hace ilusión... Ven. Huéleme.

–Vete a la mierda.

–Venga, te ayudo. Huelo a... –me olí un hombro–. Huelo bastante mal, de hecho.

–Hueles a cerveza –dijo–. Cuando cumplas los veintiuno te vas a pasar todas las noches del resto de tu vida en un bar.

–Eso espero –dije mientras me metía en la cocina.

Dejé la bolsa en la encimera, que estaba llena de migas, y empecé a sacar las cosas: la Biblia de mamá, el pan de molde, un paquete de coditos, tres latas de sopa, un bote de judías verdes.

Me empezaron a temblar tanto las manos que se me cayó un bote de mayonesa y fue rodando por la encimera. Lo vi caer en el fregadero con un fuerte ruido metálico.

Me di cuenta de que no podía estar en la misma casa que Misty. Más que darme miedo ella, me daba miedo pensar en ella. Si me alejaba del origen de los pensamientos, quizá podría evitarlos igual que podía evitar pillar un catarro.

Cogí la mayonesa y terminé de sacar las cosas de la bolsa: un bote de manteca vegetal Crisco, lavavajillas Palmolive y una caja de pastelitos de dulce de leche Little Debbie.

Abrí los pasteles y dejé todo lo demás en la encimera. Cuando fui a guardar mis cervezas, vi que en la nevera había más de una veintena de Red Dogs. Cogí una y un pastelito y me senté en la mesa con la Biblia de mamá.

De pequeño siempre había pensado que mamá no era religiosa porque no íbamos a la iglesia. Le gustaba contar historias bíblicas y leer fragmentos de la Biblia pero, por lo que yo sabía, para Dios todo eso no servía si uno no se arreglaba e iba todos los domingos a pasar una hora sentado en la iglesia. Para mí las Escrituras no eran más que un libro hasta que mamá me explicó que todo lo que decían era verdad.

A partir de entonces, todas las noches antes de dormir quería que me leyera la Biblia en lugar de mis libros normales. Jorge el Curioso cayéndose de una escalera de incendios o el patito Ping buscando el barco de ojos sagaces en el río Yangtsé ya no conseguían mantener mi interés. Quería plagas de insectos, ríos que se convertían en sangre, gente que se convertía en sal, Dios asesinando a bebés, inundaciones que mataban a toda la humanidad. Quería gigantes, demonios y leprosos. Daba igual cuántas veces se lo preguntara, mamá siempre insistía en que todo había ocurrido de verdad. Aquello era como descubrir que los Pitufos existían.

No recuerdo exactamente cuándo dejé de creerme aquellas historias. Fue después de superar la etapa de Santa Claus y antes de que dejaran de gustarme

los SpaghettiOs. El hecho de que mamá nunca dejara de creérselas siempre me hizo sentirme un poco superior.

Cogí la Biblia por el lomo y la agité. Una hoja doblada con forma cuadrada cayó sobre la mesa. Me recorrió una sensación de alivio. Abrir el papel, alisarlo y ver la casita amarilla descolorida fue como volver a un lugar conocido.

Pasé el dedo por la línea negra que no llevaba a ningún sitio, ahora gris por el paso del tiempo, y me pregunté qué había pasado con los intensos colores de las ceras. No habían manchado el resto del papel al contacto con él. Era como si el tiempo los hubiera absorbido.

Mis manos doblaron el mapa sin que yo se lo ordenara y lo sostuvieron delante de mi cara durante un instante antes de volver a meterlo entre las hojas de raso rojo.

Mamá siempre había creído que su camino no iba a llevar a ningún lugar y creía que la cárcel era ese no lugar, pero la niña que había dibujado el mapa no tenía familia y la mujer que estaba sentada en una celda sí.

Me había equivocado. Mi madre no había ACEPTADO nada. Había HUIDO a un lugar seguro. Lejos de la VERDAD. Lejos de nosotros. Ahora entendía por qué no quería volver a casa, pero me daba igual.

El guardia había dicho que no había nada que hacer. Y eso era claramente lo que parecía, si es que mamá mantenía su versión y Misty mantenía la suya, pero yo tenía la camiseta ensangrentada y tenía a Jody.

Iba a llevar la Biblia al sótano y meterla en mi cajón, pero algo me hizo abrirla primero. En la parte superior de la primera página estaba escrito el nombre de soltera de mamá con letra de niña y, debajo, nuestros cuatro nombres y las fechas de nuestros cumpleaños escritos con letra de adulta. Me quedé mirando la fecha de mi propio cumpleaños, intentando comprender qué relevancia tenía.

Me levanté de la silla y me acerqué al menú del comedor del colegio de Jody, que estaba colgado en la nevera. La primera semana de junio se había añadido al final del mes de mayo. Terminaba el miércoles, 3 de junio, con las palabras: «LAS CLASES TERMINAN A MEDIODÍA Y NO SE SERVIRÁ COMIDA. ¡FELIZ VERANO!». Conté hacia atrás hasta llegar al sábado, 30 de mayo. Volví a mirar la Biblia.

Era mi cumpleaños. Ese día cumplía veinte años.

Veinte años. Era un hombre.

No me entusiasmé demasiado porque sabía que ese día sólo me convertía en un hombre en cierto sentido. En otros sentidos ya me había hecho un hombre antes.

Legalmente, me había hecho un hombre el día que cumplí dieciocho años. Espiritualmente, me había hecho un hombre la noche que eché un polvo con Callie Mercer. Emocionalmente, me había hecho un hombre la primera vez que

mi padre me pegó una paliza. Aquel día me hacía un hombre cronológicamente. Ya no habría más «dieci-» al principio de mi edad.

Mi primer impulso fue ir a compartir esta información con Amber. Ya no era un adolescente. Y, durante ocho largos meses, iba a ser CUATRO años mayor que ella, no tres. Yo tenía veinte y ella, dieciséis. CUATRO.

Pero, si se lo decía, Jody querría que hiciéramos una fiesta y yo no estaba de humor para celebraciones. Aunque no me habría importado recibir una de sus tarjetas.

Mi cumpleaños, pensé mientras me bebía parte de la cerveza, mordía la mitad del pastelito y le tiraba la otra mitad a Elvis. Tenía que valerme de algo.

Bajé la Biblia de mamá al sótano y cogí la escopeta. Salí por la puerta trasera y fui directo al cobertizo con el barro agarrándome de las botas y la lluvia cayéndome con fuerza sobre la gorra.

Dejé la puerta del cobertizo un poco abierta para poder ver algo y escondí el arma en un rincón al fondo, detrás de unos viejos listones de madera, una azada y una pala para quitar nieve. El cobertizo olía a gas, a madera y a hojas podridas, pero entonces noté el olor de algo limpio y perfumado.

En la pared que tenía delante apareció una tenue sombra gris alargada. Me di la vuelta y vi a Amber en la puerta, descalza y con los pies y las piernas llenos de barro. Parecía que acababa de atravesar un vertido de petróleo.

–¿Qué haces? –me preguntó.

Terminé de poner también un trineo de plástico en el rincón.

–Lo que habría que preguntar es qué haces tú –contesté examinándola con un vistazo rápido.

Se había puesto una cazadora vaquera encima del camisón. En la punta de los pies negros de barro asomaban diez uñas moradas recién pintadas, como una fila de gominolas de uva.

–¿Qué estás haciendo con la escopeta? –preguntó.

–Esconderla.

–¿Para qué?

–Para que no la vean las niñas.

–¿Por qué?

Tuve un breve instante de enajenación mental y pensé en contarle de lo que me había enterado, pero sabía que habría sido sólo para tener a alguien con quien compartir la carga. Amber no sería de ninguna ayuda.

–Es peligrosa –le dije.

–¿Peligrosa? –exclamó–. Misty sabe manejar un arma mejor que tú y Jody es demasiado pequeña para levantarla. Deberíamos escondértela a ti.

–Quizá –dije frotándome las manos contra los vaqueros para quitarme el polvo y las telarañas–. Tú no les digas dónde la he escondido, ¿vale?

Se encogió de hombros en señal de acuerdo. A continuación adoptó un gesto malhumorado al recordar el motivo por el que me había seguido.

–¿Para eso has salido de casa? –preguntó con escepticismo.

Me paré junto a la puerta, preparándome para echar a correr hacia la camioneta.

–Voy a salir –contesté.

–Eso me parecía –me dijo con resentimiento.

–¿A santo de qué te cabreas conmigo porque salgo? –le dije de mala manera mientras le lanzaba una mirada afilada–. Deja de controlarme.

Salí corriendo.

–El padre también está en casa, gilipollas –me gritó.

Abrí la puerta de la camioneta. No sabía a qué se refería, pero me cabreó de todas formas. Le hice un corte de mangas. Ella hizo lo mismo.

El coche de Callie y el todoterreno de Brad estaban aparcados juntos. La lluvia había amainado lo suficiente para que los perros salieran de sus casetas cuando me acerqué andando por la entrada de vehículos. Se pusieron a correr en círculos, ladrando con fuerza y parando de vez en cuando para sacudirse.

Brad abrió la puerta de la casa y les gritó que se calmaran. Me metí las manos en los bolsillos y me tomé mi tiempo para llegar hasta la casa. Me daba igual que estuviera lloviendo.

Me estaba mirando con una sonrisa de niño. La sonrisa de alguien capaz de comerse una tarjeta de puntuaciones. Pero se le borró de la cara cuando me fui acercando. No sé qué es lo que vio.

–Harley –dijo. Sacó parte del cuerpo por la puerta, pero dejó un pie plantado firmemente en el interior–. ¿Y tu camioneta? No habrás venido andando hasta aquí, ¿no?

No tenían porche. Tenían una terraza sin techar con el suelo de madera delante de la puerta a la que se llegaba subiendo dos escalones. Brad se estaba mojando.

–La he aparcado en la calle. Volvía a casa de la cárcel y he pensado pasar a recoger a Jody –dije con tono amable.

–¿De la cárcel? –preguntó poniéndose una mano sobre la cabeza y pestañeando para quitarse el agua de los ojos.

–He ido a ver a mi madre.

–Ah, claro. Lo siento. ¿Estás bien?

–Sí, genial. Sólo que huelo un poco mal.

Retrocedió ligeramente hacia el interior.

–Bueno, ya hemos llevado antes a Jody a casa.

Asentí con la cabeza.

–Vale –dije, también pestañeando porque me estaba chorreando agua desde la visera de la gorra–. Ya que estoy aquí, ¿puedo ver a tu mujer?

–¿A mi mujer?

–Sí. Tengo que hablar con ella de una cosa.

–¿Quieres pasar?

–Es mejor que no entre.

Callie apareció en la puerta vestida con sus vaqueros suaves como la gamuza y con una camiseta roja con un ribete de raso en el cuello.

–¿Pasa algo? –le preguntó a Brad sin saludarme siquiera.

–Dice que tiene que hablar contigo.

Me lanzó una mirada de incredulidad.

–¿Puedes salir? –le pregunté.

–Está lloviendo –dijo con cautela.

–Podemos hablar en mi camioneta.

Su gesto de asombro se acentuó.

–Quizá deberías ir a hablar con él –dijo Brad–, dice que acaba de venir de visitar a su madre en la cárcel.

–Ah –dijo, de repente comprensiva.

–Y es mi cumpleaños –añadí rápidamente.

Ya estaba. La había convencido. Ése fue el factor decisivo. Lo vi en su mirada.

Se asomó para ver cuánto llovía.

–¿Dónde tienes la camioneta?

–Ahí fuera, en la calle.

–¡Mamá! –gritó Esme desde dentro con tono cantarín–. Zack se ha cargado mi consulta de médico. Ya tenía todo montado.

–Ella me ha tirado mi autobús de las letras –chilló Zack.

–Él está todo el rato pisándome.

–Ya voy yo –le dijo Brad a Callie con un suspiro–. Nos vemos, Harley –me dijo a mí.

–Sí.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –me preguntó enfadada en cuanto se fue Brad.

Me di la vuelta y eché a andar hacia la camioneta. Callie vino detrás de mí, chapoteando en el suelo mojado con los pies descalzos.

–¡Harley! –me llamó.

Hice el resto del camino corriendo, me metí en la camioneta y la esperé. Cerró de un portazo después de entrar y empezó a despotricar.

–Vamos a dejar una cosa bien clara, Harley. Ni se te ocurra venir a mi casa cuando esté Brad.

–He venido a recoger a Jody –dije.

–No has venido a recoger a Jody –me reprendió–. Brad ha llevado a Jody a casa hace horas. Has venido a montar una escena.

Se lanzó contra el respaldo y cruzó los brazos delante del pecho. La camiseta era corta y se le levantó lo suficiente para que se le viera el ombligo.

–¿Qué le voy a decir a Brad cuando me pregunte para qué querías verme? ¿Qué podría ser tan urgente como para tener que venir a sentarme contigo en tu camioneta con la que está cayendo? Y no me digas que debería decirle la verdad.

–¿Dónde has estado hoy? –pregunté apartando la mirada de ella y dejándola fija en el agua que caía por el parabrisas.

–He ido a comprar unas cosas y a la biblioteca –dijo–. ¿Por qué?

–¿Dónde estuviste el jueves?

–En el colegio de Esme, echando una mano con la fiesta de la pizza. ¿Qué estás haciendo, Harley? ¿Me estás controlando? No es asunto tuyo adónde voy.

–Quería asegurarme de que no estabas enfadada conmigo.

Noté que me estaba mirando.

–¿Enfadada por qué?

–Te fuiste.

–¿Cuándo? ¿El miércoles por la noche? Ya sabes por qué tenía que irme.

–¿Crees que alguna vez podríamos hacerlo sin que tuvieras que irte?

Se quedó en silencio.

–¿Por qué iba a estar enfadada contigo? –preguntó.

–No hice nada.

–¿Cómo?

–Me quedé ahí tumbado sin hacer nada.

Más silencio.

Levantó las piernas y puso los pies mojados y llenos de barro en el salpicadero. La miré. Las rodillas flexionadas le quedaban cerca de la cabeza y tenía las manos apoyadas en la cara interna de los muslos.

Se había producido la transformación. Me estaba mirando con una sonrisa que me recordó a unos bombones de chocolate negro que le regaló mi madre a mi padre unas Navidades. Tenían en el centro una cereza endulzada bañada en licor almibarado.

Se me puso dura al instante.

–Feliz cumpleaños –dijo.

–Gracias.

–No te importa que ponga los pies aquí, ¿verdad?

–No.

–¿Qué tal está tu madre?

–Genial.

–¿Cada cuánto tiempo vas a verla?

–Dos veces por cadena perpetua.

Bajó los pies y se me acercó.

–¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

–Supongo que quieres un beso de cumpleaños –dijo con tono juguetón.

–Algo así.

Se inclinó hacia mí y puso los labios contra los míos con la boca abierta. No la besé inmediatamente. Esperé hasta que no pude distinguir su aliento del mío.

Me saqué las manos de los bolsillos de la chaqueta de papá y la rodeé con los brazos. Estuvimos un ratito dándonos el lote. No fue mucho, pero no tuve que manosearla y no tuve que parar a la mitad y suplicar. Estaba haciendo progresos.

Fue ella la que paró. Noté que se estaba poniendo nerviosa. La lluvia había amainado y ahora caía con unos agradables golpecitos. Iba a volver a irse.

–Así que es tu cumpleaños –comentó mientras me recorría la pierna arriba y abajo con el dedo y mientras yo sufría bajo mis vaqueros–. ¿Has decidido a qué te quieres dedicar?

–A nada –contesté–. No hay nada que se me dé bien –añadí.

Levantó la mano y me pasó el pulgar por los labios.

–Se te da bien sobrevivir. Y para eso hace falta talento.

–Eso tampoco se me da bien.

Me metió el pulgar entre los labios cuando abrí la boca para hablar. Lo dejó ahí y preguntó:

–¿Por qué has venido en realidad?

No consiguió que la mirara.

–No importa –dijo riéndose–, no me lo digas.

Se bajó del asiento, se puso encima de la basura del suelo y me hizo un gesto con la mano para que me quitara del asiento del conductor. Me cambié de sitio y ella me abrió las piernas y se puso entre ellas.

–Considera esto tu regalo –dijo mientras me bajaba la cremallera.

Recosté la cabeza en el asiento y miré por la ventanilla hacia los nubarrones de tormenta, recortados por la parte de arriba, que se extendían sobre las colinas de Callie como merengue de color gris metálico. No me molesté en decirle que todo lo que había hecho por mí era un regalo.

El lunes hice unas cuantas llamadas. A la oficina del fiscal del distrito. A la comisaría del *sheriff*. Al abogado de mamá, cuya tarjeta de visita seguía sujeta a la puerta del congelador con un imán del National Bank de Laurel Falls, entre una foto de Jody disfrazada de estegosaurio verde en Halloween y una circular que habían enviado del colegio para advertir de un caso de conjuntivitis aguda en la clase de Misty.

Lo más difícil fue encontrar a alguien que no me tratara como a un chiflado. Lo segundo más difícil fue encontrar a alguien a quien le importara lo que le estaba contando. Creí que les parecería un atentado contra la moral que una mujer inocente estuviera en la cárcel. Creí que sentirían que era su deber como ciudadanos meter entre rejas al verdadero asesino. Lo que me soltaron, en cambio, fue una referencia tras otra al principio *non bis in idem*: una vez que una causa ya ha sido juzgada, no se puede volver a juzgar. RESUELTA, así llamó el ayudante del abogado de mamá. La causa del asesinato de papá había sido RESUELTA a plena satisfacción del estado de Pensilvania e incluso a plena satisfacción de la homicida convicta. En la oficina del fiscal del distrito insinuaron que quizá estuviera delirando. En la comisaría me dijeron que veía demasiada televisión. Pero todo el mundo se ofreció a hablar conmigo en persona.

Ése era mi plan cuando me levanté el martes, pero no conseguí que me dieran permiso en Barclay's y nadie quiso recibirme a la hora de la comida. La gente no renuncia a sus sándwiches y Coca-Colas por chiflados delirantes que están intentando sacar de la cárcel a homicidas convictas que insisten en que son culpables. En la televisión lo habrían hecho. El ayudante del *sheriff* con el que hablé tenía razón en eso.

A medida que fue transcurriendo el día, cada vez que pensaba en mamá la veía como la había visto tras el plexiglás, alejándose de mí y cayendo en un abismo insondable de COOLs. Después se levantaba una corriente que la traía de vuelta, pero sus facciones habían desaparecido y su cara era una superficie redonda blanca y lisa que había perdido para siempre la capacidad de reflejar cualquier sentimiento por la impresión que le había causado lo que había visto en las profundidades.

Pensar en Misty era peor. Cada vez que pensaba en ella desaparecía en un fondo negro y, cuando su cara empezaba a materializarse otra vez, me ponía histérico. Sacudía la cabeza, me ponía a cantar, recitaba los nombres de los

planetas y de los siete enanitos e intentaba recordar la diferencia entre el Expresionismo Abstracto y el Surrealismo. No podía permitir que volviera. No quería ver lo que sabía ella.

Sin embargo, cuando no estaba pensando en mamá y en Misty todo iba bien. Ellas eran lo que más presente tenía en la cabeza, pero tenía muchas otras cosas con las que distraerme. Y todavía tenía que resolver lo del trozo de tubo de papá.

–Yo creo que lo mejor es que echés más cemento encima –sugirió Bud, que alargó la mano para coger unos plátanos mientras con un lado de la boca masticaba un chicle con ímpetu–. Igual os dais con el pie de vez en cuando, pero no tendrás que estar preocupándote por si alguien se corta con el tubo.

–Me quedaría más tranquilo si pudiera quitarlo del todo.

–¿Es muy grueso el bloque de cemento?

Terminé de atender a mi clienta y le di las buenas noches.

–Bastante –le dije–. Recuerdo que yo tendría unos seis o siete años cuando mi padre cavó el agujero. Me metió dentro y lo único que me asomaba era la cabeza. Mi madre me sacó una foto.

Church nos miró desde el banco en el que estaba sentado toqueteándose las suelas de las deportivas y tirando trocitos de goma al suelo.

–Mi madre me sacó una foto de la cabeza una vez –nos gritó–. De verdad. La tenemos en casa.

–Intentar desenterrar a ese condenado va a ser un horror –continuó Bud–. Y no puedes dinamitarlo tan cerca del pozo. ¿Y con un cabrestante? Busca a alguien que se dedique a arrancar tocones de árboles.

Bud también terminó de atender a su clienta, pero cuando él le dio las buenas noches, se enfrascaron en una conversación sobre un rastrillo que había habido el fin de semana cerca de Clarksburg. Él había ido el sábado. Ella había ido el domingo, con la esperanza de que haría mejor tiempo, pero el domingo también había llovido.

Empecé a sentir punzadas en las manos, que tenía a los lados del cuerpo. Las tenía mucho mejor. Ya no me escocían, sólo me picaban un poco y las tenía entumecidas. Me había bajado la hinchazón y me habían salido costras en las heridas. Me recordaban a la pequeña espalda de Jody cuando había tenido la varicela el año anterior.

–Buenas noches, señoritas –oí que les decía Rick a las cajeras con su empalagosa voz de jefe.

Iba a salir con su mujer a celebrar algo especial, no quiso decirnos el qué. Bud dijo que era para festejar que por fin se le habían encallecido los granos del culo.

Su cara sebosa se paró a mi lado. Estaba llena de cosas que se movían y

temblaban, como la superficie de una salsa grumosa pasada. Tenía una capa de sudor en el labio superior.

Olió el aire de delante de mí con muchos aspavientos y después volvió a poner la cabeza en la masa acolchada de carne que tenía por cuello.

–No vuelvas por aquí hasta que no te hayas dado un baño, Altmyer –dijo bien alto.

Las tres cajeras me miraron, medio de cachondeo medio asustadas, como si fuera un perro feroz con el hocico lleno de saliva atado con una fuerte cadena que me impedía llegar hasta ellas.

Estaban esperando que intentara matarlo. Llevaban más de un año a la expectativa, deseando que llegara el día en que finalmente perdiera los papeles y los reporteros de la tele vinieran a hacerlas famosas. No tenía la más mínima intención de darles esa satisfacción.

Agradecí amablemente a Rick su interés por mi higiene personal. Le dije que daba una buena imagen de su estilo como jefe.

Antes de que pudiera decirme nada más, me fui farfullando que iba a reponer la sección de sopas Campbell's de sopa de pollo con estrellas. Esperé a estar seguro de que se había ido para volver a las cajas. Church y Bud estaban embolsando. Mi cajera estaba embolsando ella misma y me lanzó una mirada asesina que habría podido competir con las de Amber. Volví al trabajo.

–¿Qué tal, Harley? –me preguntó Church.

–Bien, Church.

–El jefe no sabe lo que dice –dijo.

–No te preocupes.

Sacudió la cabeza y sus ojos se movieron de un lado para otro tras los gruesos cristales de sus gafas.

–Le he contado a mi madre lo que ha dicho. Se lo he contado todo.

–¿Cuándo?

–La he llamado –explicó con una gran sonrisa, mirando hacia el teléfono público–. Ha dicho que decirle eso a un buen chico como tú es un crimen. Eso quiere decir que es delito, como aparcar delante de una boca de incendios.

–¿Por qué cree tu madre que soy un buen chico?

–Se lo he dicho yo otras veces. Le hablo de ti, Harley. De verdad. De ti y de Bud. Mi madre dice que un día de éstos os va a invitar a cenar a casa porque os portáis muy bien con su niño. Así me llama a veces. Su niño. Me imagino que es porque aún lloro por las noches. Dice que os va a invitar alguna noche cuando no esté muy cansada por el trabajo y tenga tiempo de cocinar una carne asada. ¿Tú vendrías?

–Claro –contesté.

–Genial –exclamó–, voy a decírselo. ¿Te gusta la compota de manzana o las

natillas?

–Las dos.

–Las dos –se echó a reír–. Hala. Las dos. A mí nunca me dan las dos cosas. Ya verás cuando le diga a mamá que quieres las dos cosas.

Apoyó la botella de dos litros de zarzaparrilla que tenía en la mano y se alejó de la caja.

–¿Adónde vas?

–Voy a llamarla otra vez –dijo mientras se dirigía hacia el teléfono– y a decirle que quieres las dos cosas.

–No quería decir eso –empecé a explicarle, pero entonces pensé: «Bueno, ¿qué narices?». Me comería las dos cosas.

Terminé de embolsar lo suyo. Cuando volvió a haber menos trabajo, me senté en el banco, me puse las manos en las rodillas y vi cómo daban sacudidas. No me habían molestado mientras había estado reponiendo bloques de mozzarella, apilando botes de galletas Hungry Jack y montando un nuevo expositor con biscotes Premium y botes de queso Easy Cheese de Nabisco al final del pasillo de los aperitivos. Otra de las ideas geniales de Rick: la gente que comía queso de bote a veces lo comía con biscotes.

Las apreté. Me seguían temblando. Me las puse estiradas encima de los muslos. Daban sacudidas como un cable electrificado. Me senté encima. Noté cómo las vibraciones me subían por la columna.

Oí el susurro mecánico de las puertas automáticas al abrirse. Miré hacia ellas y vi entrar a Amber. Volví a mirar porque, que yo supiera, no había puesto un pie en Shop Rite ni una sola vez desde que yo había empezado a trabajar allí, y eso que de pequeña le encantaba ir con mamá.

Las cajeras la vieron inmediatamente y le lanzaron miradas hostiles. Llevaba unos vaqueros cortos, unas botas camperas de color habano y una camisa de manga larga de chico que no era mía atada encima del ombligo con un nudo. Iba caminando despacio, acentuando cada paso con un movimiento desgano de las caderas, señal de que algo masculino la estaba mirando desde detrás.

Al verme sentado en el banco me miró con una sonrisita de suficiencia, como si siempre hubiera sospechado que en el trabajo no hacía otra cosa que pasarme las horas con el culo en una silla.

Se paró justo delante de mí con las piernas ligeramente separadas, las botas bien firmes en el suelo y los brazos en jarras.

–Iba a dejarte una nota, pero he decidido que esto era algo importante y que debía venir a despedirme en persona.

–¿Con quién se ha quedado Jody? –dije.

–Tú eres imbécil –me soltó lo suficientemente alto para que lo oyeran las cajeras. Ellas ni siquiera fingieron no estar escuchando–. Estoy aquí diciéndote

que no te voy a volver a ver en lo que nos queda de vida y tú quieres saber con quién se ha quedado Jody. Está con Misty, subnormal.

–No me gusta que la cuide Misty.

–Pues vete acostumbrándote, porque ya no tienes a nadie más.

–¿Adónde vas?

–Ya te lo dije, me voy a vivir con Dylan.

–DYLAN –me levanté y le puse mala cara–. A todo esto, ¿quién narices es ese tío? ¿Se puede saber de dónde lo has sacado?

–Del instituto, de donde saco a todos.

–¿Cuánto hace que lo conoces?

–Toda mi vida.

Me froté los ojos con las yemas de los dedos. Me los froté tan fuerte que cuando paré sólo veía manchas de luz.

Reformulé mi pregunta:

–¿Cuánto hace que lo conoces lo suficiente como para saludarle por los pasillos?

–Voy en serio con él –me soltó–. Es distinto de los demás.

–¿Por qué? ¿Porque te pega?

Me miró con un gesto de sorpresa.

–¿Es eso lo que quieres? –pregunté.

–No me pega.

–Sé que te pega. Vi cómo andabas. La única vez en mi vida que he visto andar así a alguien a quien no habían dado una paliza fue a mamá en el hospital después de que naciera Jody.

–¿Estabas mirando mi forma de andar?

Cogí aire con frustración y volví a frotarme los ojos hasta que Amber desapareció tras una luz blanca moteada y una nada gris.

–¿Es eso lo que quieres? –volví a intentarlo–. ¿Quieres que alguien te pegue?

Se miró las punteras de las botas. Las tenía destrozadas. Si te vas a ir a vivir con alguien, al menos que sea alguien que te compre botas nuevas, quería decirle, pero sabía que ése no era el motivo por el que quería irse de casa. No estaba seguro de cuál era el motivo. Sabía que estaba relacionado conmigo, pero no sabía cómo.

En esos dos últimos años no había hecho otra cosa que cuidar de ella y no había bastado. Eso no contaba. Ella quería algo más o algo distinto.

–¿Y entonces toda aquella mierda de cuando te pegaba papá? –le pregunté bruscamente–. Entonces no te gustaba que te pegaran. ¿O sí? ¿Todo era fingido? –intenté recordar qué era exactamente lo que había dicho Betty sobre ese tema–. ¿Crees que es amor?

–Estás mal de la cabeza –dijo sin levantar la vista de las botas.

–¿Te quedarías si yo te pegara?

Se quedó pensando en mi pregunta. Y estuvo pensando un buen rato. No me podía creer que de verdad pudiera decir que sí. Jamás me había sentido tan decepcionado. Ni siquiera cuando tuve que hacer frente al precio de los funerales y de la comida para perros.

–¿Quieres que te pegue? –lo intenté por otro camino.

Levantó la vista y me miró, de pronto desafiante.

–Sólo si tú quieres.

–Yo no quiero.

–Bien.

Se dio la vuelta rápidamente y su pelo me pasó por delante de la cara. La agarré del brazo.

–No has contestado a mi primera pregunta. ¿Te quedarías si te pegara?

Todo el mundo nos estaba mirando excepto Church, que estaba pegado al auricular del teléfono hablando en susurros con actitud conspirativa.

Amber miró la mano con la que la tenía cogida del brazo, pero por una vez no se soltó de un tirón.

–¿Tú quieres que me quede? –preguntó.

–¿Te quedarías si te pegara?

Siguió pensando en la pregunta y se me hizo un nudo de dolor en el estómago que me produjo náuseas.

–No –contestó finalmente–. ¿Tú quieres que me quede?

Le solté el brazo con una sensación de alivio.

–Sólo si tú quieres –contesté.

–No sé si quiero.

–¿Por qué no te quedas hasta que lo sepas?

–¿Me estás pidiendo que me quede?

–Hasta que lo sepas.

–¿Entonces me estás pidiendo que me quede?

–Hasta que lo sepas.

–Dylan se va a cabrear si me quedo.

–Por el amor de Dios, Amber –gruñí–. Dile que yo no te dejo que te vayas de casa.

–¿De verdad? –sonrió como una niña–. ¿Puedo decirle eso?

–Claro –dije–, pero no se lo digas aquí. Dile que tienes que ir a buscar algo a casa y se lo dices cuando estéis allí. Si no, igual te deja aquí tirada y yo no salgo de trabajar hasta dentro de tres horas.

–Él no es así –me aseguró mientras se daba la vuelta para salir. Se despidió con un gesto de la mano–. Nos vemos en casa.

Estaba intentando entender lo que acababa de pasar cuando Church apareció

a mi lado.

–Tu novia es muy guapa –dijo–. Tiene el pelo como una moneda de un centavo nueva.

–No es mi novia. Es mi hermana.

Se rió y me guiñó el ojo.

–Sí, ya, tu hermana.

Miré a través de los cristales de detrás de Church y vi a Amber de pie con su maleta observando cómo se alejaba una camioneta. Se volvió y me miró frunciendo el ceño con un gesto de derrota, pero entonces sonrió un poco. Supongo que yo debía de estar sonriéndole. Me fijé en que había recuperado su almohada.

Se quedó esperando hasta que acabé mi turno. No hablamos en la camioneta en todo el camino a casa, pero, por primera vez en mucho tiempo, el silencio entre nosotros no escocía. Cuando llegamos a Black Lick Road, la dejé conducir.

Amber se fue a dormir directamente. Le pedí que echara un vistazo a Jody y a Misty antes de irse a la cama. Mientras lo hacía, yo fui al cobertizo a asegurarme de que la escopeta seguía escondida. También cerré bien la tapa del cubo de basura.

Amber no vino a decirme nada de las niñas, así que supuse que las dos seguían vivas. Revolví en la nevera en busca de algo de picar. Encontré un paquete de mortadela abierto y me comí un par de rodajas.

Jody había dejado el boletín con las notas finales encima de la mesa para que se lo firmara. Tenía positivos en todo menos en un apartado de Gimnasia llamado «Esfuerzo». También había un par de hojas de ejercicios, un aviso de que tenía que devolver todos los libros de la biblioteca, un dibujo hecho con ceras de colores de Mickey Mouse al lado de un castillo azul con las palabras LAS BACACIONES DE MIS SUEÑOS escritas encima y una hoja de papel naranja fosforescente doblada en cuatro.

Abrí la hoja y reconocí el papel para cartas de Misty. Se lo había regalado Amber por su último cumpleaños. Tenía una greca de unicornios saltarines morados, rojos y negros. La primera vez que vi una de las hojas pensé que eran demonios.

En medio del papel, con letra pequeña y meticulosamente, Misty había escrito:

Tiene más sentido que estén juntos que con desconocidos. Se quieren. Harley acabará cambiando de opinión.
P. D. No pasa nada por que mezclen su sangre. Tienen la misma sangre. Esme es idiota.

Doblé la nota. Todo se volvió negro. La cara de Misty vino hacia mí a toda velocidad y pegué un grito.

Cuando recuperé el conocimiento estaba en la cocina agarrado con fuerza al respaldo de una silla, con la sensación de que había viajado cientos de kilómetros y había estado fuera varios años, pero el boletín de Jody seguía allí y seguía poniendo Primer Curso.

La nota también seguía allí. Ahora tenía huellas grasientas de mortadela. ¿Qué pasaría si me pillaban?

Me llevé la Biblia de mamá a la cama, pero no llegué a abrirla. Pensaba que me iba a costar muchísimo dormirme, pero sólo tuve que observar la bombilla durante unos dos minutos y me quedé dormido. Lo último que recuerdo es un objeto suave y claro flotando sobre mí y el resoplido de placer de Elvis al tumbarse a mi lado. Hacía tiempo que no dormía conmigo en mi habitación, pero esa noche me había seguido por las escaleras del sótano; sus uñas sonaron sobre el suelo de cemento antes de encontrar la alfombra de pelo largo al lado de mi cama.

Yo ya no soñaba, pero sabía que el inmenso placer que sentía no podía ser real. Ella estaba conmigo. Cuidándome, consolándome, protegiéndome, alimentándome, enseñándome, tocándome, lamiéndome, creándome. No necesitaba verla para excitarme. Lo que la hacía hermosa no era su físico, sino su forma de entregarse a mí renunciando a su propio yo. No la habían puesto allí como una compañera ni como una igual. Había sido sacrificada para que pudiéramos existir.

Mi ser se fundió con el suyo. Su cuerpo era el líquido que respiraba. Sus dedos eran llamas de un fuego que ardía bajo el agua, abrasándome y aliviándome el dolor de una piel nonata. Me gimió al oído. Una vez. Suavemente. Un grito ahogado con un sonido plateado. Un sonido que emocionaba y entristecía como el aullido agri dulce de un perro encerrado.

Me di la vuelta y la recibí de Sus brazos. Ella era mi regalo. Mío. Y yo era su penitencia.

Entonces lo recordé: yo ya no soñaba.

Antes de poder definir el horror, simplemente lo sentí. Me levantó de la cama y me estampó contra una pared. Mi instinto de supervivencia me dijo que echara a correr, me dijo que me arañara la piel hasta arrancármela, me dijo que me cortara las manos, pero, en lugar de todo eso, abrí los ojos.

Amber estaba sentada en el suelo junto a mi cama. Se estaba frotando la nuca como si le doliera. Y estaba desnuda.

–Dios mío –gemí.

–Dijiste que querías que me quedara –dijo.

Vi la Biblia de mamá a los pies de la cama. La cogí rápidamente y la sostuve

delante de mí como un crucifijo.

–¿Qué te pasa? –preguntó medio dormida–. Te estaba gustando.

Creo que grité, pero no estoy seguro. De repente mi cerebro había empezado a recibir interferencias de la televisión, peleas domésticas, emisiones de radio de galaxias recién formadas. Todas las palabras de todas las lenguas escritas o habladas a lo largo de la historia me pasaron por delante de los ojos.

Mantuve la Biblia en alto delante de mi cara.

–Vístete –grité.

–¿Qué es lo que te pasa? –la oí repetir.

–Vete –grité.

–Te creías que era ella –su tono de voz se volvió feroz–. Te creías que era ella y por eso te estaba gustando. Pensabas que era esa furcia.

Se levantó del suelo y vino hacia mí. Seguía desnuda.

–¡Lo sé todo! ¡Sé todo lo que hacéis en esa cabaña!

Abrí la Biblia y hundí la cara entre las hojas rojizas. Al notar el olor de mi madre empecé a llorar.

–¿Creías que yo era ella? ¿Creías que ya era mañana por la noche y estabas follando con ella?

–No estaba follando contigo –dije entre sollozos–. Estaba durmiendo.

–Ella no te quiere. Jamás podría quererte. Para ella sólo eres una parte del cuerpo. Sólo eres una gran polla estúpida a la que se puede tirar.

Me daba miedo intentar pasar a su lado. Me daba miedo que me tocara. Me daba miedo dejarla.

–¿Cómo pudiste hacerme eso? –chilló.

Cerré los ojos y pasé rápidamente junto a ella como si estuviera atravesando una pared de fuego. Le rocé la piel, pero sobreviví. Subí las escaleras corriendo torpemente y llegué hasta la puerta principal, que Elvis estaba arañando como loco para intentar salir. Conseguí llegar a la barandilla del porche antes de vomitar.

No sabía adónde ir. Por primera vez en mi vida, el bosque me daba miedo. La silueta de la camioneta aparcada e iluminada por un rayo de luz de luna no me pareció una escapatoria sino un exilio.

Vi las cuatro casetas de los perros vacías. Escogí una, corrí hasta ella y me metí a gatas. Me quedé acurrucado con la Biblia de mamá, temblando, respirando el intenso olor a tierra, a mierda y a marañas de pelo de perro que llevaban ahí largo tiempo. Me quedé allí, intentando controlar el castañeteo de los dientes, esperando aterrorizado a oír sus pisadas. Nunca llegué a oírlas.

No llegué a dormirme. Entré en una especie de trance, abrazándome con fuerza las piernas desnudas contra el pecho, mirando por una grieta entre las tablas de la caseta del perro, viendo cómo la delgada franja de cielo negro se volvía rosa y después azul.

Cada vez que oía un ruido pegaba un brinco. El correteo y los arañazos de las patas de un roedor. El reclamo demasiado humano de un chotacabras. El murmullo del cuerpo de una serpiente. El movimiento subterráneo de las placas tectónicas. Los latidos de mi propio corazón.

Más tarde, los sonidos matutinos. La voz de Jody en la cocina. Armarios abriéndose y cerrándose. Ruido de platos. Un grifo abierto. También la voz de Misty. Ni rastro de Amber.

La puerta trasera abriéndose. Jody llamando a Elvis. Jody llamándome a mí. Ni rastro de Amber.

Me acurruqué aún más y aguardé hecho un ovillo. Enseguida oí la puerta principal abrirse y cerrarse. Unos pies atravesaron el porche a todo correr y unas patas fueron detrás caminando pesadamente.

–Tú quédate aquí, Elvis. Quédate aquí –ordenó Jody.

Me lo imaginé mirándola con las orejas levantadas y después trotando tras ella alegremente por la calle hacia la parada del autobús.

La puerta se abrió una última vez. Pegué el ojo a la rendija de la caseta. Amber salió al porche y aparté la cara a toda velocidad. Iba completamente vestida, pero yo sólo vi un oscuro triángulo húmedo y unos pezones rojos y duros. Nunca volvería a ser una persona entera para mí. Nunca volvería a ser una persona.

Mordí la Biblia de mamá para no reírme, gritar ni respirar. Oí sus bastas sandalias atravesar el porche. Amber se iba a clase. Amber seguía con su vida. Amber estaba bien.

Mordí la Biblia con más fuerza hasta que me empezaron a salir lágrimas por el rabillo de los ojos.

Esperé hasta que el ruido de sus pisadas se fue apagando calle abajo y no se oyó nada más que el canto de los pájaros. Amber había hecho bien, me dije. Quedarse en casa habría sido lo peor que podría haber hecho. A menos que pienses entregarte, aléjate del lugar del crimen.

Salí de la caseta a cuatro patas y dejé que mis ojos se acostumbraran a la luz. Iba a ser un día caluroso y soleado. No me molesté en ponerme de pie. Fui

gateando hasta el interior de la casa e incluso bajé las escaleras del sótano a gatas, lo que no fue nada fácil.

Me vestí, me pasé un peine por el pelo, miré las sábanas de mi cama para comprobar si había habido poluciones nocturnas y subí a buscar una galleta Pop-Tart.

Sólo teníamos de las de sandía. Jody me había suplicado que se las comprara por el glaseado rosa y verde y después no le había gustado nada el sabor. A mí tampoco me gustó.

Cogí los Frosties, me comí un par de puñados directamente de la caja y después ayudé a bajarlos con leche y dos cervezas. Fuera, Elvis se puso a ladrar. Pensé que me iba a entrar el pánico. Podría haber sido Amber volviendo a casa, pero las Red Dogs me habían relajado. Quizá demasiado. Al darme la vuelta para coger la chaqueta de papá del respaldo de una silla me clavé el pico de la mesa de la cocina.

Cerré los ojos y maldije la mesa. Cuando volví a abrirlos, Misty estaba delante de la puerta trasera con un peto vaquero ancho encima de un top negro. Llevaba el pelo recogido en una coleta mal hecha y un bolsito de plástico transparente morado colgado del hombro. Vi que dentro llevaba un pintalabios, un pastelito Zebra de Little Debbie y una navaja.

–¿Te encuentras bien? –me preguntó.

–Sí –contesté estremeciéndome.

No dijo nada más y no movió ni un dedo. Rodeé la mesa renqueando y pensé en salir por la puerta trasera, pero para eso habría tenido que pedirle que se moviera.

–¿Qué haces aquí? –le gruñí. Soné más valiente de como me sentía–. ¿Has perdido el autobús? ¿Dónde está Jody?

–Es el último día de clase –contestó–. Lo único que vamos a hacer es vaciar las taquillas y ver un vídeo.

–Algo educativo, espero.

–Es una película basada en un libro –me dijo.

–¿*Moby Dick*?

Me miró con un gesto inexpresivo.

–*El cementerio viviente*.

–Bonita forma de emplear mis impuestos –dije entre dientes mientras metía los brazos por las mangas de la chaqueta de papá.

–Anoche te oí discutir con Amber.

–Ya, bueno.

Tragué saliva con fuerza. Recorrí toda la cocina con la mirada. Vací el tazón de cereales de Jody en el fregadero. Aplasté mis latas de cerveza y las tiré a la basura. Abrí la puerta de la nevera.

–¿Qué oíste? –pregunté metiendo la cabeza dentro.

–A ti gritándole que se vistiera.

Me reí. Me volví a reír. Tuve que morderme la lengua para no pasarme el resto de mi vida riéndome.

–Debiste de oírme mal.

–¿Por qué has dormido en la caseta del perro?

–Por pura diversión.

Saqué el cuerpo de la nevera.

–A mí me da igual lo que hagáis Amber y tú –dijo.

Tuve que emplear todas mis fuerzas para no mirarla, pero el esfuerzo fue en vano. Noté cómo sus oscuros ojos me miraban fijamente sin pestañear. Noté cómo volvían a convertirme en un niño y me arrastraban a su interior con la misma atracción irresistible que ejercían sobre mí los barrenos negros en el suelo y las casas destrozadas. Lo había dicho en serio. No porque fuera mala o comprensiva ni porque ella misma fuese una víctima sino porque había perdido la capacidad de conmoverse, si es que alguna vez la había tenido. Pero aún era capaz de sentir que le importábamos. Demostraba que le importábamos no demostrando que le importábamos. Aquél era el mayor cumplido que podía hacer.

–Me tengo que ir a trabajar –dije.

–¿Y si me llevas a hacerme un tatuaje? –sugirió–. Ya que ya he perdido el autobús y eso...

–Olvídalo. Ya te lo dije, no puedes hacértelo.

–Pensaba que a lo mejor habías cambiado de opinión.

–¿Por qué iba a cambiar de opinión?

Se encogió de hombros. Su forma de hacerlo encerraba más significado que muchos sermones. Creí entender lo que estaba intentando decirme. La miré con un gesto de incredulidad. ¿Estaba intentando chantajearme para que la dejara hacerse un tatuaje por lo que creía haber oído entre Amber y yo?

¿O estaba insinuando que me dispararía si no le dejaba hacérselo?

Otra carcajada me subió hasta la boca y tragué saliva para que volviera a bajar. Le había escondido la escopeta.

–Ni hablar.

–¿Por qué?

–Porque no se borra –contesté, aunque antes incluso de que las palabras salieran de mi boca me di cuenta de lo estúpido que era preocuparse por una cicatriz que iba a tener por fuera.

Volví a intentarlo:

–Eres demasiado pequeña para tomar una decisión con la que vas a tener que vivir el resto de tu vida y yo no me siento cómodo tomándola por ti.

–Vale.

Se acercó al armario y sacó un vaso.

–¿Vale? –repetí.

–Eso lo puedo respetar –explicó mientras atravesaba la cocina hasta la nevera–. Pensaba que me ibas a echar una charla sobre que es muy quinqui, o a intentar impedírmelo porque estás en plan padre, pero si el motivo es ése... –sacó una jarra de Kool-Aid azul–, supongo que lo entiendo.

Se llenó el vaso y dio un buen trago. La fila de piedrecitas rosas de la muñeca se veía apagada y sin brillo a la luz del sol. Parecía que ya sólo centelleaba con la luz artificial.

–Tú y yo no somos tan distintos, ¿sabes? –me dijo con la boca justo encima del vaso–. En nuestra forma de pensar.

–¿Eh?

–Los dos somos un poco raros. Yo no soy como se supone que tiene que ser una chica. Tú no eres como se supone que tiene que ser un chico.

–¿De qué estás hablando?

–A ti no te gusta el fútbol. No te gusta cortar la hierba. Tienes el libro ese de arte en la camioneta –dijo con frialdad, sorbiendo ruidosamente entre un comentario y el siguiente.

–Vaya gilipollez –dije–. Casi todos los pintores de ese libro son hombres. No tiene nada de malo que a un chico le guste el arte.

–No tiene nada de malo que a una chica le guste la caza.

–¿Quién ha dicho que tenga algo de malo?

–Papá lo pensaba.

Se terminó el refresco. Le dejó los labios ligeramente azulados, lo que me trajo a la memoria a un recién nacido diminuto con la cara morada y conectado a un respirador que había visto en una revista en la sala de espera de Betty. En el pie de foto se advertía a los fumadores que no se reprodujeran.

–A papá le encantaba llevarte de caza –le recordé.

–No, no le encantaba –dijo sin ninguna emoción–. Me llevaba porque yo quería ir, pero siempre pensaba que ojalá yo hubiera sido tú.

–Eso es una chorrada.

–No, no lo es.

–¿Me estás diciendo que yo no le gustaba porque no quería ir de caza con él y que tú no le gustabas porque tú sí querías?

–Algo así.

Su triste mirada de ojos marrones estaba fija en el fondo de su vaso vacío con una expresión ausente. Hubo un largo silencio.

–Yo intenté hacer que me quisiera –dijo.

Las palabras sonaron en mis oídos con el fuerte chasquido de un cepo al

cerrarse. Quería salir corriendo, pero Misty levantó la vista hacia mí y su mirada me atrapó como unos pesados dientes metálicos de borde romo que me desgarrarían la piel si intentaba escapar.

–Papá te quería.

–No como quería a mamá.

Una desagradable sensación de frío me empezó en la entrepierna y me fue subiendo por la columna hasta instalarse en mi costroso cuero cabelludo.

–Ésa es una clase de amor distinta –dije, intentando que mi voz no reflejara la repugnancia cada vez mayor que estaba sintiendo.

–A ella nunca le pegó. ¿Lo has pensado alguna vez? A ella nunca le pegó. Ni una sola vez. Seguramente es por eso por lo que a ella le daba igual que nos pegara a nosotros.

Ahí estaba. La respuesta definitiva. La vi enterrada en los turbios ojos de mi hermana: el dolor, la confusión y el odio de alguien abandonado.

No había habido ningún amor incestuoso por el que había estado dispuesta a asesinar. No había habido ninguna lealtad absoluta a un padre que pasaba tiempo con ella cuando no le estaba pegando. Aquello no había tenido nada que ver con papá. La traición se había producido entre madre e hija.

Después de años de observar a los animales en la naturaleza, Misty había aprendido qué era lo que podía esperar y lo que le correspondía por derecho. Su propia madre había violado la ley instintiva más simple y más fundamental de la naturaleza: no había protegido a sus crías.

Me pasé la lengua por los labios.

Y mamá sabía que Misty conocía su delito. Lo había sabido desde el día en que Misty le puso la gatita muerta a los pies y empezó a llevar puesto su collar como si fuera la condecoración de un soldado muerto en servicio.

La pálida cara pecosa, con sus pinturas de guerra de Maybelline, se volvió hacia la ventana.

–Hace buen día. Qué raro que Amber no se haya saltado las clases para poder tumbarse fuera. Debes de estar decepcionado.

El estómago me dio una sacudida y noté el sabor a cerveza lechosa en el fondo de la garganta. Tragué saliva para bajarlo. Volvió a subir. Me agarré a una de las sillas de la cocina para recobrar el equilibrio.

Misty me iba a coaccionar. No con la amenaza de revelar lo que había entre Amber y yo sino con la amenaza de incitarme a ello.

Pensé en las notitas de Jody y me entraron ganas de llorar. Misty le estaba enseñando que aquello estaba bien. Todas iban a acabar de parte de Amber.

Me empezaron a castañetear los dientes y apreté la mandíbula con fuerza.

Vi mi futuro. Vi el de Jody. Tenía que hacer algo. Entonces recordé que ella misma ocultaba un horrible secreto.

–Sé lo que hiciste –le dije.

Ella siguió mirando por la ventana.

–¿Me has oído?

Nada.

–¿No tienes nada que decir a eso?

Apartó la mirada de la ventana lentamente y la dirigió hacia mí, compadeciendo mi destino de animal pero saboreando mi miedo de animal.

–Eres tú quien tendría que haberlo hecho –dijo.

Esa vez, cuando la leche y la cerveza me subieron a la garganta, no pude contenerlas. Me abalancé sobre el fregadero. Misty se hizo a un lado.

Una vez que empecé a vomitar, no pude parar. Como si por fin mi cuerpo hubiera encontrado algo que se le daba bien. Llegó un momento en el que tuve que descansar y apoyé la mejilla en el frío grifo de acero.

Oí cómo se encendía la tele en la otra habitación.

Me repuse al llegar al trabajo. El día no fue mal. Aguanté con serenidad los insultos de mi jefe de Barclay's. Le di la razón en que por allí no era fácil conseguir un trabajo y en que era un idiota por arriesgarme a perder aquél. Le dije que entendía que fuera a despedirme si volvía a llegar tarde.

Durante los repartos, fui el cabrón más simpático que jamás haya llevado una nevera a una casa en toda la zona oeste de Pensilvania. Di palique a todas las amas de casa y a todos los niños con los que nos encontramos. Incluso intercambié unos cuantos comentarios sobre tetas y culos con Ray. No me ofendí cuando varias personas a lo largo del día me dijeron que olía a establo o me preguntaron por qué iba con chaqueta.

Estábamos volviendo de hacer nuestra última entrega cuando tuvo lugar la gran explosión, la colisión a la que no sobreviví. Seis segundos era un cálculo muy generoso, yo no tuve ni dos. No tuve la oportunidad de mirar hacia arriba y ver el cielo explotar con un resplandor como el de mil soles. Mi explosión se produjo por dentro.

Ray iba conduciendo. Yo no fui consciente de cuál había sido mi reacción, pero no debió de ser agradable, ya que me hizo bajarme del camión en una calle llena de tráfico a las afueras del pueblo, a más de ocho kilómetros de la tienda. Cuando el dolor de cabeza se me pasó lo suficiente como para poder recuperar el aliento y los brazos y las piernas me dejaron de temblar lo suficiente como para poder andar con rumbo fijo, empecé a caminar.

No miré a los coches y camionetas que pasaban a mi lado a toda velocidad. No miré al cielo azul claro que tenía sobre mí ni a la larga línea gris que se extendía, interminable, a mis pies. Localicé una estrella en la lejanía –un cartel verde y naranja de un 7-Eleven– y me concentré en llegar hasta ella.

Fui directo a las cabinas telefónicas de fuera de la tienda y llamé a Betty. Me salió el contestador, que me indicó que estaba en su otra consulta. Podía dejar un mensaje o llamarla allí. Repetí el número que dijo. Empecé a marcar y se me olvidó. Volví a llamar a su consulta del condado. Repetí el número. Empecé a marcar y se me olvidó. Volví a llamar. Me quedé sin monedas de veinticinco centavos. Tenía un dólar en el bolsillo. Entré en la tienda y lo cambié por monedas. Las conté. CUATRO. Cuatro monedas de veinticinco centavos. Bien, le dije a la cajera.

Salí y volví a llamar a su consulta del condado. Conseguí el otro número. Pulsé siete botones y cerré los ojos.

Me salió otro contestador y empecé a llorar. Incluso después de que sonara la señal, seguí llorando. No se me ocurría un mensaje mejor.

–¿Sí? ¿Diga? –se oyó la verdadera voz de Betty al otro lado de la línea–. Hola, ¿quién es? ¿Pasa algo?

–Necesito ayuda –dije entre sollozos.

–¿Quién es?

–No lo sé.

–¿Harley?

–Sí –me detuve, me sorbí la nariz y me la limpié con la manga de la chaqueta de papá–, me parece que sí.

–Harley, ¿dónde estás?

–No lo sé.

–¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

–Necesito ayuda.

–¿Qué ha pasado?

–Ella...

–¿Quién?

–Ella...

–Ella, ¿quién?

Una oleada de intenso dolor me recorrió la cabeza, destruyendo mis pensamientos y dejándome mudo y atontado.

–Harley, ¿dónde estás?

Lo único que podía hacer era llorar.

–¿Estás en casa?

Negué con la cabeza sin decir nada.

–¿En el trabajo?

–*Seven, eleven* –susurré.

–*Seven, eleven* –repitió–. ¿Te refieres a la tienda?

Asentí con la cabeza sin decir nada.

–¿La vieja o la nueva?

–La verde.

Me sorbí la nariz.

–Harley –parecía frustrada–, ahora mismo estoy con un paciente.

–Un paciente de verdad –dije.

–¿Puedes venir aquí? Estoy en mi consulta.

–Tu consulta de verdad –dije.

–Es menos de verdad que la consulta en la que te veo a ti. Es en el número 475 de Saltwork Street. Entre Maple y Grant. Es una casa grande y blanca con una puerta roja fuerte. ¿Crees que podrás encontrarla?

Colgué el teléfono y eché a andar otra vez.

Cuando llegué, estaba sudando como un pollo. La casa no era grande. Era inmensa. Las de alrededor eran grandes.

El suelo del interior era de una madera oscura sin fondo, tan pulida que parecía líquida. Delante de mí, una barandilla de la misma madera subía junto a una escalera describiendo una curva. En las paredes, empapeladas en color crema, colgaban cuadros de bailarinas en tonos rosa pálido y jardines de colores brillantes. Había dos sillas antiguas con cojines de terciopelo de rayas a los lados de una puerta que no veía adónde conducía.

La madre del cordero, pensé.

–Hola –dijo una voz de mujer. No era la de Betty.

Me daba miedo moverme de la pequeña y fastuosa alfombra y poner un pie en el suelo por si me ahogaba.

–¿Hay alguien ahí?

Una mujer salió de la habitación que no veía. Traía una sonrisa amable en la cara, pero al verme se le abrió ligeramente la boca y abrió los ojos de par en par con un gesto de preocupación.

–¿Eres Harley? –preguntó.

–Sí.

–Pasa –dijo–. La doctora Parks se va a quedar mucho más tranquila cuando te vea.

–¿La doctora Parks? –pregunté.

–Betty –explicó.

Hizo ademán de tocarme, pero se lo pensó mejor.

–¿Quieres quitarte la chaqueta?

–No, gracias.

Me pidió que la acompañara y la seguí hasta una habitación al final del pasillo. Betty estaba dentro, sentada detrás de un escritorio tamaño cama como los de los jefes de Estado, rodeada de estanterías y más estanterías llenas de libros. Estaba hablando por teléfono. Colgó inmediatamente.

–Harley, gracias a Dios –dijo mientras salía de detrás del escritorio.

Llevaba una falda muy decente de color coco tostado, medias de nailon, zapatos de tacón y una camisa de seda sin mangas de color crema con un collar de perlas. Unos pendientes dorados de forma cuadrada emitían destellos entre su cabello plateado cada vez que movía la cabeza.

–Han pasado casi dos horas desde que has llamado. ¿Cómo estás?

–No necesitas el trabajo del condado, ¿verdad? –dije.

Siguió mi mirada por la habitación.

–Depende de lo que entiendas por necesitar –me contestó–. No lo necesito por motivos económicos, no.

Las butacas y el sofá de su consulta eran demasiado bonitos para sentarme, así que me quedé de pie. Incluso cuando me pidió que me sentara. Incluso cuando me lo pidió por favor.

Ella se sentó en un mullido sillón de cuero, como una nube de golosina bañada en caramelo.

–¿Qué ha pasado, Harley? Te has referido a una mujer. No me llamaste después de la visita a tu madre. ¿Cómo fue aquello?

Pestañeeé para quitarme el sudor de los ojos. O quizá no fuera sudor. Recordé que los ojos están hechos de agua.

–Ella... –empecé otra vez.

–Sí, Harley –dijo Betty con un tono agradable–. Ella, ¿quién?

–Ella... –repetí–. Ella... Ella...

–Sí –me animó–, ella...

Me pasé la lengua por los labios, tragué saliva, respiré hondo.

–Ella...

Sacudí la cabeza con frustración.

–De pequeño... –intenté.

Betty se inclinó hacia delante.

–De pequeño, ¿qué?

–De pequeños...

–De pequeños, ¿qué?

Me eché al suelo de rodillas y me tapé la cara con las manos.

Betty se agachó a mi lado. Sentí sus manos en la espalda, las sentí a través de la chaqueta de papá.

–¿Quién? –dijo.

–Amber.

Su nombre por fin salió de mí como si me hubieran extirpado un tumor del tallo encefálico. Podía volver a pensar y a hablar.

–Solía tocarme. Cuando éramos pequeños. Me acuerdo. Solía tocarme. En la cama. Solía meterse en mi cama y tocarme.

–¿Dónde te tocaba? –me preguntó Betty.

–Ya sabes dónde –le grité.

–Tienes que decirlo.

–No.

–Sí. Tienes que decirlo en voz alta para enfrentarte a ello y que pueda desaparecer.

–Nunca va a desaparecer.

–Se puede reducir hasta que prácticamente deje de existir, Harley. Se puede. Te lo prometo.

Volví a ponerme la cara en las manos.

–¿Dónde te tocaba?

Pensé en con quién estaba hablando.

–En el pene –dije con la voz quebrada.

–¿Tenías erecciones?

No contesté.

–¿Las tenías?

–Sí.

–¿Eyaculabas?

Hundí todavía más la cara en las manos.

–Sí –sollocé.

–¿La tocabas tú a ella?

–No –gemí mientras levantaba la vista hacia ella–. No. No. Juro que no. Yo ni siquiera la miraba. Se ponía detrás de mí. Se metía en mi cama.

–¿Por qué se metía en tu cama?

Mi llanto se volvió más intenso. No podía dejar de temblar. Betty me rodeó con los brazos.

–Piénsalo –dijo.

–Le tenía miedo a papá –dije llorando en su hombro.

–¿Y tú la dejabas que se quedara?

Asentí con la cabeza.

–¿Por qué? –preguntó mientras me acunaba en el suelo–. Piénsalo.

–Yo también le tenía miedo.

–Quiero que me escuches con mucha atención, Harley.

Me soltó y se sentó sobre los talones. Esperó a que la mirara.

–No eres una mala persona. No eres un bicho raro ni un perverso. Ni a ti ni a Amber os pasa nada. Erais niños y reaccionasteis a un maltrato físico y emocional debilitante de la única forma en que supisteis. Recurriendo el uno al otro en busca de consuelo y placer.

Intenté volver a taparme la cara, pero me cogió las manos y las sujetó entre las suyas.

–¿Por qué te has acordado ahora? ¿Lo sabes? ¿Ha pasado algo?

–No puedo –dije sacudiendo la cabeza.

–Sí que puedes. ¿Qué ha pasado?

Se alejó durante unos instantes y volvió con una caja de kleenex. Sacó uno y me lo dio.

–Estaba en la cama conmigo –empecé a decir con vacilación–. Yo estaba dormido.

–¿Cuándo?

–Anoche.

–¿Te tocó?

–No lo sé. Estaba dormido.

Me sequé los ojos y me soné la nariz.

–Estaba desnuda –dije por propia iniciativa.

–¿Tuviste una erección?

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo desde los dedos de los pies hasta la coronilla y de nuevo hacia abajo.

–No miré –contesté.

Betty volvió a suspirar. Un suspiro de cansancio. La miré. Estaba sentada en el suelo, sobre las piernas. Le había dejado la blusa de seda llena de manchas húmedas. Me pregunté si se la habría estropeado.

–¿Cómo reaccionaste tú? –me preguntó.

–¿Qué quieres decir? –le grité, levantándome del suelo y alejándome de ella como pude–. ¿Qué clase de pregunta es ésa? No soy un enfermo.

Retrocedí hasta las estanterías.

–No soy un enfermo.

–No estoy insinuando que lo seas.

Ella también se levantó, pero no se me acercó.

–Es en Amber en quien estoy pensando ahora.

–¿Eh?

–Amber –repitió–. Me preocupa cómo debe de estar sintiéndose ella ahora mismo.

–¿Amber? –grité–. Todo fue idea suya. Ella quería hacerlo.

–Ella no quería hacerlo, Harley. Intenta entenderlo. Tu hermana no es la mala de la película. Ella está sufriendo tanto como tú. Puede que más.

–¿Más? –exclamé.

–¿Cómo reaccionaste cuando se te insinuó?

–Me la quité de encima. Le grité. Le dije que se fuera. Salí corriendo.

–¿Dónde está Amber ahora?

Miré por la ventana. El sol había empezado a descender por el cielo. Esa noche tenía que estar en algún sitio, pero no recordaba dónde.

–No lo sé –dije–. Creo que ha ido a clase. Hoy era el último día, salían

pronto. ¿Cuál es el problema? Puede cuidar de sí misma.

Betty no parecía muy convencida.

–Ahora mismo tú tienes sentimientos de repulsión, vergüenza, culpa –me explicó–. Amber también está sintiendo todo eso, pero además está sintiendo el rechazo.

Se dirigió hacia la puerta.

–Por favor, Harley, siéntate. Creo que en mi vida he visto a nadie tan cansado.

Salió de la habitación. Miré el sofá. Era del mismo color que el sillón, pero aterciopelado en lugar de brillante. Me acerqué y me miré la parte trasera de los vaqueros para ver si estaban sucios o sudados. Me senté justo al borde y a continuación me levanté para ver si mi alma había dejado una mancha.

Betty volvió con un vaso desechable lleno de agua.

–Siéntate –me dijo, esta vez muy seria.

Me senté. Me dio el agua y me la bebí.

–Quiero que te tumbes aquí y que descanses –dijo.

–Tengo que estar en algún sitio pero no recuerdo dónde.

–¿En el trabajo? –preguntó.

–Mierda –dije cerrando los ojos y echándome sobre el sofá. Parecía que el relleno de los cojines era de neblina–. Me van a despedir de Shop Rite. Y de Barclay's también.

–No te preocupes por eso. Yo puedo hablar con tus jefes.

–Ah, claro –me eché a reír–. Eso siempre ayuda a recuperar un trabajo, que tu loquero llame para decir que hoy estabas demasiado jodido para ir a trabajar.

–No te preocupes por eso –me repitió–. Túmbate.

–Ya no puedo dormir.

–Espera un segundo.

Volvió a salir. No quería hacerle caso, pero el sofá me estaba llamando a gritos para que me lanzara sobre él, igual que los montículos de nieve recién caída cuando era pequeño. Me tumbé.

Me di cuenta demasiado tarde de que tenía las botas sucias. Llevaba diez minutos allí y ya le había ensuciado el sofá y la blusa. Por eso a los pacientes como yo los veía en la otra consulta vestida con ropa cutre.

Betty volvió a entrar en la habitación, otra vez con el vaso lleno de agua.

–Toma –dijo, dándome también una pastilla–. Te ayudará a dormir. Es de las que tomo yo.

–¿Tú tomas pastillas? –pregunté.

Asintió con la cabeza.

–Creía que tú eras una persona equilibrada.

Se le dibujó una sonrisita en los labios durante un instante. Los llevaba

pintados de rojo. En la otra consulta nunca los llevaba pintados.

–Define equilibrada –dijo.

No me gustaba. El carmín se le había corrido hacia las arrugas de anciana que tenía alrededor de los labios.

Se levantó, se acercó a la puerta y apagó la luz.

–Intenta descansar un poco –dijo–. Yo estaré trabajando en otra habitación.

Me tragué la pastilla. Ni siquiera lo pensé.

Con la luz que entraba por la ventana todavía podía ver lo que tenía alrededor. No me había equivocado en lo de los libros. Había cientos. Un montón de cosas de psicología, pero también libros extraños metidos entre los volúmenes con títulos que sonaban a textos académicos.

Mil recetas de cocina china. El arte de Walt Disney. Qué esperar cuando estás en estado de buena esperanza. Derecho de los medios de comunicación. Charlie y la fábrica de chocolate. Historia de Laurel Falls en el 185.º aniversario de su fundación. Ulises. La Guía de flores silvestres de Peterson. Belleza negra. A sangre fría.

Noté que me estaba quedando dormido. Me lancé de espaldas sobre el montón de nieve del sofá y empecé a mover los brazos y las piernas para dibujar un ángel. Caí sin parar. La nieve no tenía ninguna consistencia y entonces me di cuenta de que era una nube y de que el ángel que estaba haciendo era de verdad y venía flotando detrás de mí.

Me cogió de la mano y fuimos volando hasta una aldea pobre y tranquila en un mar de arena infinito bajo una luna blanca y brillante como una de las perlas de Betty. Fuimos de casa en casa, siguiendo un rayo de luz cristalina que entraba y salía por las ventanas e iba de una cama a la siguiente.

Tardé un rato, pero al final comprendí que era Dios a la caza de chicas.

No lo entendía. Era Dios. Él sabe lo que se esconde en los corazones de los hombres y también en los de las mujeres. Él no tenía que buscar y probar hasta encontrar a alguna que estuviera dispuesta: Él lo sabía.

Se lo pregunté al ángel y ella me explicó que el amor carnal era el único sentimiento que Dios no podía interpretar, un sentimiento tan humano que el Hombre es el único que puede entenderlo. Después el ángel me dejó en una ventana, donde una joven de cabellos oscuros dormía desnuda sobre un colchón sin sábanas, con los labios separados, las piernas abiertas y los delgados brazos estirados con un gesto de bienvenida. La luz de la luna la alcanzó, penetrando profusamente por todos sus orificios, por todos los poros de su cuerpo.

Volvía a estar flotando solo sobre mi nube. No podía sacarme a la joven de la cabeza. Sentía su miedo y su gozo. Sentía su pesar por la pérdida de la inocencia, pero también su necesidad de que la arrastraran a la perdición.

Ella era una mujer. Él era Dios. Podía concebir un hijo con sólo pestañear, pero en lugar de eso había ido hasta ella.

Seguro que la haría resplandecer. Seguro que la haría elevarse de la cama, retorciéndose y sonriendo. Seguro que le saldrían chorros de luz plateada de los dedos de las manos y los pies y de cada uno de sus cabellos.

Esperé que fuera así. Lo esperé y recé para que así fuera. Sólo iba a tener esa mísera oportunidad de alcanzar el éxtasis antes de convertirse en la eterna Virgen y esperé que lo consiguiera.

La consulta de Betty estaba completamente a oscuras cuando abrí los ojos. Fue como despertarme sumergido en tinta. Rodé por el sofá y caí al suelo con un golpe sordo y a continuación me quedé allí clavado, sintiendo los fuertes latidos de mi corazón en la garganta. No quería que volviera Betty.

No volvió. Me levanté lentamente y traté de orientarme. Por una rendija de la puerta entraba un haz de tenue luz del pasillo. En lugar de ir hacia allí, me dirigí a la ventana. La abrí fácilmente y sin hacer ruido.

La luna brillaba bien alta, con fuerza pero sin emitir luz. La miré y supe que Callie también la estaba mirando, pensando que su perfección la hacía violenta, como un pinchazo fuerte y rápido con una estaca afilada. Se estaba preguntando dónde estaría yo.

El sueño me había despejado la cabeza. Era agradable volver a soñar. Empecé a andar, sintiendo un ritmo violento y pausado bajo mis pies, como las olas diminutas que finalmente lamen la orilla tras el paso de una lancha motora a lo lejos. El opulento barrio de Betty se fue desvaneciendo a mi alrededor y me encontré caminando por una acera gris de ciudad, por delante de un grupo de casuchas, todas iguales y arracimadas en hileras de derrota.

Sabía dónde estaba. Mi padre siempre señalaba aquellas casas cuando pasábamos por delante con el coche. Siempre decía lo mucho que se alegraba de que nosotros tuviéramos nuestro pequeño rinconcito en el campo y no tuviéramos que vivir así. Yo estaba de acuerdo. El fracaso se lleva mejor estando aislado.

No tardé mucho en llegar a Barclay's, o quizá sí. Había perdido la noción del tiempo. Me metí en mi camioneta y me fui conduciendo.

En todo el trayecto hasta Black Lick Road no pensé en otra cosa que en la sensación de liberación. No en el sexo. El sexo era demasiado complicado y cerebral. Iba pensando, con ideas que se movían por mi cabeza en forma de borrosos remolinos grises, en lo mecánico del INSTINTO y en lo maravilloso y sencillo de los ESTÍMULOS FÍSICOS.

De pronto entendí cómo los granjeros podían hacerlo con sus ovejas y cómo los padres podían hacerlo con sus hijas. Se desprendían de su humanidad como si mudaran de piel y se transformaban en algo nuevo que a sus horribles ojos

era puro y hermoso. Lo único que me diferenciaba de ellos era que a mí me daba miedo encontrar algo horrendo y desfigurado bajo mi piel.

No pasé por casa. Calculé cuál era el camino más directo para llegar a la oficina minera a través del bosque y dejé la camioneta al borde de la carretera. Me di un par de golpes en la cara con las ramas de los árboles y me torcí un tobillo en una madriguera de marmota, pero sabía que ella me estaba esperando. Que estaba preocupada por mí. Me pregunté si se habría traído las cosas para hacer nubes tostadas con chocolate y galletas.

La luz de la luna baldía era suficiente para dar un leve brillo trémulo a las piedras que bordeaban las vías del tren. Se extendían hacia lo lejos como una capa de limaduras de metal.

Pensé que quizá estaría sentada fuera. Esperé ver la luz de una linterna o incluso una hoguera. No sabía qué hora era. A lo mejor llegaba tardísimo. A lo mejor ya se había ido a casa.

Apreté el paso. Eché a correr. Cuando me acerqué a la oficina, vi su mochila y su neverita.

–Callie –dije.

Estaba jadeando mucho más de lo razonable.

–Callie –repetí mientras me acercaba a la puerta.

Los crujidos de la gravilla sonaron dentro de mi cabeza como pequeñas explosiones eléctricas. Miré hacia la penumbra y vi un tobillo desnudo que terminaba en un pie con una deportiva blanca de mujer. Estaba apoyado sobre un lado, con la punta mirando hacia fuera, en un ángulo demasiado incómodo para alguien que estuviera durmiendo y demasiado antinatural para alguien que estuviera vivo.

Me acerqué un poco más y vi las puntas de los dedos de las manos agarrotadas, como las patas de un pájaro.

Me arrodillé por INSTINTO. El instinto de supervivencia me impidió seguir mirando. Los psicópatas de Amber levantaron la cabeza a mi alrededor, por todas partes. Los unicornios saltarines demoniacos de Misty invadieron el cielo. Brad, el banquero con cara de niño... ¿Había sido él? ¿Y si se había enterado de lo nuestro?

Yo no estaba delante cuando mamá disparó a papá. Nunca había visto un muerto, con la excepción de mis abuelos, que no contaban porque eran viejos y antipáticos. El funeral de papá se había celebrado con el ataúd cerrado. Nunca había entendido por qué, pero, ahora que sabía lo que pensaba el tío Mike de él y de Misty, supe que había pedido que fuera así porque no podía soportar volver a mirar a papá. Fue una lástima, porque papá era inocente y el tío Mike había perdido a su hermano por segunda vez.

Respiré hondo y entrecortadamente un par de veces. A lo mejor sólo está

herida, me dije.

No pude entrar andando. Me quedé arrodillado. El estar cerca del suelo me daba esa seguridad que siente un niño cuando se tapa la cara con las manos y la asoma entre los dedos.

–Callie –susurré–, por favor.

Crucé el umbral de la puerta y me quedé esperando a cuatro patas, observando sus pies sin vida. El vómito ya me había subido hasta la garganta antes de mirar al resto de su cuerpo. Intenté echarlo fuera, pero vomité a su lado. Me sentí mal.

Su cara había desaparecido. No tenía cara. Había un trozo de mandíbula en el que quedaban un par de dientes y un pedazo de frente destrozado.

El vómito dio paso a unas arcadas que pensé que no iban a parar hasta que no echara las tripas por la boca. Estaba oscuro, pero vi huesos y carne y sesos y pelo. Volví a fijar la mirada en sus pies, por miedo a ver algo más, por miedo a ver sus ojos, enteros e ilesos, observándome desde un rincón.

Estiré el brazo y le toqué el tobillo. Estaba congelado. Llevé la mano hacia la suya e intenté cogérsela.

En ese momento empecé a llorar, no sólo de pena sino también de alivio. Ahora tenía la certeza de que las personas tenían alma. Lo que sentí al tocar su mano muerta fue mucho más que la pérdida de calor y de sangre. Ella ya no estaba allí. Callie había sido algo más que palabras, pensamientos y emociones. Había sido una esencia.

Simplemente ahora estaba en algún otro lugar. Y papá también. Aún quedaba algo de él. Quizá él y yo todavía tuviéramos alguna posibilidad. Decidí añadirle a mi lista de gente muerta a la que me gustaría conocer.

Le cogí la mano y lloré con la cara pegada a ella. Olía a salami y a mostaza. Había preparado sándwiches.

No me sobresalté al oír pisadas en el exterior. Sabía que acabarían llegando. No dejé de llorar ni le solté la mano a Callie.

Yo sabía que ella me estaría esperando.

Le dejé la mano, me levanté y me acerqué a la puerta abierta.

Su mirada perdida y en calma se posó sobre mí, pero el cuerpo le temblaba violentamente.

–Lo siento –dijo mientras prorrumpía en sollozos, tosiendo y sin derramar lágrimas–. No sabía qué otra cosa podía hacer.

Hice ademán de correr hacia ella, pero no pasó nada. Mis pies empezaron a moverse lentamente. Les rogué que fueran más deprisa, pero estaban sumergidos en un sueño o en un mar.

Por fin llegué hasta ella y le quité la escopeta del tío Mike.

–¿Y yo qué? –preguntó susurrando con la voz quebrada.

Quería decirle que ella era todo lo que había de bueno y de malo en mí. Que ella era mis mejores intenciones mezcladas con toda la realidad de mi ser. Que ella era cada una de las promesas que no podía cumplir. Pero no pude explicárselo. Lo único que pude decir fue «Amber», no salió nada más.

Sus ojos tenían el color violeta de un moratón en la oscuridad. Me invadió un temor sereno, como a quien sabe que le espera una muerte sin dolor. Lo único que podía darle era lo que me quedaba. Lo que me quedaba estaba bajo mi piel.

Dejo de hablar con los policías solamente porque estoy cansado. De todas formas, ya he acabado. No sé qué hora es. Yo siempre había pensado que las comisarías de policía estarían llenas de relojes. El tiempo es muy importante para esta gente. Empiezan todos sus informes con la HORA. Siempre les están diciendo a las víctimas histéricas que se tomen su TIEMPO. Mandan a los delincuentes a cumplir condenas de no sé cuántos AÑOS de prisión. Pero no se ve un mal reloj por ningún lado.

Pienso en preguntarle la hora al *sheriff*. Lleva un buen reloj, aunque no tan bueno como un reloj de banquero o un reloj de psiquiatra, lo cual seguro que le molesta infinitamente porque sabe que lo que hace él es más importante. Y más peligroso. A los banqueros rara vez les vuelan la tapa de los sesos. Aunque a sus mujeres a veces sí.

–Quiero hacer una llamada –se me ocurre decir, y todo el mundo me mira como si hubiera perdido el juicio.

–No hemos acabado –dice el *sheriff* desde el borde de la mesa, donde está sentado–. Quiero repasar algunas cosas antes de que firmes esto, después puedes hacer tu llamada.

Amber no tiene buena puntería. Por eso Callie ha acabado con la cabeza reventada. Apuntándola al pecho con un arma con mira telescópica de gran alcance desde una distancia de un metro, Amber ha fallado y le ha disparado a la cara.

Me ha pedido perdón por eso cuando volvíamos a casa en la camioneta. Ha dicho que jamás lo habría hecho a propósito. Sabía que Callie tenía marido, hijos, familia y amigos. También me ha jurado que a Callie no le ha dado tiempo a pasar miedo.

–Quiero llamar ahora –digo.

Bill, el ayudante que me ha pegado en la cara antes, hace ademán de venir otra vez a por mí y el *sheriff* le grita que retroceda. El tablero metálico de la mesa que tengo delante está lleno de kleenex blancos arrugados empapados en sangre roja brillante.

–Está bien –dice el *sheriff* mirando su reloj–. Llevas dos horas aquí. Haz tu llamada.

Levanta de la mesa su mole con olor a sofá, se vuelve para escupir un trozo de tabaco en un viejo bote de café, igual que mi abuelo solía escupir el revestimiento de sus pulmones negros, y coge el teléfono, colocado en una

consola de plástico de aspecto cutre con una docena de botones cuadrados en el borde, algunos con luces rojas parpadeantes.

Se acerca y me lo pone delante bruscamente.

–¿Puedo tener un poco de intimidad? –pregunto.

–No –contesta.

–¿Eso no es una violación de mis derechos civiles o algo así?

Descuelga el auricular y pulsa uno de los botones con fuerza.

–Probablemente –dice.

Me da el auricular y vuelve a su mesa. Los otros ayudantes bostezan, se estiran y van a por más café, excepto Bill, que se sienta a medio metro de mí y me mira como si quisiera romperme algo más que la nariz. Debía de conocerla. A lo mejor la paró una vez para ponerle una multa por exceso de velocidad y estuvieron hablando de los impresionistas.

Marco mi número. Suenan cuatro tonos antes de que lo coja el tío Mike. No parece alegrarse de tener noticias mías. Me digo a mí mismo que es sólo porque es muy tarde, pero aun así me empiezan a caer lágrimas por las mejillas.

–Quiero hablar con Jody.

–¿Con Jody? –dice–. Jody está en la cama, durmiendo.

Entre los ayudantes del *sheriff* no hay ninguna mujer, así que éste ha tenido que encontrar a una agente de la policía de Laurel Falls para mandarla a hablar con las niñas. Les ha dicho que tenían que llevárselas a dormir a un centro de acogida de menores hasta que les encontraran familias de acogida provisionales o que podían quedarse con algún familiar. Amber ha llamado al tío Mike.

–¿Puedes despertarla?

–No, no puedo despertarla –dice con la voz tensa–. ¿Qué haces llamando aquí? ¿Desde cuándo la policía deja que la gente llame a casa desde la cárcel?

–Te dejan hacer una sola llamada.

–¿Ésta es tu única llamada?

–Sí.

Hay un largo silencio.

–Por Dios, Harley –dice con la voz temblorosa, como si fuera a echarse a llorar–. Te pueden condenar a muerte por esto.

JUZGADO COMO UN ADULTO JUZGADO COMO UN ADULTO
parpadea delante de mis ojos, como un letrero de bar estropeado.

–Lo sé.

–¿Te dejan hacer una sola llamada y llamas a una niña de seis años?

–Sí.

Más silencio.

–Lo siento –dice, con la tensión volviendo a su voz–, no puedo despertarla.

–¿Y Amber?

–Están todas durmiendo.

–Bueno –digo lentamente, observando las palabras brillar como letreros de neón, preguntándome cuándo va a aparecer por fin algo que no se desvanezca–, sólo quería asegurarme de que está bien.

–Está bien. Todo lo bien que puede estar –hace una pausa y después continúa–: En un pueblo pequeño no se puede mantener nada en secreto. Ni un segundo. Ya hay gente que está viniendo aquí a gritar y a tirar cosas al jardín y eso que estamos en plena noche. Mañana va a ser espantoso. Nos vamos a llevar a las niñas a nuestra casa a primera hora y a sacarlas de aquí.

–¿Y a Elvis?

–No me voy a llevar al puñetero perro.

–Tienes que llevártelo –digo–. ¿Quién le va a dar de comer? Si empieza a vagar por ahí en busca de comida le van a disparar. O le puede atropellar un coche –me empieza a invadir el pánico–. Ha sido un buen perro. Se merece algo mejor.

–Me da igual lo que se merezca. Es un perro. Y no me lo voy a llevar.

Empiezo a llorar bastante. Ni siquiera me importa que el *sheriff* y su ayudante Bill piensen que soy una nenaza por llorar.

–Tienes que comprarle a Jody una galleta de la suerte y una sombrillita de papel todos los meses –consigo decirle.

Después cuelgo.

El *sheriff* vuelve a acercarse, aparta el teléfono y se sienta en la mesa, tan cerca de mí que veo que tiene una pequeña mancha de color marrón rojizo en el muslo de sus pantalones grises de policía. Podría ser sangre, pero me apostaría algo a que es salsa de tomate.

Alargo la mano para coger uno de los kleenex llenos de sangre porque ya he gastado todos los de la caja que me han dado y me sueno la nariz antes de recordar lo mucho que me duele. El dolor me hace llorar todavía más. No le doy ninguna pena. No espero dársela. Tiene unos párpados gruesos que me recuerdan a una tortuga adormilada.

–¿Entiendes de armas, Harley? –me pregunta.

Es la primera vez que utiliza mi nombre en toda la noche. Normalmente me llama «hijo».

–Un poco –contesto.

–Sé que solías ir de caza con tu padre.

–No mucho.

–Lo suficiente para saber manejar un arma –dice–. Lo suficiente para saber apuntar y disparar. Lo suficiente para saber lo potente que es una carabina del 44 mágnium y la clase de daño que puede causar a corta distancia.

Se levanta y se pone a andar por la habitación. Me alegro. No me gusta su

olor ni su aspecto. El cinturón, la funda de la pistola y los zapatos cutres le crujen al caminar.

–Mi pregunta es la siguiente: ¿por qué no le disparaste desde lejos? Esa Ruger tiene una buena mira. Con esa mira no hace falta tener buena puntería. Sólo hay que apuntar y apretar el gatillo.

No contesto. El *sheriff* se para, me mira durante un instante y después empieza otra vez a andar de un lado para otro.

–Podrías haberte subido a una de las colinas de detrás de las vías del tren y haberle disparado en el jardín delantero de su casa cuando estuviera fuera jugando con sus hijos. O podrías haberle disparado a través de todas esas ventanas que tienen en la fachada de su casa.

Vuelve a detenerse.

–Conoces a sus hijos, ¿verdad? –me pregunta, aunque ya sabe que sí–. La niña es amiga de esa hermana tuya a la que acabas de llamar, ¿no? Seguramente les va a costar ser amigas a partir de ahora, ¿eh?

Sé lo que está haciendo, lo que no entiendo es por qué lo está haciendo. Una persona ha sido asesinada y yo estoy aquí declarándome culpable. Tiene a una víctima de asesinato. Tiene a un asesino. ¿Por qué darle más vueltas? Nadie puso en duda la historia de mi madre.

Otra vez me empiezan a temblar las manos. Me siento encima de ellas.

–Joder, si lo hubieras hecho así podrías haber dicho que fue un accidente de caza y no irías a la cárcel –se pone otra vez a andar mientras habla–. Esas cosas pasan todos los días. Nadie habría sospechado nada porque nadie sabía lo que había entre vosotros, ¿verdad? Nadie lo sabía. Sé que su marido no lo sabía.

–¿Se lo has contado? –pregunto. De repente siento náuseas.

Uno de los ayudantes vuelve con dos vasos desechables de café humeante.

–No –dice el *sheriff* cogiéndole uno–. No me he movido de esta sala y yo mismo acabo de enterarme. Aunque he hablado con él cuando hemos recuperado el cadáver y le ha sorprendido mucho que te tuviéramos detenido. Ha dicho que a ti te caía bien su mujer y que ella te tenía cariño. Que te tenía lástima. Ha dicho que pasaste por su casa hace sólo un par de días, todo disgustado porque habías ido a visitar a tu madre a la cárcel el día de tu cumpleaños y que ella fue hasta tu camioneta en medio de una lluvia torrencial y habló contigo y te consoló.

Da un sorbo a su café.

–¿Te consoló, Harley?

Miro los kleenex llenos de sangre. El olor del café me está revolviendo todavía más el estómago.

–Supongo que ya no te va a volver a consolar nunca más.

–Cállate –grito, sorprendido al oírme a mí mismo.

También me sorprende al verme de pie. Esta vez Bill no viene a por mí, pero el otro ayudante sí.

Él es el que ha sacado el tema de la pena de muerte antes. Durante mi confesión, les he hablado de lo guapa que era y él ha señalado que matar a una mujer guapa, sobre todo si tiene hijos pequeños, es el peor delito que se puede cometer, con la excepción de matar a los niños. Ha dicho que me iban a electrocutar por ello, aunque es policía, así que seguro que sabe que en Pensilvania se utiliza la inyección letal. Lo que quiere decir es que voy a ser inoculado. Le he preguntado si también me condenarían a muerte si hubiera sido gorda y fea y me ha dicho que entonces seguramente sólo me habría caído cadena perpetua. También es el tipo que me dijo que veo demasiada televisión cuando llamé por lo de mi madre. Le he reconocido la voz.

Me agarra del hombro con una mano enorme y me estremezco igual que se ha estremecido Amber cuando le he tocado el hombro esta noche. Cuando se ha quitado la ropa, he visto que tenía un moratón ahí. Esa Ruger da buenas coces.

–Quiero ir a la cárcel –les grito a todos.

El ayudante que me tiene agarrado mira al *sheriff*, que le hace un gesto con la cabeza. Me suelta.

–Quiero ir ahora –digo.

–Vale, está bien –asiente el *sheriff*–. Solamente tengo una última pregunta que hacerte. Después puedes firmar tu confesión, te meteremos en una celda aquí y dentro de un par de horas, cuando los abogados y los jueces empiecen su jornada, te llevaremos a una cárcel de verdad.

Me dice que me siente. Me quedo de pie.

–¿Por qué la has matado? –pregunta.

–¿Eh?

–¿Por qué la has matado?

Me vuelve a entrar el pánico. Pienso en Elvis y en que va a pensar que lo he abandonado a propósito y se va a pasar el resto de su vida pensando que es un mal perro. Pienso en Jody y en Esme y en que el *sheriff* tiene razón: ya no van a poder ser amigas. Pienso en Amber y en cómo ha llorado sin parar cuando hemos acabado, porque después de todo aquello no era lo que quería y ahora lo sabe.

–¿Qué quieres decir? –le pregunto.

–Por todo lo que me has contado hasta ahora, diría que estabas enamorado de ella. No digo que una persona no pueda matar a alguien a quien quiere. Esas cosas ocurren por aquí casi tan a menudo como los accidentes de caza, pero normalmente tienen una buena razón para hacerlo.

Me paso la lengua por los labios.

–Quería casarme con ella –digo.

No es mentira.

–¿Y...? –me anima a seguir.

–Ella no quería dejar a su marido.

–¿Así que la mataste?

–Sí.

–Vale.

Vuelve a sentarse en su mesa. Da otro trago a su café y lo deja al lado del bote de los escupitajos.

–Deja que me asegure una última vez de que lo he entendido bien –dice acariciándose la barbilla como si fuera un intelectual–. Habéis quedado en veros para echar un polvo, pero, en lugar de eso, apareces con un arma con la que sabes que, literalmente, le puedes volar la tapa de los sesos y te plantas ahí, delante de la mujer a la que quieres, frente a frente, lo suficientemente cerca para poder ver el pánico en sus ojos, y lo haces. Le vuelas la tapa de los sesos. En lugar de echarle un polvo. Eso es lo que decides hacer. Después vomitas a su lado y le colocas las manos plácidamente sobre el pecho. Te metes en tu camioneta, conduces hasta la comisaría, te entregas, nos haces una confesión impecable y después llamas a casa para ver cómo están tu perro y tu hermanita. ¿Es más o menos así?

Me duele la cabeza. Me duele la cara. Me pica el cuero cabelludo. El estómago me da vueltas. Me tiemblan las manos. La sangre me golpea los oídos con tanta fuerza que sus últimas palabras quedan ahogadas por el ruido.

–Mi único problema es el siguiente –continúa–: una de las personas que has descrito es un psicópata despiadado y capaz de asesinar, y el otro es un chaval decente y responsable que ha tenido una vida de lo más jodida. ¿Me puedes explicar cómo puedes ser los dos?

La palabra COOL se eleva desde el bote de los escupitajos como un genio saliendo de una lámpara. Se extiende por la habitación con letras rosas y moradas con forma de nubes.

–Tengo personalidad múltiple –contesto antes de volver a pasarme la lengua por los labios.

–¿Por eso vas a una psiquiatra?

–Más o menos.

Amber llevaba brillo de labios de sandía esta noche. Lo mismo que ha llevado desde que era pequeña. Juraría que todavía noto el sabor.

–¿Entonces ella lo puede confirmar? Puedo preguntárselo. ¿Cómo has dicho que se llamaba? De todas formas, me gustaría hablar con ella.

Sólo la he besado una vez y después le he dicho que no podía volver a

hacerlo. Tampoco podía tocarla. A ella no le ha importado. He puesto las manos en el suelo, debajo de ella.

–Quiero ir ya a la cárcel. Has dicho que podía ir.

–De acuerdo, Harley.

Me trae un informe policial de tres páginas con un montón de cosas escritas. Arriba del todo viene la HORA a la que hemos empezado. El *sheriff* se inclina sobre la mesa con un bolígrafo y añade la HORA a la que hemos terminado. Después me da el boli y pasa las hojas hasta la última.

–Firma aquí –me dice.

Me está mirando de una forma en la que nadie me ha mirado en toda la noche. No con odio, indignación ni asco. Ni siquiera con lástima o frustración. Está decepcionado.

El tipo no me cae bien, pero sigo deseando con todas mis fuerzas que alguien me comprenda.

Tenía que hacerlo, quiero decirle. Tenía que darle esa única oportunidad de alcanzar el éxtasis. Eso era lo que me estaba diciendo el sueño.

Es una pena que no lo haya alcanzado, pero creo que la mayoría de la gente nunca lo consigue. Al menos se ha sacado el deseo del cuerpo y a partir de ahora estará bien. Por eso no quiero que vaya a la cárcel y se le joda la vida. A partir de ahora estará bien. Yo no lo estoy, a pesar de que lo he borrado casi todo de mi mente. No recuerdo nada, sólo sé que no he EYACULADO.

El problema de intentar olvidar las cosas es que no se puede. El tiempo no cura todas las heridas. No sé quién fue el primero que dijo que las cura, pero no pudo ser Confucio. Él jamás habría dicho semejante tontería.

Firmo. Una confesión es una confesión.

El *sheriff* me quita el bolígrafo y entonces dice algo un poco extraño.

–Lo siento, hijo –me dice–. Sé que debías de quererla.

No me molesto en decirle que la sigo queriendo. No voy a dejar de hacerlo sólo porque haya matado a alguien.

Epílogo

Este sitio no está tan mal. Tiene una vista genial. Una vista de calendario de banco. Kilómetros y kilómetros de bajas colinas verdes que tienen pinta de que serían una cama genial para un gigante que viniera tambaleándose por el valle y necesitara un sitio para dormir.

La comida podría ser mejor, igual que la compañía, pero últimamente no tengo mucha hambre ni muchas ganas de relacionarme, así que no importa demasiado. Todavía no me han dejado recibir visitas, pero mi nuevo psiquiatra dice que pronto debería poder ver a Jody. Es la única persona a la que quiero ver. Sólo porque quiero que vea que estoy bien.

Betty quiere verme, pero yo no quiero verla a ella. Sigo enfadado con ella por haber delatado a Amber. Sé que creía que estaba haciendo lo mejor para todos, pero ella no era quién para tomar esa decisión. Yo tenía mis razones para hacer lo que hice.

Se lo dije cuando la vi en la comisaría al día siguiente de que me detuvieran y ella me dijo que sabía que tenía mis razones pero que no eran buenas. Yo no maté a Callie Mercer. Es posible que, en última instancia y sin que fuéramos conscientes de ello, su decisión de acostarse conmigo condujera a las circunstancias que pusieron fin a su vida, pero yo no apreté el gatillo.

Después dijo que si yo asumía la culpa del asesinato estaría engañando a Amber. Ella había acabado con una vida. Había dejado a unos niños sin su madre. A un marido sin su mujer. A unos padres sin su hija. Amber tenía que recibir su castigo si quería poder CERRAR ESE CAPÍTULO.

Yo ahora tengo CERRAR ESE CAPÍTULO colgado en mi pared. Mi nuevo psiquiatra me ha dicho que apunte las palabras que vea en el aire. Tengo un montón, pegadas con cinta adhesiva. Aquí nos dejan tener cinta adhesiva. No tenemos que usar tapioca.

También tengo colgadas un montón de tiras de papel de las galletas de la suerte de Jody. Me mandó su sobre de GAYETAS DE LA SUERTE entero. Cada vez que miro una, me la imagino sacando cuidadosamente la tira de papel con la misma delicadeza que si le estuviera alisando las alas a un hada y entonces me siento un poco mejor antes de sentirme otra vez como una auténtica mierda.

También me mandó una carta. Sólo he sido capaz de leerla una vez, pero la voy a guardar para siempre porque sé el trabajo que le costó escribirla. Yo he empezado a contestarle una docena de veces y todas mis cartas empiezan con lo orgulloso que estoy de la suya. Pero nunca llego a terminarlas. Su carta dice:

QUERIDO HARLY:
¿COMO ESTAS? YO BIEN. MISTY TANBIEN.
EL TIO MAIK ME DEJO TRAERME TODOS MIS DINOSAURIOS A SU CASA.
ME A DICHO QUE PUEDO PEDIRME UNO NUEVO POR NABIDAD. REZO TODAS LAS
NOCHES POR TI Y
POR AMBER Y POR EL VIEN DEL ALMA DE LA MADRE DE ESME.
ESPERO QUE BUELBAS PRONTO A CASA. ECHO DE MENOS MI VIDA.
TU ERMANA, JODY

También sigo teniendo la carta de Skip. La tengo guardada con otras cosas en mi único cajón. Aquí son bastante permisivos en lo de dejar que te quedes con tus EFECTOS PERSONALES, siempre que quepan en el cajón. El libro de arte de Callie no cabía, pero no importa porque creo que era prestado.

También tengo la Biblia y el mapa de mamá en el cajón y la foto de la boda de papá y mamá. Y la muñeca de ganchillo. Me dejaron quedármela porque no saben para qué la utilizo. Creo que nunca más voy a querer a una mujer viva.

La única otra cosa que tengo es una tarjeta de Church. Sé que la escogió él mismo porque en ella aparece una caricatura de un perro con un gorro de fiesta gritando: «¡Enhorabuena!». Dentro pone: «¡Bien hecho! ¡Sabía que lo conseguirías!». Sé que su madre le habría aconsejado que escogiera otra si hubieran ido a comprar la tarjeta juntos. Sospecho que para la madre de Church ya no soy tan buen chico.

No sé muy bien qué es lo que ha podido llevarla a esa conclusión. En las noticias de las once salió la historia de Amber, no la mía. Al final no me han metido en la cárcel por asesinato y la única razón por la que estoy aquí es porque me eché a reír cuando me dijeron que fue Misty quien le dijo a la policía que Amber y yo teníamos una relación incestuosa. Y no pude parar de reírme. O a lo mejor estaba gritando, no me acuerdo. Lo único que recuerdo es que me cagué encima. Cagarte encima delante de desconocidos y tirarte a tu hermana son dos cosas que no se olvidan nunca.

Al menos Betty no me ha dado la espalda como la madre de Church. A veces pienso que ya solamente por eso no debería ser tan duro con ella. Y la VERDAD es que, si me voy a enfadar con ella por todo lo de Amber, también debería enfadarme con Elvis.

Sí, es VERDAD que fue Betty quien se presentó en la comisaría cuando se enteró de que me habían detenido y les dijo que la noche anterior yo había estado en su consulta casi hasta medianoche y que no podía haber sido yo. Aunque, en realidad, eso por sí solo no habría significado nada. Aun así me habría dado tiempo a matar a Callie. No aparecí en la comisaría casi hasta las dos de la madrugada.

Betty les preguntó si habían hablado con mi hermana, pero tampoco eso habría significado nada. Ya tenían mi confesión firmada.

Decidieron ir a casa de todas formas y, según me explicó el *sheriff*, no había nadie allí salvo un gran perro, un cruce de pastor alemán, tumbado en un viejo sofá quemado mordisqueando unos vaqueros cortos de chica salpicados de sangre.

A Amber se le daba igual de mal enterrar cosas que apuntar con un arma.

Volví a llevarme un buen disgusto al saber que el tío Mike había dejado a Elvis allí como había dicho que haría. Tampoco Betty quiso llevárselo. Acabé prácticamente suplicando. Hasta les pedí al *sheriff* y a un par de sus ayudantes que se lo llevaran.

Sin embargo, Betty acabó encontrándole un hogar. Me dijo que vive con una familia muy agradable. Viven en la ciudad, así que no tiene todo el espacio al que está acostumbrado, pero aun así está muy contento.

Chorradas, le dije. Se despierta todos los días, mira a su alrededor y se pregunta qué fue eso tan horrible que hizo para que la única persona en su vida que se suponía que lo quería incondicionalmente le diera la espalda. Eso es lo que piensa, le digo. Me da igual que sólo sea un perro.

Yo también pienso mucho últimamente, pero sólo sobre ciertos temas. Supongo que así es como he sido siempre. Mi nuevo psiquiatra dice que no importa. Dice que ése no es mi mayor problema. Dice que mi mayor problema es que, cuando me pongo sin querer a pensar en cosas en las que no quiero pensar, soy incapaz de SOPORTARLO.

ASTEROIDES EN ÓRBITA DE COLISIÓN CONTRA LA TIERRA. Le dije que así es como llamo a esos pensamientos. Le encantó. Me dijo que era una analogía genial. Siempre está soltando mentiras tan gordas como ésa. Una vez le pregunté si tiene un libro con un capítulo titulado «Piropea a los psicópatas y serán tus amigos». Se rió y me dijo que soy muy ingenioso y perspicaz. Yo le dije que estaba hablando en serio.

De todas formas, supongo que parte de lo que dice es VERDAD. Todavía no puedo pensar en Misty sin ponerme a gritar. No puedo pensar en lo que ha sido de las vidas de los pequeños Zack y Esme Mercer. No puedo pensar en las notitas de Jody. No puedo pensar en los seis segundos de Callie.

Siempre he pensado que, cuando una madre ve venir la gran explosión y el cielo iluminarse con un resplandor como el de mil soles, ve las caras de sus hijos en todos ellos. Callie debió de pensar en sus hijos cuando tuvo a Amber delante, frente a frente. No debió de pensar en sí misma. Ni en su marido banquero con cara de niño ni en el abuelo que le había regalado esas colinas que tanto le gustaban. Ni en mí ni en el Dios con el que pronto se iba a reunir. Debió de pensar en sus hijos y en cómo en años venideros se iban a despertar en plena noche, llamándola, y ella no iba a poder estar a su lado.

Y además los va a oír. Acabe donde acabe. En el cielo. En el infierno. O en

algún inframundo intermedio. Los va a oír llamarla. Eso es lo peor de toda la historia. Condenar a Callie y a sus hijos a esa suerte. Ellos se merecían algo mejor. Ellos y Elvis.

Lo más sorprendente es que ahora PUEDO pensar en Amber. No en todo, pero sí en algunas cosas. Intento ser positivo cuando pienso en su futuro. Estaría bien que tuviera uno de esos juicios como el de O. J. Simpson, en el que todo el mundo sepa que ella fue quien lo hizo pero aun así la dejen en libertad porque no les gusta el peinado del fiscal, pero esas cosas sólo pasan en la tele.

Puedo volver a pensar en nuestra infancia e incluso puedo pensar en ella acurrucada contra mi espalda en la cama por las noches y en que quizá éstos sean los únicos momentos de calma de toda su vida.

Mi nuevo psiquiatra dice que ese recuerdo en concreto no es beneficioso para mi salud porque sólo estoy recordando una parte. No estoy recordando toda la VERDAD y él sabe la obsesión que tengo con la VERDAD. Ha visto mi habitación.

Supongo que veo la palabra VERDAD en el aire muy a menudo. La he escrito unas cien veces y la he colgado de la pared con cinta adhesiva.

«No son iguales quienes conocen la VERDAD que quienes la aman.» Lo dijo Confucio. Eso también lo he escrito.

Supongo que siempre he creído que yo era alguien que amaba la VERDAD pero a quien constantemente se la ocultaban. Ahora me doy cuenta de que siempre he tenido un montón de VERDAD delante de las narices pero la he ignorado a propósito porque no la amo.

La VERDAD es que a veces la VERDAD es una mierda. Los seres humanos somos los únicos a los que eso nos importa. Lo único que me distingue de Elvis no es mi capacidad de enfrentarme a ella, sobrellevarla o negarla. Lo que me distingue de él es que yo dejo que me moleste. Estoy intentando a toda costa dejar de hacerlo. Porque la VERDAD es que ya he malgastado una gran parte de mi vida engañándome.

La VERDAD es que todas aquellas veces que Skip intentó matar a su hermano, Donny, a mí me parecía que se estaba comportando como un auténtico gilipollas.

Agradecimientos

A Jennifer Robinson por ser la primera persona que me apoyó. Gracias por tener fe en mí y por escandalizarte.

A Liza Dawson, mi genio de la lámpara, por su asesoramiento, su sabiduría y su sensatez. Gracias por ayudarme a hacer realidad mi sueño.

A Molly Stern, maravillosamente contestona y meticulosa hasta decir basta, por su pasión y su lealtad a este libro y a su autora. También por su extraordinaria capacidad para tener siempre razón (hasta ahora). Gracias por tus consejos.

A Mike por su amor y su apoyo durante los tiempos de noches en vela, días grises y diccionarios en la nevera. Un hombre inferior habría abandonado la trinchera.

A mi tesoro, Tirzah, y a mi hombrecito, Connor. Mamá os quiere más que nadie.

Por último, gracias a mi madre, por asegurarme constantemente que podría ser lo que me propusiera, y a mi padre, por insistir firmemente en que lo que tenía que ser era escritora.

Título original: *Back Roads*

Edición en formato digital: mayo de 2012

© Tawni O'Dell, 2000

This edition is published by arrangement with Viking,
a member of Penguin Group (USA) Inc.

All rights reserved

© De la traducción, Clara Ministral, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-954-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Capítulo 1	6
Capítulo 2	10
Capítulo 3	25
Capítulo 4	39
Capítulo 5	51
Capítulo 6	62
Capítulo 7	78
Capítulo 8	95
Capítulo 9	111
Capítulo 10	130
Capítulo 11	143
Capítulo 12	158
Capítulo 13	170
Capítulo 14	185
Capítulo 15	194
Capítulo 16	208
Capítulo 17	219
Capítulo 18	228
Capítulo 19	237
Capítulo 20	254
Epílogo	261
Agradecimientos	265
Créditos	266